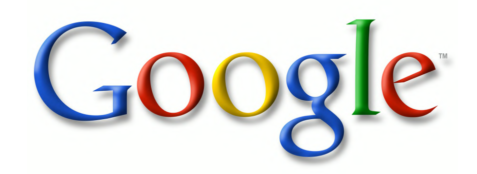



B 855,931
V. SALADO
De Santa Anna
Á LA
REFORMA







DE SANTA ANNA Á LA REFORMA

DE SANTA ANNA

Á LA REFORMA

MEMORIAS DE UN VETERANO

RELATO ANECDÓTICO

DE NUESTRAS LUCHAS Y DE LA VIDA NACIONAL DESDE 1851 Á 1861,
RECOGIDO
Y PUESTO EN FORMA AMENA É INSTRUCTIVA

POR EL

Lic. D. Victoriano Salado Álvarez

DIBUJOS DE ARTISTAS NOTABLES

El despotismo de Santa Anna. — Luchas por la libertad. — Conspiraciones. — Pronunciamientos. — La anarquía. — Los Constituyentes. — La Reforma. — Batallas y encuentros. — La vida de los pueblos cortos. — Fisonomías políticas, militares y literarias.

Arista.—Álvarez.—Comonfort.—Degollado.—Doblado.—Juárez.
Etc., Etc.

Ayutla. — Veracruz.
Puebla. — Guadalajara. — Tacubaya. — Etc., Etc., Etc.

MÉXICO

Establecimiento editorial de J. Ballescá y C.ª, Sucesor
572, San Felipe de Jesús, 572
1902

Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega.

Al insigne patriota General

DON PORFIRIO DÍAZ

merced á cuyo esfuerzo cesó el estado de anarquía que produjeron las revoluciones que se narran en estas páginas, y por quien amamos y comprendemos las instituciones que dimanaron de tan memorables sucesos.

Á la memoria del maestro

DON IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

gran literato é incansable propagador del estudio y representación artística de temas nacionales.

ADVERTENCIA

He acometido la tarea de relatar en forma novelesca los episodios del gran movimiento reformista que cambió la faz de la República mexicana, porque tengo la convicción de que hay latente en ese período una gran fuente de inspiración para el artista, el pensador y el investigador.

Comencé mi relación en tiempo de la postrer dictadura de Santa Anna, porque de allí arranca la revolución de Ayutla, y porque en ninguna época de la historia mexicana se acentúan tanto como en esa los vicios del régimen antiguo, que la Reforma destruyó por completo.

La mayor dificultad de mi labor consistió en hallar algo que tuviera carácter personal y que no fuera los relatos que andan en manos de todos, pues como se sabe, aquí faltan, más que en ninguna parte, las memorias y relaciones que tanto abundan en la historia francesa, por ejemplo. Mucho tuve que trabajar; pero debido al auxilio de amigos curiosos, de la prensa periódica del tiempo y de libros poco conocidos, dí cima á la tarea, aunque tan imperfectamente como verá quien tenga paciencia de seguir leyendo.

Siempre que logré encontrar un diálogo ó una frase que dieran idea de lo que pensaban, querían ú opinaban las gentes que vivieron en aquel agitado período, las aproveché á la letra; no fueran á desvirtuarse y á perder su frescura al caer bajo los puntos de mi torpe pluma.

Ojalá que mi libro haya logrado la fortuna (que no espero) de sintetizar la época reformista y los caracteres que entonces se distinguieron; y que si no alcanza tanto, consiga, por lo menos, despertar el afán de los verdaderos artistas por darla á conocer en la forma novelesca, que la popularizará y hará simpática.

Popotla, 1901.

V. SALADO ÁLVAREZ.



SU ALTEZA SERENÍSIMA

CAPÍTULO I

Se da razón de mi patria, con otras noticias que no son impertinentes en esta verdadera historia

YA viejo y con un mediano pasar, ocioso, amante de los libros y dueño de algunos muy lindamente escritos; sin mujer, hijos ni nietos á quien cuidar, debería retirarme á mi casita de «La Sauceda» y aguardar allí la muerte, que naturalmente no debe dilatar en venir. Pero algunos que me quieren bien, y que dicen poseo palabra fácil y colorida, buena memoria y noticias, que ya van siendo escasas, de acontecimientos pasados, me animan á que relate las grandes cosas que presencié y en que tomé la parte secundaria que era na-

tural me tocara, dados mi corto mérito y mis escasas prendas.

A no ser cartas familiares y documentos de cuartel, nada he escrito que me encamine á meterme á cronista de cosas viejas... Ah, sí; en otros tiempos escribí algunos versillos; pero ha llovido tanto desde entonces y mi literatura está tan fuera de la moda vigente, que si la exhibiera temería se rieran de mí, como si ahora saliera á la calle con romántica ó con capa Zaragoza.



JUAN PÉREZ

Y como es descortesía no hacer saber con quién se trata y con qué derecho se dirige la palabra á las gentes, allá va en otras que no serán muy breves, algo que puede parecer una autobiografía.

Me llamo Juan Pérez, tengo sesenta y nueve años de edad (que cumpliré el próximo veinticuatro de Noviembre, día del bienaventurado Juan de la Cruz). Mis padres, contrariando la sentencia del clásico, fueron pobres y

honrados; mi linaje es obscuro, pero de gentes buenas y que nunca dieron que hacer á la justicia.

No puedo ingertar mi árbol genealógico por rama ninguna con la de los siete infantes de Lara ó el Cid Campeador: el primer ascendiente mío que vino á estas tierras se llamaba Pero Pérez de la Llana, era castellano viejo, de tierra de Burgos, y por no sé qué azares de la suerte se alistó en la expedición de Barba; asistió al sitio y toma de México; vino después á la Nueva Galicia en compañía de Guzmán, salió luego con Oñate, ya habilitado como escribano de la expedición, y al fin se asentó como vecino en el pueblo de Tlaxochimaco, situado, como todos lo saben, en la raya de los actuales Estados de Jalisco y Zacatecas. Allí un virrey (creo que Mendoza) lo agració con un sitio de ganado mayor, uno de menor y tres caballerías, «por haber servido á S. M. con cincuenta pesos en reales y su media annata.»

Ni el españolismo ni la mercedación heredaron los descendientes de Pero Pérez, aunque sí el oficio de escribanos, que ejercieron todos hasta mi padre. El ranchillo lo enajenó á poco un hijo del agraciado, que se decía Diego; la sangre castellana se convirtió en mestiza, mediante múltiples uniones, legítimas las unas, de la mano izquierda las otras, con criollas é indias.

Mi padre, que se llamaba don Andrés (Dios lo tenga en su gloria), era la persona más perfecta y cabal que se

haya visto jamás. Franco, sincero, partido, liberal, de buen entendimiento y corazón hermosísimo, no tuvo más defecto que su grande é incorregible pobreza.

Fuimos seis hermanos: Petra, que casó el 54 con el Coronel Ávalos; Manuela, mujer de Naranjo, el riquísimo denunciante de bienes nacionalizados; Rudesinda, que vive soltera y convertida en rata de iglesia; Catalina, preciosa criatura que murió antes de llegar á la edad núbil; Toribia, cuya triste historia contaré quizás algún día, y yo, que fuí el último vástago de la familia y el único varón en ella.

No puedo decir que haya nacido con pie derecho; cuando tenía unos pocos meses, mi madre, que pertenecía á la familia de los Osorios, de Juchipila, murió del cólera en 1833, y me dejó entregado en manos de tías, de nanas y de *chichiguas* que me hicieron perder la salud y me ennegrecieron el humor.

Cuando tuve cinco años entré á la *miga,* como se llamaba en mi pueblo á la escuelilla elemental. Regía la tal escuela una vieja hasta de sesenta años, obesa, de negros ojos, de tez morena, vestida en invierno y en verano con un *chomite* á cuadros negros y rojos. A nosotros, chiquillos de poco más ó menos ó de menos en todo, la ogresa aquella nos causaba un terror indecible. Cada vez que no dábamos la *cuenta,* ó dejábamos de ponernos de rodillas para recitar lo de † IHS, A. E. I. O. U., la maldita vieja nos

amenazaba con rompernos las nalgas con una cuerda de cáñamo que guardaba debajo de su cama; y entonces era el rechinar de dientes y el temblar de pies á cabeza: doña Justa tenía más carne en uno de sus brazos que nosotros en todas nuestras desmedradas personas, y era muy capaz de poner por obra lo que anunciaba.

Luego que supe *decorar* y estuve listo en catecismo hasta *declaraciones y misterios,* mi padre dispuso que pasara á la escuela que el Ayuntamiento sostenía en el lugar. Dicen que en otros pueblos que no habían tenido la fortuna de contar con un filántropo que legara su hacienda en beneficio de la instrucción, andaban las cosas peor que en el mío; ignoro si será cierto; pero si era así, muy mal debe de haber estado todo.

Componían la escuela dos galerones obscuros y vastos en que nos aglomerábamos hasta trescientos muchachos, desde rapaces que no alzaban vara y media del suelo, hasta chicarrones que ya tenían bozo ó indicios de él. Desbravaba á todo aquel pueblo de gente menuda el maestro don Calixto Ruiz, hombre como de cincuenta años, recio de miembros, metido en carnes, con gran barba que amarilleaba en las cercanías de los labios por causa del íntimo contacto con el cigarro de estanco que fumaba continuamente, y vestido con chaqueta de dril blanco y pantalón de pana. Aún me parece verlo con su gesto habitual, alzarse los pantalones con el codo del

brazo izquierdo, mientras con la mano derecha sujetaba el cigarrillo, que entre la selva de la barba negrísima, apenas atravesada por hebras de plata, semejaba un carbunclo en medio de la obscuridad.

No se necesitaba mucho en aquel tiempo para ser maestro; bastaba con saberse de coro el catecismo, el *Freuli,* un poquito de gramática, de aritmética hasta la regla de aligación y tener ¡eso sí! un carácter de letra tomado directamente del muestrario que para constante ejemplo de los pósteros dejó aquel portento de la caligrafía que se llamó don Torcuato Torio de la Riva. Pero en cambio se habían menester las cualidades extraordinarias de un Napoleón, ó mejor las de un Empecinado, para dominar y mantener en orden á aquella chusma, á la cual de seguro excedería en número la que el cura Hidalgo revistó en los campos de Celaya; pero no en artera malicia, en desenfado truhanesco y en ingénita y nunca vista travesura. Sin embargo, cuando el don Calixto cogía la cuarta con cabo de plomo que lo acompañaba en todas sus labores, *conticuere omnes,* se podía oir el vuelo de una mosca, el crecer de la yerba, la música de las esferas. Entonces empezaba su tarea verdaderamente majestuosa é imponente: los mayores escribíamos al dictado en los *pizarrones* negruzcos: *los vientos,* con v consonante; *del sur,* coma; *que en aquellas,* con ll; *abrasadas regiones,* con s y g; *son muy frecuentes...* Cuidado, Zaragoza... Quieto, Piña...

Allá voy, Cisneritos... He comprado veinticinco varas de alfombra en cuarenta y dos pesos, siete reales, ocho granos; ¿cuánto importa cada vara?

Los medianos repasaban en voz baja el catecismo y la historia sagrada, y Ruiz tenía tiempo de preguntarles, á fin de que no se distrajeran: «Y el que jure algún mal, ¿qué hará?» ó «¿cuántos fueron los profetas?»

Los chicos, entretanto, descifraban á grito pelado, en el salón lejano, las tenebrosidades del libro segundo: *Blas, bien, buey, col, crin, diez.*

Pero aquello acababa pronto, tan pronto como llegaba la visita obligada de las tardes, el padre Cervantes, el padre don Darío, como le llamábamos todos. Los dos amigos se enfrascaban en la conversación, reían á más no poder, fumaban cigarrillos *coleados* y acababan por no hacer caso de nosotros. Entonces, con ese instinto de las muchedumbres, que saben cuándo no tienen rey ni roque, formábamos *aguaceros,* nos manchábamos las caras con tinta, nos echábamos al suelo mediante empujones brutales, empezaba lo de «Señor, mire á Juárez que me está pegando» — «Señor *maistro*, Juanito Antúnez me escondió mi pluma» — «Señor, están echando *caballería.*» — Nos reíamos á voz en cuello y formábamos tales zipizapes, que la gente que pasaba por fuera se decía sin falta: «ya está de visita con el *maistro* el padre don Darío.»

Pero cuando Ruiz salía de su embobamiento y notaba

que la escuela estaba convertida en campo de Agramante, en que cada quien batallaba ora por la espada, ora por el yelmo, bajaba de su atalaya, y aquí da un puñetazo, allí golpea una pierna, más allá deja maltrecha una espalda, en esotra parte rompe un *pizarrón* ó acorrala á un muchacho ó deja impreso el plomo de la cuarta en la madera de una mesa.

Por fin, aquello se serenaba, y entre llantos y lamentaciones sentíamos llegar la hora de la salida. Entonces se dirimían las contiendas que habían quedado aplazadas desde la hora de clase: «Aquí dígame lo que me dijo adentro»; «véngase á la orilla si es tan hombre»; «á que no se *pela* para el río.»



Generalmente no había necesidad de *pelarse* para ninguna parte. A la vuelta de la escuela había un callejón sucio, obscuro y fétido y allí iban los peleantes y sus padrinos ó testigos,

que desempeñaban el papel de coro en la tragedia griega:

— No te dejes, Silverio.

— Al que le dan en el pecho, pierde su derecho.

— Al que le dan en el codo, lo pierde todo.

— Ya, ya bueno, decían los jueces de campo cuando los contendientes se habían sacudido el polvo de lo lindo.

Llegó por fin el día de los últimos exámenes. Mi nana Manuelita, que hacía conmigo veces de madre, me mandó á la barbería de Domingo para que me *pelaran del casquete,* me vistió mi traje de *rompecoche,* pantalón, casaquín y chupa, que habían pertenecido á mi señor padre; me puso mi camisa bordada y mi sombrero de cubetita, todo de idéntico origen, y me envió á la escuela.

Cuando entré, oloroso á pomada de toronjil, con el traje recién cepillado y con la satisfacción en el semblante, sentí que se había levantado á mi derredor un murmullo, primero de admiración, después de envidia, luego de odio y aborrecimiento. Era el mismo murmullo que había oído años antes, cuando al presentarme con una capita de cúbica, también arreglo paterno, me habían apodado San Roque; el mismo que me había saludado cuando llevé un fieltro alemán que no admitió adaptaciones, relleno de papeles en el interior, y los malditos chicos extendieron la necedad de que allí me llevaba todos los protocolos de mis abuelos.

A pesar de eso, no creo que mi traza ciudadana, comparada con la de aquellos muchachos rancheros que vestían calzonera y cotona, haya influído en lo más mínimo para la decisión del jurado, que determinó coronarme por mi ciencia. Sabía la *cuarterola* y el *ocho y tercio,* conocía á las mil maravillas la gramática del rancio Quiroz, tenía en las puntas de los dedos el Ripalda y me bebía el Catón censorino ó sonsorino, como le llamaba no sé si la malicia ó la ignorancia de los chicos.

La escuela estaba hecha un palacio. Los ordinarios manchones de tinta de las paredes habían desaparecido; los encerados se habían pintado de negro; la alacena en que se guardaba la tiza se había ocultado por una cortina; todo estaba nuevo y radiante; hasta el maestro había introducido un poco de orden en la selva virgen de su barba y lucía una chaqueta nueva de paño veintiocheno que le daba muy buen ver.

Cuando llegaron el señor Cura, don Crescencio Torres Lares, presidente del Ayuntamiento, y don Juan de Olmos, *maistro* de la otra escuela, todos nos pusimos en pie y no volvimos á colocarnos en las bancas de madera en que habíamos estado acomodados, hasta que aquellos señores, desde lo alto de la plataforma alfombrada y arrellanados en los sitiales de cuero que en la parroquia se usaban en las grandes ceremonias, nos hicieron señal de que podíamos volver á sentarnos.

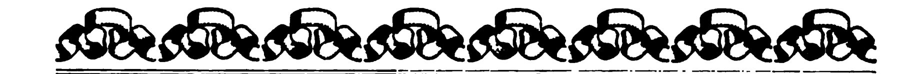


... todos nos pusimos en pie...

Mi padre estaba entre los concurrentes al acto, en una de las sillas de pera y manzana colocadas en el salón, y se sentía, según me lo confesó andando los años, vuelto un chiquillo al ver que todos lo miraban siempre que decía yo alguna cosa acertada, y más si daba un *panzazo* ó *brincaba* á otro chico.

Cuando concluyó el acto y todos aquellos señores se levantaron, oí que el *maistro* Ruiz decía á mi padre mientras le daba amistosas palmaditas en el hombro: «no tengo más que enseñarle...; sabe más que yo...; el maldito muchacho, si lo quiere, mañana mismo obtiene su título de preceptor de *primer orden.*»





CAPÍTULO II

Empiezo mis estudios y resulto gran latino

Aunque mis indicios de decencia, mi chupa y mi casaquín me debían de haber alejado de la compañía de los rapazuelos de mi edad, me acercaron á ellos mi excelente humor, mis puños formidables y mi reputación bien ganada de chico de pelo en pecho. Durante los meses que siguieron á mi examen, me empleé en coger nidos trepando á lo alto de los árboles, en bañarme en la cristalina corriente del río, contra la expresa prohibición de mi padre, que sabía cuán peligrosos remansos se encontraban en sitios al parecer inocentes, y en armar terribles combates de piedras en que éramos los contendientes tejanos y mexicanos, ó bien mexicanos y franceses ó tal vez bustamantistas y santanistas.

¡Había donde escoger y con qué darse gusto en materia de denominaciones!

Una tarde, á eso de las cinco, oímos desde las habitaciones un «Ave María en esta casa» que á todos nos conmovió y nos puso en movimiento.

Mi nana Manuelita y mis tres hermanas, la que después fué coronela, la que casó con el capitalista y la que ahora vive á Dios alabando, salieron disparadas y atropellándose.

— El Padre, el Padrecito, Fray Martín, gritaban todas.

Y mientras una besaba la correa del buen franciscano, otra lo cogía por el sayal, la de más allá le quitaba el sombrero de teja, la siguiente le daba quejas por su ausencia, y la quinta le preguntaba por qué había variado los días en que se sentaba á confesar.

Cuando el cortejo entró en la pieza en que nos hallábamos mi padre y yo, ya salíamos á su encuentro. Se abrazaron los dos viejos, se sentó el sacerdote en el sillón de vaqueta, cerca de la mesa con cubierta verde manchada de tinta, que soportaba la salvadera, el mazo de plumas y el tintero de asta, y limpiándose el sudor con un gran *paliacate*, dijo al ver llegar dos enormes tazones de soconusco escoltados por competente ración de *alamarcitos, enredos, picones y petenceras:*

— A la buena de Dios; como estas pilluelas saben muy bien que soy inexorable en el tribunal de la confesión, y

que castigo los pecados con ásperas y durísimas penitencias, tratan de sobornarme trayéndome este exquisito chocolate, que de rechazo toca á mi amigo don Andrés Avelino. Pero no les ha de valer, porque las he de mandar al cazo mocho, donde en vez de conservas y dulcecillos no me podrán ofrecer sino tazas de plomo derretido y enreditos de serpientes y escorpiones.

— ¡Ah, qué padre tan gracioso! dijeron todas en coro.

— Ya verán, ya verán que de esas cosas hay ejemplitos que dejan á uno pasmado; algo les contaré de eso algún día.

— Ahora, padrecito, dijo mi nana que se pirraba por las historias piadosas.

— Ahora, dijeron las criadas que llenaban la pieza sentadas en cuclillas á manera de figuras de códice.

— Ahora, dijeron á una voz las muchachas.

— Bueno, bueno, hagan silencio, que es cosa de oirse. En una ciudad de Flandes vivían dos estudiantes... pero no; ya caigo en que este polar (1), este jacobino de don Andrés, se va á burlar de nosotros. ¿No es verdad, don Andrés, que usted cree embelecos estas historietillas?

Sonrió su merced con aspecto de quien no quiere decir sí ni no; pero el padrecito, que era discreto, comprendió de dónde venía el viento, y puso punto en boca.

(1) Se llamaba polares en el Estado de Jalisco, á los liberales que aparecieron después del 24, á causa de que redactaban un periódico llamado *La Estrella Polar*, en que, según parece, se defendían las opiniones radicales. No sé que existan á la fecha ejemplares de ese periódico.

No fué necesario más para que aquel ilustre senado emprendiera la retirada poquito á poco, sin que tardáramos en quedarnos solos mi padre, el regular y yo.

— Ya sé, ya sé, exclamó el santo varón dirigiéndose á mí, que tenemos en casa un nuevo y famoso Pico Mirandolano, asombro de las humanas letras. Qué callado te lo tenías, angelito del Señor. ¿Conque á tus años conoces ya la regla de aligación, el modo de ayudar á misa y no sé cuántas cosas más? Si yo te creía ocupado en romperte la cabeza en esas guerras que arman los muchachos á la orilla del río y me encuentro con que sabes más que Lepe, Lepijo y su hijo. Pero no podía ser de otro modo; como desciendes de esta familia en que se hereda la habilidad por línea recta de varón, ya tienes más talento que un arzobispo metropolitano. Bendito sea Dios; de casta le viene al galgo ser rabilargo.

— No, dijo mi padre, no se engañe Vuestra Paternidad ni crea que ha topado con algún prodigio. Bastante travieso es el chico y bastante me ha dado que hacer; pero eso sí, á dispuesto, habilidosillo y de buen natural, no hay quien le gane. Y ahora, aquí me tiene su merced frente á un problema que no hallo cómo resolver. Todos los de mi casa han sido gentes de pluma y han tenido carrera. Un montón de vainas de huizache y un montón de plumas de ganso han sido siempre nuestro capital; pero ahora anda todo por las nubes: las escrituras no vienen,

los honorarios se cobran trabajosamente, y apenas si *arañando la cubierta,* logro mantener en la honrada pobreza á que estoy acostumbrado, á esta larga familia que el Señor me envió.

Por esto paso muchos días caviloso y meditabundo. ¿Debo poner al chico como dependiente en algún *zangarro* de los que aquí existen, ó mandarlo á un rancho para que empiece su carrera por llavero ó portero, y acabe por mayordomo administrador? Créame, padre, se me hace muy cuesta arriba eso de enviar al muchacho á que se ordinaríe y se llene de vicios entre gente inferior á él en educación. En cambio, si yo consiguiera que tuviera un título como el mío, no faltaría manera de agenciarle la secretaría del Ayuntamiento, que deja sus buenos quince pesos cada mes, la notaría de la parroquia, que deja otros diez, ó en último término mi oficio, que pobre y todo, da lo suficiente para vivir.

— ¡Pero que se apure usted por eso, amigo don Andrés! Mándemelo al convento, mándelo á mi lado y allí irá echando *tripa* de gramática mientras Dios lo socorre á usted y le abre camino. ¿Quién quita que los tiempos mejoren, ó que cualquier caballero cristiano y liberal, condolido de la suerte del muchacho, lo proteja para no dejar que se obscurezca su buen ingenio?

Como no había mucho de donde escoger, y como aquel expediente significaba por lo menos una suspensión de los

pensamientos que tan trabajado traían al pobre viejo, desde el lunes siguiente, con mi Antonio bajo el brazo me dirigí al convento.



El cual era un inmenso edificio que ocupaba la cuarta parte de la población. Los ambulatorios, corredores, patios y corrales que lo componían, no los podría recordar fácilmente; las celdas eran como trescientas; el refectorio una inmensa galería que habría podido contener un mediano ejército; el general un salón en que habrían cabido los discípulos del Tostado cuando éste leía en Alcalá. Había además una huerta de frondosísimos árboles frutales, con calles que la atravesaban en todos sentidos, y tan anchas, que es fama paseaban por ellas en coche los frailes anteriores; un estanque de agua limpidísima; juego

de bolos y no sé cuántos primores más. Este convento, los ranchos de *Pedregoso*, la *Cuesta, Jalacingo, Estancia de Ayones* y otras posesiones rústicas, estaban destinadas á la manutención de cuatro frailes y dos legos.

Pronto aprendí las declinaciones y conjugaciones; pero antes estuve listo en aquello de

La señora *musa musæ*
Y el señor *dominus domini,*
Se fueron al *templum templi*
A oir el *sermo sermonis.*

Y también supe lo de

Quis vel qui,
Todos los burros se quedan aquí;
Y el que de aquí pasa
En *verbitos* se atrasa;
Se ordena ó se casa.

Amén de *pastorcito come adoves. Non est pecatum mortalis occidere patrem sum. Caracoles comes* y otras lindezas así.





CAPÍTULO III

Donde se declara quiénes eran y qué pensaban los padres Luna y Huerta

La celda de mi bienaventurado maestro Fray Martín de Luna, era amplia, bien orientada, resplandeciente de aseo y blancura. A mí me parecía uno de los más deleitosos lugares de la tierra, y quizás pensaban lo mismo que yo los señores regulares que vivían en el convento, pues la habían constituído en mentidero y lugar de cita para contar chismes, hablar de política y decir mal del prójimo.

Antes de vísperas y después de laudes, instalábase allí la comunidad, que no podía ser más reducida. El prior, Fray Joaquín de Angeles, era un viejo con medio siglo en cada pata, tembloroso y enfermo de ausencias, hasta cau-

sar risa. Más nulo por sus alcances intelectuales que el mismo prior, era Fray Manuel de Salas, buen mozo y arriscado, pero en cuyo derredor se cernía el peso de una historia de amores, cuchilladas y muertes que ponía espanto.

También tenía historia, aunque no trágica ni vergonzosa, Fray Antonio Huerta, seco, amojamado, que casi no alzaba los ojos del suelo y gastaba una vocecita tan suave y harmoniosa que nadie habría creído las pestes que de él se decían, si no estuvieran atestiguadas por la tradición constante en el pueblo.

Fray Antonio era nada menos que un descamisado de la peor calaña, un espíritu rebelde que había merecido ser desterrado á Tlaxochimaco, en castigo de su insubordinación.

Se contaba que leía á diario los autores prohibidos; pero no para refutarlos y demostrar sus errores, sino para aprender sus vitandas doctrinas y complacerse en sus perversas enseñanzas.

Se carteaba con yorkinos y exaltados, hablaba de cosas que en aquel tiempo aparecían tan imposibles como meterse el sol en el bolsillo ó volar con alas prendidas con cera, y se decía que mandaba á los periódicos jacobinos artículos tan razonados y llenos de lógica, que ponían verdadero espanto en las huestes contrarias.

Descartados el prior, que era un carcamal incapaz de



En México se están batiendo

discurso, y el guapetón del Padre Salas, no quedaba para ponerse frente á Fray Antonio sino mi maestro Luna.

¡Jesús, y las broncas que armaban, las cosas que decían, los textos que citaban, los argumentos que exponían y las respuestas con que se abrumaban! Era cosa de poner tablados para oir aquel desencadenamiento de la facundia y la pasión humanas.

Una siesta entró Fray Antonio llevando en la mano no sé si *El Republicano, El Monitor* ú otro periódico, y nos dijo pesaroso:

— En México se están batiendo; seis días lleva la guardia nacional de tirotear á las tropas de Farías.

— ¿De veras, Padre? dijo Luna; pues crea que yo lo aguardaba. No era justo que los señores *polkos* vieran tranquilos insultar y despojar á la Iglesia, sin que hubieran volado en su auxilio. Sólo á un bellaco del tamaño de Farías se le ocurre querer imponer gravámenes á las propiedades sagradas. Como si no hubiera censuras claras y terminantes contra los que tocan esos bienes, en el santo Concilio de Trento y en el Tercero Mexicano. San Agustín y San Jerónimo, Su Paternidad lo sabe tan bien como yo, tienen textos que no sé cómo sabrán conciliar con su rapacidad los señores canonistas del demócrata Farías.

— Pero si hay esas prohibiciones, ¿cómo se explica que los señores eclesiásticos de México estén suministrando dinero á las tropas pronunciadas? Dos pesos dia-

rios por cabeza de oficial, entregan los mayordomos de monjas, y sólo así han obtenido el pronunciamiento.

Y si recaen tantas censuras y excomuniones, ¿cómo se concilian con el derecho que tenían los monarcas españoles de disponer de la plata de las iglesias en tiempo de guerra ó de necesidad?

—Bonito; pues si en tiempo de guerra podían apropiarse esas cosas, en tiempo de paz no dejarían de cogerlas.

—Y estarían en su derecho, porque precisamente la primera condición con que las comunidades poseían, era el permiso de la Corona.

—Pues en ese caso se podrían suprimir conventos, destruir iglesias, vender bienes de cofradías y hacer mala barata de todo, como si la Iglesia fuera sierva y no señora, como si tuviera en préstamo y no en propiedad esas cosas.

—Precisamente, Padre, ese fué el gran mal de la monarquía española: desde el tiempo de Carlos I se echó de ver que los conventos eran tantos, que convenía restringir esas casas y tener más trabajadores.

Al descubrirse la América el mal pasó acá: ya en la época de Felipe IV, el ayuntamiento de México ocurría al Rey, haciéndole presente que debía prohibir la fundación de conventos de monjas y frailes, que eran en tal cantidad y tan ricos, que pronto dejarían al reino sin gente y sin blanca. Sólo una de las órdenes que en el siglo XVIII im-

peraban en Nueva España, tenía haciendas en que se esquilaban anualmente más de 300,000 ovejas, sin contar el ganado mayor; muchísimos ingenios de azúcar; dinero y casas en cantidad incalculable. Por eso la Compañía de Jesús fué abolida, por eso las Cortes de España en 1820 declararon que se debían reducir los bienes de los conventos, hospitales, casas de asilo, cofradías, archicofradías y memorias, de manera que apenas pudieran vivir decorosamente con sus productos los individuos que de ellos tenían que subsistir.

Para evitar las consecuencias de esa y otras medidas, nuestro clero aceptó el Plan de Iguala; pero no contaba con el avance natural de las ideas y con el trascurso de los tiempos: la inflamación y la podredumbre que se atajaron por un lado, reventaron por otro con furia nunca vista. Allí tiene Vuestra Paternidad las disposiciones de la primera Vicepresidencia de Farías, que tanto espantaron á los timoratos; allí tiene la actitud del partido puro, que, ó no sé yo nada de estas cosas, ó está destinada á producir algo muy sonado; y todo ¿por qué? Porque tenemos acaparada la riqueza pública, inactivos valores inmensos, ociosas á más de quince mil personas entre hombres y mujeres é influído y fanatizado á todo el resto de la población.

—¿Y las misiones, y las escuelas, y los hospitales y los colegios de *Propaganda fide*? A ver, resuélvame eso; y dígame si algún día podrán los jacobinos mantener la

enorme cantidad de gente que vive á nuestra costa, comiendo la sopa boba de los conventos.

— Pues le digo á Vuestra Paternidad que los hospitales que el clero sostiene, no bastan para atender al incalculable número de desheredados que necesitarían de su auxilio; que las escuelas son atrasadísimas, y que de nuestros seminarios apenas salen *lárragos,* discutidores, pero no gentes de ciencia ni piedad; que no hay en todos nuestros colegios cátedras de hebreo ni de idiomas modernos, ni de historia profana, ni de nada, en fin, de acuerdo con las luces del siglo; y que toda esa gente que se mantiene á expensas de los conventos es una turba de haraganes que, como tiene segura la comida, se dedica á vivir de holgazana ó á hacer picardías de todas clases.

— Pero esas cosas las tiene que remediar el bendito General Santa Anna, que ya ha de haber llegado á la capital para quitar de enmedio al protervo Farías. Ese nuevo Gedeón, ese deseado de las gentes, ese héroe invictísimo, ese defensor de la religión, esa estrella de Oriente, es el destinado á cambiarlo todo. ¡Y poquito que nos envidian las naciones extranjeras á nuestro Presidente! Sepa V. P. que no hace mucho le escribió Lafayette, ese General que tan famoso es en aquellas Europas de Dios, y que lo pone por las nubes. Sí, sí, bien lo *manzanearán;* pero para ellos estaba el señor Santa Anna. Se guarda para su patria, para su tierra querida, y primero que

hacer la felicidad de Austria ó Francia, ó de los reinos del Preste Juan, ha de dedicarse á lo que tiene cerca; tanto más cuanto que México es la nación más rica del mundo: suelo fértil, minas de oro, bosques en que abundan todas las maderas, caídas de agua...



S. A. S. D. Antonio López de Santa Anna

Con razón los malditos patones, que en su tierra no tienen más que aridez y tristeza, tratan de quitarnos lo nuestro; pero á buena parte van: primero necesitan vencer al esforzado Santa Anna, y eso no lo conseguirán ni volviendo á nacer.

—Pero, Fray Martín, por los clavos de Cristo, ¿qué está V. P. ensartando allí ni qué va á impedir el General Santa Anna, ni Señora Santa Ana ni alma nacida ó por nacer, que las cosas lleguen cuando deben llegar; ni cómo van á hacer para que la propiedad mal repartida esté repartida mejor, ni para que los agravios acumulados en tanto tiempo de política absurda queden extintos y proscriptos? Mucho podría hacer Santa Anna ó cualquier hombre si tuviera buena voluntad y mejor entendimiento;

pero no veo trazas de ello. Y lo peor es que nuestra santa religión va quizás á sufrir y á ser perseguida, cuando bastaría un poco de desprendimiento y otro poco de amor á Dios para evitar esa catástrofe.

— Tonterías, Padre Huerta, tonterías; esos librotes que V. P. se lee, le han trastornado el seso y comienza á ver visiones: mire que no son gigantes sino molinos de viento; mire que esas cosas de que habla no hay quien las mire en el mundo, exceptuando á los tres ó cuatro sutiles y almidonados que comulgan en la capillita de V. P...

Entretanto el superior roncaba; Fray Manuel, que se había salido sin que lo sintiéramos, jugaba con los legos á la barra en el huerto del convento, y yo permanecía con tamaños ojos abiertos, sin entender la mitad de lo que hablaban aquellos varones, pozos de ciencia.

Así, entre disputas de frailes y textos del *Arte poética*, de la oración *Pro Archia*, de las *Églogas* de Virgilio y de las *Odas* de Horacio, pasé dos años, dos años que miro más claros vivos en la tela de mi vida, que los que ayer tejió la suerte, tan descoloridos y faltos de encanto.

Un día el padre Fray Martín se plantó en mi casa, y dijo á mi padre mientras yo borrajeaba unos versos latinos en un viejo cartapacio:

— Amigo Andrés, aquí tiene usted á su hijo convertido en un habilísimo latino; y ya sea que su genio lo lleve por el cultivo de los *dulcia arva*, que diría nuestro Marón;

ó que se incline á los tratos de Mercurio; ó que desee hacer conocimiento con Belona, puesto que los tiempos son de aquellos que decía Lucano:

¿ Quis furor, o cives, quæ tanto licentia ferri ?

tendrá como reliquia sagrada las buenas letras que me ha tocado la suerte de enseñarle, pues como cantó el profano:

Quod semel est ibuta, recens servabit odorem.

Ahora es tiempo de que usted, si puede, ó sus valedores, si los tiene, agencien para el chico una *beca de merced*, ó á sus expensas lo envíen al Seminario de Guadalajara, donde podrá lucir por lo que sabe y aprender lo que ignora.

Se conocía que á mi padre no le cogían de nuevo esas cosas, y que más que el mismo Luna había pensado en la manera de salir de aquella situación; pero nada dijo, por lo cual el bueno del fraile siguió hablando:

— Anímese, Andrés, y háblele á su compadre don Crescencio Torres Lares, que yo sé lo estima y que si quiere puede favorecer al muchacho; aunque no haría gracia ninguna, pues padrino es de Juan, y obligación tiene de ayudarlo conforme á conciencia.

Algo contestó mi padre alegando su cortedad y falta de ánimo, algo porfió el fraile, y por fin quedó resuelto que Fray Martín hablaría á mi padrino para pedirle su ayuda en aquel difícil negocio.





CAPÍTULO IV

Se presentan las distinguidas personas del cacique del pueblo, su mujer y sus hijos

No sé si en lo anterior he mencionado con el acatamiento que correspondía, á mi padrino don Crescencio Torres y Lares Vázquez de Medrano y Ayllón, cuarto marqués de casa Ayllón, ex regidor perpetuo de la villa de Tlaxochimaco, patrono del santuario en que se veneraba á Jesús Nazareno y cacique indiscutido é indiscutible del lugar.

Era hijo de don Pedro Torres y Lares, tercer marqués y persona famosa por una tristísima causa: había sido ahorcado por el jefe Mina, por haberse rehusado á proporcionar á su tropa no sé qué mantenimientos que le pedía.

Don Crescencio era el tipo del caballero á la antigua: franco, leal, honrado y generoso, estaba lleno de bondad para todos, principalmente si eran sus inferiores; pero esa bondad y esa sencillez suyas no llegaban á significar que tuviera la idea de que aquellos á quienes favorecía pudieran ser iguales á él, ó siquiera sus prójimos. Era estirado, reseco y duro naturalmente, sin alardes ni fingimientos, como lo es un pino que le han quitado las raíces, con la diferencia de que este pino guardaba follaje y solía prestar sombra á quien la necesitaba.

La casa de mi padrino era vieja, pero con esa vejez lozana de las obras destinadas á perpetuarse. Tenía un solo piso, ancho zaguán, escudo en el frontis, herrumbrosos balcones de gruesos barrotes y como remate la imagen tallada en piedra de un santo ó santa cuya fisonomía no se lograba distinguir.

Era vasta, vastísima, casi como el convento. Tenía tres entradas que daban á otras tantas calles, y otra que desembocaba en un arroyo sucio y fétido que atravesaba el lugar y conducía todas las inmundicias hacia el río.

Cuántos cuartos y en ellos cuántas rinconeras talladas, cuántas cornucopias, cuántas imágenes de santos de hechura queretana ó guatemalteca dentro de capelos de cristal, cuántas cajas de madera de alcanfor, cuántos roperos de caoba, cuántos caracoles de la mar atrancando puertas y cerca de las rejas de las ventanas.

Recuerdo todo aquello como si lo estuviera viendo y tocando, con sus colores, sus contornos y sus detalles, y así recuerdo aquel cuarto en que se guardaban las cosas fuera de uso. En la pared había retratos de muchos antepasados de la familia, repetición de los que honraban la sala: el oidor de la audiencia de los Confines, el alcalde de corte en tiempo de Revillagigedo, la primera marquesa, que se contaba había mancillado el lecho de su esposo con un criado de escaleras abajo, el arcediano de la Catedral de Puebla y la bellísima doña Clara Ayllón, asombro de su tiempo.

Los hombres tenían el ceño fruncido, altivos los labios, la peluca más ó menos alta según el tiempo y en la mano inevitables los guantes de gamuza.

Las mujeres, en medio de la selva de tirabuzones de la cabeza y de los encajes del cuello, mostraban en la boca una sonrisa tan hondamente lujuriosa é incitante como la pulpa de un fruto delicado tras los estorbos de la corteza.

Los baúles olían á sándalo, á almizcle, á oriente remoto y á Regencia corrompida. Había allí abanicos de laca delicadamente miniados, bargueños incrustados de nácar, arquetas de madera en que se veían esculpidas inverosímiles escenas de guerras y amores, biombos en que relucían con el apagado fulgor del oro que deben guardar los gnomos en el centro de la tierra, quimeras aladas, dra-

gones de colas espantables, fauces de serpientes, toda una fauna de febricitante.

Por el suelo yacían altos sillones desvencijados, sin cojín, con los brazos y el asiento durísimos, brillantes por el uso; parecía que una generación de ascetas había meditado en ellos acerca de la maldad del hombre y la inania de la existencia.

En grandes arcones de cerradura llena de orín se hallaban los trajes blancos, amarillentos por el encierro y la obscuridad, como castas monjas que se tornaron anémicas por el velo y las rejas; trajes que sirvieron para bailar minuetos y que hablaban de fiestas galantes, de amores y de duelos; trajes de madroños, mantillas blancas y negras todavía olientes á vino, á incienso, á agua de la Emperatriz y á cera bendita; medias de seda y chapines de raso que oprimieron pies inverosímiles, espadines, gorgueras, casacones, pelucas, capas de grana, todo un pasado de romance y de historia, de corrupción y de ascetismo.

Pero maldito si veíamos esos primores yo y los hijos de mi padrino, Crescencio, Pedro y Ramón, que nos metíamos á aquel cuarto á representar comedias de nuestra invención, vistiéndonos los trajes de los antepasados, tocándonos con los peluquines y esgrimiendo las espadas nada menos que contra los monos de la pared, complaciéndonos en romper el escudo que se hallaba en lo alto de cada cuadro; simbolismo que ahora me espanta, como que

venía á decir nuestro desprecio á la tradición y nuestro deseo de destrozarla valiéndonos aun de sus armas enmohecidas y sin filo.

En estas correrías era parte integrante la niña de la casa, Trinidad, Trini ó Trinita, como le llamaba todo el mundo. Era de la piel de Judas, arrojada, valiente, capaz de inventar las peores atrocidades; y á sus diez años sabía más que nosotros á nuestros catorce ó quince.

Era monísima, linda, exquisita, de grandes ojos negros, de tez sonrosada; parecía hecha de nieve y de rosas.

Como yo era el extraño, me tomaba en sus juegos por su novio ó su marido, cuando no me hacía descender á más bajos menesteres y convertirme en mula ó toro.

Por todo eso pasaba yo lo mismo que por ser pellizcado, mordido y golpeado por la señorita, que gastaba sus puntas y ribetes de bravía y terrible.

Un día de aquellos se acercó hasta nuestra guarida mi señora doña María Antonia, esposa de don Crescencio, y llamándome aparte, me encargó suplicara á mi padre se sirviera aguardar aquella noche, que irían por casa ella y su marido.

La recomendación sirvió, no para que mi padre dejara de salir, pues jamás ocurrió á tertulia ni rebotica, sino para que se comprara un velón de á *medio,* que se colocó en un candelero de azófar, y para que tanto mi tía como

mis hermanas esperaran vestidas con sus *túnicos* de linón y sus rebozos *ametalados,* la visita de tan honradas personas. Además, las sillas de tule, el cuadro de la Refugiana y el otro de pájaros hecho en Michoacán, se limpiaron y bruñeron más de lo de costumbre, se cambió el olán que servía de cubierta al canapé, y se avivó el fuego del braserillo que ardía siempre en una mesa.

A los *clamores* de las ocho llegaron mis padrinos, y mientras las muchachas, todas cortadas, recibían á la señorona y la hacían sentarse previo el abrazo de estilo y el «¿Ustedes cómo han estado?», don Crescencio echaba los brazos á mi padre, diciéndole con cariño:

—Pero, compadre, ¿qué pasa con usted, que me manda embajadores cuando puede por su propio derecho ir á abogar por cualquiera? Vengo á reñirlo y á prevenirle que no se ande valiendo de nadie cuando necesite algo de mí.

Y mano á mano se encaminaron al estudio, mi padre, chiquitín y flacucho, y el cacique, alto, con *clavo* blanco, con ojos negros, ataviado con chaqueta y pantalón de paño y cubierto con capa de enormes vuelos.

No sé qué hablarían los señores; pero cuando las visitas se ausentaron, mi padre nos dijo á todos, lleno de gozo:

—Abrácenme, muchachos, que hemos ganado: mi compadre Crescencio, que es el hombre mejor y más ca-

ballero de toda la tierra, me acaba de dar el gustazo de decirme que va á mandar á Juanillo al Seminario de Guadalajara á fin de que estudie y se haga un hombre. Se va en compañía de Pedro y Ramón, los niños de Torres, y no de *mocingo,* ni á la sopa de nadie, sino pagando su pensión y viviendo al lado de esos chicos que Dios ha de bendecir, como hijos que son de tal padre.

Hubo de todo; llantos, exclamaciones de sorpresa, besuqueos y muestras de alegría; pero á todo puso término el jefe de la casa diciéndonos:

— Ahora hay que acostarse y consultar con la almohada cómo le arreglaremos ropa al muchacho para que no se presente hecho una miseria. Se van á principios de Octubre, pues el *inicio* de clases es el día diez y ocho.

Ya llegan Teresa y Lucas
A recoger el ganado,
Que Bartolo y Agustín
Dejaron desparramado.

Se marchó cada mochuelo á su olivo; pero yo no logré descansar; me tenía desvelado el notición y no sabía si alegrarme, entristecerme ó quedarme perplejo: veía al mundo por un agujero de mi imaginación, pero al mismo tiempo que contemplaba esplendores que me cautivaban, percibía negruras que me ponían pavor.

Cuando empezaba á dormirme sentí en mi boca el roce de unos labios impregnados de amor, y en el rostro la caída de gotas de un líquido tibio, mientras veía alejarse la figura de mi padre que había venido á buscarme desde su recámara.

Al día siguiente todos nos levantamos con el alba, decidores, alegres, llenos de esperanzas y deseos.

No sé cómo allegaría el pobre viejo lo necesario para trajearme; ello es que don José Mercado, el sastre del lugar, se presentó á los dos días en casa, llevando variedad de telas. Se escogieron las más baratas, me tomó el sastre las veintidós medidas de rigor, y á poco llevaron los tres vestidillos que se me compraban.

Al mismo tiempo mi tía y mis hermanas llegaban diariamente del comercio con fardos en que figuraban el *imperial* y el *calicot* como primeras materias, y como de adorno la *estopilla,* la *silesia* y el *bramante.* Todo el día se escuchaba en la pieza de costura el ruido característico de las telas al romperse, y se veía á las muchachas atareadas adornando las pecheras de mis futuras camisas con *lomillos, ojos de ratón, plumas* y demás labores sacadas directamente de los dechados verdes y rojos que habían traído de la escuela como diploma de su habilidad de costureras.

Estábamos á principios de Julio y no sé cómo pasaron los tres meses que tenían que transcurrir antes de aban-

donar la tierra. Fuimos mi padre y yo á *dar los agradecimientos* al padre Luna, nos despedimos de los otros frailes y de las personas de más suposición en el pueblo, á saber: el señor Cura, don Pablo Romo, dueño de la tienda «La Colmena», doña Francisca Mora, terrible prestamista, y las niñas Celorio, ricas venidas á menos, que vivían frente por frente de nosotros, y me quedé sin qué hacer.

Mi nerviosidad me retenía unos ratos en casa y otros me echaba fuera de ella; unas veces me llevaba á las orillas del río, poblado de enormes árboles, y otras á la altura del camposanto, desde donde se contemplaba todo el pueblo; ora me hacía ocultarme en la huerta de las Gómez, repuesto rinconcito lleno de verdura, ora me guardaba en casa de algunas tías viejas que entre mocos y suspiros me decían: «¿Y aun cuando estés en la capital, te acordarás de nosotras, Juanillo? ¿Te acordarás de estas pobres que no tardarán en ir á dar cuenta de sus culpas á Dios Nuestro Señor?»

Y los muebles familiares, los árboles rumorosos, el río que se desenvolvía como cinta de plata, el pueblo acurrucado en el llano, el huerto escondido entre tapias de adobe, y las tías de refajos y postizos, que habían llorado por Fernando VII y conocido á Orrantia, me decían á una:

«¿Por qué vas á buscar lo que no has perdido? ¿Por qué dejas lo cierto por lo dudoso? ¿Por qué abandonas

estos campos cubiertos de verdura, estas gentes que te quieren, estos semblantes amigos, y te vas en pos de vanas ilusiones? Si quieres paz, te la dan estos campos; si riquezas, estos picachos; si bienestar, tus parientes y amigos; si sabiduría, los libros de tu maestro Luna.»

Pero bueno estaba yo para oir esos reclamos ni para darme cuenta de que me hablaban todas aquellas cosas inanimadas (prosopopeya de tercer grado, diría mi amigo el franciscano). Yo no pensaba sino en luchar, en esparcir mi actividad, en hacerme rico, en vivir dichoso, quizás célebre, quizás inmortal y acatado por todos.

Los consejos que Don Quijote dió á su escudero cuando iba éste á gobernar la Barataria, eran cosa sin substancia comparados con los que mi padre me dijo de palabra y me escribió punto por punto con su linda bastarda española. Agradecimiento para con mis protectores, sinceridad, honradez, respeto á mis mayores, discreción, tacto, buena fe, religiosidad, era lo que contenían aquellas letras, que guardo en mi memoria y que me han servido como piedras miliarias para señalar la ruta de mi existencia y hacerme dichoso.

Por fin llegó aquel inolvidable quince de Octubre de 1849. Poco antes de las cuatro de la madrugada me despertó mi padre, que á la cuenta no había pegado los ojos en toda la noche, salieron mi tía y las mucha-



... besamos á discreción manos y rostros...

chas, y todos juntos nos encaminamos á la casa de las Torres.

Ya estaba todo el mundo en pie; Sabás, el mozo de mi casa, introdujo en la cajuela del coche tirado por mulas blancas, que aguardaba á la puerta, la maleta que contenía mis vestidos y uñas *arguenas* con un par de gallinas rellenas; salieron mis padrinos, salieron los muchachos, besamos á discreción manos y rostros, nos echamos á llorar como unos chiquillos que éramos, y partió el *guayín* seguido de dos mozos con chaquetas de cuero.

Los primeros momentos transcurrieron sin que nadie hablara: todos recordaban la despedida y se mantenían en un discreto silencio. Sólo yo estaba complacido (vergüenza sentía de ello) porque llevaba en el alma dos sensaciones: una remota, la de que iba á gozar y á ver mundo, y otra inmediata, la de haber besado unos labios rojos, delicados y sabrosos, y tenido cerca un par de ojazos que mal año para el sol que se aparecía por los montes que nos daban frente.

Como ya era de día, volviendo el rostro divisamos á distancia, entre áurea polvareda, una torrecilla roja, las copas de muchos árboles y unas montañas azules que á cada momento se esfumaban más en el horizonte: era nuestro pueblo, que nos decía adiós, mientras se extendían á lo lejos, en llanadas y colinas que se perdían de

vista, el mundo vasto y hermoso, la vida alegre, el porvenir risueño...

Ese primer día rendimos jornada en Pegueros, venta cervantina llena de lodo y suciedad; dormimos el segundo día en Tepatitlán, pueblo de tierra roja que tiene el privilegio de producir las muchachas más guapas en cincuenta leguas á la redonda; y al tercer día, á eso de las cuatro, divisamos un bosque de torres, espadañas, campanarios y cúpulas, reverberando unos con todos sus azulejos, rejuvenecida la piedra de otras al potente conjuro del sol, anunciando estas grandes iglesias que elevaban sus bóvedas á manera de enorme lomo de paquidermo, y delatando aquéllas á pequeñas capillas ocultas entre verdura.

Una hora después pasábamos por San Pedro Tlaquepaque, lleno de quintas coquetas, y á poco entrábamos en Guadalajara. Frente á una casa que ostentaba las barras del escudo de la Merced, paró nuestro *guayín* y echamos pie á tierra.

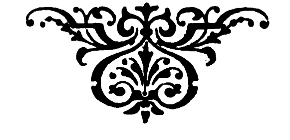
Durante el camino trajo afligidos y temerosos á nuestros acompañantes, que lo eran dos mozos *cuerudos* y un pariente pobre de los señores Torres, el temor de encontrar ladrones ó partidas de pronunciados de los que todos los días se levantaban; pero tuvimos la buena suerte de pasar sin novedad. Después he sabido que esa fortuna se debió á que el señor mi padrino, á pesar de su altivez, en-

traba en tratos con los bandidos de más renombre en la jurisdicción, cosa que hacían también los otros propietarios que no querían sufrir perjuicio en sus bienes y molestia en sus personas.

Sólo dos encuentros desagradables tuvimos: fué el uno, el de la diligencia ordinaria volcada á mitad del camino, cerca de la *Puerta de los Rodadillos*. Todos los pasajeros yacían *azorrillados*, mirándose en confusión baúles abiertos, colchones destripados y ropa tirada por el suelo. Nosotros pasamos de largo, sin querer oir los gritos que nos daban los míseros desvalijados: los ladrones solían emboscarse, y cuando se iba á prestar socorro á los comprometidos, á lo mejor salían y dejaban por puertas á los auxiliares.

En el *Mezquite gacho* distinguimos una figura fantástica, que á la luz escasa del crepúsculo se balanceaba con ritmo especial desde una rama del árbol. Era un *colgado*, á quien habían subido hasta allí no sé qué tropas ó gavillas. Según nos explicó un ranchero, las huellas que el camino tenía eran las del pobre, que había sido arrastrado gran trecho á cabeza de silla por los jinetes; pedazos de manta blanca se hallaban prendidos aquí y allá en los huizaches y chaparros del camino. El muerto, con los ojos saltados, la lengua de fuera y la cabeza inclinada sobre el pecho, hablaba más alto del estado de anarquía en que vivíamos, que las caras de espanto de los señores que nos

salían á preguntar en cada punto de sesteo ó de jornada, si no habíamos encontrado á los *tulices, jurtones, prenunciados ó del gobierno,* que con todos estos nombres se designaba á los que hoy llamamos pura y simplemente ladrones.





CAPITULO V

Lo que era en aquellos tiempos un seminario

Al llegar á este punto se me ocurre preguntarme: ¿por qué nuestra pupilera, la dueña de aquella honrada casa de asistencia, consentía en que se le llamara y aun ella se llamaba, doña Mencía, nombre que trae á la memoria los gregüescos, los jubones y las ropas acuchilladas, y no la sopa de fideos hecha con agua, ni el puchero fementido, ni el chocolate de la época posterciaria?

Imposible me es dar una explicación de tan intrincado misterio, que sólo por conjeturas puedo explicar atribuyéndolo á que la pecadora aquella se llamaba en el siglo Clemencia, y que por abreviatura ó cariño le trocaron el nombre en otro digno de dama de Calderón ó de Lope.

Era una jamona de muy buen ver, de lindos ojos

negros, de cabello abundante, que peinaba con cachirulos, de blancas y apretadas carnes y de alta estatura. Nos recibió no con cariño, sino con fiesta y agasajo, nos colmó de atenciones, y nos cedió, para que la habitáramos, la sala de la casa, aposento capacísimo con tres camitas de palo y tres sillas de tule por todo moblaje, amén de una imagen de Nuestra Señora de Zapopan, y otra del Cristo de la Misericordia, que honraban las paredes.


DON RÓMULO PEÑA

A más de nosotros vivían en la casa don Rómulo Peña, viejo de más de sesenta años, y el padre don Esteban Agredano, capellán de las monjas de Santa María de Gracia.

Todavía no olvido la sorpresa que tuve al conocer á don Rómulo. Se levantó por la mañana envuelto en una menguada chaquetilla blanca, y sin lavado ni arreglo ningunos, se sentó á la mesa á ingerir el chocolate diario. Tenía la piel tan surcada de arrugas, que parecía un grabado en madera, visto con lente de aumento; las

cejas crecidísimas y teñidas con un menjurge, que decían malas lenguas era pavesa de vela de sebo, y llevaba alrededor de la cara, á manera de barboquejo, barba á lo Lincoln, también teñida con el mismo tono mate del cabello peinado de préstamo forzoso.

Cuando se hubo desayunado se levantó de la mesa, y después de dos ó tres buches muy sonados cuya agua arrojó en un tiesto de albahaca, se metió los dedos á la boca y se quitó los restos de la comida.

Nos miró á través de unos anteojos redondos, nos dió los buenos días, y cuando supo quién éramos, nos habló en estos ó parecidos términos:

—Me huelgo que vengan ustedes á honrar esta casa y á ser compañeros nuestros, por varias razones. Sea de ellas la primera, el que nos presenta y comunica mi señora doña Mencía de Quiñones, persona que merece todos mis respetos. Sea la segunda, saber que vienen ustedes á nuestro famoso seminario, *alma mater* de los estudiosos, á perfeccionarse en las humanidades, con intento de convertirse en médicos ó abogados que sirvan á la sociedad, ó quizá en sacerdotes que sirvan al Altísimo. Sea la última, el conocimiento que tengo, desde mis verdes mocedades, de las personas del mayorazgo don Crescencio Torres Lares, mi señor y dueño, y del conocido é integérrimo depositario de la fe pública don Andrés Avelino Pérez de la Llana, progenitores respec-

tivamente de ustedes y amigos míos á quienes mucho aprecio.

Creímos primero que el maldito vejete se burlaba de nosotros, hablándonos en aquel lenguaje campanudo y tan distante del que gastan las gentes; pero no tardamos en convencernos de que aquella era una de las muchas singularidades de su persona.

El padre Esteban nada dijo, sino que se limitó á sonreirnos y á tendernos la mano.

El día diez y ocho de Octubre empezamos los trabajos escolares. Como los Torres nada sabían aún, tuvieron que empezar sus clases de mínimos aleccionados por mí, que diariamente les repetía la lección. Yo, que llevaba recomendaciones del padre Luna, empecé á estudiar Lógica bajo la dirección del padre don Felipe Esparza, que en ese año leía la clase.

Al principio vivíamos tristes, extrañando la tierra y nuestras familias; pero no tardamos en perder la murria que nos había acometido y en contemporizar con todos.

Debido á mis puños me evité la tunda de capotazos y el baño en la fuente principal, que eran de rigor para con los nuevos; pero no evitamos el que á todos nos pusieran motes: á mí, por fuerte y coloradote, me llamaban *la Ranchera;* á Pedro, el mayorazgo, que tenía una hermosísima cabellera rizada y unos ojos muy lindos, le

apodaron *el Venado,* y á Ramón, que era tímido y atento, *el Catrín.*

Todas las mañanas llegábamos á hora de *corrillos;* mis amigos se iban al lado de los *minimachos* y yo me dirigía con los *logiburros* á tomar la lección á los directores de *rota,* pues nada menos gozaba del título retumbante y netamente romano de *decurión de decuriones.*

Recuerdo con ternura aquel espectáculo pintoresco del estudio en corrillos. Los *capenses,* envueltos en sus *barraganes* ó en sus *esclavinas,* en sus capas los internos que más podían, y en nuestras menguadas *turcas* los que podíamos poco; los dichos agudos; los epigramas en latín macarrónico; la alegría y el buen humor constantes nos entretenían y alegraban hasta hacernos olvidar la pobreza, los cuidados de familia ó las obscuridades del Jaquier.

A poco tiempo de ingresar al colegio me tocó argumentar públicamente en una sabatina. No sé si tenía que probar que Dios puede saber más de lo que sabe ó que la imposibilidad de ser engendrado es una propiedad constitutiva de la primera persona de la Trinidad; ello es que mi contrario, que discurría menos mal que yo, á pesar de mis *ergos, negos, deme el vicio, distingos y secundum quid,* me acorraló de manera de no dejarme meter baza. Entonces, cogiendo mi capa y expresándome en un latín que habría hecho caerse de espaldas á cualquiera que no hubiera sido un seminarista ignorante, la arrojé en medio

del aula gritando á voz en cuello que no la levantaría hasta que el contrario *me concluyera* demostrándome que la autoridad de Santo Tomás y San Anselmo, de quienes había leído en mi texto unas cuantas palabras que no sabía de cierto si serían suyas, eran nulas y de nada valían.

El expediente produjo su efecto, pues el argüente no tuvo más remedio que retroceder para no recibir en pleno rostro el *ergo hereticus es,* que le preparaba.

Así pasó el año, hasta que, llegada la época de los exámenes, sufrí el mío en la habitación de mi maestro, quedando listo para marcharme á mi pueblo cuando quisiera. Algo tuve que esperar á causa de que los Torres no pasaban aún sus pruebas; pero cuando las hubieron pasado previo el escrupuloso estudio que les hice de la Selectæ y del Nebrija, pudimos ocupar los caballos que aquella vez nos habían enviado con avío.

Todos me esperaban con los brazos abiertos. Mi padre estaba embobado viéndome más alto que él mismo, con un asomo de bigotillo rubio y con todas las prendas de ropa tan poco adecuadas á mi tamaño, que fué menester mandarme hacer sin demora un trajecillo nuevo, pues los de mi padre no podían servirme ya. Además, la voz que había sido sonora y aflautada, amenazaba ya convertirse en el vozarrón que ahora poseo.

Como comprobante de mi conducta llevé á mi padrino

un certificado en que mi maestro atestiguaba mi ciencia y cristianidad; como regalos llevé á mi padre, mi tía y mis hermanas, pequeñeces que adquirí con los dinerillos que recibí de casa.

Excusado parece decir que éramos objeto de la atención general del pueblo. Nos llamaban los *colegiales* ó los *estudiantes,* y no faltaba vieja inocente que se extasiara ante nosotros, creyendo que ya podíamos decir misa y atar en la tierra lo que quisiéramos quedara atado en el cielo, ó que por lo menos estábamos ordenados de epístola.

El tiempo pasó en jiras campestres, baños en el río, visitas á amigos y parientes y lecturas de novelas. Pronto llegó Octubre y nos restituimos á la capital, donde ya empecé á quebrarme la cabeza por averiguar cuál era el móvil de las acciones humanas y cuál el fundamento de la religión verdadera, en la clase de moral, mientras mis amigos traducían el eterno *si pictor...,* un pintor...

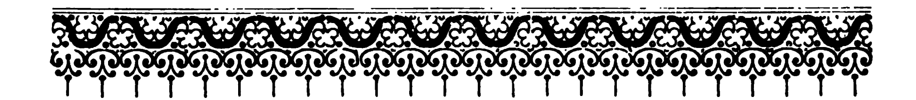
Aquel año fuí más afortunado, pues obtuve al fin de él el *acto* público de la clase y el grado de *primer regente,* en vez del de *rector* que había sacado en el inmediato.

El otro, conservando mis honores y mis preeminencias, concluí *el curso de artes.* Recuerdo todavía el pañuelo de seda bordado en que se imprimieron las conclusiones que eran de rigor y que empezaba: «*Virginem Mariam Guadalupensis et Divum Thomam, angellus scholarum...*» Y allí se decían los puntos que sostendría, á saber: que los cometas

se forman de las exhalaciones de cuerpos muertos y del sudor humano, y que anuncian los acontecimientos que van á realizarse, y que la razón suficiente de la aurora boreal se toma de las exhalaciones de nitro, las de azufre, las mezcladas de betún y algunas otras lindezas.

En seguida me preparé á tomar el grado de bachiller. Mi padre, valiéndose de no sé qué medios, me envió los necesarios para dar la *gala* á los señores catedráticos. Un profesor, tomando pie de mi apodo, me dió un buen bromazo, é hizo reir grandemente á la concurrencia, que por unanimidad declaró no haber oído muchos años hacía, un *vejamen* tan gracioso y salado. Al fin, un doctor viejecito, cuya cabeza casi se perdía entre la borla y el cuello, me declaró competente para subir á la cátedra é interpretar á Aristóteles, y bachiller corriente y moliente.





CAPÍTULO VI

La metamorfosis de Trini, el pronunciamiento de Blancarte y mi viaje á la hacienda

Si escribiera una novela, quizás encontraría modo de evitar la relación de lo que va á leerse, y daría como causa de los trastornos que me acontecieron la enemiga de algún poderoso, que envidiando mis altas y soberanas prendas, había determinado causarme daño; el celo que tenía que producir en el gobierno ó en el clero, la noticia de que apuntaba un astro que podía con sus fulgores obscurecer los astros que estaban revolucionando, ó cualquiera de tantas patochadas como podían ocurrírseme. Nada de esto hubo, y quien lea esta verídica historia, se convencerá de que todo fué tan común y corriente como que salga el sol ó que llegue la noche.

En fines de Julio del cincuenta y dos, llegué á mi casa después del triunfo obtenido en mis estudios, triunfo que en mi parecer me equiparaba con lo más alto del mundo.



Medía de arriba á abajo á cuantos me encontraba por la calle, y nadie había para mí más ruin, ni para poco, que los desgraciados que ignoraban la teoría de los indiscernibles ó las opiniones de Malebranche acerca del alma de los brutos. Era el pedazo de atún más completo y más sincero que podía existir en el mundo.

La noche de mi llegada, envuelto en mi capa y acompañado de mi padre, me encaminé á la casa del mayorazgo Torres Lares.

—Nobleza obliga, decía mi padre, y ya que des-

cansaste unas horas, justo es que vayas á saludar á tus padrinos, que precisamente acaban de mandar recado á ver si llegaste con salud. Bueno es también que los consueles por lo que respecta á sus niños, esos angelones de Dios que yo desearía ver convertidos en unos sabios mayores que el Tostado. Dórales la píldora y hazles creer que aunque Pedrito tiene un talentazo macho que no le cabe en el cráneo, guarda más disposiciones para la agricultura, y que á *Chencho,* si bien le *estiran* los estudios, en asuntos de comercio sería un águila que pronto daría que decir en mil leguas en rededor.

Estaba abierto el cancel, que cuidaba un mozo de calzonera de cuero, sombrero de palma y pañuelo atado á la cabeza. Nos saludó con amabilidad cariñosa, y aunque á mí me llamó niño y me dijo de usted, contra lo que había acostumbrado siempre, no me extrañó ni lo tomé á mal. ¿Qué menos podía hacerse en pro de un bachiller que llegaba nuevo como un medio chinito y altivo como un potro recién hecho á la rienda?

Nos detuvimos á la puerta del comedor, donde acababa de rezar el *benedicete* el padre Luna, y cuando todos salían, nosotros les interrumpimos el paso, yo besando la mano de mis padrinos y de mi maestro, mi padre quitándose urbanamente el sombrero que había conservado puesto á causa del relente y la humedad.

Allí fueron los abrazos, las felicitaciones, las preguntas

por los chicos y el pedir noticias de las seguridades de que se podía gozar en el camino. A todo contesté lo mejor que supe; pero entretanto y habiendo llegado á la sala, entramos á ella previos las fastidiosas ceremonias de «pase usted», «después de usted», «no, señor, de ninguna manera», que se hicieron los viejos, pues á mí, como era claro, me dejaron para lo último.

Apenas nos habíamos sentado cuando el padre Luna me dijo:

— Y ¿qué dejas de nuevo por Guadalajara?

— Lo que dejo lo han de saber ustedes ya por los periódicos. Ese pronunciamiento que aconteció el día veintiséis y que tuvo por objeto derribar al moderado López-Portillo. Diga usted, un sujeto que había tenido la rareza de fundar un sistema de espionaje que llamaba la policía, y á cuyos individuos el público les decía *cuicos;* un hombre que quería agobiar con contribuciones á Jalisco, mediante una ley de hacienda en que se determinaba que habían de pagar contribución hasta los señores del clero secular y regular y los militares...

— ¡Qué barbaridad, interrumpió el fraile; ese hombre debe tener la cabeza á pájaros!

— Y que trató de disolver la guardia nacional; y que se rehusó á dar tres mil pesos al valiente coronel Blancarte, que se los pidió para mejorar su tienda de sombrerería. Pero no fué á Roma por la respuesta; Blancarte,



... y pescozón por aquí, balazo por allá...

que es un hombre de pelo en pecho, alto y fuerte como castillo, valiente como león y desenfadado como ninguno, se presentó el día veintiséis...

— Día de Santa Ana, acentuó don Crescencio.

— Se presentó el día veintiséis acompañado de tres ó cuatro amigos suyos, y pescozón por aquí, balazo por allá, puñalada por el otro lado, se apoderó del palacio y en él está después de haber expedido una proclama que es para chuparse los dedos.

— ¿Y el gobernador? dijo mi padre, ¿y el jefe de las armas?

— Pues el Gobernador, que se portó como un hombre, eso sí, empezó por querer resistir en el Carmen; pero viendo que nada podía hacer, se retiró á Zapotlanejo: por allí me encontré la impedimenta camino de Lagos. En cuanto al Jefe de las Armas, don Rafael Vázquez, si no está de acuerdo con los pronunciados tampoco los combate, pues ha dejado á Portillo sólo en unión de unos cuantos de los suyos, los coroneles Domingo Reyes y Victoriano Ordorica, su secretario, y muy pocos hombres de fuerzas del Estado.

— Esa venalidad, esa falta de respeto á los compromisos contraídos, ese aceptar componendas y tener arreglos con todo el que los propone, es el gran mal de nuestro ejército. Por eso hemos tenido tantas revoluciones, por eso los americanos nos han vencido tan fácilmente, y mien-

tras en el pueblo había patriotismo, honor, dignidad y deseo del sacrificio, en el ejército no había sino infamia, vicios, picardía y desmoralización.

—Pero ¿cuándo dejará de ser usted soñador, mi querido Andrés? ¿Qué, no comprende que los militares, como todo el mundo, pueden tener sus preferencias y sus antipatías? ó, ¿por el hecho de ser militares no han de poder seguir más bandera que la de su regimiento?

—La del honor, la bandera del honor es la única que pueden seguir, dijo su merced.

—¿Y qué color político tiene el pronunciamiento, Juanillo? dijo mi padrino.

—Parece, contesté, que se trata de liberales exaltados, pues quieren poner ó han puesto ya como gobernador á un Licenciado Dávila, hombre de mucho *coramvobis* y bien acreditado entre los puros.

—Pues es una idea mía, bah; pero nadie me quita de la cabeza, exclamó el padre, que aquí hay gato encerrado y que anda de por medio la mano de mi amigo el coronel don Juan Suárez y Navarro, cabeza visible del partido santanista y hombre de más *alilayas* de las que ustedes se figuran.

—Pero, qué, ¿no oye, padre, dijo el mío, que se trata de un pronunciamiento de puros?

—No sé, no sé, respondió Luna; pero eso se me ocurre.

—Y la verdad es, exclamó mi padrino, que si no es

así, por lo menos debía ser. El ilustre amigo, el desterrado de Kingston, me lo decía hace poco en carta suya que guardo: «mientras ese desgraciado país no llame á todos los hombres de arraigo, á todas las gentes honradas, á todos los buenos, no pasará de ser un pueblo en revolución constante, que inspirará compasión, lástima, simpatía; pero nunca respeto ni admiración».

— Y es tal, dijo el fraile, el desinterés de S. E., que mil veces me ha dicho: vea yo a mi patria dichosa, y muera en seguida.

— No hay que fiarse, señores, repuso mi padre; Santa Anna fué un pillo, y pillo ha de seguir siendo siempre...

— ¿Y las orillas del Pánuco?

— ¿Y Tampico?

— ¿Y las playas de Veracruz?

— ¿Y Puerto Velasco?

Aquí llegaban los discutidores cuando vi entrar por la puerta á Trini, de tal modo bella, que me pareció que la sala se iluminaba en uno de esos rompientes de gloria que rodean las figuras místicas. Desde ese momento no miré ni los cuadros de *Cortés y Doña Marina* con vidrios y marcos dorados, ni la fuerte alfombra de moqueta, ni las estatuillas de porcelana blanca y azul, ni las sillas y el sofá con asiento de cerda; sino á aquella niña delicada, exquisita, sutil; su cuerpo dotado de curvas nacientes, como hecho por manos de un estatuario para retratar á Venus

niña; su semblante que indicaba el recogimiento, el pudor, la piedad, el amor, como obra de un imaginero medioeval, y la crencha de cabellos castaños que coronaban aquella cabeza como un casco fuerte y suave en que podían introducirse los dedos en horas de abandono y de amor.

No sé qué más se habló, no sé qué pensé ni qué dijo Trini al tenderme la mano; sólo recuerdo que tuve una idea que empezó á martillearme el cerebro y á llenarme la razón: tiene que ser mía, mía, mía siempre.

A poco tiempo llegaron los hijos de mi padrino dando muy malas cuentas de su persona: no habían querido sufrir exámenes ni creían que hubiera para qué; uno pensaba tomar á medias una hacienda de su padre, me parece que *Cruces*, y el otro se sentía con bríos y arrestos para la carrera militar; ya había hablado largamente con un amigo suyo, llamado Miguel Cruz Aedo, y ambos tenían pensado presentarse á un cuerpo, dejando para siempre la turca.

Mi padrino, contagiado de la común preocupación, no estaba de acuerdo con sus hijos, y por eso cada vez que veía á mi padre no dejaba de echarle glorias por mi buen natural y de dolerse de su suerte. Aumentó, pues, mi crédito en casa de los señores; quizás se habló de mí al censurar la conducta de los niños; ello es que pocos días después recibí invitación para ir á la hacienda de «Navajas»,

posesión que tenían á pocas leguas de Tlaxochimaco, á pasar con ellos unos días.

Era el temporal de aguas; la tierra estaba impregnada de humedad, los surcos mostraban, á manera de heridas recientes, zanjas llenas de agua, que parecían hilos movedizos de plata; las milpas en *gilote*, acabadas en una espiga amarillenta, oscilaban al soplo del aire; los barbechos en que descansaban los labradores á la sombra de los frondosos *camichines*, se extendían á lo lejos como un mar inmenso de verdura, y contrastaban el verde tierno de las milpas con el acentuado de los plantíos de alfalfa y con el casi negro de las siembras de hortaliza; y mientras ascendía el color, bajaba la gama movediza hasta encontrar en los aguajes con el verde desmayado de los sauces, el brillante de los fresnos y el mate de los eucaliptus; mientras hacia la montaña se veía subir en continuada procesión, como teoría de frailes que oculta el rostro bajo la capucha, el mate y terroso de los robles y el primaveral de los pinos de copa enhiesta que sobresalían como la última y hermosa aspiración á la altura, al aire puro, á la contemplación y á la vida libre.

La casa de la hacienda era de las de modelo viejo: anchos torreones aspillerados, corrales para toros, vacas y gallinas, una capilla, corredores al campo é innumerables aposentos en que se hallaban hacinados muebles fuera de uso, burros con sillas de caballo, granos y útiles de labranza.

Desde que llegamos comenzó la vida campesina: levantarnos de mañana, emprender solos ó acompañados grandes excursiones á pie y á caballo, comer manjares rancheros y dormir á la hora que las gallinas descansan.

En vano fatigo mi memoria. ¿Fué en una excursión campestre ó durante algún juego de prendas, ó en la casa á la hora de rezar el rosario? ¿Se lo dije de palabra ó se lo escribí en alguna cartita que le deslicé en la mano, ó le señalé algún pasaje de *Atala* ó de *Pablo y Virginia?*

No sé; pero sí recuerdo bien que se lo insinué clara y francamente, sin dejar nada á lo sobreentendido, como pasa en dramas y leyendas, y que ella también, con toda claridad y entre rubores, me dijo que compartía el amor mío.

Lo que sí recuerdo—lo recordaría mil años si los llegara á vivir—es aquella mañanita de Septiembre que decidió de la suerte de mi vida. Faltaba mucho para que amaneciera; los ordeñadores aprestaban sus grandes vasijas; en el patio ardían los restos de una luminaria; del corral del ganado subieron primero los mugidos de un buey, luego los de tres ó cuatro vacas, después los bramidos de un becerrillo distante de la madre. Olores de establo, de ganado sano, de leche fresca, de estiércol mojado llenaban el aire. Vi luego alzarse un bosque de cuernos como saludando la fajita de luz que aparecía por oriente, y á tres rancheros que conducían del diestro ca-

ballos de alzada; salieron á la puerta, desataron de los tientos sus zarapes, echaron unas yescas, montaron y cogieron el camino del pueblo. Dos muchachos descansaban en el corredor; habían dejado á un lado los zurrones llenos de *gordas* y las hondas con cabos de cuero. Me ladraron dos perros, una mujer que barría frente de su jacal me vió como extrañada.

Fingí que tomaba el camino del arroyo de las Trancas; el rocío de la mañana me impregnó el calzado de humedad; á la derecha había un sembrado de trigo, á la izquierda empezaba el descenso hacia el arroyo. Cuántas flores cuyos nombres no recuerdo: *taza y plato,* de color amarillento, veteada de rojo; *flor del sapo,* de pétalos gruesos y carnosos como labios de mujer sensual; *maravillas* como cálices de miel, blancas, rojas, naranjadas, lilas; amapolas de seda joyante de color sangriento; mirasoles rosa pálido con corazón de oro; y luego, zacate tiernísimo como para las fauces de los corderillos recién nacidos; colas de zorra enhiestas y llenas de pelo rubio y sedoso como el de la cabeza de un niño; *cambrayes* violáceos y que parecían propios para herir la piel; *jarillas, guayacanes*...

Hice un ramo lo mejor que supe, y luego, por un portillo, me metí en la huerta. A lo lejos se distinguía un bosque tupido; junto á mí corría un arroyuelo; tras un vallado se veía un macizo de rosas. Me orienté con la mi-

rada y descubrí la vieja ceiba. Tenía el tronco retorcido, vasto y duro; la ramazón estaba llena de tubérculos como cuerpo de elefancíaco; el follaje era escaso y como anémico. Hacia la copa las hojas formaban un núcleo apretado que caía sobre una ventana.



Con precauciones infinitas trepé hasta la cima, y apenas me restregaba las manos para quitar los trozos de corteza y el polvo que se me había adherido, cuando la ventana se abrió y vi salir á la niña de mi alma, más hermosa que el sol que le daba frente y que rompiendo los últimos *stratus* se mostraba triunfante y dispuesto á emprender su diaria carrera.

Empezamos nuestra plática, atropellada, sin sentido, sin coherencia, sin más unión que aquella con que el hilo del amor ataba las cláusulas dispersas.

—Vida mía, exclamaba yo, estamos tan distantes

como lo están el cielo y la tierra. ¿Cómo hemos de llegar á casarnos si tú eres rica y yo un pobretón que fundo todas mis esperanzas en la secretaría del Ayuntamiento y en la notaría de la parroquia?

—Calma, calma, me decía ella, ten calma, por Dios; sí, todo viene por sus pasos contados. ¿No has oído hablar de ese sacerdote Moreno que es obispo de no sé dónde, que antes fué esclavo de mi abuelito y á quien ahora papá hace reverencias y envía regalos? Pues por qué tú, que, según cuentan, tienes un talentazo tan grande, no habías de ser también algo muy alto, muy alto; con que no sólo fueras tanto como mi padre, sino mucho más que él...

—Pero, chiquilla, si me hacen obispo ó canónigo, acaban conmigo. Así no me puedo casar, ni ser tu marido, ni nada de lo que deseamos. ¿Y sabes lo que me escuece? Que van á pensar que yo te quiero por tus dineros, por estos terrenos, por esas onzas que diz que tiene tu padre. Haciendas, dinero, fincas, ¿para qué las quiero si llego á tenerte á ti, princesa de mi alma, encanto mío y dueño mío?

—Más bajo, hombre, que van á oirte, y todo lo echamos á perder.

Aquí llegábamos ó algo más habríamos dicho, cuando oí en la parte de arriba una voz que regañaba, la de mi señora doña María Antonia; otra que respondía sumisa y llorosa, la de Trini. Me oculté instintivamente entre el fo-

llaje y oí entonces el hablar meloso de gente fregonil que decía desde lo alto:

—Nada se ve, señora; como no haya estado hablando con los árboles de la huerta...

—Vámonos, dijo la Señora, quien se conocía estaba reclinada en el antepecho de la ventana; vámonos que esta niña y yo tenemos que comernos un pollito á solas. Miren la mosquita muerta, la doyme á Dios, la que parece que no quiebra un plato y todos los tiene mochos! Yo le daré galancitos hambrones y sin blanca. No salen todavía del cascarón y ya quieren novio...

Y se metió rezongando mientras yo me escurría del tronco y atravesaba violentamente el trecho que me separaba de la casa.

Conocí que el amo no tenía aún noticias del caso, porque al verme llegar con el semblante enrojecido se limitó á decirme con sorna:

—Andabas de seguro toreando á las avispas, porque vienes como unas granas.

Y en efecto, nada le habían dicho para que la noticia no se le opusiera con el chocolate que iba á tomar.

Acabado el desayuno vi á Trini que pasó junto á mí con los ojos bajos; yo cogí un tomo de la *Malvina*, y con él me estuve sentado en el corredor, pero sin entender palabra de la lectura, si es que acaso leía.

Como á las once se abrió una puerta, y la señora me

indicó que entrara al aposento de su marido. Vi un crucifijo de madera, dos sombreros de jipijapa colgados en un perchero, un cuerno para llamar al ganado. Una gallina empezó á cacarear en el corral que estaba en la parte baja. Yo aguardaba á que don Crescencio abriera la boca; pero él se limitaba á mirarme, á mirarme con sus ojos penetrantes y sañudos.

Al fin rompió á hablar:

— Sé ya la manera con que te portas y el modo con que pagas nuestros beneficios. Eres un desagradecido y un mal sujeto. Quizás pensabas comprometer á la niña, dar un escándalo y obligarnos á un casorio desigual. Ya la hemos llamado, la hemos amonestado, y está conforme en que sólo su inexperiencia la hizo dar oídos á tus insensateces. Como hija sumisa, está dispuesta á casarse con el novio que le tenemos arreglado y que corresponde por su hacienda y por su sangre á las de ella. No protestes ni te aflijas, que es cosa hecha. De hoy más, no hay ligas entre nosotros; mi protección se acabó y cree que me duele habértela impartido, cuando debí figurarme qué clase de pícaro eras. Gente baja te conocí y gente baja sigues siendo. Vé con Dios y pídele encontrarte siempre con personas que, como nosotros, en vez de echarte á los perros ó de ponerte al cepo, te manden á tu casa libre de daños. No, no te enternezcas; sí, nada nos debes; no has de conseguir ablandarnos; esto está resuelto con madurez. ¿La mano?

Se la doy á mis iguales ó á mis inferiores honrados; tú eres un pillo y un granuja.

Y desapareció con el gesto de un Felipe II airado. Entretanto en el corral había un estrépito inmenso: la gallina acababa de poner su huevo y celebraban el caso todas sus compañeras, mientras el gallo, que se conocía estaba trepado en una altura, lanzó su canto agudo y marcial como una clarinada de combate.

Yo permanecía aletargado, sin movimiento ni discurso, cuando un ranchero me llamó diciéndome que los caballos estaban listos. Monté en el que me indicaron, y á vuelta con mis imaginaciones llegué al pueblo á la hora de comer. Estupefacción inmensa en mi casa; enojo de mi padre al leer una carta del mayorazgo que le entregó mi conductor. Jamás he conseguido saber lo que la carta decía; pero sí supe que en varios días no me habló mi padre, enojado de seguro á causa de mis yerros.

Cuando hubo pasado una semana, en que mis hermanas y mi tía hicieron los imposibles por reconciliarnos, me llamó una tarde á su cuarto y me dijo poco más ó menos:

— No necesito explicarte cuál es la situación, porque harto te lo ha de haber dicho mi compadre. Perdiste la perspectiva de una buena posición y el cariño de una familia excelente, por tus necedades y tus chiquilladas.

Quizá mi compadre haya andado un poco extremado en lo que no era sino tontería de muchachos; pero eso él

puede resolverlo mejor que nadie. Ahora, ya lo sabes, tienes perdida la carrera y no te queda sino lo que reza el refrán: estudiante perdulario, sacristán ó boticario. Conque elige de esas dos profesiones la que te convenga, ya que no tuviste tino para dedicarte á otra más productiva y de más honor.

Nada contesté á su merced, temeroso de causarle un disgusto; pero eso sí, desde el día siguiente comencé á frecuentar la celda de mi maestro Luna, á fin de pedirle consejo para la resolución de aquel tremendo problema.

El fraile, á quien hice confesión explícita de mis culpas, se rió como un bendito cuando supo lo del noviazgo, y al último me dijo preocupado:

— Pues, hijo, lo peor del caso es que no tiene remedio; puedes estar seguro de que tu padrino ha pensado tanto en perdonarte como en volverse turco; conque no hay que tentar vado por allí. ¿Te allanarías á venirte al pueblo como simple comerciancillo, ó tendrías ánimo de empezar la enseñanza agrícola? Se me figura que no; para cosas mayores estás destinado, y no creo que me engañe el amor que te tengo. Medita, pues, qué te convendría, que si este pobre fraile puede servirte de algo, no ha de dejar de hacerlo aunque se enojen el cacique de aquí y todos los de la cristiandad. Echa tus trazas, que manera nos ha de sobrar de salir del atolladero y de arreglarlo todo.

Ya confortado me marché, y una vez más me puse á

meditar en mi situación. Había que despedirse de la secretaría del Ayuntamiento y de la notaría de la parroquia; no había que pensar en llenar *planillas* cobrando por autorización y cotejo, por vista de antecedentes ó por expedición de testimonio; me estaban impedidas las miras hacia la vida cómoda y quieta, la existencia tranquila y el bienestar ordenado y monótono.

En cambio se me abría un camino nuevo que podría conducir á una sima, pero que también podría llevar á la riqueza, al placer, y á los goces todos. Y espoleado por el afán que nos obliga en la juventud á buscar aventuras y lances arriesgados, me decidí á correr mundo y á luchar por ser un hombre. De menos nos había hecho Dios.

Entretanto me dí á leer con ardor sin ejemplo *Las Noches* de Young, los cantos de Ossian, los dramas de Dumas y los novelones del Vizconde D'Arlincourt.

No necesitaba tanto mi pobre imaginación para correr desenfrenada por el campo de la locura. Empecé por apostrofar á los elementos, por encararme con la noche, por decirles de tú al sol y á la luna; luego me metí á componer los versos más patibularios y melancólicos que hayan salido del numen de romántico melenudo, y acabé por maldecir de Dios, de los hombres, de la naturaleza y de la sociedad. Hasta me parece (lo diré aunque cause escándalo) que escribí alguna rapsodia en que me lamen-



— *Pos* dice la niña que si *l'amo* le dispensa una palabrita

taba de que por ser hijo natural, como Antony, no podía llegar á la mujer que amaba. ¡Yo que procedía de padres casados y velados, y á quien todos conocían como las más honradas personas del mundo!

Luego me dí á vagar por montes y vericuetos, á explorar cuevas ocultas, donde se decía que los ladrones habían dejado tesoros en plata y oro, á bajar hasta el fondo de barrancos y á sombrearme bajo árboles plantados á la orilla de arroyuelos mezquinos.

Una tarde, que regresaba despeado y muerto de hambre, vi en una casita pobre y oculta entre mezquites á una viejecilla y á unos mocosuelos panzudos con camisa hasta el ombligo, sombrero de palma á manera de yelmo de Mambrino y pies en el suelo. La mujer, una india más vieja que el andar á pie, alguna seña hizo al mirarme; los chicos empezaron á decir «ahí viene, mama», á grito herido, y al fin salió un indiazo que me dijo enseñándome la batería de sus blancos dientes:

— *Pos* dice la niña que si *l'amo* le dispensa una palabrita.

Entonces recordé; sí, aquella era la casa de la nana de Trini, aquella vieja era la madre de Juana y el grandullón aquel el marido de la mujer.

Me condujo el bárbaro, que tenía en la mano una trenza de sombrero de palma á medio hacer, por un patiecillo en que abundaban los *tepalcates*, los vidrios de

botella y los pedazos de trapo; y me hizo atravesar un corral en que media docena de gallinas y un gallo *búlique* trepaban á lo alto de un mezquite en medio de inmensa algarabía.

—Eh, *Tumba calzones*... *Cuele,* Centinela...

Y despidió una piedra que golpeó á uno de los *ixcuintles* amarillos que empezaron á ladrarme. Mientras el chucho se alejaba aullando, yo salté una cerca de espinos y llegué á un jacal donde ardía suficiente ración de leña y gorgoriteaba una olla llena de *nixtamal.*

Permanecí un buen rato contemplando el suelo manchado de *nejayote* y á uno de la *vista baja* que devoraba unos cuantos granos de maíz, cuando me obligó á voltear una voz conocida, gratísima, harmónica como ninguna, una voz que decía:

—Juan, Juanito; por acá, tonto. ¿Qué, no miras?

En la ventana del jacal, rodeada de yedras azules y de jazmines blancos, estaba Trini. Me parece que llevaba un túnico de muselina; creo que estaba peinada de *cachirulos;* pero confieso que no tuve voz, ni sentidos, ni potencias para examinarla; mientras tanto ella, roja y emocionada, pero firme, sonreía entre lágrimas.

—Que te casan, que te van á casar... ¿Me dejarás? Dime con quién piensan casarte para que yo lo impida... para que mate á ese, le dije con furia.

—Qué matar; pero, ¿quién habla aquí de muertes? Si

todo va á arreglarse, si no va á haber necesidad de violencias ni de cosas feas. A ti no más te quiero, y á ti no más querré siempre... Mira, mi padre con sus cejas fruncidas y mi madre con sus extremos y sus cariños, no han de labrar tanto así, ni el canto de esta uñita, en mi alma que te he dado... ¿Que cómo me las compondré para ponerlos de mi parte? Quién sabe; el tiempo, el cariño que te tengo, qué sé yo, han de acabar por rendirlos. Chiquita como soy, tengo mucha fibra, mucha energía... Te digo que vas á tener trabajo para deshacerte de mí... Si tú no me conoces, si no sabes que soy muy *sostenida*... Yo



TRINI

heredé el genio de mi padrecito, que es de hierro para todo. ¿No lo ves contigo? Te quiso, te llenó de beneficios, y el día que creyó que lo habías ofendido no volvió á hablar de ti... porque no creas, no ha vuelto á mencionarte para bien ni para mal... Eso sí, cuidado con trai-

cioncillas y embelecos. El día que sepa que no me quieres ó quieres á otra, si te he visto, no me acuerdo... Me parecerá que te han cambiado, que te han vuelto otro; y como á quien yo quiero es á ti, ningún trabajo me costará olvidarte... No creas, yo esperaba lo que pasó, lo sabía, lo presentía; pero lo aguardaba con susto mezclado de gusto... Luchar con los otros, demostrarles que puedo más que ellos aunque sea sólo por *caprichuda,* es mi placer, es mi gloria... ¿Te acuerdas que cuando jugábamos yo hacía de *jefa*, de capitana? Pues esa, esa es mi vocación; nací para pelear... Vengan penitas, vengan, que aquí está para resistirlas esta chiquilla... Conque, quiéreme, y lo demás no importa.

Cuando le dije que quizás saldría del pueblo, que pensaba buscar fortuna fuera, lejos de amilanarse ó sentirse desanimada, la madamita se alegró y me impulsó á ello.

—Sí, correr mundo, hacerte hombre, vivir la vida... ¿qué cosa mejor? Y cuando vengas por mí le probaremos á mi señor padre que los monigotes armados de porras, y el oro y el gules, y los losanges y las barras del mamarracho de escudo en que él se extasía, nada valen ante dos chiquillos que bien se quieren y que hacen maldito el caso de dineros, de mayorazgos y de vejeces.

Cuando le conté que me dedicaba á hacer versos, leyó trabajosamente, á la luz del crepúsculo, que se convertía

en noche cerrada á más andar, una composicioncilla mía, y me dijo:

—¿Conque esta Laura soy yo? Haces bien en cambiarme el nombre, que el mío es antipático hasta por intención. Y qué bonito eso de que se lea en la orillita lo de *Juro amarte hasta la muerte*... ¿Pentacrósticas laberínticas dices que se llaman estas cosillas? Pues son *chulísimas*... ¿Sabes lo que no me gusta? Eso que hablas allí de torcedores celos y de corazón lacerado, y de llamar á la señora Atropos para que, cortando el hilo de nuestras existencias, nos haga morir juntos... Yo no quiero morirme, quiero vivir, vivir contigo y morirme contigo, viejecita, después de haber corrido muchos riesgos y sufrido muchas persecuciones y haber vencido á muchos enemigos...

No sé qué más nos diríamos. Trini acabó por citarme para la tapia de su casa que daba hacia el arroyo y allí nos hablábamos diariamente, después de comer.

Siempre las mismas protestas de mi parte, siempre las mismas energías de la suya. Por fin, un día le anuncié que salía para Guadalajara llevando por todo viático unos cuantos dinerillos que me había agenciado mi padre, y una carta de Fray Martín Luna para un señorón de aquella tierra, el general don Juan Suárez y Navarro, persona de gran valimiento y de más conchas que un galápago.

Trini no llegó á entristecerse, ó al menos no me dió á conocer su tristeza.

—Bien, chiquillo, me dijo; haces bien. Y ándale muy por el oído á ese señorón que dices, que si como me cuentas es el arréglalo todo del general Santa Anna, te puede poner muy pronto en candelero, si acaso el dicho general viene desde Turbaco ó donde dicen que está... Sólo te recomiendo que cuando seas general ó gobernador de algún departamento, ó mandes miles y *quimiles* de hombres, te acuerdes de esta rancherilla que te quiere...

Sólo un momento la vi flaquear: cuando al despedirnos me entregó un saquito que contenía cera de *Agnus*, una medalla bendita y una medida de Jesús Nazareno.

—Adiós, Juanillo, me dijo palideciendo; adiós y quiéreme mucho.

Desasió violentamente su mano de mi mano, de manera que dí en el aire el beso que le destinaba, y se metió de prisa al cuarto de los *triques* viejos.

No sé si sería realidad ó ilusión; pero todavía me pareció percibir su falda de color de crema al perderse la adorada silueta entre la balumba de cajas y baúles que llenaban la estancia.

Luego, á pesar de ser pleno día, sentí como si el sol se hubiera opacado repentinamente, convirtiéndose en un lampo de luz amarillenta; después eché á andar, luego llegué á mi casa cuando encendían la gran farola del corredor. No quise tomar los *chilaquiles* y la carne asada de todas las noches, alegando desgana, y me metí en la

cama para soñar en aquella criatura de Dios que había venido á ser un ángel en medio de mi noche.

¡Con qué veras la llamé, qué ternuras la dije, cómo la agradecí en frases de fuego el real presente de su amor magnánimo y puro!

Era casi de día cuando conseguí pegar los ojos, teniendo todavía en la mano el saquito de terciopelo que encerraba sus memorias. A poco golpearon la puerta y oí una voz que me llamaba diciéndome era ya hora de salir.

No en coche como la primera vez, sino en un menguado caballejo, emprendí la vuelta de Guadalajara. En Tlaxochimaco se quedaban amores, ilusiones, placer, cariños santos; pero había que aceptar el lote de penas y de aflicciones que destina la suerte á todos los hombres.

Y cuando vi perderse á lo lejos la torre enjalbegada, las cruces del cementerio, los árboles riberiegos del río patrio, y esfumarse las montañas familiares, sentí un nudo en la garganta y una emoción en el pecho, que no se parecían á mis ansias y mis impulsos de tiempos mejores, cuando no veía ante mí aquellas negruras de la vida que columbraba ahora.





CAPÍTULO VII

De cómo se caminaba en aquel tiempo, y de cómo me metí en política sin quererlo ni saberlo

Mi espolique se llamaba Leonardo Pérez, y era un mozo arrestado, valiente y de buen humor como he visto pocos. Con las calzoneras de *tapa-balazo,* el pañuelo rojo atado á la cabeza, la pechera de cuero de variadas labores, cubriéndole desde el cogote hasta el ombligo; montado en una silla de cabeza y *teja* chiquitinas y cubierto con las inevitables *armas de agua*, parecía no pesar una onza en los lomos del *cuaco* rosillo que manejaba.

A nadie he visto de mejor talante, más espontáneamente malicioso que aquel villano, al que daban aspecto de truhán de comedia vieja las grandes mechas color de estopa que le llegaban hasta el cuello, y los ojuelos

verdes, maliciosos y burlescos que solía guiñar cuando aclaraba todas las situaciones, resolvía todos los conflictos y salía airoso de todas las dificultades.

Cuando mi padre le recomendó mucho cuidado para no caer en manos de cualquiera de tantas partidas como hormigueaban, se limitó á decir:

— Oh, qué *l'amo, pos* si á mí *minteresa* más *qui* á *naiden* salir bien. ¿No ve que si me quitan los caballos me *infelizan*?

Y en efecto, apenas mirábamos dos ó tres cuerudos, á campo traviesa, por entre milpas y sembrados, nos escabullíamos metiéndonos por entre veredas que me parecía no llevaban á ninguna parte.

Hacíamos noche en ranchejos donde no encontrábamos ya no digamos holandas y martas cibelinas; pero ni siquiera los elementos que podían hallarse en los ventorrillos del tiempo.

Tres veces nos acostamos sin cenar; dormíamos en los sudaderos de los caballos, con las sillas por cabecera, teniendo cerca las pistolas y los sables para prevenir cualquier accidente. Cuántas caras patibularias vimos entonces, cuántos tipos malencarados que no se recataban de decir que iban á la *pronuncia*, á la *bola ó á ver qué Dios daba*.

Una mañana, cuando todavía la salida del sol tardaba mucho, ensillamos los caballos y por mano propia abrimos

la puerta del mesoncillo de *Paredones*. Como desde la noche habíamos dejado arregladas nuestras cuentas con el *güéspere,* nadie se opuso á que sacáramos las bestias. Dormían profunda y ruidosamente, recostados en aparejos y mantas, los arrieros que esperaban el alba para moverse de nuevo. Se moría la lumbre del fogón en que habían *jatiado* unos dueños de mulas; ladraba un perro que recibía inmediata contestación de otros cien. Como la luna brillaba en todo su esplendor, pude ver á unos que parecían dormir cerca y que alzaron la cabeza cuando nosotros, ya montados, hicimos resonar las guijas del zaguán con las herraduras de nuestros pencos.

Atravesamos las callejas desiertas, que tenían aquí un letrero deslavado — *A la pasadita* — y luego una mano con guante que ofrecía un cáliz enorme — *Al culto de Baco y tolerancia de genios,* y como muestra y explicación de título tan largo, un viejo desnudo trepado en un tonel; — allá una casuca con fuertes rejas, en el otro lado un enorme montón de estiércol.

Bajamos un arroyo de pedrezuelas sueltas que rodaban hasta el fondo con ruido especial, trepamos una cuestecilla y luego nos topamos con algunos pinos raquíticos y miserables; avanzamos más y concluimos por internarnos en un monte en que apenas había sitio para los caballos y nosotros.

Un ruido imponente, como de torrente desbordado, me

atemorizó por un rato; pero mi guía logró tranquilizarme: era el rumor de los árboles que se agitaban con el viento que precede á la aslida del sol. Se respiraba el aire á plenos pulmones, parecía que el pecho se ensanchaba para dejar penetrar aquel soplo de naturaleza opulenta y majestuosa que se nos entraba en ráfagas de vida.

A lo lejos distinguíamos, como brasas que ardían en la obscuridad, enormes montículos en que se quemaba el carbón, y veíamos discurrir entre los árboles, como aparición de cuento de hadas, á unos hombrecillos negros que gritaban para dominar la fuerza del aire y hacerse entender unos de otros.

Soltamos la rienda á las bestias, encantados ante aquel reposo de la naturaleza, que no sabía si existían en el mundo amantes melancólicos ni hombres dispuestos á

cascarse las liendres por si debía ser este ó el otro quien mandara. Leonardo empezó una de esas canciones populares de tono plañidero y letra picaresca, que son la especialidad de nuestros campesinos, mientras yo volvía á mis tristes imaginaciones:

«No le vayasté á matar
Echándole un ratón muerto;
Yo á él le quiero y lo quedré,
Será mi gusto y por eso.
Me de comer el durazno
Desde la cáscara al güeso...

Mientras tanto yo, romántico empedernido, pensaba que en aquel monte, entre aquellos pobres carboneros, se podía levantar una cabaña indiana en donde vivieran dos amantes queriéndose hasta la muerte.

Aquí llegábamos los dos, cuando de entre unos árboles salieron un «¡alto *ay!* ¿Quién vive?» y un tiro de arma de fuego, y vimos brillar á la luz del sol naciente media docena de cañones de mosquete.

Primero me quedé sin movimiento; pero pronto me rehice y eché mano á la pistola, dispuesto, como decían mis novelas favoritas, á vender cara mi vida. Mas Leonardo detuvo con un gesto mis bizarrías, y sombrero en mano se adelantó hasta donde estaba el jefe de los asal-

tantes, y le oí decir: *La religión...* — *Paisano, señor, paisano...* — Yo soy mozo de la casa de señor don Andrés Pérez, de Tlaxochimaco, y este niño es el Padre don Juan, hijo de señor don Andrés... Sí, señor, todavía no le abren corona, pero ya está ordenado de epístola... Este año, en la función de mi padre Jesús, cantó en el púlpito del santuario, por cierto que tiene una voz tan linda que se oía hasta la plaza... Ahora va á acabarse de ordenar, y el mes que entra canta su primera misa... Yo no sé, pero dicen que va á ser familiar del señor Obispo.

— Sigan su camino, dijo el capitanejo, y llévense por señas este paño por si les caen gentes de las nuestras. Y le dió al mozo un trapo de holancillo que portaba en el sombrero, entre el eslabón, la yesca y los cigarros *macuchés*.

Luego, y mientras yo, cubierto con mi capa, me mantenía en mi caballo, más enhiesto que Santiago, cada una de aquellas honradas personas fué pasando y besuqueándome la mano, que yo tendía con ademán regio.

Tras esta y otras peripecias llegamos á Guadalajara, que yo aguardaba estuviera fortificada y con cariz de alarma; pero que no tenía sino su ordinario aspecto.

En la misma casa de doña Mencia, esquina de San Felipe y las Capuchinas, dí con mi cuerpo tras los cinco días de peregrinación. Me encontré en su sitio las camas, el banderín que anunciaba chocolate superior, el mamarracho de don Rómulo y el padre Esteban.

Fuí recibido en palmitas, y tan pronto como me hube quitado el polvo y el lodo y puéstome los trapos de cristianar, salí en busca del general don Juan Suárez y Navarro, mi única esperanza.

Era don Juan alto, blanco, nervioso, de edad entre cuarenta y cincuenta años y de aspecto determinado y tremendo.

Leyó y releyó la carta de Fray Martín, y cuando hubo concluído me dijo:

— Mi amigo, el padre Fray Martín Luna, me recomienda á usted muy especialmente como mozo instruído, inteligente y discreto; y me explica que debido á dificultades pecuniarias se ve obligado á servir; por lo cual, y creyendo le convenga entrar á una oficina del gobierno, me encarga le agencie una colocación. Yo no tengo influencia ninguna y aun creo que mi mediación sería nociva; pero veré de buscar para usted alguna cosa, teniendo en cuenta sus méritos y la intervención de mi amigo Luna. Dése una vueltecita por acá dentro de unos días, y si hablando al señor Obispo ó á otro amigo llego á lograr algo, tendré gusto en proporcionárselo.

A los tres ó cuatro días me llegué á ver al señor Suárez que vivía en la casa de don Francisco Martínez Negrete, y desde que me recibió conocí que aquello medraba, pues sin más preámbulo me dijo:

— El señor Aranda no tiene nada, ni me parece que le

conviniera á usted el eternizarse como covachuelo en la clavería, en la hacedería ó en otra oficina clerical. Yo me comprometo á buscarle á usted algo mejor y mientras tanto se queda conmigo como mi escribiente. ¿Qué tal anda usted en materia de letra y ortografía?

Le contesté que aunque mis facultades no eran muchas, algo se me alcanzaba; y habiendo tomado un pedazo de papel escribí un

Sr. D.

Juan Suárez y Navarro.

Guadalajara,

que mereció los elogios de mi patrón.

— Bien, bien, me dijo, hay buena letra, y hay, por lo que puede juzgarse de la lectura de esas pocas palabras, mediana ortografía. Ya enmendaremos lo que haya de enmendarse y procuraremos que se adelante un poco. Por de pronto, tiene usted quince duros mensuales de sueldo, á reserva de que haya algo más andando el tiempo.

Contento me sentí como si en vez de tan exigua suma me hubiera señalado el generoso militar quince millones,

pues con aquello me bastaba para vivir, pagar mi hospedaje y no ser gravoso á mi familia.

Los primeros días copié una larga exposición acerca de los males del país, que ocupaba más de treinta pliegos escritos por las dos caras. ¡Vaya si había qué decir sobre tan fecundo tópico y si era maestro en tratarlo el hombre que había exclamado en pleno Congreso nacional: «este es el país de las anomalías, y no es de ellas la menor el verme en este sitio!»

En seguida me dió, para coleccionarla, una larguísima serie de cartas cifradas en que sólo se podían leer las firmas. *Santiago Aval, Adrián B. de Calo, El Amigo de Santa Clara,* y no sé cuántos nombres más.

En ninguna se entendía media palabra, pues por un «nuestro amigo», «paso á verlo», «le escribí» ó cualquier otra frase sin sentido, había muchos signos ortográficos, números, abreviaturas y hasta muñecos en posturas extravagantes.

Los ratos que me dejaba libre mi obligación, que eran los más del día, los pasaba junto con los muchachos de mi edad. José María Vigil, los Camarenas, Jerónimo Gómez, Romero, Miguel Cruz Aedo, Pablo Villaseñor y otros muchos, todos poetas, decidores, alegres y de buen humor. Unos estudiaban leyes, otros se preparaban para el doctorado en medicina, y otros, los más, no eran sino aficionados á los buenos versos y á las ideas nuevas. Tenían esta-

blecida una sociedad que llamaban «Esperanza», y un periódico de literatura en que publicaban las más lindas piezas de prosa y los versos más exquisitos que haya saboreado en mi vida. Allí salieron á luz mis primeros ensayos, que eran, como es claro, en verso; como es claro, románticos; y como es más claro todavía, vitandos y detestables.

En compañía de aquellos buenos muchachos, que del periodismo literario habían de pasar al político, de éste á las vías de hecho, y de las vías de hecho á tomar las armas y quizás á la emigración ó á los primeros grados del ejército; pero que entonces no eran sino soñadores simpáticos y graciosos, lo que hoy se ha dado en llamar bohemios, empecé á leer libros de política; Rousseau, que era nuestro ídolo, el abate Mably, y, sobre todo, Montesquieu, nos daban lima para largas disertaciones en que haciendo gala de ese furor iconoclasta que es propio de la juventud, sentíamos el placer de derrocar á los autores medievales, que todavía se deletreaban en el seminario considerándoseles como fortalezas inatacables contra las cuales nadie era osado atentar.

Los más de los días ocurríamos á la celda del padre Nájera, prior del Carmen y el hombre que con mayores aptitudes de maestro haya conocido en mi vida.

Era Fray Manuel de S. Juan Crisóstomo Nájera, como se le llamaba oficialmente, alto, de tez blanca, gordo sin



Fray Manuel de Sán Juan Crisóstomo Nájera

llegar á obeso, de fisonomía nobilísima y distinguida como ninguna.

Ya la historia lo ha traído en lenguas, y parece excusado pregonar aquí méritos suyos. Baste decir que su erudición en ciencias sagradas y profanas, era portentosa: que conocía, como nadie los conocía de seguro en el país, los idiomas sabios, los indígenas y los orientales; y sobre todo, que su competencia en asuntos de arte no tenía entonces, ni tiene ahora, ni tendrá en muchos años competidor posible.

Lo mismo leía, admiraba y comentaba una tragedia de Sófocles que una comedia de Plauto, que un poema de Byron. Lo mismo pronunciaba, con aquel su estilo atildadísimo, una oración acerca de los sistemas filosóficos, que un discurso para celebrar un fausto acontecimiento político.

En su celda encontraban labor y asunto los pintores, á quienes hizo ejecutar una serie de retratos de hombres célebres con inscripciones apropiadas, parto del ingenio del buen prelado; tarea los músicos, á quienes daba á conocer y hacía ejecutar los más grandes primores que producían los genios de entonces; modelo los escultores, á quienes mostraba las fidelísimas reproducciones que guardaba de las mayores obras de arte de los museos de Europa, y auxilio, consejo, protección y estímulo los arquitectos, los poetas y los simples estudiosos.

El convento del Carmen era al mismo tiempo una pinacoteca, un museo, una biblioteca, una colección de monumentos y una casa de oración. Desde la entrada ostentaba, escritas en las paredes, sentencias de los clásicos, máximas de buen vivir, nobles y atractivas enseñanzas; algo más se avanzaba y se iban descubriendo tesoros que en todos los conventos podían haberse adquirido, pero que en todos faltaban porque no se contaba con el gusto exquisito, el hermoso desinterés y la noble iniciativa de Nájera, que no se curaba de aumentar las rentas, ni de adquirir más inmuebles, ni de poseer más ganados, y á quien más importaban una edición rara ó un cuadro de mérito, que una casa ó un saco de dinero.

A nosotros nos recibía con exquisita amabilidad, y no sólo corregía nuestros ensayos, nos daba consejos fructuosísimos y nos deleitaba con su conversación, sino que nos enseñaba la sociabilidad, la buena crianza y la grande y noble tolerancia, que eran la base de su carácter.

Entre las bromas de mis amigos y las doctrinas de mi maestro, me la iba pasando tan ricamente con los quince pesos, que desde el primer mes me entregó el señor Suárez.

Noticias mías llegaban al pueblo por conducto de una de mis hermanas, que tomó á pecho el favorecer mis amores. De cuando en cuando recibía por conducto del ordinario una cartita con cuatro patas de mosca, que me

hacían cerciorarme de que todavía se pensaba en mí y que se me ofrecía no olvidarme nunca.

En la casa de huéspedes nadie sabía cómo vivía yo en Guadalajara. Como mis mensualidades por pupilaje se habían cubierto anteriormente hasta por adelantado, todos me creían un caballero pudiente que había *destripado* de sus estudios para vivir á sus anchas.

Doña Mencia, que me había demostrado siempre grandísimo cariño, estaba entonces, si cabe, más solícita y amable conmigo. Para mí eran el mejor pan del desayuno y el *hormiguillo* más caliente, la carne más suave y los frijoles mejor refritos.

Casi no pasaba día sin que, con uno ú otro pretexto, se introdujera á mi cuarto, brillantes los ojos, avivado el arrebol de las mejillas, limpio el túnico de grano de oro, y mientras yo me entretenía escribiendo las ordinarias jeremiadas poéticas, ella llegaba á darme música durante un rato.

— No se moleste, me decía, que vengo nada más que un momento á ver si le hace falta algo y á descansar un poco de las impertinencias de las criadas. ¡Jesús, qué gentes; si con ninguna se puede contar: la que no es ladrona es inútil, y la que algo sabe es amante de los hombres! Hay que estar sobre ellas siempre, porque sino, todo lo echan á perder. Y usted, ¿qué se hace? Siempre escribiéndole á la novia, siempre llenando pliegos de papel con versitos á

sus ojos, á su cabello, á su cuello, á sus pies, á sus manos, á su cintura, á toda ella. ¡Quién fuera joven para oir algo así! Y el matrimonio ¿es pronto? Vaya que se lleva esa niña un buen mozo y un muchacho excelente. No se *enanche* ni se *tome la mano;* pero lo cierto es que hay pocos como usted.

Y cuando yo la bromeaba, contándole la manera con que el solemne don Rómulo debía pedir su mano, me respondía risueña:

— Je, je, qué gracioso; ¿conque don Rómulo? Debe saber usted que aunque vieja, pues acabo de cumplir los treinta y tres, no estoy tan dejada de la mano de Dios para tomar á ese vejestorio que apenas puede con los pantalones.

— Pero, mi señora doña Mencia, le decía yo imitando el tono campanudo y el hablar de la boca sin dientes del vejete; ¿acaso junto de la barbacana no vive la mujer honrada? Cierto que mi edad es grande; pero en cambio la de usted está también algo distante de la de Cristo, que confiesa. Ameme, que el amor es lo que hace felices á los nacidos.

— Cállese usted, mamarracho, me decía la patrona; cállese usted y levántese del suelo, que va á poner perdido ese precioso pantalón flor de romero con cabezas de caballos que estrenó hace poco.

Y dándome un cariñoso pescozoncito, se alejaba de la pieza diciéndome:

— Allí le dejo á usted con sus papelotes; siga escribiendo tonterías, que al fin para eso está desocupado.

El día de la Natividad de la Virgen, mis amigos y yo habíamos ido á Zapopan, pueblo á dos leguas cortas de Guadalajara.

La verbena popular consistía en danzas de moros y cristianos, y visita al santuario de la Virgen-generala, que



desde el mes de Junio estaba en Guadalajara, quedando sóla la *Pelegrina,* un facsímile de la verdadera imagen, en el nicho y camarín del templo.

Salimos de la ciudad en carretas de bueyes, como si fuéramos encantados, comimos guajolote en *pipián*, plato titulár del día, y regresamos por la noche, á la luz de la luna, cantando las canciones que estaban en boga: *La bella Anita, El Recuerdo, Los esponsales* y *La ilusión.*

Recostados en el fondo de la carreta, soñolientos y cansados, oíamos el rasguear de la guitarra que preludiaba una *menor;* una voz se alzaba como temerosa, diciendo aquellas tonadas plañideras y hondas de que teníamos abundantísima colección, como que la habíamos formado nosotros mismos, componiendo letra y música. Acabábamos de entrar á la ciudad, y nuestra carreta daba tumbos en el empedrado; á poco fueron bajando los que vivían por cada rumbo.

Al llegar yo á mi casa, la puerta se abrió como si mis pasos hubieran sido una señal, y en medio de la obscuridad sentí que alguien me decía al oído: «Escápese, escápese, porque hoy les vienen á prender. Lo he sabido en casa de Dávila. Usted y ese señor de quien tanto habla, van á ser llevados á la cárcel.»

Me quedé horrorizado, porque la noticia, en verdad, no era tranquilizadora. Lo primero que se me vino á las mientes fué la pregunta de Don Quijote: «¿estamos seguros?»; pero no tardó el ama de la casa en darme santo y seña del asunto. Se aprehendería á Suárez Navarro, y á mí se me desterraría por orden llegada de México, pues Dávila había recibido ya instrucciones para ello.

Sin aguardar á darme cuenta exacta de aquellas singulares ocurrencias, me planté en la casa de Navarro, que me recibió con la sorpresa que era razón.

Oyó mi revelación como nervioso; le temblaba la

piocha castaña y se acomodaba maquinalmente los anteojos de varillaje de oro y la luenga cabellera, llena aquí y allá de prematura salpimienta.

—Hace tiempo, me dijo, que barruntaba la doblez de Dávila; pero nunca pensé que él, que se proclama un intransigente, un incorruptible, un mártir de su causa, hubiera entrado en arreglitos y componendas con los moderados de México, á condición de conservar la breva del empleo. Y usted, ¿cómo ha sabido esto, ó qué antecedentes tenía del asunto?

Le referí que una persona que tenía metimiento en la casa del Gobernador, conocía aquellas cosas y me las había comunicado.

—Acaba usted de darme, me dijo, una prueba de adhesión que yo no puedo premiar sino con mi confianza. Desde hoy lo nombro mi Secretario íntimo, á reserva de que alcance usted algo más que convenga á sus méritos y á su lealtad.

Al día siguiente escribimos á Dávila una carta, en que á vuelta de reprocharle que no quisiera seguir trabajando con nosotros, le afeábamos su determinación de aprehendernos.

El mismo día conocí de cerca á un sujeto á quien apenas había divisado en los días anteriores. Era de cuerpo regular, blanco, de hermosos ojos azules, sin pelo de barba á causa de que se la afeitaba continuamente,

y con un aspecto de civilidad y cortesanía que acababan por domesticar hasta al más rehacio.

Era don José Palomar, uno de los más ricos comerciantes de la plaza y hombre metido hasta el cuello en el ajo de la política del tiempo, pues adoraba frenéticamente al General Santa Anna.

No recuerdo si ese día ó el siguiente llegó también el señor Obispo, don Diego Aranda, bajito, cortesano, mimoso, de gran nariz, modestamente cubierto con su sotana morada, tocado con un sombrero de teja de pelo de castor, y llevando en la mano un bastón de puño de oro.

Besé devotamente el anillo pastoral de Su Ilustrísima, le introduje hasta el aposento de mi principal, cerré la puerta con cuidado y me dediqué á poner en orden algunos papeles, cuando á poco, colocándose don Juan en la puerta de su cuarto, me dijo:

— Pérez, traiga usted las últimas cartas de don Lorenzo Carrera, del Padre don Francisco Javier Miranda y de don Octaviano Muñoz Ledo.

Hice lo que me mandaban, y al poner los diez ó doce plieguillos de papel de «correspondencia particular» en manos de mi principal, éste me dijo:

— Siéntese usted y escriba lo que voy á dictarle, poniendo margen ancho y dejando entre artículo y artículo un espacio de tres ó cuatro líneas.

Me senté junto á una mesa en que había recado de es-

cribir, y teniendo frente por frente el retrato de un General rasurado á la moda del tiempo, guapetón, con aire teatral y ojillos bulliciosos y saltarines. Tenía la levita verde que consultaban los diputados para saber en qué sentido debían votar, el pantalón blanco unido á la robusta pierna, ceñida á la cintura la banda de General y prendidas al pecho hasta dos docenas de condecoraciones nacionales y extranjeras: era el retrato del señor Santa Anna, del hombre cuya historia, como había dicho mi amo con justicia, resumía y abarcaba la historia de México en los últimos treinta años.

Don Juan puso la mano derecha sobre la mesa, sobre la derecha la izquierda y sobre ésta recargó la barba, empezando á dictarme un largo manifiesto que debía firmar la guarnición. Se hablaba en el exordio de las atrocidades de Arista, de la necesidad de arreglar las cosas de manera que no continuara el supuesto desbarajuste administrativo, y se concluía proclamando la destitución del Presidente, el sostenimiento de la constitución federal, el desconocimiento de los poderes que no hubieran merecido la confianza pública y el llamamiento del benemérito General don Antonio López de Santa Anna.

Con muestras de regocijo se promulgó este plan, y Dávila, juguete de mi patrono, descendió del poder, entregándolo al General Yáñez.

Por entonces trabé conocimiento con la coruscante

persona del Licenciado don Lázaro de Jesús Gallardo, caballero muy repolludo y famoso que daba en Guadalajara la ley por sus elegancias.

Visitaba á Suárez con grandísima frecuencia, y de una de aquellas entrevistas resultó la expedición que en compañía del abogado emprendí.

Ya él me conocía por haberme visto plumeando á todas horas, y por cierto que me saludaba siempre por mi nombre en diminutivo; pero la noche que Suárez me mandó llamar á mi casa, que fué la del veintisiete de Septiembre, manifestó mucho placer de que fuera yo quien marchara en su compañía al arreglo de algunos asuntos de alta política.

Al día siguiente, previa la formación de mi hatillo, salimos de Guadalajara en la diligencia ordinaria; el treinta y uno llegamos á Lagos, el primero pernoctamos en León, y ese día don Lázaro empezó sus trabajos dictándome largas cartas para Mosso, Suárez, Palomar y otros personajes.

Su objeto era conquistar á Uraga haciendo que abandonara las banderas del Gobierno y se pusiera de parte de los pronunciados.

Uraga, á quien no tuve entonces oportunidad de ver tan de cerca como años después, me pareció un oficial guapo, instruído, y de ambiciones grandísimas, pero de ninguna solidez. Distaba mucho de los *macheteros* ignoran-

tes que después aparecieron; pero distaba mucho también del ideal del soldado brillante, ordenancista y *grand armée* que él quería representar.

Entonces todavía guardaba todos sus miembros, y no adquiría aún el aspecto de mariscal de Francia que tuvo años después, con su pierna de palo y su barba blanca en punta, mas ya tenía los pujos de singularizarse que tuvo siempre, entre otros no quitarse el traje militar y las grandes charreteras con canelones ni siquiera para dormir.



General don José López Uraga

Uraga comulgaba con los nuestros en su odio á Arista; pero como aquel recluta que hacía la lista de sus enemigos y empezaba diciendo: «el primero mi Coronel, sea quien fuere», él consideraba también detestables á todos los candidatos á la presidencia.

Si se le hablaba de Arista, le hacía ascos como si le ofrecieran acíbar y rejalgar. ¡Jesús, un bellaco, un concusionario, un inmoral! Vaya que lo de doña Melchora, y lo de la hermana de doña Melchora, era asqueroso! Razón tenía Zarco, razón tenían «Las Cosquillas». ¡Había que retirar muy lejos á ese hombre!

Si por acaso se le presentaba un civil, exclamaba que no quería ni licenciadillos ambiciosos, ni agiotistas ladrones, ni políticos enredadores, ni oradores de tres por un cuarto.

Si se le hablaba de Santa Anna, torcía el gesto, y aunque no se atrevía á llevar directamente la contraria á mi don Lázaro, decía que el ilustre vencedor de Tampico y Veracruz tenía lugar aparte, que había de concederle que viniera á su patria á morir tranquilo, pues no tenía perdón que comiera el pan del ostracismo aquel varón insigne; pero que antes era menester un gobierno fuerte y estable, que garantizara á ese hombre contra todos sus enemigos, que los tenía y muy temerosos.

Instaba don Lázaro, se defendía Uraga, y concluían por no entenderse, pues si en principio le agradaba al General aquel movimiento, no le gustaba se mencionara al ilustre vencedor, etc., etc....

Las conferencias duraron varios días, teniendo yo oportuno conocimiento de todo por mi patrono accidental, que escribía diariamente enormes cartas, valiéndose de la

elegantísima bastarda española que había enseñado á este pecador el insigne maestro Ruiz.

Por fin no se llegó á ningún arreglo. Don Lázaro, que creía todos los días coger aquella anguila que se le escurría de entre las manos, acabó por desesperarse, y más cuando recibió de Guadalajara una carta enigmática en que se le decía que no llegara á ningún arreglo, pues las cosas habían cambiado radicalmente.

A principios de Noviembre volvimos á nuestras casas. La noche que dormimos en Tlaxochimaco, pedí licencia á mi amo improvisado para saludar á mi familia, á quien apenas había dado un abrazo cuando pasé.

Concedióme gustoso la venia que solicitaba; pero tan pronto como avisé á mi padre que don Lázaro quedaba en el mesón de *Nuestro amo,* por él se fué en derechura, comprometiendo con sus instancias al buen señor para que participara de nuestra pobreza, haciendo penitencia á nuestro lado y ocupando una de nuestras modestas camas. Don Lázaro aceptó contento y yo se lo agradecí, tanto más cuanto que por hacernos merced y buena obra, rechazó, según supe, la hospitalidad del mayorazgo mi padrino, que con todas veras ocurrió á convidarlo y á poner la casa á su disposición.

Apenas se hubo rezado el *benedicete* concluída la cena, y apenas habíamos dado gracias á Dios y agua á las manos, tomé el camino de la calle del Puente de Palo,

hacia la cual caía uno de los costados de la casa del mayorazgo. Trini, que sabía mi presencia en el pueblo por la noticia que le había dado mi hermana Toribia, debía salir á las nueve en punto á la altísima ventana con poyo de piedra, reja gruesa de hierro y mascarones esculpidos, de una troje entonces desocupada de grano.

Aguardaba reclinado en un arbolillo cacoquimio, envuelto en mi pañosa, cuando me puso alerta un silbido, luego oí otros dos que se correspondían y al fin vi aparecer á un hombre alto, fornido, bien hecho, vistiendo traje charro y con el jarano echado hasta los ojos. Lo seguían hasta tres caporales que como signo de su ejercicio llevaban en la mano reatas que presumo serían de siete hilos y de Chavinda por su grosor.

— Aquí está, amo, dijo uno de ellos. ¿Lo amarramos *pa* que no se ande rodeando?

— Déjalo, Cristóbal, replicó otro, que quizás la ardilla que busca no esté en esta cerca.

— Si por la pinta lo conozco, Agapito; es el buenecito hijo de señor don Andrés, el escribano.

— *Pos* entonces á echarle garra, exclamó el tercero.

Pero el que hacía de jefe de aquellos hombres avanzó hasta mí, y tratando de quitarme el embozo, me dijo secamente:

— Dí quién eres y qué buscas aquí, ó tendrás que habértelas con nosotros.

Me dí el jondeón para atrás y desembozándome le dije:

—Quien soy, tú bien lo sabes, puesto que vienes con tu *cuadrilla* tras de mí; pero lo que busque, á ti no te interesa, Buenaventura Ortiz, á quien no temo porque conozco desde hace tantos años. Si venías á meterme miedo con tu gente, despáchala, pues ya ves que no me intimida; si traías otra cosa, dímela, que hombres somos los dos para bebernos el alma sin necesidad de testigos.

—Así me gusta verte, Juan Pérez, respondió el mancebo, y ya que te figuras á qué vengo, sácate para lo solo, que allí nos explicaremos.

Y diciendo y haciendo nos encaminamos para un callejón lóbrego en que no se veían vestigios de persona nacida.

—¿De manera, me dijo furioso cuando empezamos á hablar, que tú no escarmientas y todavía te andas rodeando por aquí como si tuvieras algún pendiente? Si crees que porfiando acabarás por matar venado, te equivocas: Trini no te quiere ni te ha querido nunca, y estás perdiendo tu tiempo cortejándola. Sábete que yo soy el novio que la destinan en su casa, y que si la boda no se ha hecho, es sólo por la enfermedad de mi señor padre.

—El uso que yo haga de mi tiempo, le repliqué en el mismo tono, debe tenerte sin cuidado. En cuanto á que á ti te prefieran los padres, eso podrá servirte para cuando trates de casarte con don Crescencio ó con doña María

Antonia; yo, que no quiero nada con nadie sino con la muchacha, con ella me entiendo, y bien sé si me quiere ó me aborrece.

— ¡Con qué poco respeto hablas ahora de esos generosos señores! exclamó Buenaventura. Mientras te estuvieron matando el hambre, *tinguili linguili;* ahora que te echaron de su casa como á un perro ladrón, los ves con desprecio y hasta haces burlita de ellos.

— Creo, contesté, que no hemos venido aquí para saber si mi gratitud es poca ó mucha, pues no te reconozco títulos ni poderes para echarme en cara mis faltas. Acaba, que tengo quehacer pendiente á las nueve.

— ¡Qué desvergonzado eres! repuso. Todavía te las echarás de que Trini te hace caso y habla contigo. Mientes tan descaradamente, que si llegara á convencerme de que ella te correspondía, le daba de mano desde luego, y te concedía la razón.

— Pues en ti está hacer la prueba, le dije.

Y sin hablar palabra nos encaminamos hasta la ventana. Buenaventura permanecía á distancia, metido dentro del marco de una puerta; yo á la orilla de la banqueta rudimentaria, los dos callados y fumando sendos cigarros, de los cuales apenas se distinguía en la obscuridad el clavo enrojecido.

Pasado un corto rato chirriaron los goznes enmohecidos, se abrió la madera, y vi aparecer á Trini que me dijo:

— Un momentito nada más, porque ya saben mis padrecitos que estás aquí, y me cuidan. Donde te descubrieran, hasta el convento de Santa Mónica iba á dar, y entonces...

— Entonces, contesté, te robaría á media noche, saltaría las tapias y te llevaría en un robusto alazán hasta donde no hubiera papás regañones, ni mamás celosas, ni parientes chismosos.

— Pero dime, Juanillo, por Dios, ¿cuándo sentarás cabeza y dejarás de decir tonterías? ¡Qué robar ni qué niño muerto! Si algún mérito alcanzamos habrá de ser el de la paciencia; si hacemos lo que queremos, ha de ser por los caminos regulares y ordinarios. ¿Qué hablas allí de alazanes, ni de saltar tapias, ni de violar conventos? Suponiendo que las autoridades te dejaran hacer todas esas cosas, que te colocarían en el número de los *descomulgados*, yo no te seguiría, ni huiría contigo, ni estaría de tu parte. A la hora que te viera haciendo esas atrocidades, te mandaría á paseo para no volver á acordarme de ti.

— Perdóname, le dije, esa exaltación mía; pero me desesperan tanto estas cosas, que quisiera acabar con ellas en un momento.

— Pues no hay que acabar con nada, porque todo lo que es injusto, malo ó sin razón, se cae solito, sin que uno tenga que poner más que resistencia pasiva. Acuérdate de lo que dice el Kempis que vale la paciencia.

—Entonces no acaba eso nunca ó no hay trazas de que acabe. Para de aquí á que mi padrino se convenza de que nosotros tenemos razón, ha de llover un poco.

—Y los caminos ocultos del Señor ¿no los tomas en cuenta? O el Sagrado Corazón le ablanda el suyo, pues se lo he pedido de todas veras, ó tú llegarás á valer mucho, ó vendrá cualquier cosa que nosotros ni esperamos.

—¿Sabes que quisiera verte?, le dije: oir tu voz me encanta, pero también quisiera ver tu carita, y tus ojitos, y tu boca linda. ¿Sabes que me asaltaron los mozos de Buenaventura, el de don Pánfilo, Ortiz, y que el ricacho no quería creer que yo hablaba contigo?

—No me lo digas, que ya me tiene hasta aquí de tanto molerme. La pobre de mi mamacita lo hace por mi bien; pero me da unas jaquecas que ni te cuente. Se le ha puesto como sombrero que debo casarme con Venturita; y no hay día ni noche que no me salga con la obediencia á los padres, y el amor á los padres, y el respeto á los padres, contándome cien mil ejemplos que toma de *La familia regulada* ó de *Los gritos del infierno*.

—¿Y tú qué le respondes?

—Nada; la oigo, pero me quedo callada como difunta. Ni le falto al respeto discutiendo con ella, ni quebranto tampoco mis propósitos otorgando á lo que ella me dice.

Algo más hablamos, convinimos en detalles acerca de

la manera de escribirnos y nos despedimos hasta que la suerte quisiera volvernos á juntar.

Ya me había olvidado del rival; pero él se encargó de recordarme su presencia tosiendo cuando yo me separaba de la reja. Estaba el hombre como volado, como ebrio, como loco. Se me aproximó andando á grandes pasos, y me dijo con voz ronca:

— No me habías engañado y te felicito por eso; la chica vale la pena: como guapa es guapa, y además tiene su dinerito. Conque, buena suerte. Y sin esperar á que le contestara, echó á andar. De repente se volvió como arrepentido:

— Has sido más dichoso que yo, según parece; pero debes creer que no te durará mucho el gusto. Yo he de acabar por salirme con la mía, quiéraslo ó no. Hoy me ganaste, hoy me humillaste; pero quién sabe si más tarde tú seas el triste y el desairado. Puedes creerme que estas cosas no te las perdono ni después de este destierro... Y ahora, vete, porque mis vaqueros pueden salir y darte una *zacateada* como para ti solo.

Dejé caminar á aquel furioso, de cuyas palabras no hice caso. Cuando sentía gorjear ruiseñores en el alma, no era cosa de llenarla de alimañas que me la envenenaran. Y luego, que tenía razón Ventura: en su pellejo, quizás habría hecho y dicho peores atrocidades y anunciado catástrofes mayores.



Me marché pasito á paso para mi casa, y al día siguiente salimos por la diligencia.

A principios de Noviembre, que nos apeamos en nuestras casas, nos encontramos con una gran novedad. Reunidos algunos capitulares, unos cuantos comerciantes y otras personas de arraigo, de las que Santa Anna solicitaba con tanto ahinco, habían resellado en el Hospicio el plan que mis pecadoras manos habían escrito, á fin de dejarlo presentable y no como emanación de los caletres de unos cuantos pretorianos caprichosos y serviles.

Don Juan no comía ni dormía; su correspondencia era siempre más activa, ocupándose aquí de comprar á un jefe, más allá de sobornar á un regimiento, en esotra parte de dejar propicio á un general, ó de contentar á un obispo ó á un capitalista.

Mucho dinero corrió entonces proporcionado por quien yo me sé, pero poco se avanzaba en realidad. Los mili-

tronches aquellos, sucesores dignísimos de los bribones que habían desempeñado tan feo papel en tiempo de la invasión americana, se rehusaban á hacer nada que no fuera *arredato*, y cuando habían cogido los monises se cuidaban muy bien de pronunciarse claramente; no eran ellos seguramente quienes habían de correr el más mínimo riesgo, sin saber que á la vuelta estaba quien los recompensara.

Don Antonio Haro regó mucha plata entre los jefes; pero si te vi no me acuerdo: la cogían, la embolsaban y *pax Christi*. Bribón de aquellos hubo que se pronunciara tres ó cuatro veces con su gente, sin perjuicio de despronunciarse sin ella otras tantas.

Por casa andaban las cosas á pedir de boca: desde el 13 de Octubre, el General Yáñez había llamado á mi dueño á servir la Secretaría del Gobierno, y por consecuencia no estaban muy distantes en cumplirse mis sueños de engrandecimiento.

Una covachuela, un puestecillo de escribiente, quizás de oficial, me venían de perilla, y ya me preparaba á pedirlos cuando supe que mi reino no era de ese mundo, es decir, que continuaba Suárez en su eterno papel de conspirador y yo en el de auxiliar y confidente.

Volvió, pues, lo de trabajar hasta las tantas de la noche, esperar horas y horas la salida de este ó aquel personaje, marchar por calles y plazas siguiendo el bulto

entrevisto al salir de una alcaicería, y otras tareas así. En cambio aumentó mi soldada, pues de quince pesos subió á cincuenta, que se me pagaban con cargo á no sé qué partida de no sé qué presupuesto.





CAPITULO VIII

Armas y letras, batallas y diplomacia

PERO nuestro placer no era completo: desde hacía dos meses teníamos en el Puente de San Antonio, á seis ó siete leguas de la capital, una división de las tres armas que el gobierno mandaba para combatir la plaza.

Un día y otro día se anunciaba que iba á tomar el mando Miñón, que exprofeso venía desde Tehuantepec; pero ni Miñón llegaba, ni el ataque se emprendía, ni el aspecto bélico que Guadalajara había revestido desaparecía un punto. Por donde quiera fosos, fortines de madera, calles interrumpidas y retenes y soldados con aspecto de perdonavidas.

Por fin, el 24 de Diciembre se avistaron exploradores,

y el 25 las tropas se posesionaron de los arrabales. Ese día, domingo por cierto, mandó hacer el jefe sitiador un alarde en los campos de San Pedro, y revistó dos mil hombres de infantería, veinte piezas de grueso calibre y trescientos caballos.

Los muchachos andábamos de aquí para allá, embriagándonos en aquella atmósfera de ruido, de color y de fanfarronada, mientras los prudentes se escondían en el interior de sus casas, rogando á Dios no consintiera se desencadenara sobre la ciudad de Guadalajara aquel tremendo nublado.

Por la noche ya durmieron arma al brazo nuestros centinelas, que en los días anteriores no habían dejado de descuidar las trincheras. Precisamente visitaban Uraga y Blancarte todos los puntos fortificados, que abarcaban un perímetro de dos leguas y media, cuando Urbano Gómez, Vigil, Cruz Aedo y yo, les vimos pasar por la plazuela del Hospicio.

El General en jefe iba de todo uniforme, bien sentado en los estribos de su caballo bayo-lobo; Blancarte, que como se había improvisado Coronel y revolucionario, se había improvisado también táctico y hombre de gabinete, oprimía (ésta es la palabra), oprimía los lomos de un caballo rosillo que se conocía estaba agobiado por el enorme peso del cuerpo del antiguo sombrerero. Les seguía una comitiva muy lucida de oficiales de todas armas y otra no



Por la noche durmieron ya arma al brazo...

tan importante, pero sí más numerosa, de chiquillos desarrapados que gritaban vivas á los jefes y á Santa Anna, y mueras á Arista, á López-Portillo, y á Miñón.

Al amanecer del día siguiente supimos que el sitiador había establecido su cuartel general en el Hospicio, y pasamos la mañana en incertidumbre y dudas. Por la tarde don Juan me llamó á su posada, me recibió de pie, agitado y nervioso, y sin esperar á que le saludara me dijo apresurado:

— Ya sé que usted es hombre capaz de cualquier servicio y que me tiene ley; pero querría saber si no tiene miedo de estar donde suenen las balas, y si en caso ofrecido podría meterse á ellas.

Nunca había tenido nada que ver con guerras ni con guerreros, y aun mi ambición se cifraba en algo más alto que recibir un proyectil durante una refriega; pero como la pregunta venía tan de sopetón, repentinamente también contesté, que aunque nunca me había puesto á prueba, creía no tener miedo á nada en el mundo.

Sonrióse Suárez, y, ya de buen talante, dispuso fuera á ponerme á las órdenes del Coronel Blancarte, que estaba acuartelado en San Felipe para defender ese punto.

Sin tardanza hice lo que me ordenaban, y cabalmente llegué cuando el oficial saludaba á la guardia, que contestaba al consabido «¿quién vive?» diciendo unos «La federación», otros «El excelentísimo señor General Santa

Anna» y otros «El excelentísimo señor Arista.» Así andaba de uniformada la opinión.

Blancarte se encontraba en la portería de los oratorianos, me recibió con afabilidad rústica, me invitó á sentarme y leyó con grandes trabajos la carta que le presenté.

— Ah, ¿conque usted es el *escribano* que me envía el compañero Suárez? Siéntese y hablaremos. No se trata de entrarle á los *confitazos*, sino sólo de llevar nota de todo lo que pase para referirlo á su tiempo. Porque triunfaremos, no cabe duda que triunfaremos; pero bueno es que se conozca punto por punto para que se vea cómo nos portamos.

Esa noche dormí en la celda de un lego gigantesco llamado Fray Carlos, que según parece era pariente muy cercano de mi patrón Suárez.

A las once, cuando descansaba á pierna suelta, me despertó el ruido sordo del cañón, que tronaba al otro extremo de la ciudad. Miñón atacaba el rumbo de Santa María de Gracia, y el fuego graneado de fusilería era incesante. Nuestra gente estaba sobre las armas; pero como á la una cesó el fuego y pareció que todo entraba en quietud. El Coronel mandó á un ayudante á informarse del resultado del ataque, y entonces supimos que se habían introducido dos columnas, una contra San Francisco y otra contra Santa María de Gracia; que mientras la infantería invadía el Puente de Medrano, por San Fernando y

Molino de Joya, penetraban sendos batallones para forzar los reductos de Morelos y Matamoros y meterse á la huerta del convento de San Francisco. Se habían ido escarmentados, al menos por aquella noche, y no había temor de que repitieran el asalto, que les había costado como doscientos hombres entre muertos y heridos.

Pasamos sin novedad todo el 27; pero á las tres de la madrugada del día siguiente sentimos un ruido espantoso, algo como si se hubiera derrumbado la esbelta torre de la iglesia inmediata. Era un cañonazo asestado desde el Hospicio, aunque con tan mala puntería que pasó muchas varas distante del coloso de piedra y fué á perderse en las llanuras del occidente de la ciudad.

Pero no pudimos hacernos ilusiones por mucho tiempo; tras éste vinieron otros y otros proyectiles que caían unas veces en los edificios, otras mataban transeuntes pacíficos y otras causaban incendios que á duras penas podían apagarse, porque los sitiadores habían cortado el agua.

Yo poco veía; encaramado en la linternilla de la torre contemplaba cuando salían las balas, daba la señal y sonaba la campana, que servía para que los soldados se inclinaran y no recibieran el cañonazo.

Blancarte se multiplicaba; aquí ordenaba cómo se debían tapar las brechas, allí alentaba á un herido, en la otra parte daba providencias para tener la pólvora á salvo de una explosión, y en todos los lugares estaba listo,

activo, atento, mesándose los cabellos por no tener artillería, disponiendo el atrincheramiento de todas las manzanas inmediatas.

El día siguiente, no sólo jugaron los cañones, sino también la fusilería; se inició un ataque en la línea de Santa María de Gracia á Jesús María, y don José, que no aguardaba otra cosa, ordenó violentamente una salida.



Yo, sin tener intenciones de pelear, y lo que es mejor, sin grado ni categoría ningunos, monté en un caballo, el primero que me dieron, y en unión de tres militares seguí á Blancarte. Nuestros soldados estaban tendidos en las aceras, ocupaban los fortines, y desde allí hacían fuego á los contrarios, á quienes sólo se conocía por la cantidad de balas de fusil que disparaban.

En un balcón estaba un hombre con un catalejo en las manos. Se le dirigían todos los tiros, lo rodeaba la muerte como una vestidura adherida á su cuerpo, y él no

se movía sino para hacer señas á alguien que no se lograba ver. Aquel hombre era Severo del Castillo.

A poco un tiro de cañón hizo un portillo en el fortín de tablas y vigas, vimos caer á tres hombres y ponerse á salvo casi todos los defensores. Un oficial atezado de color, con paño de sol en la nuca, empezó á blandir la espada repartiendo planazos á diestro y siniestro.

— ¡Arriba, valientes, arriba! ¡Muera el tirano Arista! ¡Mueran los moderados!

Apenas había conseguido que subieran algunos hombres, cuando se oyó un estruendo redoblado; eran tres piezas de batir que hablaban al unísono y que en un momento habían deshecho el endeble tinglado, dejando el campo lleno de muertos y heridos.

No pudo resistir aquello don José María, que guardaba á sus espaldas á los *guías de Jalisco* y á la *legión de Julio*. Se afirmó en los arzones, volteó violentamente, con ademán de rabia dijo no sé qué blasfemias para excitar la ira de aquella turba, y adelante.

No tuvieron las piezas tiempo de seguir disparando; tan brusca fué nuestra acometida. Llevaron nuestros soldados en triunfo la artillería, con mulas y atalajes, seguimos á paso de carga y pronto nos encontramos con los otros, que retrocedieron violentamente dejándonos prisioneros y armas.

Digo nos dejaron; pero más exacto sería decir que no

supe lo que me pasó en aquellos instantes. Sentí miedo, sentí que un cosquilleo me recorría desde el estómago á las corvas, impidiéndome tenerme á caballo, me olvidé del sable que llevaba en la mano y sólo ví pasar gentes montadas y á pie, y oí una voz que salía de unos labios rodeados de grandes barbas, decirme al oído: «Amigo, va descolorido como un pan de cera.»

Entonces me vino á las mientes la idea de donde me encontraba; recordé que podía recibir un confitazo de los que disparaban los que huían y me rehice violentamente; el instinto me decía que si me quería defender tenía que ofender, y violentamente empuñé mi sable para herir á alguien.

Felizmente los contrarios iban de huída; los habíamos seguido hasta el convento de Santa Mónica y mesón de la Palma, y nos replegábamos por orden del General á nuestras antiguas posiciones.

Conoció Uraga que el enemigo hacía hincapié en la posesión de San Felipe, y allí reconcentró hasta novecientos hombres de infantería y los tres cañones ganados el día anterior.

La del alba sería cuando oímos nuevo cañoneo; pero esta vez más nutrido que nunca. Los frailes del Oratorio, que eran dos viejos valetudinarios que recorrían su casa como palominos atontados, habían expuesto al Divinísimo y rezaban á voz en grito implorando la piedad del Señor.

Nosotros habíamos tenido soplo de que en aquella mañana se trabaría la lucha definitiva, y de que el enemigo había reconcentrado en contra nuestra sus mejores elementos. Camargo estaba destinado á asaltar á San Felipe, Calderón sostendría el movimiento y cuidaría del flanco izquierdo del enemigo, y Castillo dirigiría el cañoneo y bombardeo.

Aguardamos á que la luz apareciera, y cuando ya era de día nos lanzamos como un alud; ya nos aguardaban dos batallones en las esquinas inmediatas, y nos seguían á retaguardia las piezas.

Rebasamos nuestras fortificaciones, seguimos caminando y nada vimos; quizás los contrarios estuvieran en alguna altura, quizás nos esperaran agazapados tras de alguna esquina. No se oía sino el tintinear de las espuelas y el sonar de las argollas de los fusiles que llevaban los infantes en las manos.

Pero pronto se calmó nuestra ansiedad; allí estaban, á ciento cincuenta metros, tendidos de bruces, resguardados en los vanos de puertas y ventanas; distinguíamos los detalles de sus uniformes, las facciones de los rostros de los que se encontraban al frente: hacia la derecha un oficialillo joven, que se atusaba el bigote rubio; hacia la izquierda un capitán gordo que arreglaba su montura y que violentamente se puso á caballo; luego una innumerable sucesión de rostros morenos que daban, al menos esa era

la impresión del momento, la idea de un pulpo formidable.

Seguimos avanzando; una voz, y todos los contrarios llevan sus fusiles á la cara; otra voz en nuestro campo, é idéntico movimiento. De pronto suena una salva y nos oculta á los contrarios el humo de la pólvora.

La lucha empieza; pero los otros, que tenían dispuestas para ella las casas vecinas, se meten y nos fusilan sin piedad, al mismo tiempo que arrojan piedras desde la azotea.

Retrocedo violentamente y me hallo separado de Blancarte. Suenan tiros á diestra y siniestra, siento que vacila mi caballo y lo veo caer, teniendo apenas el tiempo necesario para sacar el pie del estribo.

De repente me encuentro á pie y sin armas, busco la salida lleno de terror y veo un oficial que me tiende su pistola, diciéndome con toda calma: «Amigo, si usted estuviera como yo, quién sabe si no tendría tanto miedo.»

Lo miro; pero no tengo tiempo de preguntar qué le pasa y de qué procede ese charco de sangre en que se halla; ya estoy al otro extremo de la calle, mirando á los míos que rompen puertas y ventanas y que penetran á las casas matando é hiriendo.

Todavía quedan muchos soldados nuestros que no han entrado en fuego. ¡Adelante, adelante! Seguimos avanzando yo no sé cuánto tiempo, oyendo silbar balas y viendo caer compañeros.

¿Cuántos somos? No puedo distinguir sino una turba de hombres sin chacós ni sombreros, pálidos con la palidez característica de los trigueños, negros los labios de tanto morder cartuchos.

De pronto, entre el estruendo aquel, oigo una voz que sale de una casa.

—¿Aquí estás, caga-tinta, huizachero desgraciado? ¡Aquí te quería encontrar para beberte la puerca alma!

Me detuve y vi á un mancebo como de veinticinco años, pálido, con toda la barba, empuñando un sable en una mano y en la otra un mosquete.

Le vi que salía por la puerta y comprendí que venía resuelto á matarme. También yo me sentí lleno de odio contra él. Aquello sí que me tocaba, aquello sí que era mío y me llegaba á lo vivo.

—También yo te quería hallar, Ventura de los diablos. ¡Vente, que yo soy quien te va á matar!

Y en aquel muchacho simbolicé los odios de todos aquellos que querían acabar unos con otros. ¡Qué Santa Anna ni qué Arista! Allí había algo más que planes y política que no entendía; había el amor de mi alma, la dicha de mi vida en jaque y frente á frente de quien me las quería arrebatar!

Y embestí con rabia de bruto, de primitivo, de salvaje, contra aquel amigo queridísimo con quien había desdeñado pelear en otra vez, sólo porque en ésta me

dominaba el contagio de la locura común y colectiva.

Me tiró un tajo y arrojó el pesado armatoste que traía en la otra mano: le disparé un tiro de pistola y vi con goce canibalesco que caía revolcándose en su sangre. Allí le dejé para asistir al combate más desesperado, al más tremendo frenesí que podía pensarse. Eran luchas cuerpo á cuerpo, luchas personales en que los fusiles se utilizaban como mazas, en que se hacía uso de los dientes y de las uñas, en que se hería al amigo pensándose que se dañaba al contrario.

Oimos al cabo un clarín que llamaba á retirada, y abandonamos aquel campo en que dejábamos cadáveres con los intestinos de fuera, armas dispersas, caballos y caballeros en confusión.

Ya era tiempo; había durado el combate cuatro horas y estábamos extenuados hasta la inanición. Habíamos avanzado hasta Belem, el Santuario y Santo Domingo, y los del gobierno iban de corrida.

El 6 de Enero, herido y lleno de despecho, levantó Miñón el sitio, y quedamos nosotros orgullosos de haber vencido al gobierno y de haber salídonos con la nuestra.

López-Portillo declaró que prescindía de sus pretensiones legales; pero de nada le valió ante la justicia de Uraga, quien dispuso en un decreto que con los bienes de los comprometidos contra la revolución, debían fundarse



Allí le dejé para asistir...

bancos con cuyos fondos se había de socorrer á los perjudicados por la guerra.

El veinte, acompañado por mi patrono Suárez y algunos oficiales, salió de Guadalajara el General triunfador. Excusado es decir que yo formaba en el número de los del cortejo y que me hallaba como niño con zapatos nuevos ante la perspectiva de conocer la famosa ciudad de los palacios, que adornaba en mi imaginación con tales galas, que mal año para Quivira y Samarcanda.

Por donde quiera que pasábamos éramos recibidos en palmitas, recitándosenos sin cesar el mismo tema: que íbamos (digo *íbamos* como el mosquito que desde la carreta que transitaba por un camino polvoso, decía para su aguijón «qué polvareda vamos levantando»), que íbamos á regenerar el país, á establecer la paz, á poner en su sitio á los malditos extranjeros que tanta mano habían tenido en el gobierno anterior, á hacer feliz á la República y á cambiar la faz del mundo.

En cada posta de la diligencia nos salían á recibir los notables del pueblo: el presidente municipal, el jefe político, el recaudador de contribuciones, el maestro de escuela, y después de echarnos, sobre todo al General, una rociada de incienso que nos sofocaba, hacían sus peticiones, encaminadas á demostrar que la gente de viso, seria, honrada y amiga del nuevo orden de cosas, era la que estaba presente, y no las infectas familias López, Arroyo,

Martín y demás que no habían concurrido á la manifestación y que se distinguían por su sospechoso moderantismo.

En Tlaxochimaco mi padre salió á darnos la bienvenida, y el pobre estaba tan satisfecho y engreído con mi presencia entre aquel grupo selecto, que casi, casi se inclinaba á abjurar su liberalismo rabioso, pues se figuraba que aquella revuelta era cosa mía, y que la había hecho para demostrar mi grandísimo talento y para dar un reproche al torpe del mayorazgo, que se había considerado deshonrado si me daba su hija.

El cual mayorazgo apareció por allí, y me tendió la mano con tan buena gracia, que me las prometí muy felices de su amabilidad. A Trini no pude hablarla, porque hacía dos meses que vivía en la hacienda, en compañía de la madre: allá las habían sorprendido las *pixcas,* y la estancia se venía prolongando más de la cuenta.

Algunas veces, mientras cerraba los ojos, aletargado por la siesta, sorprendía entre Suárez y el General, diálogos que me ponían los pelos de punta, porque me demostraban que faltaba todavía el rabo por desollar en el asunto aquél en que estábamos metidos.

— Sí, decía Uraga, es cierto que usted y los amigos me han traído á este negocio; pero no dude que empezando los arreglos tendré que dejar el campo á otros más dichosos y que llenarán de incienso al que viene. Yo no sé adular, amigo Suárez, yo no sé fingir ni plegarme á los

dictados del que manda. Por eso Santa Anna me hizo el terrible desaire que usted sabe, y Arista me relevó del mando de fuerzas que yo había criado y disciplinado, posponiéndome á Severo del Castillo. Así, pues, tan pronto como vea al grande hombre instalado en el Palacio nacional, renuncio al mando, tomo el camino de mi finquita de campo y dejo que otros hagan dichosa esta patria que yo amo tanto.

—Pero, General, ¿qué está usted diciendo? exclamaba Suárez meloso y lleno de aspavientos; ¡si el señor Santa Anna cuenta, como debe contar, con la entereza, el valor civil, el talento clarísimo y la instrucción de usted! No hay que darle vueltas; usted será nuestro Ministro de la Guerra y no sabemos si algo más andando los tiempos.

—No, contestaba el otro; yo ya acabé mi carrera, y es en vano querer llamarme con reclamos amistosos. Créamelo, don Juan, el prestigio que usted me concede, la corta instrucción que he acumulado, mi habilidad ó mi suerte para obtener éxitos lisonjeros, tienen en contra cosas terribles: se me llama traidor, se dice que me vendo al mejor postor, y todo eso no es cierto. Usted conoce á este viejo Pepe, á este amigo leal á quien la suerte persigue sin tregua, y sabe bien que es víctima de indignas maquinaciones y de tremendos artificios.

—Nada me diga, General, nada me diga, que esos

pesimismos van á desaparecer pronto, Dios mediante. Y luego, que la gran obra que usted acometió no está concluída. Cierto que hemos vencido al infame Arista; pero aun nos quedan Rebolledo con sus pretensiones de organizar un territorio en Orizaba; Mazatlán, pronunciado; Zacatecas, sufriendo con las depredaciones de los indios y con los salteadores de caminos; San Luis Potosí, donde el asesinato de don Julián de los Reyes ha dejado á aquella gente desmoralizada y falta de bríos; Bravo y Álvarez, en actitud casi hostil en Guerrero; Aguascalientes con las pretensiones de formar una nueva entidad; y todo revuelto, disgregado, falto de nervio y de fe, con dificultades hacendarias, medrosos los capitales é impotente el gobierno.

— Pues, amigo, no hay más que establecer á toda prisa la federación, porque la cosa urge.

— Al contrario, mi General, al contrario; hay que unir en vez de separar; ya me lo decía hace poco el señor General Santa Anna: «Yo no puedo permitir que los congresos sigan aniquilando al pueblo; yo no quiero que la maldita federación vuelva á resucitar de sus cenizas, ni quiero esas farsas de abogadillos tramposos que han imperado á la sombra de instituciones detestables.»

— Parece mentira; pero en esas cosas también sigo la teoría de mi ilustre jefe: este país necesita el gobierno de uno solo, y palos á diestra y siniestra.

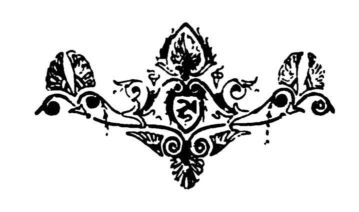
—En cambio yo no opino así: hay que apretar, pero no ahogar. Yo, usted lo sabe bien, he pensado siempre que aquí se necesita un brazo fuerte; pero usted me lo perdone, ese brazo no puede ser el del soldado de Veracruz, que aquí tiene poderosos enemigos. Vendría mejor un jefe tan bien querido, que aplacara todos los odios; tan hábil, que supiera atraerse todas las voluntades; tan valiente, que mantuviera á raya á todos los disidentes; tan instruído, que en el extranjero se le viera con respeto, y tan lleno, en fin, de cualidades, que operara la fusión de todos los partidos.

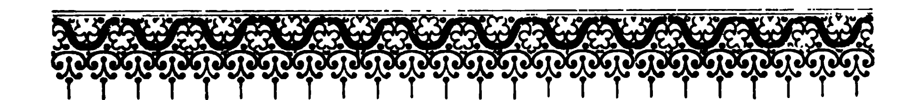
—Pues échese usted, señor General, á buscar ese monstruo, y no le hallará ni con la linterna de Diógenes. Y á no ser que mi querido amigo don José López Uraga se decidiera á hacer á un lado sus escrúpulos, no sé quién pudiera servir para esos altísimos fines.

Replicaba el otro amostazado, insistía adulador don Juan, y todo terminaba con estar acordes en que aquí se necesitaba pedir á Dios pusiera muchísimo tiento en las manos del que había de tocar el pandero gubernamental.

Como aquí todo se ha arreglado con planes y pronunciamientos; como en aquellos benditísimos tiempos cada politicastro se figuraba tener el secreto de la salvación del país, mediante un documento en que se ordenara á los mexicanos ser justos y felices, á cada parada de la dili-

plar el Carmen de Celaya, de saltar en las piedras de los Llanos del Cazadero, de ser robados por el fondista de San Juan del Río y de despeñarnos en Tula, llegamos á México tal día como el 28 de Enero de 1853.





CAPÍTULO IX

La ciudad de los palacios... por hacer

PODRÍA haber dicho que el gozo me reventaba por las cinchas del caballo, si no fuera que no caminaba sino en coche; mi impaciencia era tanta, que no dejaba un punto de sacar la cabeza por la portezuela, como explorando el horizonte. Pero si se exceptúa algunas vacas tísicas que pastaban á la vera del camino, muchos carros y cabalgaduras y grandes columnas de polvo, absolutamente nada percibía.

Á poco entramos en unas callejuelas torcidas con casucas insignificantes, habitadas por viejas sucias, muchachos mugrosos y léperos borrachos. Iba el coche deshaciendo los montones de basura, atascándose en los baches del camino, bordeando las atarjeas, ahuyentando

á los perros que se solazaban en el cadáver de cualquier animal muerto. Avanzó más espacio y me sorprendieron casas más altas que las que estaba acostumbrado á ver en Guadalajara, pero tan tristes, tan faltas de color y de vida, que me asombré de que un cielo tan hermoso abrigara tan mezquino paisaje: estábamos en la ciudad de México.

Cuando con mucho gemido de herraje, caer de valijas, movimiento de curiosos y descenso de pasajeros *apolismados*, llegó el coche á la casa de Diligencias de la calle de Dolores, fuí el primero en bajar y quizás el único en hacerlo con la soltura y gallardía que me consentían mis pocos años. Apenas había puesto los pies en el suelo, cuando sentí que dos brazos me oprimían y que una voz cariñosa, casi infantil, me preguntaba por mi nombre.

Volvíme y miré á un muchacho hasta de diez y ocho años, guapo de rostro, bajo de cuerpo, dulce de mirada, que llamaba á otro no tan mozo, que se hallaba entre el grupo de curiosos.

— Pablo Villaseñor, me dijo, el poeta paisano de usted, me escribe avisándome su presencia aquí y encargándome lo reciba, agasaje y atienda. Para eso vine y para presentarle á mi amigo José María Sánchez, estudiante de Medicina, que nos acompañará en nuestras excursiones.

Juan Díaz Covarrubias, como se llamaba el chico que de manera tan donosa y despejada se me presentaba, se

rehusó á comer conmigo en la mesa del parador; pero á las tres de la tarde ya estaba allí en unión de su inseparable compañero.

— Usted, me dijo Sánchez, necesita un guía en estos dédalos intrincados, y nadie puede servirle para el efecto mejor que Juan y yo. Nosotros lo libraremos desde caer



en manos de las tarascas que se han instalado en esta calle, como para indicar á los payos dónde se ama barato en la capital, hasta para llevarlo á las recepciones del Presidente cuando las haya.

Discutieron mis flamantes amigos el programa de la tarde, que era por cierto la de un domingo, y cuando se hubieron puesto de acuerdo nos encaminamos al *Infiernito,* donde, mediante medio real por barba, nos sirvieron algo

que se parecía á café, juntamente con una copa de aguardiente que arrancaba trozos de garganta.

Los acostumbrados á las cantinas del día, con sus charras elegancias de mármoles y espejos, no se forman idea de cuán confortable se nos figuraba aquella botillería patriarcal, con sus sillas de asiento de tule, sus mesitas de madera blanca, sus mozos confianzudos y tardones, sus espejos para mirar segmentos de rostro y su concurrencia abigarrada y especial.

En seguida y *pedibus andando* nos encaminamos al Paseo de Bucareli, llamado entonces Nuevo, no sé por qué, pues iba á tener un siglo de establecido.

Hasta la Alameda nada encontramos de particular: las casas estaban cerradas, interrumpido el comercio y todo en suspenso; sólo se veía un cordón de gentes endomingadas, que á toda prisa marchaban siguiendo nuestra dirección.

Al pasar el Puente de San Francisco, Juan se inclinó hacia mí, diciéndome:

—No piense que está en el Museo, ni que esos monigotes son las figuras de Huichilobos y algún compañero suyo; esas estatuas que están hechas con trozos de la piedra que tenía en el chirumen el escultor, se han colocado para adorno de este lugar y son las creaciones más espantosas que podía imaginar un enfermo.

En cambio, mire usted el caballo de Tolsa, cómo se

destaca en el azul del cielo, cómo brilla y cómo aparece lleno de nobleza. Bien pagados estuvieron los diez y siete mil pesos que dieron á Hidalga por trasladarlo desde el patio de la Universidad.

— Pero, ¿no encuentras, preguntó Sánchez, más noble la actitud del embajador Pacheco, que pasea aquí su inmensa insignificancia...? Servidor de usted, señor don Ramón, beso á usted la mano.

— ¿Embajador ante quién? pregunté con curiosidad.

— Embajador de México cerca del emperador de los franceses, dijo Juan.

— ¿Y habrá aprendido ya que hay emperador en Francia? Porque hace unos cuantos días, en un banquete, brindó por la República francesa, y fué menester que lo llamara al orden Levaseur, advirtiéndole que hace más de un año que ha habido por allá mutación de régimen.

— Pero no me negarás que es persona grata á Francia el hombre que estaba empeñado en darle satisfacciones cuando el incidente del barón de Cipry en el baño de las Delicias; satisfacciones que no se recibieron porque no las quiso el Conde Gourmy de Roslan.

— Pues en ese caso, dijo mi tocayo, España debía pedirlo de preferencia; ¡porque mira tú que disponer quedara un fondo de indemnizaciones para futuras reclamaciones de súbditos de Isabel II!...

— ¿Y no escribió este año el testamento de 1852?,

pregunté, al recordar ciertos pesados papasales de don J. Ramón, que eran para nosotros el acabóse de la gracia.

— No; ahora tiene catarro como el zorro de la fábula, y no sabe si poner en las nubes á Santa Anna, á quien cantó ditirambos cuando la inauguración de la casa de moneda, para después ponerlo como Dios puso al perico; si alabar al Presidente, á quien debe el nombramiento, ó entonar las glorias de algún astro incógnito.

Entretanto habíamos llegado al paseo, que se desbordaba de gente: peatones luciendo el vestidillo del día de fiesta; niñas modestas envueltas en la reluciente mantilla; lechuguinos adamados, con talle flexible, pecho saliente merced al auxilio de los algodones, melena á la romántica, anteojos que no aumentaban ni disminuían, y tenue rebocillo cubriéndoles el cuello.

Los coches que se removían en el reducido espacio del paseo, eran muchos y muy lujosos. Ya estaban distantes los tiempos en que no había en toda la ciudad más carruaje extranjero que el de don Francisco Fagoaga: *quitrines, guayines, forlones, bombés,* coches mil lujosísimos iban, venían, se encontraban, se chocaban y volvían á su cauce, que era el trecho del paseo.

A caballo caminaban muchos jóvenes de las primeras familias; pocos en silla inglesa, la mayoría en la silla vaquera mexicana.

Los modernos llevaban pantalón abotonado de arriba abajo, banda de seda, chaqueta con alamares y sombrero de anchas alas con doble toquilla.

No faltaban, sin embargo, los trajes de chaqueta y calzonera de paño azul ó verde. Aquélla, bordada de plata y oro, no se abotonaba nunca y dejaba ver la camisa de batista bordada y encarrujada con primor, y la corbata anudada con cintillo. Las calzoneras, detenidas por una banda de seda roja con galones, tenían dos hileras de botones de plata. Dejaban ver el calzón de finísimo lino hacia la parte inferior; pero éste lo cubrían unas botas vaqueras bordadas, recamadas y perfiladas como si hubieran sido unas joyas. Completaban el atavío espuelas de acero, sombrero de anchas alas, manga de paño con vueltas de terciopelo bordadas de oro, y fina espada de procedencia toledana.

Los caballos eran de esas preciosas bestias que resultaron de la aclimatación del potro jerezano; llevaban siempre silla de piel de tigre bordada con oro y plata, zarape del Saltillo con labores variopintas sujeto á los tientos, armas de agua y anqueras llenas de cascabeles resonantes.

A poco llegó la segunda entrada, más pintoresca y animada que la primera: frailes con sombrero de teja, chinas con enaguas de castor, militarcillos de banqueta encantados con el uniforme, viejas celestinas, acompañadas

de doncellas de agua pasada, vendedores de mil baratijas y golosinas populares, pelados de sombrero de copa baja, ceñidor y pantalón bombacho, curas con traje á lo secular..., la mar!

— Mira, dijo Covarrubias, allá viene Martínez; qué tónico, qué elegante; ese surtú, así como el sac...

— Que todavía le debe á Cussac, interrumpió el otro... Esos tipos, amigo Pérez, esos tipos son los que le han inspirado á nuestro poeta las patibularias historias que nos presenta: jóvenes violadores, mujeres coquetas y sin corazón, viejos verdes llenos de concupiscencia, y todo por el feo delito de ser ricos y no tratar de igual á igual á estos caballeritos de quiero y no puedo, que no tienen relaciones tan estrechas con el mago de la calle de Plateros, número 15.

— No me negarás, respondió el jalapeño, que la bondad, la abnegación, el cariño y la verdadera amistad, se encuentran sólo entre los pobres. Rico, ser rico, ¿qué vale junto al mérito de tener talento, de saber, de amar, de sentirse poeta?

— ¿Y por qué los ricos, repuso el otro con buen sentido, no han de tener todas esas cosas que dices, y quizás en grado mayor que los pobres, que pueden verse obligados á prescindir de ellas por las necesidades de la vida?

— No, exclamó con vehemencia el vate: en esa clase no hay más que miseria, podredumbre, cieno é infamia.

Mira, en ese carruaje se ostentan flores de hermosura, mujeres bellísimas incapaces de amar...

— Allí duele, Juanito, allí duele; como que tus rencores contra esta maldita sociedad vienen no más que de los desdenes de esa tu Filis ó como la llamas en tus versos. Fíjese usted, amigo Pérez, en ese carruaje. ¿Ve aquella *liona*, de luenga túnica con vueltas á la suiza, de gro tornasol de aguas, *tablier* de á cuatro y guarnición de escarola del mismo color del túnico? ¿La vió usted? Es la que va junto á la de gola á la Pompadour, tunisela de crespón y manga tan corta, que parece que prolonga el pico del corpiño. Pues esa bella es la que trae loco á nuestro Juan; y como ella se viste en casa de Virginia Gourgues, y su padre tiene hacienda y deudos pudientes, á éste le ha venido el enojo contra todos los ricos.

Enrojeció un poco el mozo; pero no pudiendo negar nada, distrajo nuestra atención señalándonos á un oficialito de buen rostro, guantes, rizos, raya partida y corsé.

— Vamos, allí está Santiaguito Moreno que se ha endosado de nuevo el uniforme, pues dicen que viene nombrado ayudante de S. E. el General Santa Anna. Este fué de los polcos de invierno. ¿Usted, tocayote, no sabe quiénes eran estos soldadillos de tres por un cuarto? Se llamaba de invierno á los abrigados, á los vestidos, mientras por pobres se apellidaba de *verano* á los del batallón Hidalgo, que también se decía batallón de ¡Ay, mamá! Este

Santiaguito, que usted ve, ocupaba siempre un cargador que le llevara el fusil, ó alquilaba un simón si tenía que conducirlo él mismo. Portaba guantes para no lastimarse las manos á la hora de disparar, anteojos como fraile del Carmen, para ver al enemigo y correr á tiempo, y pomo de sales para no desmayarse con las conmociones de la lucha. Ahora, según parece, coge de nuevo la triunfal carrera que había emprendido, y se lanza á opacar los laureles de los Federicos y los Bonapartes.

— Gracias á Dios, dijo Sánchez, que tenemos ya aliviado al señor editor de *El Universal*. Allí va don Rafael de Rafael, á quien usted conocerá por sus polémicas con Cumplido. Es aquél bullicioso, charlatán, de belfo borbónico y nariz larga, ensanchada hacia el Ecuador y aplanada hacia los polos.

— Por cierto, completó el poeta, que no parece hallarse en peligro de muerte después de la estocada que le dió Crescencio Boves.

— ¿Y por qué fué ello? pregunté.

— ¡Qué sé yo! disputas antiguas. Ello es que hace poco se encontraron en Plateros; hubo lo de *yucateco indecente*, de *gachupín intrigante* y otras lindezas, y Boves, que apenas podía tenerse en pie, como que acababa de levantarse de una tremenda enfermedad, dió al otro una metida con un estoque, que me lo puso á dos deditos del sepulcro.

— ¡Hola, Florencio! ¿qué dice Blancarte? Insistes en

que fué presidiario, preguntó Juan á un caballero joven que se acercó al grupo.

—Aquí tienes, dijo Sánchez, á un nuevo amigo nuestro, el joven Juan Pérez; este mal sujeto es Florencio del Castillo, redactor del *Monitor* y hombre á quien usted conocerá por su pésima reputación.



Nos dimos las manos el recién llegado y yo, y continuamos la revista.

—Salud, don Marquitos, dijo Castillo saludando á un viejo con traje filosófico, capa llena de remiendos, sombrero grasiento echado hacia atrás, cabello largo y pasos tardíos y acompasados.

El señor don Marcos Esparza, ex Ministro de Hacienda y amigo muy cabal.

— Muy servidor de ustedes, dijo el vejete.

— Pero á usted nadie lo hace salir de su paso, señor, dijo con cariño Florencio.

— Nadie, ni siquiera Falconnet, que se ha empeñado en declararme concusionario, asegurando que fuí de los cochinos que tomaron parte en la distribución de los sesenta mil pesos con que diz que sobornó á las Cámaras para que consintieran en que se sacaran los dos millones y medio que permitió el gobierno que se sacaran.

— Y don Marcos es incapaz de eso, dijo Castillo. La prueba es que si se hubiera comprometido, ó habría comprado otra capa, ó habría comprado zapatos siquiera á unos cuantos de los cuatrocientos cuarenta y nueve hijos que Dios le ha dado. Pero no nos niegue que ha habido señores representantes que se ensuciaron con el oro inglés...

— Pollo, pollo, punto en boca, dijo el ex Ministro; no hay que hacer juicios temerarios, porque se falta á la ley de Dios.

La noche venía más que de prisa, alejando los coches, haciendo huir á los peatones y agrupando en bandadas á los charros. Allá se distinguían, arriba las siluetas negras de las torres, abajo los farolillos de los coches que rodaban por el empedrado desigual como turba de ebrios que meten ruido.

A las ocho, después de las frecuentes posas que vinimos haciendo en el camino, desembocamos en la plaza de

armas. Al frente veíamos el palacio, á nuestra espalda el portal de Mercaderes, á la derecha las casas de Cabildo, la Cárcel de ciudad y la Lonja. Don Marcos, hombre de buen ingenio, nos refirió la postura y la destrucción de la estatua de Santa Anna en el Volador, en 1844. Recordaba el hacendista-filósofo el muñeco aquel, de bronce dorado, de tamaño doble del natural, con su uniforme constelado de veneras, bandas y cruces, señalando con la mano derecha hacia el Norte para indicar que pronto iría á dar su merecido á los tejanos; pero dando á conocer en realidad, según el vulgo, que en la casa de moneda estaba la meta de sus aspiraciones.

Al dejar caer el velo que cubría la estatua, la cuerda se enredó en el cuello de la figura; presagio según muchos de que así había de morir ahorcado el original, aunque, según don Marcos, no lo era sino de que el pueblo lo había de echar abajo con soga al cuello en plazo no lejano, como sucedió.

El gran tema, la personalidad de Santa Anna, salió á luz. Sánchez y Covarrubias eran del número de los liberales que creían en Santa Anna á pesar de todas sus trastadas; para don Marquitos no había en el mundo más hombre posible que Arista; pero miraba con simpático *panfilismo* cuantas ideas y opiniones quisieran salir á luz, y en cuanto á Castillo, era el enemigo más furioso que podía tener el dictador.

Mientras dábamos vueltas por las Cadenas, el médico en ciernes se llenaba la boca con unas coplillas que estaban muy en uso:

¿Y vienes muy liberal,
General?
Si es así, guárdete Dios;
Es heroica la tarea,
Haz para que yo te crea
Aquí para entre los dos,
Porque sino estamos mal,
General.
¡Liberal! Danos la gloria,
Afianza nuestros derechos
Y vindica tu memoria,
De otros tiempos y otros hechos
Que son de luto en la historia.

—¡Liberal! interrumpió Florencio. Estén ustedes seguros de que bajo el gobierno que se prepara, no vamos á tener de libertad ni la necesaria para tomar agua, si al gobierno se le antoja que tomemos vino. Créanmelo, amigos; esto anda mal y va á seguir peor. Ni Nerón, ni Ezzelino, ni Dionisio de Siracusa van á servir para descalzar á Anna. Qué Rosas, ni qué Doctor Francia, ni qué niño muerto; Santa Anna va á eclipsar á todos esos



Mientras dábamos vueltas por las Cadenas...

sujetos y á dejarlos muy atrás, haciendo que México se saque la palma en tiranía.

Reímos todos de lo que juzgamos un alarde de Castillo, y comenzamos á fijarnos en los pasantes que veíamos. Los hombres iban envueltos en *talmas;* las damas peinadas á la Cardoville, vestidas con muchísimas enaguas que las hacían parecer, apenas soplaba el viento más leve, viejas urcas navegando por mares tempestuosos.

Hacía luna, y aunque noche de Enero, el frío era poco. Bajo aquellos árboles, que tapizaban el suelo de sombras, como piel leonada, al pie de aquellas torres que recordaban cosas viejas y gentes idas, entre aquellos caballeros y aquellas damas que se miraban con amor, pensé en cuán necio resultaba acordarse del «gobierno del mundo y sus monarquías», cuando se debía meditar tan sólo en la manera de amar más y más de prisa.

A las diez, cuando me sentía casi muerto de fatiga, mis amigos me acompañaron á mi alojamiento, terminando así mi primer día de México.





CAPÍTULO X

Se anuncia la llegada de Santa Anna y conozco á la sin par Anarda

SUÁREZ Navarro y yo fuimos á instalarnos á una casa de la calle de Balvanera, á la hospedería de las señoras Recachos, que servían conforme á los usos de Guadalajara y cobraban poco por la comida de sota, caballo y rey, la cama con ropa limpia cada quince días y la vela de sebo en candelero de azófar, con dotación de espabiladeras y pajuelas.

Como no tenía quehacer señalado, me pasaba las horas muertas en los mentideros reconocidos de librerías y tiendas, hablando de lo que hablábamos entonces todos los mexicanos, es decir, en primer lugar de política, después de política, y en último término de política.

Hoy se decía que los agiotistas se habían reunido para pedir á Santa Anna que reconociera cuatro millones de pesos de bonos clandestinos, expedidos en Londres en la época que Lizardi tenía la agencia.

Otro día se aseguraba que iría una comisión á proponer á S. E. el arrendamiento de las aduanas, casas de moneda, salinas, derechos de consumo, renta del tabaco y todos los arbitrios, rentas y emolumentos, mediante seiscientos mil pesos mensuales y la promesa de construir un ferrocarril á Veracruz; el gobierno tendría derecho á gastar en lo que quisiera sus dineros, y á los contratistas les asistía el derecho ineludible de pagar á la administración de justicia.

— Con lo cual, decía el bueno de Esparza, la justicia andaría siempre derecha en manos de esa compañía de las Indias.

No fué necesaria declaración ni decreto eligiendo á Santa Anna, para que se comprendiera que él era el destinado á hacerse cargo del cotarro. Ya se sabía que no podía haber sermón sin San Agustín, ni revolución sin Santa Anna. Por eso salían á luz los retratos del héroe, quitándoseles á toda prisa el polvo y las telarañas; se buscaba á los parientes de Santa Anna hasta el décimo grado, y se adulaba á sus ahijados, amigos y paniaguados con un ardor de que hay pocos ejemplos: Sierra y Rosso en Tacubaya, Alamán en su casa de la calle de Jesús y Pa-

checo en el Apartado, tenían sus cortes de solicitantes y admiradores.

Ya se hablaba de levantar arcos triunfales y de arreglar fiestas que rivalizaran en esplendor con las más lujosas que se hubieran hecho hasta entonces. Quién quería sacar la estatua que yacía arrinconada en una bodega de palacio; quién proponía se buscaran los restos del pie que se había enterrado en Santa Paula; quién procesar á todos los viles y procaces que se habían atrevido á hablar en contra de aquel lucero de oriente, de cuyos fulgores estábamos lejanos por nuestras grandísimas culpas.

Por esos días escribió Arriaga un famoso artículo con que el bueno de Castillo se chupaba los dedos. Se llamaba «Arcos triunfales», y era una buena muestra de la retórica de aquellos benditos tiempos. «¿Quién es Santa Anna? preguntaba. ¿Acaso es Licurgo, que viene de fructuosos viajes por oriente, donde aprendió la filosofía egipcia y las leyes cretenses? ¿Acaso es Solón, que viene á dar nuevas y sabias instituciones á su patria? ¿Acaso Alcibiades, que derrota á sus enemigos con tropas mucho menores en número de las que tenía el contrario? ¿Acaso es Colón, que contra los cobardes gritos de sus marinos, marcha al descubrimiento de un nuevo mundo? ¿Acaso Washington, acaso Bolívar, acaso Don Pedro el Cruel, acaso el Preste Juan de las Indias? Y después de resolver que no era ninguno de esos caballeros, concluía el artículo declarando

que Santa Anna no era sino lo que todos ya sabíamos: un sujeto que en su destierro sólo se acordaba del *perverso* Arista, de los cargos que le habían hecho y de la infamia de sus enemigos.

Sánchez se burlaba de Castillo sosteniéndole que esos no eran sino resuellos que por la herida daba *El Monitor*, falto de los ochenta pesos con que Arista había pagado sus servicios; porfiaba el otro, y todo terminaba con un *fosforito* en *El Cazador*.

A principios de Febrero nos desayunamos con una noticia: había nuevo Presidente de la República, elegido en reunión de amigos por tres de los que habían arreglado el pastel de los últimos convenios.

El mismo día vimos bajar á Lombardini del carruaje presidencial. *Chaparrón* y obeso hasta parecer redondo, el vientre insubordinado, la cabeza echada hacia atrás de manera que parecía querer divorciarse del cuerpo, la nariz afilada como cuchillo, los bigotes rubios y poblados, caídos como estandartes que no agita el viento, la pera boscosa y la melena de poeta. Completaban esta figura singular un vozarrón ronco y aguardentoso, de esos que dice la gente parece que llevan sus dueños una olla de tamales en la garganta, y un afán de lucir entorchados, charreteras, canelones, cruces y condecoraciones, que el hombre parecía un aparador de joyero.

Unas veces en la librería de Andrade, otras en el

cajón del *Arco Iris,* y otras en las afueras del *Puerto de Liverpool* ó de la *Ciudad de Londres,* discutíamos y resolvíamos todos los problemas pendientes.

Así supimos que el contingente del ejército aumentaba enormemente, que se levantaban á toda prisa batallones y escuadrones, que el gobierno nuevo no se las prometía muy felices en razón de que los departamentos le negaban la obediencia, y por fin, que Veracruz se había pronunciado contra el orden establecido, exigiendo el llamamiento de Santa Anna y el cumplimiento del plan de Jalisco.

Como dueños de nuestro tiempo y como dueño yo de algún dinerillo, nos divertíamos cuanto nos era dable, visitando los teatros, que en honor de la verdad no eran peores que los de ahora, ni carecían de atractivos en cuanto á espectáculos, concurrencia y mujeres. Había el lujoso Santa Anna, que acababa de ser rebautizado con el nombre de su antiguo patrono; el viejísimo Principal, gallera infecta, pringosa y obscura; Nuevo México, teatrito muy cuco que había caído en manos de una compañía volante; el de Puesto Nuevo y algún otro jacalón con honores de coliseo que se abría hoy y se cerraba al día siguiente.

En Nuevo México estuvimos una tarde á presenciar la representación del apropósito *La prisión del sacristán ó las alcaldadas,* en que se refería la reciente aventura de Pablo

Morales. Este bribón, sacristán de la capilla del señor de Burgos, había hecho creer á los frailes y á las personas piadosas, que había tenido la fortuna de sacarse el premio gordo de la lotería de la Habana; y como debida acción de gracias á la Divina Providencia, se ofreció á costear un solemne triduo, que se efectuó en la misma capilla, diciendo el sermón nada menos que el obispo Madrid, que propuso á Morales como modelo de virtud recompensada. El pillo, que vivía primero á lo gran señor, no tardó en desaparecer, y cuando su falta se echó de menos, el capellán encargado de la iglesia y los perjudicados, que eran muchos, se dieron á todos los demonios por su credulidad, mientras los no conservadores se rieron de la invención y satirizaron grandemente á los otros.

La pieza no se distinguía por su gracia, ni por su forma literaria, ni por su excelente interpretación; no tenía más que oportunidad y alusiones picantes, y seguramente por eso el público era más numeroso todas las noches.

Una de ellas, al llegar, vimos á Juan Díaz ponerse pálido y pugnar por salirse. Nosotros lo detuvimos; pero al fin Sánchez comprendió la causa: en una platea se hallaba un grupo de que formaba parte la bella *liona,* que habíamos visto en Bucareli. Era mujer de hermosura altanera, vestida elegantemente, llena de gracia y de primor. No tan joven, pero más linda, era la señora que

la acompañaba, y que me dijeron pertenecía á la familia de los marqueses de Mendiola.



Por aquellos días había sufrido el pobre Juan la serie de contrariedades y de dolores que con tanto color ha referido en sus obras. Amó, y lo burlaron; rogó, y desoyeron sus querellas; cantó, y como recompensa le ofrecieron acíbar y cicuta. Una coqueta, una mujer de corazón duro, engreida con su posición, jugó con el pobre poeta, quitándole todo: amores, ilusiones, placer y porvenir. Iba á casarse y en compañía del novio se ostentaba en aquel palco linda y sonriente.

Juan, con artificio, apartaba la vista del lugar donde se hallaba su torcedor; pero, queriéndolo ó no, se volvía á ratos para encontrarse al cabo con el desprecio y la soberbia. Yo, por penetrarme del género de hermosura de aquella mujer singular, miraba continuamente al palco encantado, y acabé por fijarme en la preciosa y exuberante dama que acompañaba al tormento adorado de Juan.

Nunca he visto conjunto tan hermoso y tan atractivo. Vestida de terciopelo negro, tocada admirablemente, de ademanes señoriles y aristocráticos, llamaba la atención de todos y á todos encantaba por su regio y admirable porte.

Al mirarla creí notar que ella se fijaba en mí con interés; deseché esa idea como una necedad, y queriendo hacer la prueba de nuevo, observé si se repetía lo que había notado con tanta extrañeza. Al cabo la función concluyó, y me pareció que nuevamente me veía con interés la señora, mientras un caballero de bigote engomado y frac á la Van Gool le daba el brazo para salir del palco.

Para no llamar á esa desgraciada y sin par mujer con su nombre verdadero, la llamaré *Anarda,* que fué como la confirmé en multitud de romances, cuartetas y octavas que llegué á escribir andando el tiempo. Anarda, pues, antes de subir al coche no me miró, sino que dijo en voz muy alta:

— Se conoce que son poetas por lo melenudos, aunque uno no lo parece, porque se viste como las personas.

Comuniqué estas cosas á Sánchez, que me acompañó hasta mi casa, y entonces, enseriándose, el bueno del estudiante me habló así:

— En verdad te digo, oh Juan Pérez, que tienes razón

en vivir tan engreído con tu guapeza y buena suerte: tiempo hacía que no paseaba por estas fétidas y mexicanas calles un mozo de tus prendas, y más tiempo hacía que no se encontraba un caso de fortuna igual al tuyo. Es comprensible, pues, que pierdas la cabeza imaginándote que puede morir por tus pedazos, hasta la infanta Micomicona; pero no es natural ni comprensible que tus amigos te dejen poseído de tan graciosa locura. Sabe, oh Juan de mis culpas, que la señora que dices te ha mirado de tan significativa manera, es nada menos que la esposa de don Juan Ruiz de Esparza, riquísimo propietario, amigo íntimo del señor Santa Anna y propuesto para representante nuestro, no sé si en Lisboa, Madrid ó Viena. Cierto que la dicha dama ha dado que hablar de su conducta: cuando la güera Rodríguez daba sus inolvidables reuniones, se murmuró de si esta bella, que entonces se hallaba en el *diez y...* de los años, había ó no tenido que ver con el guapo Pancho Rumblares; cuando don Anastasio fué Presidente y tuvo por ayudante al coronelito Antúnez, hubo no sé qué habladurías poco edificantes acerca de la misma y hermosa señora; pero esas cosas pueden no pasar de díceres sin substancia, pueden ser de esas mentirillas que, amparadas por la maledicencia del crédulo vulgo y toleradas por la necedad de la gente de razón, contribuyen á manchar reputaciones limpísimas y á derribar honras bien cimentadas.

Me reí tomando á broma que yo pensara formalmente en fortuna tan inaudita, y Sánchez elogió esa moderación mía, pues otra cosa habría indicado en mí falta de sindéresis, de que el joven médico no quería pensar que careciera.





CAPÍTULO XI

Se presenta la persona de Nicolás Cuevas, personaje muy principal en esta verdadera historia, y emprendo viaje á Cartagena

No sé cómo se extendió la noticia de que yo tenía hueso que roer, pues al husmo de esa nueva ocurrieron en bandadas gentes que yo había visto contadas veces en mi vida, ó á quienes no había visto nunca.

Uno alegaba parentesco, otro antigua amistad con mi familia, el de más allá conexiones comunes, y el otro admiración inspirada por mis méritos peregrinos. Entre esos amigos improvisados, ninguno más asiduo que Nicolás Cuevas, que ejerció, queriéndolo ó no, grande influencia en mis cosas, como se verá por la obra.

Una mañana vagábamos por el embarcadero del

Puente de Roldán, los tres inseparables, Sánchez, Covarrubias y yo, cuando topamos con un muchacho trigueño deslavado, de ojos verdes, nariz chata, sombrero en el occipucio y traje hecho garras por el uso continuo. Cuando menos lo pensamos, el perdis aquel echó los brazos al poeta, diciéndole entre jipíos:

—Juanito de mi alma, te conozco aunque tú no me conozcas; soy Nicolás, Nicolás Çuevas, tu paisano, tu amigo, tu hermano, tu...

Covarrubias se quedó parado, y al fin, juzgando al Periquillo aquel un tramposo de los que se valían de sorpresas para robar ó *pegar chascos,* lo rechazó con buenos modos. No se desconcertó mi hombre, sino que se dirigió á Manuel, luego de excusarse con el jalapeño, y nuevamente con las lágrimas en los ojos, le dijo:

—Dispensa, Juan de mi alma, que no te hubiera conocido; pero estás cambiadísimo con esa pera, esos bigotes negros y esa melena. Debí distinguirte entre mil, pues eres el vivo retrato de mi padrino don Andrés, que santa gloria haya.

Antes que yo respondiera, el médico en ciernes dijo al desconocido:

—Pues, amigo, sigue usted equivocándose, porque precisamente el único que no es Juan en la reunión, es su servidor.

—Ah, eres tú, dijo abrazándome tan fuerte, que á

punto estuvo de romperme una costilla; bien te debí conocer, pues poco has mudado de rostro: esos bucles rubios, ese color blanco, esa cara de angelito, son la combinación de los rostros de mi madrina doña Micaelita y de mi padrino don Andrés, que Dios tenga en los cielos... Ah, ¿conque no ha muerto mi padrino? ¡Cuánto me alegro!... créemelo que me alegro de veras... Yo te saludé con esa tontería, porque me la contó, me la contó... ¿quién me la contó? Ah... sí, me la contó Ramón Martínez; no, no fué Ramón. ¿Quién sería? Ah, sí, ya sé: en fin, no recuerdo; no quiero mentirte... ¿Conque tú ya metido en la política, y propuesto para ministro, gobernador ó no sé qué? Pues créeme que no me extraña; ¿cómo me había de extrañar si te conozco, si te he visto desde chiquito, desde que eras así?... Créanmelo, caballeros; en Tlaxochimaco no ha habido muchacho más listo que este *güerito* que están viendo... Dejaba lelos al señor cura y á los padres del convento... Acabó la escuela cuando tenía... ¿Cuántos años tendrías?... Tendría diez años, y ya ven ustedes si es acabar pronto... Porque con el *maistro* Ruiz no había contemplaciones; al que no sabía, *monda* á calzón quitado... Pero ustedes venían entretenidos y ya los interrumpí; dispénsenme que los haya molestado... Adiós, señor de Sánchez... Adiós, señor Covarrubias; ya nos conocemos, es decir, ya le conozco á usted. ¡Qué versos nos echa en el teatro y qué cosas le dice á su novia! Yo afirmo que

ni Prieto, ni Escalante, ni Calderón le dan á usted á los tobillos ni sirven para descalzarlo... Sólo los que no tengan alma sensible podrán dejarse de conmover con aquello de

Si desde entonces de mis crudas penas
En la deshecha tempestad sombría;
Has sido tú la estrella que me guía,
No me abandones, hechicera, no.
Ámame, que la hoguera de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frío,
Quien te arrojó, mujer, al lado mío,
Para que me adoraras te arrojó...

— Pero si no son míos esos versos; si son de Zamacona, un muchacho de Puebla...

— Ah, de Zamacona, usted dispense, estoy volado. De usted es aquello de

¡Espíritu que extiendes sobre el mundo
De tu furor la túnica sombría!
¡Tú que en la sangre de tu pueblo impía
Anegaste los ídolos de Aarón!
Siempre entre luto te contempla el hombre
Y envuelto siempre en funerario velo,
Ya lanzando tormentas desde el cielo,

Ya dictando tu ley en Sinaí.
Oh, Dios de los ejércitos...

—Eso, interrumpí yo, es de Bermúdez de Castro.

—Cabal, tienes razón; de Bermúdez; ¿pero dónde tengo yo la cabeza que digo tamaños despropósitos? Ríanse, ríanse ustedes, porque estoy fatal. Conque de Bermúdez... Debí figurármelo; si no conozco á otro poeta que á Salvador Bermúdez... Pero ya me marcho y no sigo molestándolos... Por allá te voy á ver, Juanillo; por allá te caigo...

Y se despidió. Reímos un buen rato á costa del truchimán y regresamos á nuestras casas; pero en la puerta de la mía ya me aguardaba aquel moscón insoportable.

—¿Dices que mi padrino está bueno? Pues lo celebro, mucho lo celebro; mientras mejor esté ese justo, ese santo, ese espejo de los hombres rectos, es mejor para todos, porque indica que la bondad tiene siquiera la ventaja de durar mucho... ¿Y qué sabes de la tierra? Yo acabo de ver aquí á Florentino Badía, y dice que no hay allá novedad... Ah, sí, hay algo, el próximo matrimonio de Trini Torres con Buenaventura Ortiz, el hijo de don Pánfilo Ortiz. Era natural; el dinero se va al dinero... Y dicen que la muchacha está *chula* como un peso chinito. Pues Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

—¿Qué dices? le pregunté con violencia. ¿Quién se casa?

—Ya lo oyes, ya lo sabes; Trini, la hija de tu padrino, la primorosa criaturita aquella que conoces bien.

Horrorizado quedé con aquella nueva, y entonces recordé que ni de ella ni de nadie había vuelto á tener noticia desde mi salida de Guadalajara: las tropas sitia-



doras habían detenido la correspondencia en Zapotlanejo; y aunque había dejado dispuesto me remitieran todo á México, nada había recibido.

Con la muerte en el alma, escribí en seguida una larga carta, pidiendo datos y explicaciones, y resuelto á averiguar aquello que se me figuraba falsedad insigne.

Por la tarde presenté á mi paisano con Suárez, que se quedó encantado al ver un tipo tan zalamero y complaciente.

— Llévele usted con Legarde, me dijo, y recomiéndelo de mi parte.

Y como entonces nuestros bonos corrían con extraordinaria estimación, cátate á Nicolás Cuevas de jefe de diurnos, con cincuenta pesos de sueldo y buscas. ¡Vaya si debía estar contento quien no tenía el día anterior pan que llevar á la boca!

Al llegar á mi casa, donde habían pagado los dos reales que enteraba el que recibía la carta, me encontré una cuya nema rompí impaciente y que decía al pie de la letra:

«TalsochiMaco; hen Ero cuatro de mi lochosientos sinquenti 3.

Ceñor Don guan Perez de lallana mi cerido ermanito guan; llo mialegrare quial tomar esten tus hapersiables manos tiayes con caval salú en copañía deceñor don guan tu Vienechor hacien saludas de miparte la ce nosotros josamos en güena, Alabado siadios. Pues guan el ocjeto, de ponertesta essaludarte idarte; la Mala nueva que nuesto Pader gesus ade cerer no sia berda: que trinitores bacasarsel mesce biene conbonabentura el Dueno de lestancia acien tuconoses Bien no me justa cer puerto demalas nuevas, pero si luavias de saver por otra voca vale Mas ce telo quente yo. Lles cuanto tedise tuermanace te quiere y berte desia.

Toriviaperes.»

Me quedé suspenso, parado, sin saber qué hacer ni á qué santo encomendarme. Pensé mil cosas, todas ellas extravagantes: pensé marcharme al pueblo, escribir á don Crescencio, matar á Buenaventura, matar á Trini, acabar con todo.

Cuando más caviloso me encontraba, sorprendióme un ayudante de Suárez diciéndome que me llamaba el grande hombre. El maestro ocupaba ya un magnífico departamento en el hotel de la Gran Sociedad, y vivía con boato principesco: las botas torcidas, la melena á lo poeta, los anteojos con varillaje de acero, habían desaparecido, y don Juan, que esperaba nada menos que la breva del Ministerio de Guerra, estaba convertido en un positivo *fashionable*. Malas lenguas decían que se le habían quedado en las manos algunos dinerillos, producto de la entrada de mercancías en San Blas, dineros que habíamos recogido en nuestra calidad de tutores de la revolución de Jalisco; pero éstos no eran, como decía el bueno de don Juan, sino *diptongos* que le levantaban.

Ya me aguardaba en unión de un caballero alto, canoso y de buen porte, el coronel don Manuel Escobar, que me miró con curiosidad tan pronto como hube llegado.

—Aquí le tiene usted, coronel y amigo; este es el muchacho de quien le había hablado y que pongo á sus órdenes. Va en calidad de prestado y le ruego le dispense la misma confianza que á mi propia persona.

El coronel me trató con agasajo y me dijo que estuviera listo, pues al día siguiente teníamos que partir para Veracruz.

Con pasividad militar manifesté estar conforme; pero cuando me retiraba para hacer mi hatillo, Suárez me detuvo diciéndome tenía necesidad de mi presencia.

— Usted, me dijo, va con este señor algo más lejos que á Veracruz: va á Cartagena á hablar al señor General Santa Anna y á presentarle una carta mía en que le marco sobre las íes los puntos que necesita conocer. Los mochos recalcitrantes, Alamán, Basadre y socios, mandan á este mamarracho en misión confidencial, y de seguro lo han de haber provisto de papeles en que aseguran al General que nada es posible hacer si no cuenta de antemano con toda la *conserva*. Nosotros vamos á probarle que si ha de gobernar á derechas, necesita también de los liberales, entre quienes se halla lo poco que piensa en el país. El plan de usted debe ser no dejar á solas á Escobar con el señor Santa Anna, y si es posible hablarle usted mismo para hacerle presentes los trabajos que tuvimos antes de conseguir que se le aceptara después de la revolución de Guadalajara... Pero no, ni usted se atreverá á tanto, ni tiene autoridad para ello... Ya usted conoce estas cosas y sabe lo que convenga más; que al fin se la darán á usted por otra cosa, pero no por falta de listura.

Aquella noche ya dormí en la casa de diligencias, y á las tres de la madrugada, con un frío digno de la retirada de Rusia, salimos para Puebla. Tuvimos la fortuna de que no nos asaltaran los ladrones en el barrio de San Lázaro, y de que el coche no se volcara en las calles de México, y llegamos al Peñón Viejo cuando comenzaba á amanecer. El camino hasta Ayotla iba por en medio de los lagos; pasamos Venta de Córdoba, penetramos en el monte de Río-frío, y á las doce estábamos en la Venta, célebre por sus depredaciones. San Martín y Cholula pasaron sin novedad, y al caer la tarde entrábamos en Puebla molidos y maltrechos. No tuve tiempo ni de ver las iglesias famosas, ni de familiarizarme con las pinturas de la más linda escuela mexicana, que adornan la hermosísima ciudad: más tarde había de hacer en esa preciosa tierra larga estancia, que me había de dejar memoria imperecedera, y quien siga leyendo estas pobres páginas, quizás conocerá por menudo tales cosas.

Al día siguiente, de mañana, salimos de la ciudad de Benavente y Palafox, y dejando atrás á Amozoc y Nopaluca, llegamos á las seis á Perote. Las cuatro señalaban nuestros relojes cuando salimos del mesón legendario, y las seis serían cuando bajábamos la cuesta de San Miguel del Soldado.

Mil veces he visto descrito ese paraje encantador; pero ninguna he encontrado que dé idea de aquella

naturaleza exúbera, de aquel murmurar de las fuentes, de aquel rugir de las cataratas, de aquel piar de los pájaros, de aquellas montañas que parecen tocar el cielo, de aquel cielo que parece destinado á harmonizar sus tonos con los de las ingentes serranías.

Pasamos Jalapa y la dejamos atrás con sus liquidámbares, con sus huertas, con sus árboles, con sus flores y con sus mujeres; atravesamos el Puente Nacional á toda prisa, asombrándonos de aquella obra de la arquitectura colonial; y á las doce de la noche entramos en la heroica Veracruz. Al otro día tomábamos en el *Trenton* pasaje para Nueva Granada, sin querer exhibirnos, á fin de que no se averiguara la causa de nuestra partida.





CAPÍTULO XII

Conozco al grande hombre y refiero cómo aceptó el venir á hacernos felices

No puedo hablar de mi viaje marítimo, porque casi todo lo pasé en medio de tártagos, trasudores y desmayos, como si diariamente hubiera ingerido una alcuza de bálsamo de Fierabrás.

Al fin el *Trenton* ancló en el muelle de Cartagena; nos metimos en un botecillo, y á la media hora estábamos en *la Reina de las Indias, la Emperatriz de los mares, la Ciudad heroica,* la que dió salida á los veintiocho mil millones que Colombia, el Ecuador, Perú y Bolivia, se arrancaron de las entrañas para satisfacer la sed de oro de los conquistadores, la que dirigió á España la insolente declaración de independencia de todo un hemisferio.

¡Cuántas urcas, cuántos galeones, cuántos navíos de

tres puentes anclaron en este mismo puerto, que veíamos resplandeciente de luz, nuevo como si hubiera acabado de salir de manos del artífice, con sus casas blancas, sus murallas amarillentas, y su cielo azul y transparente como una turquesa desmesurada.

Recorrimos á nuestra llegada las calles, formadas de hermosas construcciones de estilo netamente español, la preciosa catedral, el *quemadero* y las murallas, famosas en todo el mundo por su costo, por su importancia y por su inexpugnabilidad; y á la siesta buscamos caballos en que ir á Turbaco.

No los hallábamos al principio; pero cuando se supo en la población que habían llegado unos mexicanos que deseaban ver á su General, se nos facilitaron dos bestias, en que emprendimos el camino del asilo de nuestro héroe.

Nos introdujeron al despacho del General, y al vernos quedó maravillado don Antonio. Con ese *don de lágrimas* que lo distinguía, comenzó á derramarlas como puños mientras abrazado á Escobar le decía entre sollozos:

—¿Qüé ocurre en nuestra República? ¿Qué dicen los mexicanos?

—El coronel hizo una explicación de lo que aquí pasaba, ponderando la anarquía del pueblo, la desmoralización del ejército, la bancarrota del erario, la desconfianza de los capitalistas y la necesidad que había

de un Salvador, de un Mesías que quisiera redimir al desgraciado país del yugo de los malos.

Cuando se dirigió á mí, preguntándome si era mexicano y le presenté la carta de Suárez Navarro, se deshizo en elogios de mi maestro, llamándolo su mejor amigo, el más entusiasta de sus partidarios y el primer caballero de México. Se informó con interés de la salud de doña María, la esposa de Suárez, que había estado á punto de perder una pierna, alabó mi decisión de servir la buena causa, y empezó á leer la larga epístola que había conservado en la mano.

El aposento, que daba hacia el norte, dejaba penetrar por las dos ventanas un chorro de luz blanca y brillante, que permitía distinguir el rostro curtido del veterano General.

Era más bien alto que bajo, pero admirablemente proporcionado. El rostro no era tan atractivo y simpático como me lo habían pintado, sino torvo y de mal aspecto; el color atezado, el labio inferior colgante, los dientes blancos y bien puestos, la nariz gruesa y vulgar, los ojos hermosísimos, la frente amplia y espaciosa y el cabello ligeramente ensortijado. Le daban cariz matonesco y chulapón la falta de bigote y cierto ceceo en la pronunciación que entonces tenían muchos veracruzanos. Andaba con dificultad por causa de la falta del pie, perdido, según él, en una memorable facción que debía inmortalizarlo; y no

gastaba ninguno de esos miembros artificiales que la moderna quiropedia ha puesto en uso.

Tenía de ordinario la voz pastosa, gruesa é imperativa, como de quien está hecho á que lo obedezcan y lo teman; pero sabía suavizarla cuando necesitaba decir una de aquellas frases de efecto con que volvía locos á los subordinados y á los pueblos.

Muchas veces me he preguntado en qué radicaría el poder de sugestión de aquel hombre singular que confesaba no haber leído en su vida más libro que la *Casandra,* que se había pronunciado por la constitución y la república, porque esas palabras le habían parecido más eufónicas que las de imperio y monarquía; que había oprimido, vejado y hecho daño sin temor ni empacho; y he llegado á pensar que todo su prestigio radicaba quizás en que sabía decir frases que sonaban bien en los oídos de aquella gente, hecha á estimar las palabras más que el contenido y á devorar la corteza brillante y atractiva de la fruta, dejando la pulpa sabrosa y al parecer de feo aspecto.

Mientras Santa Anna leía, mostrando de paso dos manos blancas y bien cuidadas, recordé que aquel era el hombre que se había pronunciado contra Iturbide á unas cuantas leguas de su real, donde tenía éste abundancia de tropas y recursos, y que se había querido casar con la madre del Emperador; el que había venido desde Tampico

á dar personalmente la noticia de su triunfo; el que había sido incensado, adulado y admirado como Dios oriental; el que había estado prisionero y á punto de ser muerto por



los tejanos; el que había pedido albergue á un indio de Jico sin obtenerlo, á pesar de ofrecerle una talega de onzas, y el que había avergonzado, asesinado y destrozado á su patria traicionándola y ultrajándola.

Mientras Escobar trataba de llevar la conversación al objeto que allí nos conducía, Santa Anna lo evitaba diestramente preguntando por sus amigos y valedores, los Haro, los Alamán, los Mosso y los Rodríguez de San Miguel.

Nos retiramos, á poco, dejando en manos de S. E. un

rimero de cartas y periódicos que le dieron á conocer el ánimo del país y el estado de la opinión.

A otro día, muy temprano, nos presentamos en casa del grande hombre para entrar en nuevas pláticas con él. Conocí que buscaba Escobar la forma con que había de comenzar á exponer su embajada; pero no necesitó ocurrir á su arsenal de lugares oratorios, porque el General nos recibió, diciéndonos:

— Muy mala noche me ha dado la venida de ustedes — Y mientras nos mirábamos extrañados, continuó con verbosidad inaudita:

— ¡Cuánto me ha afectado la violenta situación en que se halla nuestra desventurada patria, devorada por las facciones, envuelta en la anarquía, y en el peligro más inminente de perder su nacionalidad! ¡Desgraciada México! exclamó: sin erario, debiendo como millón y medio de pesos de dividendos atrasados de la deuda inglesa, sin poder satisfacer de la interior el rédito del año vencido, ni asistir á los empleados con las pagas que les pertenecen; sin ejército, con las fronteras abandonadas y sufriendo grandes desastres con los ataques de los bárbaros; minados de traidores los Estados fronterizos, influídos y favorecidos por los americanos, y cinco años tolerado esto por gobernantes ineptos, traidores también y dignos de la execración universal. La Baja California amenazada de tal modo, que será invadida y ocupada sin resistencia;

Yucatán sosteniendo todavía la guerra de los indígenas, y sin poderlos dominar; Tehuantepec amenazado y aplazada militarmente su ocupación para el próximo mes de Abril por nuestros naturales enemigos.

¡Ah, qué situación!

¿Pero qué ha hecho el gobierno de México con esos millones que percibió por la venta inicua de una gran parte de nuestro territorio? ¿Qué ha hecho con los productos y con todas las rentas de que ha sido dueño durante más de cinco años, en que la nación ha permanecido muda y resignada, aunque á la expectativa de los prodigios que le ofreciera la ominosa administración de Querétaro?

Mucho habló el General; pero como se hacía tarde, más que de prisa, nos convidó al Coronel y á mí á ir á caballo hasta su quinta *La Rosita*, situada al oriente de Turbaco.

Santa Anna montaba admirablemente á caballo, y con el atavío de nuestros charros y á horcajadas sobre una preciosa yegua castaña, parecía mucho más joven y erguido que cuando lo veíamos entre las cuatro paredes de su cuarto.

Locuaz y comunicativo de suyo, el hombre de Zempoala, más se volvía al contacto de aquella naturaleza ubérrima y lujuriosa. Nos dirigía la palabra á Escobar y á mí para preguntarnos nuestro parecer, para saber lo

que opinábamos, con más frecuencia de lo que nosotros mismos hubiéramos podido desear.

—¿Qué piensan, paisanos, que sería esta finquita? Cuando vine aquí era un monte en que abundaban las fieras, un lugar temeroso al que casi nadie se atrevía á penetrar. Hoy es el encanto y la delicia de una familia, y el entretenimiento y consuelo de un hombre que ha pasado por tantas fases y contra quien se desataron la detracción y la calumnia más injustas.

Nos admirábamos de aquella metamorfosis, que ponderábamos como obra de encantamiento, y le dábamos la enhorabuena poniendo en las nubes su asiduidad, su constancia y su amor al trabajo; y aun tomando pie de aquello, lancé un símil sentencioso que agradó al ilustre proscripto:

—Pues así, señor General, aguardamos que obre usted con nuestra patria, esto es, que de abrupta cueva de fieras la metamorfosee en verjel encantado que eclipse al que han formado aquí la constancia y habilidad de este jardinero insigne.

Sonrió el hombre de Tampico y continuó ponderándonos la calma idílica que allí reinaba, la inocencia de los vecinos, que lo miraban como á padre amantísimo, los inocentes pasatiempos que lo atraían, la hermosa independencia de que podía hacer gala y la necesidad que tenía de economizar para que tuvieran sus hijos un honesto pasar.

El bueno de don Manuel me miraba con ojos de desconsuelo; pero al fin y en camino de regreso á Turbaco, interrumpiendo á don Antonio, le dijo cómo debía figurarse que nuestra presencia en Nueva Granada no era puramente accidental, sino que obedecía á altas y saludables combinaciones; que ya debía de haber salido dé Veracruz una comisión á proponerle el negocio de que íbamos á hablarle, y era solicitar de él que se presentara cuanto antes en México; pero que, temerosa la tal comisión de sufrir algún contratiempo en el mar ó un desaire de parte de S. E., se reservaba á salir cuando supiera su última palabra.

Toméla entonces y le manifesté que su nombre era aclamado por todas partes, que se le consideraba cómo la única esperanza de salvación, que la última revolución había dado á conocer en cuanto se le tenía, y procuré excitar la fibra de su patriotismo, animándolo para que viniera á hacernos felices.

Nos oyó el hombre con atención suma, detuvo dos ó tres veces su caballo, cuando pensó que el ruido de las pisadas de las bestias podía ahogar las palabras; y cuando hubimos concluído de hablar, dió una gran voz diciéndonos con cara afligida:

—Pero, amigos, ¿son ustedes que tanto me quieren quienes me piden que abandone esta vida tranquila y pastoral que disfruto, para cambiarla por un laberinto

como el que me pintan los informes de ustedes y las cartas que me han presentado? Están vivos en mi memoria los padecimientos que la ingratitud de nuestros enemigos me ha causado, y más cuando esas contrariedades mías están ligadas á tremendas desgracias nacionales. Ya ustedes vieron cómo me apresuré á prestar mis pobres servicios cuando se me llamó estando en la Habana, no obstante tener en aquellos momentos abierta la herida que el francés me infirió en las ardientes playas de Veracruz; ya notaron cómo luché por expulsar á los invasores. Pues bien: ni mi dinero, que no me han pagado; ni mi caballo, mal herido en la Angostura; ni mis vestidos, que conservo con cuidado, traspasados por las balas invasoras en el Valle de México, ni el incendio y devastación de mis fincas, me libertaron de la acusación infame é insidiosa del Licenciado Gamboa.

¡Ah, continuó, cuando un pueblo se olvida de los héroes de su independencia, de los que defendiéndolo, han peleado al extranjero, de los que han expuesto vida y honra por servirlo, no tiene remedio en lo humano.

Y conste que no lo digo por mí, que combatiendo contra españoles, franceses, yankees y tejanos, he dejado fragmentos de mi persona y trozos de mi honra: lo digo por mil ejemplos que ustedes conocen como yo.

No, el pueblo que no camina por la senda de la virtud, ni se guía por la razón y los principios de justicia,

ha de tener siempre un término fatal. ¡Pero (y aquí hizo el diestro comediante una maravillosa transición), si los mexicanos hubieran abandonado sus pasiones! ¡Si se ruborizaran de sus desaciertos! ¡Si conocieran el abismo que tienen abierto á sus pies! Ya habrán visto á costa suya la diferencia que existe entre el perverso Arista y un hombre que ama la moral y la virtud.

Mas, ¿á qué pensar en estas cosas, si este dulce reposo en que vivo me lo ha otorgado la Providencia divina para advertirme que en el último tercio de mi existencia, mutilado y triste, he hecho cuanto debía por mi patria?

Allí fué el arrebatarnos la palabra Escobar y yo; allí el poner como ropa de pascua al infame, al traidor, al protervo Arista; allí poner de relieve su nulidad, su insuficiencia, su mala voluntad al ejército, y no sé si también su rapacidad y otras peores lacras.

—No, exclamábamos á dúo, aun hay una clase de ciudadanos ilustrados, prudentes y patriotas, que sabe lo que vale un buen gobierno y que llama á gritos á su único salvador, el señor General Santa Anna.

A los dos días, nueva conferencia y nuevos arrumacos del distinguidísimo histrión, hasta que al cabo de mucho urgirle nos contestó:

—Mi corazón no es más que mexicano; sin embargo de todo lo pasado, deseo que mis compatriotas sepan cuán caros me son. No quiero que algún día me reproche la

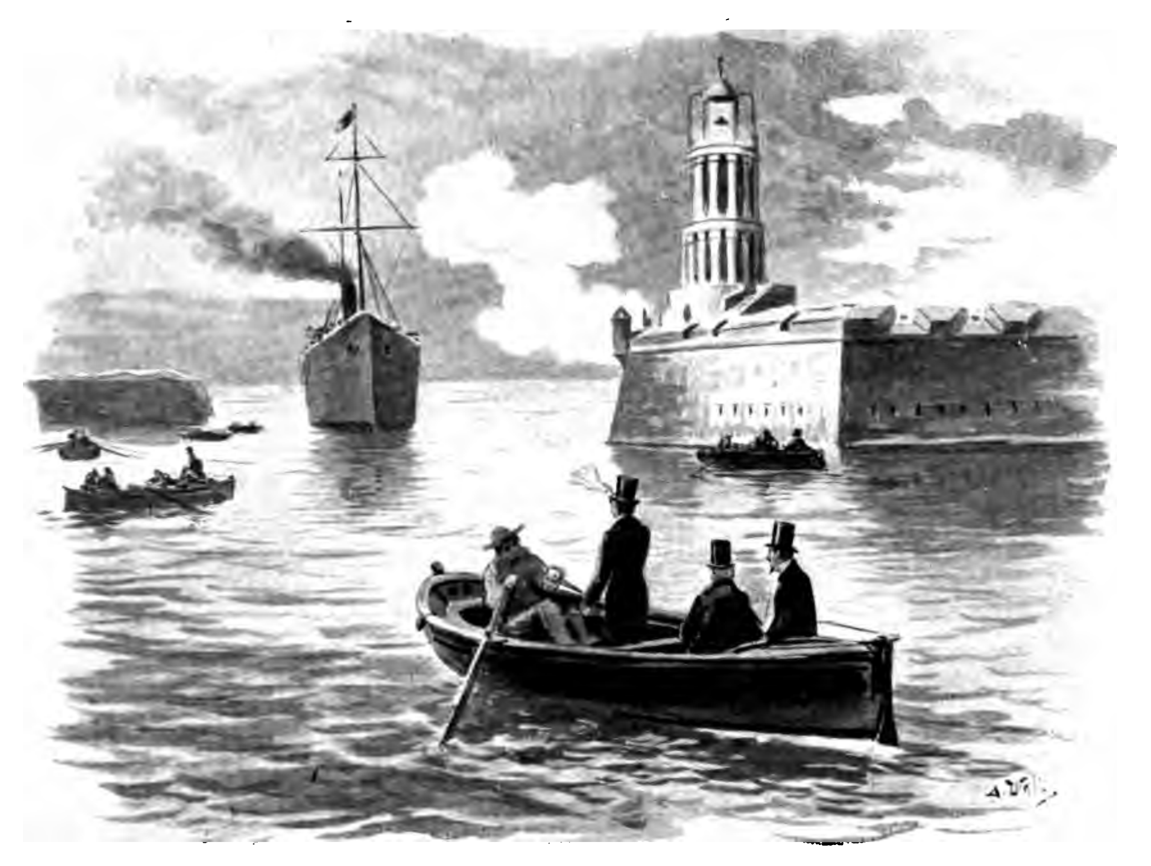
historia, que cuando se me llamaba á hacer la felicidad de mi pueblo, vi con indiferencia su suerte. Pueden ustedes regresar en el próximo paquete y manifestar á quienes los envían que el mes de Marzo saldré de aquí para las playas de México.

Me rodearé de todos los hombres de voluntad, de todos los honrados, de todos los buenos, y poco he de poder, ó hemos de conseguir reconquistar de nuestros vecinos del Norte los feraces territorios que nos arrebataron. Sí, nuestro grito será *independencia ó muerte;* pues yo no he de ser quien siga viviendo si la nacionalidad llega á extinguirse.

Nos enjugamos las lágrimas, que habíamos derramado á impulso del patriotismo, y al otro día nos restituimos á Veracruz.

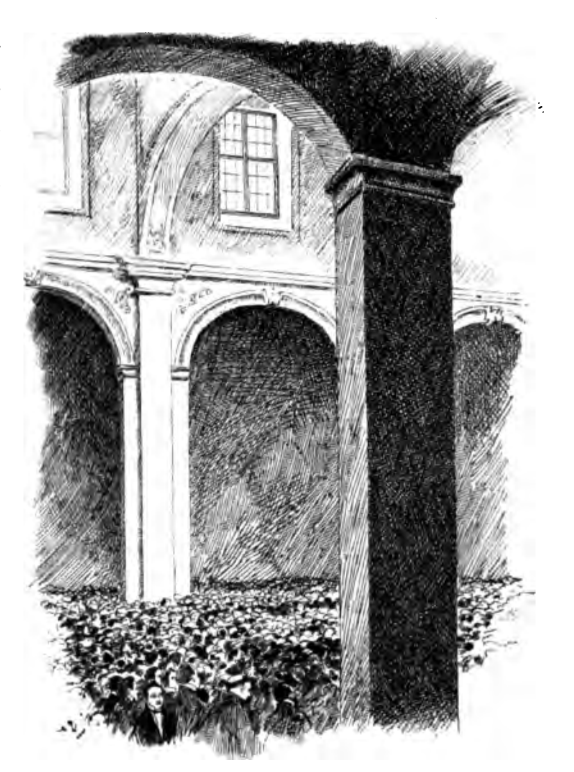
Ya estaba hecho todo: Santa Anna había fingido aceptar á regañadientes lo que deseaba con el alma que se le ofreciera, después de haber intrigado por obtenerlo, y nosotros, convencidos de haber prestado un servicio á México con haberlo hecho consentir, permanecimos en Veracruz, donde teníamos seguridad de ver pronto al General.

Las comisiones sucedían á las comisiones. Don Bibiano Beltrán, don Miguel Lerdo, Corona, Govantes y Vivó, formando una olla podrida de opiniones, se habían presentado en Cartagena, y Lombardini nombró á Basadre,



Tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés *Avon* penetró en el puerto de Veracruz

García, Mosso, Pacheco y Suárez Navarro para que fueran á Veracruz á dar la bienvenida á Santa Anna. El partido era una gusanera en que cada quien trataba de sacar el mejor trozo para sí ó para su santo. Pero mientras fermentaban y ardían anhelos personales, intereses de partido, ambiciones bastardas y deseos de figurar, tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés *Avon* penetró en el puerto de Veracruz con su preciosa carga.



A las cuatro saltó á tierra el caudillo, y en medio de vivas y aclamaciones pasó bajo un arco, en que se quiso imitar «L'Etoile» de París. La misma diferencia que entre el hombre en honor de quien se levantó el arco de veras y Santa Anna, existía entre aquel prodigio y la construcción de mírame y no me toques.

Tras un solemne *Te Deum,* Santa Anna entró á las magníficas habitaciones que se le habían preparado en Palacio, donde recibió las aclamaciones del pueblo y los besamanos de sus amigos.

Al fin quedó el General á solas con su camarilla. Su primer paso fué reconciliar á Pacheco y Haro con Suárez Navarro, y luego dar cuenta al gobierno de México de su feliz arribo.

Pero urgía lanzar la proclama de estilo, proclama que el público sabía no había de cumplirse; mas no por eso menos indispensable. Alamán remitió un modelo escrito en papel azul que condujo don Antonio Haro; otra envió desde Jalapa el General Tornel; otra mandó un incógnito, y la última, que don Antonio sacó del bolsillo, escrita por don Buenaventura Vivó á bordo del vapor, fué la adoptada. Santa Anna, con su hábito ordinario de mentir, dijo aún en presencia de Vivó, que él traía el documento desde San Thomas; pero no era aquello más verdad que las otras cosas que refería.

El documento, se lo figura cualquiera que conozca el género, era una larga serie de lugares comunes, encabezada por lo de MEXICANOS, y rematada con VUESTRO AMIGO Ó VUESTRO CONCIUDADANO, Ó VUESTRO COMPAÑERO DE ARMAS, como todo lo demás que constantemente salía á luz, sin que los pobres que recibían aquello se sintieran desilusionados en fuerza de fracasos.

El martes tres, salimos para la hacienda del Encero ó del Lencero, como le llamaban los puristas.

El Encero era entonces una linda propiedad que coronaba una colina, desde donde se veían, de un lado, la cordillera con todos sus primores, y del otro el mar con toda su majestad. La finca principal era una casa pintada de rojo, con portalería, y rematada por una torrecilla de cristales.

Allí nos aguardaba lo bueno; allí estaban los Lares, Rodríguez de San Miguel, el Padre Miranda, Medina, no sé, todo el mundo; unos, con comisión del cabildo; otros, con delegación de tal Estado; éstos, por encargo de la Excelentísima Diputación de tal cosa, ó el Ayuntamiento de aquí ó el comercio de allá ó los particulares de tal otra parte. Todo era paz, todo contento, todo alegría. Cada comisión que llegaba hacía salir al frente á su y á veces á sus representantes; y allí comenzaba el fuego graneado de adulaciones: Santa Anna resultaba político, economista, literato, protector de las ciencias, favorecedor de las artes, campeón de la iglesia, salvador de la patria, el primer hombre de México y el amigo de buenos.

Hidalgo, Morelos é Iturbide, resultaban unos chicuelos á quienes se miraba con desdén; Pedraza, Arista y Bustamante, unos monstruos y unos bandidos; el Padre Nájera y el Doctor Mora, unos infelices que jamás habían tenido talento, ni saber, ni nada.

Uno de aquellos días se anunció una diputación más, se alistó el salón, ocurrimos todos de veinticinco alfileres y nos dispusimos á oir lo que dirían aquellos crisóstomos. Era la delegación de Puebla, compuesta de tres licenciados, Ruiz, Cetina Abad y Galicia; el primero llevaba la palabra.

Las primeras las oímos con indiferencia; era lo de siempre: felicitaciones, parabienes, buenos deseos. A poco empezamos á fijarnos en el orador, bajito de cuerpo, trigueño, de bigote negro y ralo, de voz opaca, de modales encogidos y tímidos.

«Habéis venido, señor, decía don Joaquín Ruiz, no por el voto libre y espontáneo del pueblo, no por el afecto de vuestros pares; habéis venido mediante un cuartelazo, mediante una sedición militar afortunada, mediante un triunfo de la fuerza; habéis venido, en fin, mediante la abolición del gobierno legítimamente estatuído...»

Trató Santa Anna de hacer callar al orador, oyó éste un susurro de desaprobación; pero como si hubiera oído aplausos y vivas: hacía señal de que iba á seguir.

«Recordad las épocas luctuosas de vuestra historia; recordad cuando perseguido y errante habéis mendigado el auxilio y la acogida, y aprended por esas lecciones de la fortuna, el seso, la cordura y el verdadero patriotismo.»

Luego entró la parte agradable, en que se decían al



Trató Santa Anna de hacer callar al orador,

Presidente cosas dulces; pero el descontento ya estaba en todo su auge, y Ruiz había firmado su sentencia.

El once salimos del Encero; el catorce llegamos á Puebla; el diez y seis, saliendo de San Martín Texmelucan y tomando el camino desde el Peñón Viejo por el de los Baños, arribamos á la Villa de Guadalupe.

Todos los días se agregaba á la comitiva una nueva comisión, un caballero principal ó de antiguo título, un agiotista ó comerciante.

Ya que divisábamos algún simón destartalado que venía dando tumbos en las piedras del camino, alguna diligencia cansada ó algún rocín asmático montado por un fraile barrigón ó algún licenciado asustadizo, teníamos segura la felicitación.

Corrió entonces entre los cortesanos una anécdota, que no deja de tener su gracia. Don Antonio Haro fué á Veracruz con objeto de gestionar que su mortal enemigo, don Manuel Escandón, quedara desahuciado y sin derecho á una partícula cualquiera del afecto del Presidente. Contento y agradecido retornó á México el buen político, y se preparó á gozar de su triunfo. Pero el día de la entrada en la Villa, en el carruaje del General, recibiendo con él inciensos, halagos, vivas y plácemes, iba un hombrecillo pálido, enteco, con la cabeza blanca á pesar de sus cuarenta años, con levitilla de grano de oro, pantalón de dril y aspecto miserable. Era don Ma-

nuel Escandón, que se había perdido hacía unos días, y que aparecía al fin, suplantando á don Antonio Haro y llevando en el bolsillo el reconocimiento de un pésimo crédito de ochocientos mil pesos á favor de los arrendatarios de la renta del tabaco...

La entrada en Guadalupe se retardó de tal manera, que se llegó á pensar que al fin no llegaría el adorado caudillo; pero á eso de las cinco el cañón vino á quitar de dudas, anunciando que el salvador de México estaba cercano al venturoso monte que vió el prodigio guadalupano.

Las azoteas estaban llenas de gente; llenos de gente y carruajes la plaza y el cerro; reverberaban á la luz del sol, como ascuas de plata, las bayonetas del primer ligero mandado por Blancarte, tendido desde la puerta de la colegiata hasta la casa del señor Abad, donde descansaría S. E. Algunos liberales del género inocente llevaban banderitas que decían: «Libertad de Comercio», «Tolerancia de Cultos», «Constitución»; ya les darían sus tolerancias y sus libertades á aquellos pobres.

He visto después muchas recepciones de personas notables; pero ninguna que exceda en brillo y magnificencia á aquella, en que las roncas voces de los cañones y las campanas se unían á la voz imponente del pueblo que gritaba vivas al hombre de quien esperaba su regeneración.

Santa Anna con botas de montar, levita, pantalón blanco y guantes de ante, daba las gracias con gesto casi soberano, ordenando á los ayudantes que no impidieran que el público se acercase al coche.

Estos ayudantes lo eran el General don Benito Zenea,



los tenientes coroneles Ordóñez y Silva, los comandantes Dara, Iturbide, y Argüelles y los capitanes Barragán y Moreno. Á más de cuatro de estos ínclitos guerreros los llamaba la maledicencia con calificativos deshonrosos; pero nunca supe si la maledicencia tenía razón.

Los ayudantes no fueron poderosos, á pesar de su bizarría, para impedir que los léperos más desaforados de la

reunión, quitaran las mulas y fueran tirando del carruaje hasta la Colegiata, donde bajó S. E.

Oyó el *Te Deum* que se cantó, rezó devotamente á la sagrada imagen, y luego, acompañado del señor Arzobispo, del clero Catedral y del de la Colegiata, entró á la habitación que se le destinaba.





CAPITULO XIII

Guerra intestina en el campo santanista. Suárez sin ministerio

En cualquiera otro hombre habría constituído una inferioridad, una falta notoria é imperdonable, lo que en Santa Anna formaba el mérito mayor: no tener parecer ni opinión conocidos, no contar con ideas ni programa de gobierno. Pero esto mismo hacía que todos los partidarios, todos los partidos, todos los credos y todas las ideas, lo consideraran materia dispuesta y se valieran de él como de un instrumento maravilloso.

Por eso, al rededor del jefe brillaban al mismo tiempo Alamán y Lerdo de Tejada, Juan José Baz y Rodríguez de San Miguel. Cumplido y Basadre, centralistas y fede-

ralistas, partidarios de la 7.ª base de Tacubaya y partidarios de la constitución de veinticuatro.

Por eso, tan pronto como el hombre se presentó en escena, vino el problema de inmediata resolución: ¿Qué política debía seguir? ¡Federación! clamaban los liberales. — ¡Centralismo! decían los conservadores. — ¡Ni centralismo ni federación! gritaban los moderados. Y entretanto, el pobre país estaba entre Cristo y Barrabás, sin saber qué convendría ni á qué carta quedarse.

Diariamente aparecían en los periódicos de México y de los Estados, candidaturas para el próximo ministerio. Unos postulaban á Ocampo, á Rosa ó á Olaguíbel; otros á Alamán, á Tornel, á Uraga ó á Haro.

En el Encero, según me lo refirió después Suárez, Santa Anna le mostró una famosa carta que el señor don Lucas le había escrito, dándole á conocer el programa del partido conservador.

«Ante todo, decía el perínclito historiador, pedimos se conserve la religión católica, porque creemos en ella, y porque, aunque no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga á todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener á la raza hispano-americana, y que puede librarla de los grandes peligros á que está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos, y arreglar

todo lo relativo á la administración eclesiástica con el Papa; pero no es cierto, como han dicho algunos periódicos para desacreditarnos, que queremos Inquisición, ni persecuciones, aunque sí nos parece que se debe impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías é inmorales...

»Estamos decididos contra la federación, contra el sistema representativo por orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora, contra los ayuntamientos electivos y contra todo lo que se llama elección popular.»

Luego hablaba de una nueva división territorial, de una nueva organización de la milicia, de la supresión de congresos, y concluía leyendo la cartilla á Santa Anna: nada de negocios de agiotistas; nada de encerrarse en Tacubaya ni de retirarse á Manga de Clavo para que no se le viera ni en pintura; había que caminar muy derechos y sin extraviarse, so pena de lo que sobrevendría. A Suárez le supieron á rejalgar aquellas cosas. Tampoco quería la federación, tampoco consentía en que le hablaran de congresos; pero no hallaba de su gusto que se le anticipara un hombre á quien temía, como Alamán. Mi maestro, ingenio lego y conocedor á fondo solamente de trampas y triquiñuelas, no quería que se le subiera á las barbas aquel caballero que sabía mucho de libros, pero más de trasteo de hombres y de mundología. Empezó por encontrar el programa vago y deficiente: cambiar la de-

marcación territorial, mejorar el ejército, introducir la moralidad en la administración, todos lo querían: ¿pero cómo se había de plantear aquello? Largamente, según parece, habló á S. E. para disuadirlo de hacer caso á Alamán; pero el benemérito, con aquella gramática parda y aquella mano izquierda que tenía, envió á Suárez para que conferenciara con don Lucas y le hiciera decir de qué medios pensaba valerse para salir adelante.

Fuimos á la casa del simpático viejecillo, y le encontramos ya de punta en blanco, elegante el traje, albeando la camisa, bien puesta la corbata, de las que llamaban de dogal y que le daba tres ó cuatro vueltas al cuello; hubiérase dicho que iba á brotarle la sangre de la piel blanca y finísima; parecía que el cabello y la barba le formaban una aureola de blancura; y que los dientes, también blancos y chiquitines, le servían para aparecer más guapo y cortesano. Pero de lo que no cabía duda era de que los ojuelos azules, maliciosos y penetrantes, buscaban hasta las reconditeces del alma del que hablaba con él, como diciéndole: «tú no me la das, porque yo sé la Biblia mejor que el propio Moisés.»

Cuando llegamos escribía algo sobre historia en un libro limpio, elegante y sin una tachadura, con pluma de ave y con letra parejita, chiquitina y firme. Sus hijos trabajaban cerca de él en mesitas especiales para que pudiera vigilar sus estudios don Lucas.

Recibió á don Juan con cordialidad, á mí con cortesanía, y se encaminó á un cuarto vecino, dejándome en el aposento tapizado de libros de historia, de minería, de literatura, de todas las cosas y en todos los idiomas.

Salió á poco don Juan; pero según me dijo, el resultado de la conferencia había sido nulo: el hombre de leyes y el de *muelles* no podían encontrarse porque caminaban en órbitas diversas.

Pero las intrigas menudeaban más de la cuenta. La noche que el General llegó á la Villa de Guadalupe, penetraron á su casa dos hombres con facha de conspiradores. El uno era alto, afiligranado, pulcro en el vestir, guapo y exquisito; el otro, viejo y andando, como dice la frase vulgar, á manera de perico en el suelo; el uno tartajoso de pronunciación, el otro hablando un español al estilo de Castilla. Eran Haro y Tamariz y Alamán.

Aguardaron en casa del Canónigo Medina á que se despejara aquello de importunos y pretendientes, y por una puerta secreta se introdujeron á la habitación del elegido. Allí se ultimaron combinaciones; allí se acordó que debía desechar Santa Anna el nombramiento de *Capitán General,* que le había expedido Suárez, sugestionando á Lombardini, y allí se desechó la candidatura, del propio don Juan para cualquier cargo importante.

El bueno de mi amo no se paraba en pintas: quería nada menos que ser ministro de la guerra á fin de tener en

su mano al ejército. ¡Vaya si el hombre gastaba bríos y empuje! De sacristán de la iglesia de San Felipe de Guadalajara, á comandante de batallón; de comandante de batallón, á teniente coronel del ejército; de teniente coronel, á coronel graduado de general; de coronel, á general efectivo; de general, á oficial mayor de guerra, y luego á ministro del mismo ramo!

Don Juan estaba como quien ve visiones: haber hecho una revolución, haber sugestionado á todo un pueblo, haber trabajado con ardor nunca visto, y luego encontrarse con que, mientras calentaba el horno, otros se comían el pan, eran cosas que lo ponían fuera de sí.

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores
Sic vos non vobis...

me repetía sin cesar lleno de tristeza.

Pero en la forma, el muy bellaco no dejaba de incensar á Tornel, á quien, decía, adoraba como á su propio padre; mientras el ladino del ministro, que sabía muy bien á qué atenerse acerca de ese afecto, no cesaba de alentar á Suárez para que continuase en el puesto en que se consideraba rebajado.

¡Raro personaje ese Tornel! Alto, pálido, de labios exangües, de mirada desmayada, de ojos negros y brillantes — lo único que en él tenía vida por aquellos

tiempos — era la quinta esencia de la cortesanía. Gastaba un dialecto que le daba sello especial; parecía que se estaba oyendo á Zurita ó á Melo hablar en sus compasadas y venerables cláusulas.

Por lo demás, era hombre de positivo ingenio, instruído, diserto, lleno de amor al arte y á los artistas. Le llamaban Lorenzo el Magnífico, mexicano, porque en efecto, favorecía constantemente y con largueza cualquiera manifestación intelectual.

Pero Suárez, como la matrona bíblica, no quería ser consolado; creía en su valer y en sus servicios, y lo ponía frenético el que no se estimaran unos y otros, tal como debía ser.

La enemiga de mi mentor era sobre todo contra Alamán, á quien detestaba precisamente por lo mucho que el otro valía.

— No se aflija usted, decía Tornel con aquella su mónita y su mansedumbre; nada importa que el señor don Lucas tenga un asiento en el gabinete; no desmaye tampoco por la conformidad de opiniones de los señores Haro y Lares con el jefe conservador: esa unión es para atrapar las carteras; ya verá usted cómo yo consigo que el Presidente se desligue de todos los partidos; yo me lisonjeo de poder neutralizar á los unos con los otros.

— Pero usted, seguramente, exclamaba Suárez, nada ha dicho al señor Santa Anna sobre los inconvenien-

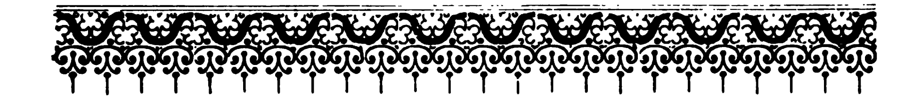
tes que resultan de aparecer Alamán en el ministerio.

—Yo conozco al General Santa Anna, replicaba el ministro, y una vez que se ha empeñado en tener junto á sí á Alamán, es necesario que se desengañe viéndolo de cerca: nada he querido decirle contra las personas sobre quienes él ha fijado de antemano su elección. Ahora lo que importa es que usted entre y aparente conformidad con todo lo hecho: veamos si podemos impedir que el señor Alamán lleve al ministerio de Fomento al señor Jáuregui, gobernador que fué de Querétaro y que es más entusiasta respecto á jesuitas que el padre Aguaviva. Cuando yo salía, lo proponía al Presidente.

—Yo, exclamaba don Juan, no tomo parte más en estos negocios; me voy, porque tengo muchos asuntos que despachar y que firmar; es día de correo. Si yo hubiera sabido el desenlace de mis sacrificios, me habría estado quieto; no dejo en el acto el ministerio, por no dar un escándalo y á usted un disgusto...

—Calma, calma, repetía Tornel con sonrisa de escéptico.

Al fin la combinación quedó hecha: Alamán, relaciones; Tornel, guerra; Haro, hacienda; Lares, justicia.



CAPITULO XIV

Término de mis amores y principio del gobierno santanista

Al fin tuvimos correo regular del interior. Ocurrí á la casa de Guardiola, y en las listas vi mi nombre manuscrito. En un momento pagué la peseta, me dieron mi carta, y después de abrirla me puse á leerla en el zaguán de la oficina. Era una epístola del padre Luna, que con distingos y consuelos, con amabilidades y frases bonitas, trataba de hacerme tragar la píldora del próximo matrimonio de Trini.

«Eran ustedes de muy pocos años cuando anudaron »lazos cuya importancia y duración no podían calcular. »Ni tú tuviste un átomo de culpa asegurando á la niña »que la querías, ni ella faltó en nada sosteniéndote lo

»mismo. ¿Qué van á saber de amor dos adolescentes, »casi dos niños, que confunden el natural cariño de »personas que siempre han vivido juntas, con cosas »más altas y que no es dado sentir á los chicos de »esa edad?»

Luego, saltando líneas, leí:

«Ella que es, como tú sabes, niña honrada y de buen »natural, movida de las exhortaciones, convino al fin en »que nada sabía de estas cosas, y que el esposo que le »convenía era el que sus padres le escogieran.»

Y poco después decía:

«Buenaventura ha salido para esa capital á comprar »las donas, pues quiere que se hagan la boda y los festejos »consiguientes á todo costo. El muchacho no te guarda »rencor por la herida que le causaste en Guadalajara, »pues reconoce que no hubo de tu parte dolo ni ventaja, y »está dispuesto á darte la mano si es que se encuentra »contigo, pues dice, y dice bien, que no hay lugar á dis»putar desde el momento que la criatura ha dado el sí á »sus pretensiones y desairado las tuyas.»

La carta concluía:

«Así, pues, Juan de mi alma, discípulo muy amado, te »exhorto á la conformidad y á la resignación. De seguro »este amor no te convenía, y el Señor te destina á otra »mujer, si es que ha dispuesto seas casado. Y al mismo »tiempo que esto te digo, te prevengo que no hagas la

»locura de querer presentarte á interrumpir el matrimo»nio, pues cuando ésta recibas, los muchachos estarán ya »unidos en haz y paz de la santa Iglesia, y yo bien sé que »no eres tú quien »ha de venir á in»quietar á una »mujer casada ni »á promover ca»morra al ma»rido.»



Sentí que una ola de calor me invadía el cuerpo, sentí luego una onda fría, conocí que estaba sudando; perdí la noción de donde me encontraba y me dí á andar calles y calles.

De repente un grupo de transeuntes me arrebató, llevándome en dirección desconocida. Inmenso gentío en el atrio de la Catedral, en el Empedradillo, en Santo Domingo; arcos de mala muerte y tropa, mucha tropa. Nada mi-

raba, nada me atraía, todo se me figuraba burla de mi imaginación desarreglada; sólo se grabó en mi retina, como la resultante de aquel día, un trapo tricolor que ondeaba en lo alto de un mástil y un cielo azul que continuaba sereno é imperturbable á pesar de las ambiciones, de los odios y de los amores de los hombres.

Al fin tronó un cañón que repercutió largamente seguido de uno de esos ruidos de intenso regocijo que lanza la bestia humana cuando está ahita de placer ó de sangre; sonaron campanas, redoblaron parches, lanzaron su nota aguda los clarines y su clamor entusiasta las músicas; se agitaron abanicos y pañuelos en lo alto de los balcones, colgados de draperías de colores vivísimos; la muchedumbre se rebulló como monstruosa serpiente, y una multitud de uniformes, de presillas, de charreteras de canelones, invadió el espacio que dejaba libre la tropa.

Luego, los vivas redoblaron, se oyó un alarido de satisfacción y una avalancha de léperos con los cabellos hirsutos, al aire pies y rodillas, con aspecto de animales, pero no de animales nobles, sino de animales de carga pacientes y sufridos, desuncieron las mulas de un coche y lo arrastraron, llevando en triunfo como á un Jagrenat viviente, á un hombre galoneado, bordado y chamarreado como rey oriental.

La misma ola que me había llevado de sur á norte me llevó de norte á sur. Algo más calmado se encontraba

Porta Cœli, tranquilas las calles de Jesús, y la mía como si nada sucediera en el mundo.

Quisiera decir aquí que el choque me produjo una fiebre nerviosa, que me volví loco y que no supe de mí; pero diría una mentira: me metí á mi cuarto y me eché á llorar como un niño de escuela... y después me dormí como un bendito, diré mejor, como un borracho inconsciente.

A eso de las seis mis amigos Covarrubias y Sánchez llegaron á buscarme preguntándome si había ido á la jura y toma de posesión.

— Pues perdiste cosa buena, decía Juan; á bien que ó has de vivir poco ó has de cansarte de ver muchas por el estilo.

— Pero no verá de seguro á un hombre con más bordados que Lombardini; presillas, cruces, escarapela, sombrero, espada y bastón estaban empedrados de diamantes, lucían como ascuas. Una custodia con todo y viril, brilla menos en manos de un sacerdote habilidoso que este *calabazate* encima de su poderoso caballo.

— Ni verá á esos ayudantes con sus tacones de seis dedos y sus botas charoladas que no les dejaban andar en pie ni tenerse á caballo. Quinientos pesos dieron á cada uno para su uniforme, y creo que algunos gastaron más.

— ¿Y los pobres viejos de la corte de Justicia con sus casacas galoneadas?

—¿Y los de la contaduría mayor?

—¿Y los canónigos?

—Cevallos se puso malo—ya sé cuál era su enfermedad: se llama *despechitis*—y dejó que Castañeda tomara el juramento á Santa Anna.

—Bonito el discurso que nos leyó don J. Miguel Arroyo. ¡Ya lo creo que aguardamos grandes cosas del hombre!; pero ¿nos las dará ó saldremos con las manos en la cabeza, como tantas otras veces?

—Yo me fijé en la cara del zacatecano Lares al jurar en la capilla; parecía estar diciendo: «hasta que se me logró.»

—Pero el momento crítico fué el en que Alamán introdujo al salón á Antoine y Zayas para que presentara á Santa Anna la gran cruz de Carlos III, que hace seis años le concedió doña María Cristina.

—Pues yo encuentro que ese crítico momento no fué sino el del *Te Deum* en la catedral. Fíjate, Pérez, y dime si puede haber cosa más bella: el arzobispo de capa pluvial y acompañado de todo su clero; la música preludiando el himno admirable de San Agustín y San Ambrosio; las campanas echadas á vuelo; el presidente y sus ministros bajo palio, saliendo en medio de aquella muchedumbre entusiasta y de aquel lujo portentoso; y el cañón atronando los aires, como marcando el ritmo á la ceremonia sin igual.



... el arzobispo de capa pluvial...

— Luego vino la felicitación del cuerpo diplomático. Neri del Barrio, representante de Guatemala, pronunció un discurso; Monseñor Clementi, delegado del Papa, dijo uno á manera de sermoncico cristiano, que hizo que los circunstantes, rompiendo con la etiqueta, aplaudieran á rabiar; y don Lucas Alamán respondió por S. E., que estaba enfermo de la garganta, y que apenas pudo decir un «Viva la República», como si le estuvieran apretando el pescuezo.

— El Señor no quiera castigarlo por do más ha pecado: por los órganos de la palabra.

— Y esta noche hay gaudeamus en Palacio. Yo vi las mesas puestas para ochenta cubiertos en el corredor que da al Senado. Allí se ostentan los naranjos del panteón de Santa Paula en grandes barrilles y luciendo la empresa de la casa: una calavera con sus correspondientes tibias.

— Dios dé buena manderecha á los brindadores para que no vayan á salir con una pata, como ha sucedido en otros tiempos.

— Y consienta que el cuerpo diplomático no desaire al grande hombre.

— Y haga que no se cuelgue algún pendón inglés que ponga fosco al representante de S. M. B.

La caída de mis ilusiones me sumió en la pena más grande, y apenas si ocurría á la ejecución de mis labores en el ministerio. Nada me importaban la política ni la

persona del Presidente, ni mi carrera. ¿Para qué quería yo medros y gracias, si no tenía á quien ofrecerlos?

Se me ocurre, ahora que han pasado los años, que había en aquello un poco de fingimiento y otro poco de deseo de probarme á mí mismo que era un hombre *sensible,* como era necesario ser en mis tiempos para aparecer de buen tono; pero como mis sufrimientos no eran por eso menos tremendos, resultaba uno de los mayores desdichados de la tierra.

Con dificultad me arrastraban mis amigos al teatro, y apenas acompañando á Juan Díaz me figuraba hacer algo que cuadrara con el luto que debía vestir mi alma en adelante. En esas excursiones tuve ocasión de ver á la hermosa Anarda, tan bella, tan incitante y tan seductora como no creía que pudiera existir mujer ninguna. La miraba con interés, con admiración, pero sin cariño, sin afecto; á los ojos les decía todo aquella belleza, pero no hablaba á la entraña, por más que yo me empeñara.

Jamás me había atrevido á rondarle la calle por cuenta propia, ni á intentar nada cerca de ella, pues bisoño y todo como era, comprendía que no conducían á nada tales locuras, ni valía la pena de comprometer con ellas la tranquilidad de una mujer que tenía derecho á ser respetada por señora, por bella y por casada.

México no era, como ahora, una Tebaida en que sólo se bebe y se murmura; existían manifestaciones

de sociabilidad que evitaban á los jóvenes frecuentar cantinas y lugares peores. Se bailaba, se tocaba, se jugaban juegos de prendas, y sobre todo se charlaba y se discreteaba estableciendo entre los dos sexos una comunicación saludable y conveniente.

Como yo era muchacho y la democracia mansa que en México imperaba nunca fué exigente en la elección de personas que con ella se rocen, merced á mi fraquecito de botón dorado y á mi figurilla de rubio interesante, me colaba en todas las casas.

Así conocí los salones de los Quijanos, los Mossos, los Calderones y otros muchos, y aun llegué á pisar las alfombras del bello palacio que tenía el doctísimo conde de la Cortina y Castro.

En una de esas casas, por cierto la más hospitalaria, percibí una noche á la célebre Anarda. Hablaba de política con un chico melenudo y de buen porte: Pancho Zarco; de la última novela con un cabezudo gracioso y chispeante, á quien los otros literatos llamaban *Can Azul* en memoria de su padre: José María Lacunza; de amor y platonismo con un antojudo elocuentísimo, que atraía á todo el mundo á su derredor: José María Lafragua; y de todo con todos, con tanta verba, con tanto ingenio, con tanta oportunidad, que las *lionas* de la reunión quedaban arrinconadas y sin empleo.

— Venga usted, me dijo el amigo que me había conducido á aquella casa; venga y lo presentaré con una guapa señora. No es joven, porque proviene del tiempo de la *güera* Rodríguez y aun los lenguaraces dicen que recibió los homenajes del barón de Humboldt como aquella hermosa; no es verdad, porque cuando el sapientísimo geógrafo estuvo en estas tierras, Anarda aun no venía al mundo; pero sí conoció al General Victoria, á Barragán y al Padre Mier. Sin embargo, véala usted y admírese: está tan bien conservada que no parece sino que fué ayer cuando se casó y ayer cuando fué novia del coronel Antúnez.

Era Anarda mujer de exquisita educación. dotada de un ángel y de una simpatía tan grandes, que conducían atados de pies y manos ante aquella tirana que jamás usó de más armas que un primoroso abanico de laca, á cuantos se le acercaban en muchas varas á la redonda.

— Conozco al señor, pues nada menos corteja á una amiguita mía y parienta muy linda.

— No soy yo el cortejante, señora, respondíle, sino un joven amigo mío, poeta, que está enamorado de la señorita parienta de usted.

Y así siguió la conversación, de cumplido, sin interés; pero para mí decisiva, porque nada menos servía para ponerme á la orden de aquella dictadora de voluntades.

Pasaban los días y no cesaba de encontrarme en alguna casa á la bella mujer, cada vez más atractiva, más sencilla y más graciosa que nunca.

—Déjenme, decía á su cortejo, en compañía de este



pollo, que, ó yo no alcanzo nada, ó tiene que aprender la ciencia del mundo bajo mi dirección.

—Oh, señora, decían los otros, lisonjeros; ¿por qué no nos coge usted á nosotros para enseñarnos esas cosas?

— Porque ustedes ya están viejos; ya son talludos y tienen muy duras las agujetas.

Y comenzábamos á charlar sobre mil asuntos, sobre mil cosas que no nos interesaban, pero que precisamente por eso gustábamos más de desentrañar. A veces me hacía poner las orejas coloradas con observaciones rudas y á fondo, otras me demostraba que me conocía como á sus manos.

— Me han contado, me dijo una noche, que usted no pertenece á la familia de los Pérez Mares que me decía era la suya, sino que es hijo de un honrado notario de pueblo que se desvive por usted. Cuidado con esas cosas, que cuadrarían en un chico sin más mérito que el de su apellido; pero no en usted, que vale por sí.

— Esa niña, me decía al hablar de Trini, observa respecto de usted una conducta muy rara. O es una disimulada y una cazurra. ó no goza ni de un átomo de libertad. No la condene ni la absuelva usted sin haber tomado informes muy amplios.

Y así, unos días hablando de mi pasado, tratando otros de mi presente ó de mi futuro, íbamos anudando el hilo de la mutua simpatía, de tal manera, que había de resultar difícil desenredarlo y romperlo.

Ansiaba que llegaran las noches de tertulia para reanudar la charla empezada y tratar de cosas nuevas, que se me ocurrían diariamente.

En una de esas ocasiones, la dije:

— Ya hemos hablado largamente de mí, sabe usted cuanto me toca; pero ¿y usted? Cuénteme su historia, que no puede menos de ser curiosa la de mujer tan inteligente y distinguida.

— ¡La mía! me contestó. Pero si ya por la voz pública ha de estar enterado usted de mi leyenda, porque tengo leyenda á manera de los mártires del *Flos Sanctorum*... No haga esos aspavientos ni me diga que nada sabe, porque lo voy á juzgar un mentiroso... Sí; en concepto de la gente, soy una especie de Lucrecia Borgia, una mujer peligrosa que ha producido más daño en el coro masculino, que el *chahuistle* en los sembrados. Yo he causado

Muertes, asolamientos, fieros males...

He sido infiel, pervertida, y no sé si también he hecho el mundo.

Me reí, y entonces ella me refirió una historia que nada tiene de extraordinario: la historia de la mujer superior casada, por mandato ó por conveniencia, con un beocio sin talento ni valer.

Sí, había faltado, había cometido infidelidades; no se gloriaba de ello y hasta lo deploraba con todo su corazón; pero habían sido faltas de amor, faltas disculpables por el móvil y por el objeto.

Y con esa moral floja y acomodaticia que teníamos los

románticos para disculparnos, yo acepté cuanto me decía y la tomé como heroína de novela, como una Manón ó Margarita Gautier víctima del destino y de las preocupaciones sociales.

—Usted, me dijo, no conoció á mi excelsa maestra la *güera* Rodríguez, ó la *güera* Elizalde, como se la llamaba; pero sí ha de tener noticia de sus talentos, de su gracia y de su coquetería: en libros anda cuanto se refiere á aquella hermosa dama y sería en vano que yo se lo contara.

En el salón de esa reina sin cetro, pero con súbditos, conocí al joven Albermale, que había venido aquí por causa de negocios.

Pertenecía Jorge, que ese era su nombre de pila, á la aristocracia de su tierra; era guapo, valiente, servicial, atento, bien criado y sobre todo enamorado como un Macías.

Me conoció y comenzó á cortejarme con una asiduidad de que debe de haber pocos ejemplos. Casi no pasaba día sin que inventara un baile, una jira campestre, una reunión de confianza, con objeto de decirme cien y cien veces que me quería, que se consideraría dichoso si lograba mi mano, y que estaba dispuesto á hacer el sacrificio de su religión, aceptando la católica, si yo respondía á su pasión.

Excusado es decir que acepté el cariño del simpático

Jorge y que lo aceptaron mis padres como lo más natural del mundo; pero cuando ya todo estaba listo y mi novio próximo á marchar á su tierra para traer las donas é impetrar el consentimiento paterno, vino la terrible epidemia del cólera, que acabó con media ciudad de México, y dos fueron las primeras víctimas: una, mi maestra, mi amiga, la *güera* Rodríguez, que pereció en unas cuantas horas, y otra Mr. Albermale, mi novio, que cogió el contagio sin saberse cómo ni cuándo. No habían servido de baluarte al terrible azote ni el garbo y la donosura de aquella mujer singular, que había distraído á Humboldt de sus investigaciones y de su ambición á Iturbide, ni la juventud y el amor del elegido de mi alma...

Dicen que en aquellos tiempos era yo un amor, una criatura bellísima, que atraía la atención de todos; por eso al poco tiempo me solicitó en matrimonio don Juan Ruiz de Esparza, de quien usted sabe, y lo sabe todo el mundo, vivo separada aunque habitando la misma casa.

Entre mi esposo y yo no hay contacto intelectual ni material, ni de afección; somos dos extraños, como lo hemos sido siempre, y apenas si tengo que soportar á veces sus brutales celos, tanto más crueles cuanto son más inmotivados.

A usted, provinciano sencillo, le va á llamar la atención que existan un hombre que no es marido de su mujer, y una mujer que no es mujer de su marido: pero habemos

tantos ejemplos aquí, que casi venimos á constituir la regla.

Lo que le he referido es la verdad, y cualquiera otra cosa que le hayan dicho es una solemne mentira: yo lo afirmo.

Salí embobado por aquella historia, que tuve por el Evangelio; y como al día siguiente hablara con Sánchez y le relatara el caso con todos sus pelos y señales, el maldito medicucho se rió y me dijo entre accesos de tos convulsiva:

— Te la dieron, Juan Pérez, te la dieron y la mereces. ¿Quién te mete á ti, fuereño ignorante, á competir con estas señoronas, que tienen falso desde el pelo del peinado hasta la labia que emplean? Ese inglés, esa *güera* Rodríguez, ese cólera providencial, ó fatal, ó lo que tú quieras, no han existido más que en la cabeza de la hermosa señora, que opino, desdiciéndome, ha tomado á pechos el caprichillo de trastornarte el seso.

Desmentí á Sánchez, insistió él en su dicho, le repliqué enojado, él me llamó tonto é ingrato, y nos separamos de mal talante, cada uno por nuestro lado.

Desde ese día comenzó para mí una vida rara; dejé la amistad de los muchachos que no me impulsaban hacia aquella mujer, y frecuenté la de los pollos insubstanciales, que ni me querían ni menos apreciaban mi escaso valer.

Rápidamente iba al ministerio, tomaba el acuerdo de don Juan, y me escapaba. Mi maestro, por su parte, andaba también triste, desazonado y padeciendo ausencias, como yo no lo había conocido nunca.

En Septiembre, á principios, murió de úlcera redonda, á la vuelta de una revista, el ministro Tornel. Mucho tiempo hacía que don Juan acordaba directamente con el Presidente y al parecer satisfecho con él.

Pero el quince del mes, cuando se hacían preparativos para la fiesta nacional, don Juan llegó alterado á su despacho.

— Esto se lo llevó el demonio, gritó arrojando los papeles con furia sobre una mesa. Ni esto es gobierno, ni este es Presidente, ni hay aquí agradecimiento, ni vergüenza, ni nada... Prepárese porque nos vamos: acabo de reñir con el General y de aventarle en la cara su cochina oficialía mayor... Pero ya verá este desconocido, que el mismo que hizo su panegírico, cantó sus glorias y lo elevó á la presidencia... porque yo lo elevé, amigo Pérez, eso usted lo sabe... ese mismo puede convertirse en su deturpador, en su enemigo, y echarlo abajo del poder... No me llame usted la atención ni procure que me calle, porque bien sé que estamos rodeados de espías... Sí, quiero ver si es capaz este farolón de meter en la cárcel al mismo que ha llamado mil veces su amigo mejor...

Traté de calmarlo; pero fué inútil: por su mano escri-

bió su dimisión, dando como causa de ella que no quería seguir prestando su ayuda al desarrollo de una política absolutamente contraria al espíritu y á las tendencias del plan de Jalisco.

La respuesta de Santa Anna no se hizo esperar: fué una carta-circular que dirigió á sus amigos, avisando que había separado del puesto á Suárez, á causa de que había pretendido ser ministro á la muerte del señor Tornel, y de que él, Santa Anna, se lo había negado.

Lo cierto es que el bueno de mi mentor debía de haberse hecho insoportable para el Excelentísimo: un hombre que á toda hora estaba haciéndole observaciones y dirigiéndole censuras con aspecto de amo descontentadizo y exigente, por fuerza hubo de cansar al hombre acostumbrado á recibir adulaciones de todo el mundo, á ser considerado como un señor infalible é inatacable.

Por tres días desapareció Suárez; al cuarto, me mandó una cita para el siguiente, y me indicó debía marchar con precauciones.

Empezaba á levantarme cuando oí á la puerta de mi cuarto una gran porfía; mi nombre andaba mezclado en las bocas de criados y gente desconocida, trayéndolo todos de aquí para allá como estirándolo y maltratándolo.

Tomé violentamente mi ropa, y cogiendo la carta de Suárez, la hice un montón confuso y me la tragué. En ese



En ese momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones...

momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones con caras patibularias, con las pistolas amartilladas y preguntando por mí.

Pero no duró mucho tiempo su indecisión; iba al frente de ellos un tipo para mí familiar, Nicolás Cuevas, mi protegido, que colocándome la mano en el hombro me dijo:

— Ahora no te escapas, Juan Pérez, conspirador contra el gobierno, coludido con personajes desafectos á la administración, é inquietador de mujeres ajenas. Ya verá el señor Presidente que se empieza á hacer buen uso de la ley de sospechosos.

Miré al bellaco, pero nada quise decirle por no tener que cruzar palabra con él.

Luego la gentuza aquella registró mis ropas, se incautó de mi poco dinero como si hubiera sido cuerpo de delito, y recogió una carta que estaba puesta encima de mi mesa de noche, y que yo no había llegado á ver.

— Amárrenlo fuerte, muchachos, gritó el esbirro y vámonos más que de prisa.

Violentamente atravesamos la ciudad sin llamar la atención de los barrenderos que hacían el aseo de las calles: ya debían estar acostumbrados á ese espectáculo diario.

Paramos en la Diputación, donde nos esperaba Lagarde, frente á una mesa en que todavía ardían los



cabos de unas velas puestas en los candelabros de cobre.

— Señor, empezó Nicolás: este sujeto es el secretario de Suárez Navarro, y se le aprehende como sospechoso y como hombre capaz de conspirar. Si su merced se sirve interrogarlo con la maña y habilidad que lo caracterizan, sabrá muchos secretos de los enemigos del gobierno. En una mesa se encontró cerrada esta carta, que ha de proceder de algún otro bribón, enemigo del poder.

Cogió Lagarde la carta, la leyó de cabo á rabo, y al fin dijo entre dientes:

— No es nada, tonterías; una tal Trini que no se casa, sino se mete monja. No vale la pena...

— Yo me tomo la libertad, señor, repuso Cuevas, de advertirle que con nombres supuestos y negocios al parecer indiferentes, estos bribones mantienen entre sí

correspondencias, sirviendo de clave esos negocios de casorios, noviazgos y demás;... pero el señor jefe de la policía sabe mucho más que yo de las argucias de los criminales.

Nada contestó Lagarde, sino que hizo una seña, y atado codo con codo me llevaron á la cárcel, donde me metieron en una bartolina infecta.

Al atravesar el patio pude oir que Cuevas decía:

— Es reo peligroso y se lo recomiendo muy especialmente... Secretario del pillo de Suárez Navarro... uña y carne de él... Parece que había complot para atentar contra la vida de S. E... Sí señor, contra la vida de S. E.; parece mentira que haya pillos así de depravados.

Y yo pensé: ¡depravados! Si hay depravados, uno lo eres tú, infame polizonte, que me debes desde la *cotona* que traes puesta hasta la bazofia que acabas de ingerir.

Y se cerró tras de mí la puerta aquella.

MEMORIAS DE UN POLIZONTE

En el nombre de Dios. Amén. Sea notorio á cuantos estas letras vieren, cómo yo, Nicolás Cuevas, mayor de edad y natural de Tlaxochimaco, queriendo seguir los pasos de los insignes desocupados don Gregorio Martín del Guijo, licenciado don Antonio de Robles, capitán don Francisco Sedano y licenciado don Carlos María de Bustamante, me he propuesto escribir, llevando nota diaria, la relación de los sucesos famosos que ocurran en estos tiempos tan llenos de peripecias. Y aunque reconozco que mis letras no son tantas ni tan buenas que pueda, merced á ellas, encaramarme al Pindo y solicitar el auxilio de la austera Clío, como lo que pienso es solamente dar razón de lo que he visto, clara y lealmente, creo que ya me he ganado mi asiento modesto de galería ó cazuela en esa famosa y codiciada inmortalidad; pues quien desee dar cuenta de las cosas que acontezcan mientras yo esté con la pluma en la mano, tendrá que consultar estos mamotretos y decir á

cada paso: «afirma Cuevas», «según Cuevas refiere», «si hemos de creer al cronista Cuevas», y otras frases así.

Y quién sabe si en fuerza de las cosas que yo revele y de los primores y detalles que se me queden enredados en los puntos de la pluma, venga algún investigador y revolviendo papeles, consultando libros parroquiales y haciendo análisis y deducciones de lo que dicen mis escritos, reconstruya mi biografía y demuestre que soy descendiente de algún conquistador anónimo ó de alguna azafata ó camarista de la corte de nuestros católicos y por desgracia olvidados reyes.

Pero, punto en boca, y vamos á trabajar en este asunto.

21 de Abril. Es curioso y digno de llamar la atención, que casi en el mismo día y hora empecemos el señor General Santa Anna (Q. D. G.) y este pobre empleadillo, á ejercer nuestras respectivas funciones.

Hoy á las nueve me presenté con el jefe de la policía, señor Lagarde, que me recibió de buen talante. Ya tenía en su poder la carta de don Juan Suárez y Navarro, que sacó mi paisano don Juan Pérez de la Llana, y me tenía destinado mi empleo, que es el comodísimo de espiar en corrillos y mentideros cuanto se diga y piense del gobierno.

Aunque parezca de mi parte inmodestia y necedad, creo que pocas designaciones igualmente acertadas habrá hecho mi jefe, pues sé como al cuartucho en que habito á todos los rincones de esta hermosa capital, trato ó conozco de vista á todos los sujetos que algo significan y poseo condiciones de sabueso que ya me han elogiado mis amigos.

Comprendo bien que mi empleíto no es de los que honran por su alteza ó apariencia; pero como no tengo que vestir uniforme, ni que poner tablados en las bocacalles para hacer saber que soy de la policía secreta, todo quedará ignorado y yo podré trabajar sin riesgo ninguno.

10 de Mayo. Ya empieza á surtir sus efectos la ley de imprenta que S. E. promulgó el día 25 del pasado, pues *El Monitor Republicano, El Instructor del Pueblo* y *El Telégrafo,* han desaparecido aquí, y se dice que acabarán *El Espectador*, de Morelia, *El Gallo Matamorense, El Pincel*, de Zacatecas, *El Duende,* de Aguascalientes, *La Trompeta de San Jerónimo, El Bien Público* y *El Colmillo*, de Oaxaca, *El Regenerador de Mérida*, y no sé cuántos papeluchos más.

Malvados diaristas; así no se despepitarán en sus indecentes farraguillos sobre cosas que ni entienden ni pueden entender.

Cuánto más dichosos no fuimos cuando sólo existían

las *Gacetas, Mercurios volantes* y *Diarios literarios* con sus modorros escritores, sus noticias de tres meses de fecha y sus relaciones insípidas y desmalazadas, que con todos esos periodiquines que extendiendo la impiedad, las malas costumbres y el democratismo han causado más daño que el matlazáhuatl.

Todos los editores tienen que hacer depósitos de tres á seis mil pesos aquí, de mil á dos mil en las capitales de provincia y de seiscientos en los otros lugares.

Si hablan mal de la religión, palo; si de la forma de gobierno, más palo; si insultan á las personas constituídas en dignidad mediante anagramas, nombres supuestos, caricaturas ó dibujos, muchísimo más palo.

¡Y así había ilusos que calificaron al bendito licenciado Lares de federalista y demócrata! Hombre de buenas ideas es, y así lo ha venido demostrando en cada día de los pocos que tiene de ministerio.

El Siglo XIX, que redacta un tal Zarco, ha sido de los pocos periódicos masonetes y liberalescos que se han sujetado á las condiciones que marca la ley; pero no irá á Roma por la respuesta, porque se ha de llevar cada multa, encerrona ó supresión que ha de cantar el misterio. Ya verá ese papel si es lo mismo tratar con hombres de mazapán, como el famoso Arista, que con gobiernos fuertes y resueltos á hacerse respetar.

11 de Mayo. Ya empiezan á hacerse sentir los efectos

del supremo decreto en que se dispone queden dados de baja los sujetos que se constituyeron prisioneros voluntarios de los americanos. La lista es larga y en ella se ha colocado á muchísimos militares que no transigieron con el invasor; pero mediante este sistema sencillísimo de proscripción, que no conocieron los revoltosos romanos, se echa de las filas á todos los contagiados de otros delitos cien veces más feos que el de cobardía, y son los de masonismo, liberalismo y federalismo, tres *ismos* que el diablo aguante.

Hoy, en un juego de trucos cerca del mercado de Iturbide, cuatro ó cinco desvergonzados *catrines*, de cuyos nombres y señas tomé nota en seguida, se pusieron á decir con impudencia jamás imaginada, que si se tuviera que expulsar del ejército á los que habían pactado con el sajón, el señor Presidente debía ser quien encabezara la lista. Hice como que tomaba una copa de carlón que pedí, y fingiendo no haber oído nada, salí pasito á paso de aquel lugar para ir á dar cuenta á mis jefes, quienes procediendo con actividad, destreza y cautela que nunca se elogiarán bastante, mandaron aprehender á aquellos bribones y ponerlos en la cárcel pública. Van codo con codo hacia Ulúa, donde aprenderán á tener la infame lengua y á no maltratar la reputación de personas constituídas en dignidad.

Ya el cómitre les hablará de convenios de Puerto

Velasco, y en las *tinajas* tendrán oportunidad de averiguar si el señor Santa Anna estuvo ó no estuvo en arreglos con Scott.

15 de Mayo. Una de las primeras providencias del gobierno justo y enérgico que nos rige, fué expulsar del país al malvado Arista, presidente de burlas y bellaco de veras que había tenido la impudencia de quedarse en su hacienda de Nanacamilpa, dispuesto de seguro á intrigar en reunión de sus amigazos los moderados. Yo no sé qué suerte cubre á ciertos bribones, pues por éste abogaron nada menos que hombres como don Manuel Escandón y don Lucas Alamán, alegando su desinterés, su integridad y no sé cuántas otras cosas. Pero de nada le valieron las tonterías con que logró engatusar á aquellos excelentes caballeros, porque S. E. dictó órdenes inmediatas para que se ausentara el ex-presidente, aunque conservándole su grado en el ejército y su sueldo de General; rasgos nobilísimos y que acreditan el bello corazón del *Napoleón americano,* pues de haber sido otro que no tuviera esa magnanimidad, ya estaría á muchos codos bajo la tierra, muerto de una bala certera, ese hombre que hizo tanto daño.

Sin embargo, no se libró de una saetilla de la bien provista aljaba de nuestros hombres de Estado. Referiré el hecho, porque demuestra mucho ingenio y travesura.

Es el caso que nuestro General Presidente tiene á

sueldo en la Habana, desde hace mucho tiempo, á un gachupincillo simpático y bulle-bulle llamado José Ferrer de Couto. Este muchacho escribe las cosas que se le indican, pues es bien sabido que basta que algo proceda del extranjero para que se tenga aquí como el mismísimo Evangelio. Se le envió la respuesta de Arista, en que el muy pillo se queja de que le expulsen y apela al juicio de la historia y otras zarandajas; y Ferrer, aderezando y componiendo aquello con una sal y un gracejo verdaderamente despampanantes, introdujo entre los gravedosos conceptos del pobre General, lo de que *se le acusaba por haber sostenido relaciones amistosas en lo particular con Carbajal y otros federalistas norte-americanos.*



D. Mariano Arista

Pero no fué esto lo más salado, sino que se hizo decir á Arista que pretendía la «*anexión á los Estados Unidos, donde encontrará México una fuente inagotable de riqueza y*

prosperidad, aunque se pierda esa gran quisicosa, esa cuadratura del círculo llamada por el General Santa Anna nacionalidad.»

El escándalo que se armó fué enorme; los periódicos liberalescos defendieron al perverso Arista; pero *El Universal,* del simpático Rafael, sostuvo que el ex-presidente era más traidor que Bellido y Galalón, y así lo hemos dejado. ¡Vaya alguien á levantar á ese difunto!

16 de Mayo. Uno de los cargos que se han hecho al General Santa Anna es el de que descuidaba los asuntos públicos por dedicarse á jugar gallos y á bureos con damiselas alegres. Tales cosas no deshonran en manera alguna á nuestro ilustre jefe, pues ejemplos hay de militares y príncipes gloriosísimos que se han dedicado á pasatiempos semejantes sin llegar por eso á abandonar los negocios públicos; pero los maldicientes y deslenguados no dirán ahora nada, pues en unos cuantos días el gobierno lleva expedidos decretos sapientísimos y que le darán eterna fama. Mencionaré algunos.

Decreto prohibiendo que los particulares tengan fusiles, mosquetes, escopetas, yogas, tercerolas, pólvora, balas y munición. Así se evitará que los malos organicen asonadas y motines, y que los inocentes pajarillos perezcan, y se creará una renta al gobierno, que según dicen va á estancar de nuevo la pólvora y sus componentes el salitre y el azufre.

Como aun las medidas más benéficas tienen enemigos, no han faltado sutiles y almidonados que hayan dicho que así se va á impedir que los hombres honrados se defiendan de los malhechores; pero tal cosa no tiene raíz ni fundamento, pues para impedir el auge de los ladrones se repondrán la Acordada, la picota, la horca y la Santa Hermandad, conforme lo ha pedido *El Omnibus*, que es uno de nuestros atletas.

Decreto prohibiendo que circule moneda extranjera. Como se sabe, los pícaros sajones han empezado á traer sus pesos, que no pueden compararse nunca con los nuestros, de plata purísima. Ya les hemos dado en la cabeza mediante este decretito.

Reglamento de gobernadores. Es un prontuario de las obligaciones que tienen que cumplir los señores comandantes. Desde el estornudar y el saludar hasta la manera de dirigir felicitaciones á S. E., todo está previsto allí con una puntualidad que encanta. Hasta los más torpes pueden llegar á ser jefes de un departamento y gobernar como unos girifaltes con tal de saber leer y conocer las cuatro reglas.

Previsión como la del señor Lares, no creo que exista bajo las estrellas.

Decreto creando el Ministerio de Gobernación. Considere cualquiera la necesidad de ese ministerio sabiendo nada más que una de las cosas de que se ocupará es la

libertad de imprenta. Piénsese el trabajo que tendrá el señor Bonilla para salir adelante.

Decreto sobre monumentos fúnebres á los defensores del país en 47.

Decreto declarando coronel del ejército á don Lucas Balderas.

Decreto creando la cruz de la Angostura y la manera de usarla.

Decreto centralizando los poderes públicos.

Decreto restableciendo las alcabalas.

Decreto creando un ejército de noventa mil hombres.

Decreto aboliendo los ayuntamientos.

En fin, muchísimos decretos oportunos, sabios y dignos de eterna remembranza. ¡Oh México feliz! ¡y cuánta razón tuvo aquel pontífice en exclamar que no se hizo cosa semejante con otra nación! Ya me figuro la envidia que han de sentir Francia, Inglaterra y Prusia al ver que tenemos aquí un arsenal legislativo tan bien provisto.

17 de Mayo. Había estado apareciendo un papelucho injurioso á la persona de S. E., que se decía impreso en las zahurdas de Plutón y que tenía como editor responsable á Satanás; pero no le valieron esas conmigo, porque con maña y garabato, averigüé que el papelucho se imprimía clandestinamente en una casilla del rumbo de

Romita; y secuestrando imprenta é impresiones, periódico y periodistas, dimos con los bribones en Yucatán y con la máquina en el Apartado. Ya irán esos apóstoles á predicar libertad á los indios bárbaros.

25 de Mayo. Han referido los diarios algunos casos de robos y asaltos. La villa de Lagos, una de las más florecientes de Jalisco, fué atacada por una gavilla de ochenta bandoleros, que durante dos horas completas se dedicaron á robar casas y tiendas. Algunos vecinos imprudentes, sin comprender que entrando en componendas y arreglos con los ladrones se evitarían males mayores, se pusieron á resistirlos, dando esa tontería por resultado, que diez y seis personas salieran heridas, entre ellas el Administrador de Rentas, Zavala.

Todavía más; otro sujeto llamado don Bernardo Flores, acompañado de diez ó doce mozos de su hacienda, se fué tras los bandidos y les dió una *correteada* hasta León, matándoles quince ó veinte y quitándoles ropa, armas y dinero. Temeridad notoria; pues si en vez de salir triunfante Flores hubiera perdido la vida, no habría faltado quien hablara de descuidos del gobierno.

Esa, esa falta de orden y método, es lo que ha causado la anarquía. Aquí cada quien se considera autorizado para hacer lo que le place, aunque sea salvando los conductos legales. Si esos vecinos, en vez de meterse

á hacer armas contra la canalla, se hubieran reunido y redactado una interesante comunicación al gobierno, explicando los sucesos, con sus puntos y comas; si luego hubieran depositado el pliego en la estafeta y por último se hubieran quedado aguardando el resultado, como cuadra á personas fieles al orden y amantes del cumplimiento de las leyes, pronto habrían tenido la contestación, pues el ayuntamiento habría pasado la instancia al jefe político, éste al comandante militar, el comandante al ministro de la Guerra, el ministro al señor Presidente, que firma un viernes sí y otro no, y á la hora de ésta ya tendrían una respuesta en papel con las armas nacionales, linda como unas rosas; salvo la emergencia de que la comunicación se perdiera en la estafeta, accidente de que el gobierno no puede ser responsable.

Otro caso es el de don Andrés Téllez, que caminaba uno de los días pasados en la diligencia entre Guanajato y Morelia, acompañado solamente de su mozo.

Doce ladrones atacaron el coche; y aunque Téllez trató de defenderse, pues portaba rifle y pistolas, los asaltantes fueron más listos y tomando desprevenido al pasajero, le quitaron solamente la ropa, el reloj y el dinero.

De seguro los foragidos andaban derrotados de vestimenta, pues en presencia de don Andrés se cambiaron,

por los trajes de éste, los viejos que traían. Como uno de los asaltantes hubiera alcanzado poco en el reparto, suplicó al robado, con muy buenos modos, que le regalara un sombrero de pelo que le habían dejado; el otro se negó, y entonces el malhechor aquel se vió precisado á arrebatar á fuerza la prenda, dando de paso una cuchillada al remiso.

Luego introdujeron diligencia y pasajeros á un bosque cercano, donde estaban más de cincuenta arrieros atados á los árboles, y muchos burros, mulas y mercancías diseminados.

Cuando se trataba de atar á don Andrés, varios de los vaqueros de su rancho, que está inmediato al punto aquel, se presentaron haciendo fuego contra los bandidos; suelto el robado se pasó al lado de su gente, y después de haber matado á tres ó cuatro ladrones, quedaron dueños del campo y libertaron, no sólo á los infelices que habían visto primeramente, sino á otros que estaban en lo alto de un monte y que hacía cuatro días no probaban bocado.

El caso ha sido muy comentado y alabado; pero yo sólo veo en él una transgresión flagrante de las disposiciones legales. Si está prohibido por el superior decreto que los particulares tengan pólvora y armas, ¿cómo las traían el Téllez y sus vaqueros? Esto amerita una averiguación de parte del comandante del departamento.



Luego introdujeron diligencia y pasajeros á un bosque...

También se ha dicho que en Río Frío campa por sus respetos una gavilla como de cincuenta pícaros que traen uniforme militar, aunque desgarrado, y que al parecer son antiguos soldados que se acaban de desertar, por la frívola é insignificante razón de que no les dan prest, vestuario ni rancho.



Mal síntoma, pues si no se pelea y sirve sólo por el honor, todo tiene que ir abajo. Decir como los mercenarios, que si hay dinero hay suizo y si no, no lo hay, es dar muestra de una pequeñez de miras deplorable. El soldado mexicano no necesita de la paga para pelear, y el vil interés no lo ha movido nunca.

La misma fecha. Al fin se ha resuelto la creación de un cuerpo escogido que se denominará *Lanceros de la Guardia de los supremos poderes*. Los soldados vestirán lujosos uniformes de paño blanco y rojo, grandes y relucientes

cascos á la prusiana, lloronas de seda y botas federicas. Tendrán muchos y muy brillantes botones; montarán excelentes caballos y ganarán mejores sueldos.

Algunos descontentadizos, que critican todo lo que no saben, han extendido la especie de que se debía pagar á los empleados las catorce quincenas que se les adeudan, y no meterse á vestir soldadillos de relumbrón; pero esas son voces de ignorantes y gente sospechosa que se figura que S. E. puede salir á la calle con el acompañamiento que salían los pobretones Herrera y Arista. Algo va de Pedro á Pedro, y un hombre como nuestro Presidente tiene muy buen derecho á hacerse acompañar por gente que corresponda á su categoría.

26 de Mayo. Hoy empezaron las famosas fiestas en San Agustín de las Cuevas, pueblo que el traidor Zavala rebautizó con el nombre de Tlálpam, que tuvo en tiempo de la gentilidad.

Mucho se había disputado si habría ó no partidas este año, pues algunos timoratos habían intrigado cerca de la superioridad, á fin de que el juego no se consintiera; circularon órdenes terminantes de los ministerios de justicia y hacienda, de la comandancia militar y de otras oficinas, amenazando nada menos que con la destitución á los empleados que infringieran la orden; y he aquí que llega la pascua de Pentecostés, que empie-

zan las fiestas y que lo primero que se ve en todos los lugares de juego es á los empleados.

Las partidas estaban para causar placer: en una, la mayor, había como diez mil onzas; otras había con dos ó tres mil; algunas con pesos duros que tentaban á los tahures de poca ropa, y por último otras que tenían tan sólo cantidades cortas y donde los pobres dejaban sus reales.

Yo, mediante seis pesos, conseguí en una pensión un caballejo en que trasladarme á la villa-alegría. Los guayines, los simones, las tartanas y hasta los simples carros caminaban apretados de gentes de todas castas y categorías; innumerables concurrentes iban á caballo ó en burro, y á pie toda la gente del pueblo.

En las *Fuentes,* en el *Calvario,* en todas y en cada una de las empinadas calles de San Agustín, se veían gentes en cantidad incalculable; y todos, chicos y grandes, mujeres y hombres, jugaban sus alburitos de interés, ya solos, ya haciendo vacas y combinaciones.

A las once de la mañana se presentó S. E. vistiendo holgada levita de paño azul con botón de oro, pantalón con cabezas de venado dibujadas, sombrero blando y en la mano un fuetecillo de junco.

Se sentó en la partida más famosa, y á su vista los jugadores se sintieron cohibidos y como avergonzados; pero el señor General, con un gesto muy noble y corte-

sano, invitó á quedarse á todo el mundo. Sacó de una talega que conducía su ayudante Grimarest como quinientas onzas, y mandó tender un albur.

Que por cierto era primoroso: dos de oros y tres de bastos. S. E. puso sus quinientas onzas al tres, y tomando la baraja que le tendía el montero, empezó á correr el albur con toda calma, sin que se le notara siquiera la contracción de un músculo de su rostro noble y arrogante.

Salió primero una sota, y como no falta nunca el axioma de *patas de sota, dos seguro,* á las tres cartas apareció la contraria á la que convenía al jefe supremo de la República. Sonrió el benemérito de la patria, dejó los naipes con toda urbanidad, quitó la ceniza al cigarro que fumaba, se hizo á un lado para que no se le ensuciara el traje y se quedó impávido viendo jugar. Al fin se despidió entre las aclamaciones de los concurrentes y los merecidos elogios por su serenidad.

Poco después vi al coronel Stávoli perder de un bote y casi con la misma gracia, novecientas setenta onzas que había ganado.

Pero si la suerte no favoreció al señor Santa Anna en la partida, en los gallos le ayudó muchísimo. Cuando llegó el señor General se anunciaba una famosa pelea de dos *mochilleres careados á la balanza.* Los sostenedores eran San Agustín y San Angel contra México y Tacubaya.

Soltaron los *amarradores* á los dos gallos que habían de

luchar, uno *búlique,* cresta blanca, de mucho brío y poder; otro negro, chiquitín, casi rabón. Luego que el señor don Antonio, con ese ojo maravilloso que posee, empezó á apostar al gallo prieto, la balanza se inclinó resueltamente de ese lado. Los corredores iban por gradas y sillas gritando á voz en cuello:

— ¿Quién quiere á seis al *búlique?*

— ¿Quién quiere á cuatro al negro?

— Ya va teniendo más San Agustín.

— ¿Quién quiere México? ¿quién quiere México?

— Ya tuvo más Tacubaya.

— Ya tuvo más el asiento.

— ¿Quién quiere á siete al negro?

— ¿Quién quiere á diez al negro?

Luego el pregonero dijo á gritos:

— ¡Silencio, señores! Dice don Jesús Ortiz, de Tizapán, que tiene un gallito moro que ofrece á las órdenes de los señores jugadores, por si alguno quiere concertar con él siete peleas.

Otras veces los retos eran personales.

— Señor don Macedonio Ramos, de Tlálpam: dice don Juan Arrioja, de Texcoco, que si su mercé es servido de jugar una pelea con gallos que elija, de quinientos pesos y quinientos reales, *dando, recibiendo y capote.*

Y como el retado respondiera negativamente, gritaba el heraldo:

— Dice que no con capote, porque tiene calor; que si su mercé quiere, ha de ser libre.

Sonaba luego la música, las cantadoras entonaban alguna cancioncilla de su repertorio y nuevamente se oía la voz del gritón:

— En cuarenta pesos y con cuarenta números se rifa esta pistola de Colts; es fina y no *chinampa*.

— Van en cuarenta pesos estas enaguas adornadas con *relindos* de nueva invención, y que han sido bordadas por unas niñas huérfanas.

— No más apuestas. Cierren la puerta; á ver si se hace la *chica*.

«Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas con que los dos valerosos y enojados combatientes parecían amenazar al cielo, á la tierra y al abismo», se les dió suelta por los *amarradores* en medio de la estupefacción de tirios y troyanos.

Cacareó el gallo negro, miró el búlique á su derredor con orgullo y vanidad infinitos, y lanzó, como llamamiento al combate, un canto marcial que equivalía al *desperta ferro* medioeval. Uno y otro enemigos siguieron paseándose por la pista como si tal cosa, y al fin, tomándolos de nuevo los *amarradores*, les arrancaron unas cuantas plumas del cuello y los arrojaron uno sobre otro.

Transcurrió un momento de suprema angustia, y al fin se oyó un aletazo, luego otro y tras éste una serie de

navajazos. La sangre corría, corría en abundancia empapando el suelo en que se asentaban los pequeños peleantes, salpicando á los victimarios y poniendo rojas veneras en el pecho de los gallos.

El negro era el más ofendido: tenía herido el pie de la navaja, destrozados el pecho y las alas; hecha pedazos la cresta y perdidos los ojos en fuerza de los picotazos.

Jadeante, *asesando,* vencido, regaba la arena con su licor vital; pero no bajaba la cabeza.

El contrario pasó, volvió á pasar, lanzó un canto de victoria y se acercó al prieto para rematarlo. Entonces el caído hizo un esfuerzo supremo, se levantó sobre la pata sana, enarboló la herida, irguió más la cabeza y por medio de un movimiento febril clavó la navaja en el corazón del triunfador, que cayó redondo como de rayo; había recibido *mocila.*

— Está muerto, gritaban los enemigos.

— Está vivo, decían sus partidarios.

— No sólo el que corre pierde, también el que clava el pico.

— Es que está firme y en la raya.

— Masquen pluma, partidarios, masquen pluma, gritaba un chusco.

Los circunstantes se manifestaron encantados con el éxito del encuentro, y dominando todo la voz del pregonero, se oyó el:

— Abran la puerta; se hizo la *grande*.

S. E. recogió esa y las demás apuestas, pues no llegó á errar un golpe; pero el dinero no lo guardó, sino que generosamente lo arrojó á las cantadoras, al gritón y á unos danzantes con traje de lentejuelas y colorines que salieron al acabarse la función.

28 de Mayo. Por extraordinario se ha sabido que unos guardias nacionales que trataban de desobedecer á las órdenes que para su desarme y refundición en los cuerpos dictó el señor Comandante Militar de Veracruz, fueron sujetos, fusilándose á unos cuantos que acaudillaron el movimiento.

Esto ha bastado para que los tontos del *Siglo XIX* sostengan que el gobierno debe perdonar á los promotores de la asonada, que eran unos grandísimos infelices. Yo no estoy por esas blanduras de los sensibleros, ni lo está tampoco *El Universal*, periódico del señor Santa Anna, que ha demostrado al *Siglo*, *por á más be,* que perdonar á esos bribones sería tanto como sentar un precedente desastroso. Replicó *El Siglo*, duplicó su contrario, se dijeron unos y otros diaristas unas cuantas frescas y se acabó, como era razón, porque el licenciado Zaldívar, fiscal de imprenta, declarara sediciosos los artículos del diario federalista é impusiera una multa de cien pesos.

Yo aplaudo la medida, salvo que la corrección me

parece muy leve, pues para tales protervos debía haber castigos mucho mayores.

Habían de tomar experiencia estas gentes, pues saben que en el paternal gobierno que nos rige, así como hay multas y prisiones para los rebeldes, hay premios para los buenos. Testigo de ello el licenciado Aguilar y Marocho, que de simple escritor de *El Universal*, criado á los pechos de Rafael, va que vuela para ministro y aseguran que le darán la primera cartera vacante.

29 de Mayo. Me tocó llevar un cirio en la devota procesión que acompañó al viático para el señor Alamán, ministro de Relaciones. El gentío era grande, la consternación inmensa, los comentarios variadísimos.

Parece que hace tres días comenzó el grande hombre á sentirse mal: le picaba continuamente un dolorcito en el lado del bazo, tenía esputos sanguíneos y calentura. Su médico, el doctor Carpio, le ordenó meterse en cama y le recetó algunos derivativos sin resultado.

Dicen que su mal le vino á consecuencia de la terrible labor que se ha impuesto en estos últimos días á fin de cimentar la nueva administración. Según afirmaba un caballero á quien no conocí, días antes de caer en cama afeaban al señor don Lucas que se dedicara al trabajo con tamaño tesón, y él respondió tranquilo: *Sé que me voy á morir pronto; pero el tiempo es precioso*

y no hay que perderlo; estoy decidido á consagrar á mi patria mis últimos días. ¡Qué hombre, qué hombre! ¡No tuviéramos muchos así!

Recibió el viático con grandes extremos de devoción, é incorporándose en la cama dijo golpeándose el pecho al ver al Divinísimo: *Domine, non suum dignus ut intres sub tectum meum.* Tenía la voz tan entera y firme como cuando en la Cámara se burlaba de los pobres liberales y decía en un arranque de franqueza: *Dejémosles á los Estados sus congresitos y sus farsas de soberanía, y quitémosles sus dinerillos. ¡A los cascos, á los cascos!*



D. Lucas Alamán

2 de Junio. Ayer, á las dos y media de la madrugada, falleció el sabio señor Alamán. El mismo día, á las cuatro, salió la comitiva de la casa del finado y se encaminó á la iglesia del Hospital de Jesús. Vi allí á muchas personas principales, entre otras los señores ministros de Gobernación y Justicia, y todos los oficiales del Estado Mayor de S. E.

A las nueve de la mañana de hoy fueron las exequias, sepultándose el cadáver en el altar mayor del lado de la epístola, mientras se levanta el monumento que el país no dejará de dedicar á tan distinguido varón.

Al salir pude escuchar algo que dijo un señor Consejero de Estado al subir á su coche:

— ¡Qué suerte tiene el señor Santa Anna! No hay como él para que lo favorezca la casualidad llevándose á sus enemigos y á sus amigos.

¡Vaya una manera de opinar y de expresarse! (dispense S. S. que lo diga). Como si la muerte de un hombre de la talla de don Lucas pudiera servir de motivo de alegría á nadie. Decididamente se calumnia al señor General.

6 de Junio. Ya tiene sucesor el señor Alamán, y lo es nada menos que el señor don Manuel Díez de Bonilla, sabio y diplomático insigne, que ha dado más de una muestra de sus inmensos talentos.

No ha escrito como el finado ninguna obra en muchos tomos, llena de citas y de erudición; pero ha publicado un libro que por sí solo le ha dado fama universal. Me refiero á su *Manual de urbanidad y buenas maneras, con un apéndice en que se contienen reglas precisas para poner y servir una mesa y trinchar piezas difíciles*, que ha llamado la atención de todos los sabios.

Contiene una multitud de admirables preceptos, y glosas muy completas de las máximas del barón de Andilla. Sus comentarios de las famosas reglas:

Niña, en la iglesia la cabeza tapa;
Lo manda así San Lino, segundo papa.
Nunca metas las manos en el plato;
Eso más bien se queda para el gato,

y algunos otros así, son verdaderamente exquisitos y llenos de profundidad.

Este hombre insigne, que anuncia grandísimos bienes para su patria, tiene una conciencia tan derecha como la raya de su peinado, y estoy seguro de que conducirá nuestras relaciones con los pueblos amigos con la misma corrección y rectitud que conduce sus levitas.

No, hay que convencerse: sólo á un hombre de tanto genio como el señor Santa Anna pudo haberse ocurrido nombrar ministro de Relaciones á un autor de libros sobre urbanidad y buenas maneras.

¡Cenizas de Alamán, ya podéis reposar tranquilas!

10 de Junio. La sentida muerte del señor Alamán sigue siendo objeto de comentarios. Hoy escuché al mismo señor consejero de quien oí la extraña frase que referí hace poco, otra que me dejó aún más perplejo:

«Dicen, exclamó, que don Eligio Romero y don Juan Alvarez arrojaron en Chilpancingo cohetes al aire al saber la muerte de nuestro don Lucas, yo sé de quién, si pudiera, haría cosa igual.»

También en *El Orden,* periódico nuestro, leí unas frases que me llenaron de curiosidad: «Alamán no descantilló, en lo más mínimo, su ortodoxismo. — Se dedicaba á la lectura de libros espirituales, de que admiraba el conocimiento que tenía. — Procuraba acomodarse á las reglas de la ascética.»

¿Qué será todo eso? ¿Por qué no intervendrá el señor fiscal de imprenta, si es que tales frases significan, como yo lo creo, un horrible atentado al régimen?

La misma fecha. Ha sido destituído de su cargo de Director del Monte de Piedad el general don José Joaquín de Herrera, un vejete que creía tener derecho al empleo por toda la vida, en atención á que fué presidente y á que no se cogió los caudales de la institución y dejó grandes ahorros en las cajas.

Dicen que va á morirse en la miseria y que está tranquilo y contento. Con su pan se lo coma; para traidores como él, no debe haber compasión.

13 de Junio. Hoy celebramos el día del santo de S. E. Hubo serenata frente á su habitación, salvas á las

cinco y á las doce de la mañana y al ponerse el sol; columna de honor á las once, felicitación del cuerpo diplomático y autoridades, asistencia del señor Presidente al Paseo Nuevo, diversiones para el pueblo, comida y baile, dando la guardia una compañía de granaderos.

El señor General, con tal plausible motivo, indultó á varios reos de robo con asalto, y obsequió galas á sus ayudantes y personas de la alta servidumbre.

Recibió de regalos lo que nadie puede figurarse: el señor conde de la Cortina y Castro, lo obsequió con cuatro caballos rucios rodados y una carretela que valen un potosí; el señor Tornel le mandó un magnífico Lozada que importa con dijes, sellos y cadenas, más de diez mil duros; el señor San Miguel le presentó un cintillo con solitario que Varic valuó en tres mil pesos; el agiotista Gómez Reurga le hizo donación de un monetario de oro que contiene monedas de todos los pueblos, y en una profusión tal que espanta; los arrendatarios de la renta del tabaco, los de casas de moneda, los de estanco de pólvora, los empleados, la guarnición, todo el mundo se esmeró á porfía en celebrar esta fecha memorable, que es la del aparecimiento del sol de América, gloria y encanto de la patria. Dicen que pasa de medio millón el importe de los regalos.

Así se hacen las cosas, señores, y no como las hacían los infelices Arista y Herrera, pobretones que nunca com-



La aclamación fué inmensa...

prendieron lo que era dar lustre y honor á la magistratura.

21 de Junio. Este día se trasladó S. E. á su ordinario retiro de Tacubaya, que es la casa llamada del arzobispado. A las nueve salió del palacio acompañado del regimiento de lanceros de la guardia, que le precedía, y de los dragones de á caballo, que iban tras de la carretela abierta.

La villa veraniega estaba llena de arcos de triunfo, bajo los cuales pasó el señor General. Las fachadas de las casas estaban adornadas, distinguiéndose las de Jamesón, Escandón, Conde de la Cortina y Herreros. En los balcones había vasos de colores, con aceite, para prevenir la iluminación, y lujosas cortinas de seda de China.

Entró primero un coche tirado por cuatro caballos tordillos quemados, en el cual iba don Manuel Escandón acompañado de varios caballeros principales; seguían dos carruajes con los señores ministros, y al último iba el de S. E.

Fuí enviado por el señor Lagarde para organizar la manifestación, y me llevé á unos quinientos pelados que pagué á razón de un real. A cada uno le di una caña fresca y la orden de gritar «Viva Santa Anna.» La aclamación fué inmensa y creo que el mismo aplaudido la creyó sincera.

22 de Junio. Algunos pillos dieron en recitar un ver-

sillo que no tiene gracia; pero con el que se mostraban muy satisfechos.

Dice poco más ó menos:

Es santa sin ser mujer;
es rey sin cetro real;
es hombre mas no cabal
y sultán al parecer.
Que vive debemos creer;
parte en el sepulcro está
y parte dándonos guerra.
¿Si será esto de la tierra
ó qué demonios será?

Oí á unos estudiantejos que celebraban la coplilla con grandes risas; los conduje al cuartel del 1.°, ligero; sufrieron un banco de palos por barba, y salieron espichados. A la hora de esta ya estarán arrepentidos y seguros de que no conviene tener disputas con quien todo lo puede.

12 de Julio. Entre las dificultades que nos ha traído la sentida muerte del señor Alamán, no es la menor el haberse traspirado un secretillo que aquel espejo de los diplomáticos había guardado como oro en paño y que acaba de revelar la indiscreción de un periódico madrileño.

Es el caso que el insigne don Lucas, cuya habilidad, talento y patriotismo eran asombro de todas las cancillerías europeas, había pensado hacernos felices trayéndonos nada menos que un monarca, á fin de que sujetara á los malditos demagogos que tan insolentados se hallan.

El Clamor público, periódico liberalesco de Madrid, por artes del demonio tuvo conocimiento de lo que se tramaba, lo escribió, envió acá sus papelotes, y cátate que lo que tan secreto se había guardado, corre ahora por todas las bocas, alborotando el cotarro masónico, que ha puesto el grito en el cielo, con más lástima que la doncella á quien arrebatan violentamente el derecho de llevar ese dictado en lo sucesivo.

Por supuesto que no se pensó traer monarca de Inglaterra ó Francia, sino — ¿en qué nación habíamos de fijarnos? — de nuestra madre patria, la tierra de los Alfonsos y los Fernandos, la tierra del aguardiente, marido y bretaña auténticos y aceptables: de España, en fin.

Por supuesto que al *Clamor* le ha respondido muy lindamente el *Heraldo,* periódico del conde de San Luis, demostrando que somos unos peruétanos ruines y para poco, que no podremos tener una nación medianeja ni después de este destierro, y que debemos echarnos en brazos de aquel pueblo modelo, lo mismo que el loco, imbécil ó incapacitado caen naturalmente en los del tutor ó curador.

Razón tiene de sobra ese excelente periódico, pues la verdad es que quitando aquí á la poca gente útil y de arrojo que compone el bando conservador, todo lo demás no vale nada.

13 de Julio. Se ha hablado, aunque con misterio, del asalto de que fué víctima un inglés llamado Doyle, Doylan ó no sé cómo, en el monte de las Cruces, camino de Toluca. Según parece, el bruto del sajón caminaba solo y á pie, llevando á la bandolera una escopetilla de dos cañones.

Unos foragidos espiaron el momento en que pasara, cayeron sobre él y trataron de despojarlo de las baratijas que llevaba; pero el muy tonto, queriendo defender aquellas pequeñeces, hizo uso del arma, enardeció el ánimo de aquellos valientes, que como mexicanos no podían ver tranquilos que los maltratara alguien que no fuera hijo del país, y acabó por caer molido á palos y con una ligerísima herida en la pierna por donde se desangró, muriendo á poco.

Yo veo en el caso una muestra de la mala voluntad que nos tienen los extranjeros, pues si este gabacho en vez de dejarse morir como un perro, se hubiera apretado la arteria herida, habría podido vivir cien años más. Y el conocimiento de cosa tan sencilla debía haberlo adquirido sólo mediante un axioma de hidráulica que el pobre ese,

como procedente de un país tan famoso en ciencias, debió haber conocido.

Pero se comprende el caso: este pillo quiso que su familia sacara una buena indemnización, como las que se llevan de aquí todos los extranjeros, y dejó correr la sangre como si hubiera sido un chorro de agua.

Y no tardaremos en ver á los deudos de ese buhonero ó sastrecillo convertidos en señores dones y quizás arrastrando coche con los dineros mexicanos.

14 de Julio. Hoy me comunicó un amigo, que lo sabe por buen conducto, la conversación que tuvo el meritísimo señor Bonilla con el marqués de la Rivera, digno representante de S. M. C. ante nuestro gobierno.

Nuestro diplomático, con una verba y un talento que le envidiaría cualquiera, se puso á explicar los particulares del negocio que tenemos pendiente con España. y el otro á escucharlo embobado. Como la cosa es memorable, vale la pena de transcribir el coloquio.

Marqués. Habrá visto V. S. que los periódicos han hablado en estos días de un supuesto protectorado español en México, contando con la venia de S. E. el General Presidente.

Sr. Bonilla. Sí que he visto lo que V. S. dice, y si se me permite que exprese mi parecer sin ambages, á riesgo de parecer adulador, le diré que el proyecto se me figura de perlas.

Marqués. Así lo creo yo; pero lo cierto es que un pensamiento nuevo, sin precedentes...

Bonilla. No diga V. S. tal cosa, pues la idea tiene de madurarse casi tanto como cuenta México de vivir, por su mal, distante del apoyo de su madre cariñosísima.

El año de veintitrés, el vizconde de Chateaubriand pretendió, aprovechándose de la influencia que la corte de Francia ejercía en el ánimo de Fernando VII, que aceptara la formación en América de monarquías franco-españolas. Desgraciadamente las colonias consumaron su independencia; y esto, unido á la caída del ministerio que presidía el triste Chactas, interrumpió las negociaciones.

Vino un nuevo gabinete, presidido por el señor Marqués de Villéle, y ese grande hombre de Estado, tomando sobre sí la ardua tarea de hacernos felices, se propuso llevar á cabo el plan de Iguala. Quien lo guió y aconsejó en ese delicado negocio fué otro diplomático famoso, el señor marqués de Crouy Chanel, el mismo que contrató un empréstito para la regencia de Urgel, que después traspasó á Madrid el señor Duque de Angulema.

Se trataba de traernos por emperador nada menos que al famoso Infante don Francisco de Paula, el mismo que dió origen al levantamiento del dos de Mayo.

El serenísimo señor Infante, con la bondad que le caracterizó siempre, estaba dispuesto á venir á México; pero como su real hermano le negara el permiso nece-

sario, don Francisco se manifestó dispuesto á venir de ocultis y aun autorizó al marqués para que tratase con las autoridades mexicanas, concediera títulos y empleos, negociara préstamos, y ofreciera al gobierno inglés varias ventajas, entre otras la absoluta libertad de comercio, para atraérselo y tenerlo grato.

S. M. Carlos X no quiso consentir en un proyecto que no era del agrado de Fernando; pero creyendo el marqués de Crouy Chanel que á pesar de eso lograría tener éxito en Londres, marchó allá con poderes del Infante.

Al llegar solicitó audiencia de Canning; pero como no quisiera mostrar las facultades que llevaba del Infante, el primer ministro se negó á recibirlo, y las negociaciones terminaron allí.

Sin embargo, estaba todo tan bien encaminado, que hasta ministerio existía ya, y era este:

Consejero Talleyrand, Ministro de Relaciones exteriores.

Duque de Dino, Ministro de Guerra.

Conde de la Roche Aymon, encargado de reorganizar el ejército.

Capitán de navío Galloces, encargado de reorganizar la marina.

El Conde de Belle Gard, sobrino del mariscal austriaco, el Conde Astier y otras personas, ya habían aceptado empleos.

En 1840, el insigne patricio don José María Gutiérrez de Estrada escribió una larga y bien meditada carta encaminada á persuadir á todo el mundo de que el remedio de nuestros males estaba en la adopción de la forma monárquica. Desencadenóse una horrible tempestad contra aquel digno repúblico, tuvo éste que emigrar á Europa, y allá sí se hizo caudal de sus razonamientos y se aceptaron sus conclusiones.



D. José M. Gutiérrez Estrada

En 1845, el general Paredes y Arrillaga, uno de nuestros grandes hombres, cuando logró adueñarse de la presidencia de la República, trató de llamar un príncipe extranjero para regenerarnos; y para propagar su idea fundó aquel fénix de los periódicos que se llamó *El Tiempo*, redactado por mi inolvidable antecesor el señor Alamán.

Se trataba entonces de traer al Infante don Enrique, hermano de don Francisco de Asís y dos veces cuñado de la reina doña Isabel II, ó bien de casar al hijo de don Carlos con la hija de Isabel y llamar á ambos, ó bien de apelar sencillamente á un hijo de la reina Cristina.

Ahora, autorizado el señor Santa Anna para dar á la

nación la forma de gobierno que tenga por conveniente, ha resuelto pedir el establecimiento de la monarquía, comisionando al mismo señor Gutiérrez de Estrada con tal objeto.

El candidato es ahora el Infante don Juan, y el encargado de conducir las negociaciones y delegado mío, lo es un jovencillo recién entrado á la carrera diplomática, José Manuel Hidalgo, el cual anuncia ya disposiciones superiores de prudencia y reserva.

A bien que ya ha dejado encaminadas las cosas el coronel don Ramón Cevallos, nuestro encargado de negocios en Madrid, mientras llega el señor Vivó.

Otro poderosísimo auxiliar tenemos en don José Ferrer de Couto, quien oficiosamente al principio y ahora mediante un corto estipendio que recibe del gobierno, se ha propuesto, nuevo Pedro el Ermitaño, restablecer el prestigio de la raza latina en América.

Por conducto de ese caballero, la señora doña Isabel II ha mandado saludar al señor Santa Anna, expresándole cuanta admiración siente por él.

Marqués. He escuchado esas cosas con singular regocijo; pero si acaso no es molesto á V. S., sírvase explicarme cómo el señor Santa Anna, republicano y primer proclamador de la república, puede patrocinar tan saludables tendencias. De seguro la madurez de la edad le ha hecho dejar las poco sanas teorías que había abrazado primeramente.

Bonilla, triunfante y lleno de regocijo. No piense V. S. tal cosa; el señor Santa Anna es y ha sido siempre un ferviente monárquico. Nada menos saludó el ascenso de Iturbide al trono, con aquellas memorables palabras: «No es »posible contener el exceso de mi gozo, por ser esta »medida la más análoga á la prosperidad común, por la »que suspirábamos y estábamos dispuestos á que se efec»tuase, aunque fuese necesario exterminar algunos genios »díscolos y perturbadores, distantes de poseer las verda»deras virtudes de ciudadanos.»

Marqués. Bien está; pero en ese caso, ¿por qué fué el señor Santa Anna el primero que se pronunció contra Iturbide?

Bonilla. Por una causa muy fácil de explicarse: impulsado por los agentes españoles y de acuerdo con la guarnición de Ulúa.

Marqués. En ese caso nada tengo que decir, y acepto, aplaudo y celebro la nueva dirección de los acontecimientos.

Algo más hablaron los dos hombres de gobierno; pero no tuvo, ni mucho menos, la importancia de lo apuntado.

A poco el señor de la Rivera se salió dando sombreradas, y el señor Bonilla pasó á componerse el lazo de la corbata, que parece tiene una perversa tendencia á desarreglarse.

15 de Julio. Hoy, en cumplimiento de la salvadora ley de imprenta, se mandó recoger un libro al parecer pernicioso y lleno de vitandas doctrinas. Se llama *La educación de las madres de familia,* y es obra de un tal Aimé Martin. Los masonetes están rabiando, pues quisieran se dejara á los corruptores y amigos de las malas doctrinas, predicar á mansalva sus picardías; pero afortunadamente están allí los argos de nuestra fe, que se incautan de esas infamias y las echan á donde deben para que no caigan en manos de inocentes que puedan pervertirse.

16 de Julio. Hoy he sabido de otro proyecto de monarquía que hubo hace años. Se trataba de casar al señor Santa Anna con la reina doña Isabel II, á fin de unir la antigua y la nueva España.

Desgraciadamente cuando S. E. estaba viudo, por muerte de su primera esposa, doña Inés García, contrajo matrimonio demasiado pronto con su actual cónyuge, señora Tosta, no dejando transcurrir sino dos meses entre uno y otro enlace. Bien es verdad que no concurrió á la bendición, pues como *estaba de luto,* nombró su apoderado á don Juan de Dios Cañedo, padrino de pila de la hoy Presidenta...

Y fué tanto el entusiasmo con que Cañedo tomó su papel, y tan grande su deseo de exhibirse, que le llamaron *el casado sin novia;* pues no sólo salió á recibir las aclama-

ciones del pueblo, sino que se empeñó, en la comida oficial, en una cuestión de precedencias con el vicepresidente Canalizo, que estaba en ejercicio del Ejecutivo, pues decía que él, Cañedo, era Santa Anna y lo representaba allí.

¡Quién sabe hasta dónde habría querido llevar las personerías!, pero afortunadamente allí le detuvieron. Lo cierto es que este enlace prematuro é inesperado, nos quitó á los mexicanos el placer de unirnos de tan hermosa manera á nuestra madre patria.

26 de Julio. Hoy entró la Excma. Señora Presidenta doña Dolores Tosta, en medio del regocijo general. Se hicieron en su honor tres salvas, cada una de veintiún cañonazos: una en San Lázaro, otra en Chapultepec cuando pasó por ese lugar, habiendo salido á cumplimentarla el Director del Colegio y á hacerle los honores los alumnos y la oficialidad, y la última en Tacubaya, al penetrar S. E. en el palacio presidencial.

El señor General Presidente salió á recibir á la augusta viajera hasta Belén, y de allí la condujo en su propio coche, uniéndose el lucidísimo acompañamiento del benemérito al otro verdaderamente regio que traía la señora.

Las calles de Tacubaya se habían adornado como para tan señalada solemnidad; los distinguidos cónyuges fueron

pasando por entre arcos de flores y follaje, que levantaron los más pudientes vecinos, y recibiendo los parabienes de un pueblo entusiasta y cariñoso.

Noto que mi importancia va subiendo de punto, pues ya no sólo se me comisiona para dirigir á los que han de gritar vivas y alegrarse; ya se me considera capaz de algo más fino y delicado, y por eso hoy tuve el encargo de componer unos versillos con que había de saludar á la señora su fiel ciudad de México.

Toda la noche me pasé en vela, meditando, royéndome las uñas, escribiendo, tachando, quitando, poniendo y retocando, hasta que me salieron varias composiciones, de las cuales la más celebrada fué ésta:

OCTAVA

Vuelve, Dolores, de la patria al seno
Que, entusiasmada á tu presencia hermosa,
El cielo ostenta de fragancia lleno,
De lirio ornado, de amaranto y rosa;
El cáliz de mortífero veneno
Que te brindó la emigración odiosa,
Hoy se torna en la miel de ricas flores
Que México le ofrece á su Dolores.

Los gastos de la recepción fueron veinticinco mil duros.

Se dice que el día doce de Septiembre, aniversario de la derrota que nuestro General infligió á los españoles, habrá un gran baile que se ofrecerá en particular á la Excma. Señora Presidenta, y que se cree no bajará de costar unos cien mil duros.

31 de Julio. Los empleados en los juzgados del crimen han dirigido á S. E. una sentida exposición, á fin de que se les paguen los sueldos que se les adeudan.

Esos pobres, entre los cuales hay algunos mutilados á consecuencia de la última guerra extranjera, y otros que perdieron en esos aciagos días hijos ó hermanos, dicen que desde 1848 no recibían sino las tres cuartas partes de su sueldo y que ahora aun esa miseria se les ha rebajado; pues nada menos que los que debían percibir cuarenta pesos, apenas alcanzan siete pesos cuatro reales; diez los que habían de ganar cincuenta, y cinco los que tienen por sueldo treinta.

Triste es la situación de esas buenas gentes; pero lo cierto es que la Magdalena no está para tafetanes: apenas se pueden emprender gastos indispensables, como el baile, y no es cosa de dejar de hacerlos por satisfacer á los señores covachuelistas. Un buen servidor de la nación tiene que estar á las duras y á las maduras; al fin con cinco pesos no es imposible que viva un hombre con familia.

2 de Agosto. Hoy, según se cuenta, ha ordenado el señor Presidente al señor don Antonio Díez de Bonilla,



superintendente de policía, que cuide de reforzar y consolidar la admirable institución de policía secreta, pues sólo así se logrará alejar la plaga de pícaros y tunantes que conspiren con pretexto de libertad, constitución y demás embelecos.

Parece que también ha ordenado á los señores jefes de departamento que establezcan el mismo importante organismo, pues se quiere coger á los pillos y demagogos como en una red.

5 de Agosto. Novedad tenemos: Se acaba de publicar la renuncia que hace de su puesto el ministro Haro, que había seguido á nuestro Presidente en próspera y adversa fortuna. No indica la causa porque abandona la breva, aunque dicen que su eterno enemigo, el dignísimo señor Escandón, triunfó en la pugna que contra él sostenía.

No sé; pero á ese hombre de ojuelos verdes, vestido como lechuguino, le veía yo malas *patas*. Vino al suelo y con su pan se lo coma.

Dicen que deja en la Tesorería un millón de pesos, y que se manejó como un gerifalte en el empleo. Eso no importa cuando no se tiene la primera cualidad con que debe contar un hombre, la lealtad al gobierno constituído.

10 de Agosto. Vuelven los periódicos jacobinos á hablar del destierro de don Melchor Ocampo, á quien el señor Comandante militar alejó de Morelia desde el mes de Junio.

Ocampo es como quien dice el hierofante, el pontífice, el dios de los puros. Pedantón sin substancia, filósofo huero, escritorzuelo detestable, se pasa el tiempo investigando tonterías, disecando yerbajos, haciendo autopsias á las lagartijas, registrando mamotretos de derecho canónico y discurriendo la manera de dañar á la Iglesia y quitarle sus legítimos derechos.

Parece que con sus proyectos acerca de aranceles

parroquiales, sus ideas absurdas sobre repartición de terrenos y otras zarandajas impías, se granjeó el odio de toda la gente de Michoacán, que veía su presencia en el gobierno como un castigo divino.

Pero á buena parte fué á dar: el sapientísimo señor Munguía, un pozo de ciencia, un apóstol, un hombre de Dios, y al mismo tiempo un político con más conchas que un galápago, se le fué encima y lo pulverizó.

Bien empleado le está el extrañamiento á don Melchor, y quizás tomará experiencia, si es que antes el católico pueblo de Tulancingo no lo lapida, como es de justicia.

27 de Agosto. Salió para su Diócesis el obispo don Clemente de Jesús Munguía, presidente del Congreso de Estado, que dicen marcha desavenido con S. E. No lo creo, pues S. Ilma. se pasa de listo y siente crecer la yerba; si bien es cierto que peca un tanto de truchimán y entrometidillo.

Cuentan (pero no creo que llegara á tanto su atrevimiento) que se avanzó á dar consejos al señor Santa Anna y que le amenazó con retirarle el auxilio de su persona.

No lo dudo; pero también puedo asegurar que nuestro grande hombre no ha de haber consentido tan fácilmente en que lo guiaran.

¡Leoncitos... digo, obispitos á él!

28 de Agosto. Ya se sabe la causa de la caída de Haro. El caballerito ese, con sus manos lavadas, se propuso nada menos que echar al suelo un proyecto de banco concebido por el genio de la hacienda, por el titán del crédito, por don Manuel Escandón.

El señor don Manuel pretendía un pequeño privilegio, creo que de cincuenta ó cien años; derecho exclusivo para prestar al gobierno cuanto le hiciera falta, mediante un rédito moderado de 20 ó 30 por 100, y algunas otras gracias que en último término lo eran para el país; pero el farfantón de Haro, que quería enseñar el padre nuestro al señor obispo, pretendió dar consejos á don Manuel y hacerle aceptar otras condiciones que juzgó menos onerosas.

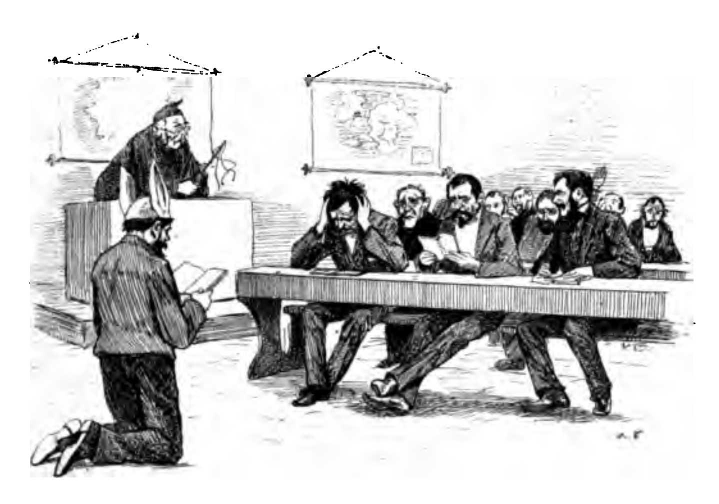
También se propuso dar á conocer el estado de la hacienda, y dijo que para el año fiscal que acaba de pasar había un déficit como de diez y siete millones de pesos y era menester suplirlo mediante la autorización que se le diera para emitir bonos hasta por diez y nueve millones sobre los bienes del clero.

Como es bien sabido, esos bienes no pueden tocarse sin traer una enorme grita, pues el clero no sólo es dueño de lo suyo, sino que fulmina censuras y excomuniones contra quien lo toca.

Y tan es así, que á la hora de ésta el bueno de Haro ha de estar diciendo como el loco del cuento: tate, que es podenco.

Y luego, que ¿quién obligaba al ex-ministro á dar cuenta de lo que se debía, á quién se debía, cómo se debía y todas las pedanterías de *déficit, superávit* y demás, que han inventado los tontos para quebrarse la cabeza? ¿Hay dinero? Se gasta. ¿No lo hay? Se saca de donde se pueda ó no se saca, y Cristo con todos.

Era mucho más feliz el mundo cuando todavía no se



había inventado esa filfa del presupuesto, que es nada más la manera de dar á conocer cosas que muy bien podrían estar ocultas.

Prueba de que S. E. piensa como yo, es que ha nombrado ministro á un hacendista eximio, que aunque nunca ha abierto un libro de esas cosas ni conoce la tabla de Pitágoras, según públicamente lo asegura, compone unos acrósticos lindísimos y es un amigo de los más firmes y leales.

El señor Sierra y Rosso ha empezado por disponer que los empleados de su departamento sepan leer y escribir, tengan nociones de aritmética y estudien de *cuerito á cuerito* el catecismo de Ripalda.

Porque es claro: ¿puede saber administrar fondos públicos un hereje ó un hombre que desconozca el *todo fiel* y las declaraciones?

10 de Septiembre. Los malditos americanos, celosos á causa de que tenemos un gobierno que le da al suyo quince y raya, empezaron á promover dificultades queriendo apropiarse un terreno llamado la Mesilla, que se halla en los límites de México y los Estados Unidos.

Cualquiera otro habría pretendido arreglar el negocio presentando planos, levantando informaciones y mostrando instrumentos; y documento va y nota viene, y con *el infrascrito cree, y V. S. se halla en un error,* prolongaría el negocio por una eternidad.

S. E., que sabe convertir en bienes hasta los mismos males, ha pensado que esas añagazas diplomáticas estaban de más y se halla en tratos con el gobierno americano, á fin de que se compre ese retazo de tierra que no sirve á Dios ni al diablo, quitando de paso al gobierno de los Estados Unidos la obligación de defender las fronteras contra los bárbaros, que equivale á darle á Lutero la atribución de cuidar de la pureza del dogma católico.

Veinte millones de pesos, que será lo que el gobierno reciba, servirán en gran manera para el remedio de nuestras necesidades, y veinte millones por un pedacito de tierra eriaza y sin habitantes, es un fortunón, una ganga, una gollería.

Como ha dicho S. E. muy bien: podemos pensar que nos hemos sacado la lotería y que Dios nos ha venido á ver.

¿A que Arista, Herrera y esos bellacos, no habrían inventado, á pesar de su farolería y de su *coram vobis*, nada que se pareciera á esta combinación admirable?

10 de Octubre. Si hubiera sido profeta, no habría acertado tan cabalmente en cuanto vaticiné. El señor Sierra y Rosso, ese hacendista cuya mirada de águila abarca lo presente y lo futuro, y para quien la ciencia no tiene secretos, porque todos se los muestra sin que él se tome la pena de interrogarla; el señor Sierra y Rosso, repito, ha ideado la colección de contribuciones más admirable que es dado imaginar á mente humana.

Gravando las canales, las pulquerías, los hoteles, los cafés, las fondas, los puestos fijos y los ambulantes, los coches, las carretelas, los carruajes, los perros, los caballos y las ventanas, y dejando subsistentes todas las otras contribuciones, se juntará muchísimo dinero y la hacienda marchará tan lindamente.

Seis reales nada más vale el cuaderno que contiene la enumeración de todas las gabelas, y se vende en la imprenta de Lara, calle de la Palma, número 4. Mediante esa pequeñez, todo el mundo puede saber cuánto tiene que pagar por cada capítulo, y hasta se encuentra con *machotes* arreglados que lo ponen al cabo de lo que necesita hacer.

11 de Octubre. Parece mentira que los malditos anarquistas proclamen á toda hora y siempre que no les oye la policía, que han de acabar con este gobierno modelo sin dejar piedra sobre piedra de todo el orden de cosas existente.

El señor Presidente y sus ministros, incansables en su afán de hacernos felices, trabajan noche y día, y casi no hay ninguno de estos que no aparezca en el *Diario Oficial* un nuevo decreto.

Ya es el que define puntual y minuciosamente el número de botones, la amplitud de las cintas y el espesor de los bordados que han de llevar los uniformes de los individuos del ejército, decreto que por cierto tiene ciento dos artículos y es un modelo de claridad y precisión.

Ya es el que dispone la manera con que deben uniformarse todos los empleados, desde el Presidente de la Suprema Corte hasta los escribientes, meritorios y porteros; habiendo de particular que para lo de adelante, en vez de

mirarse el espectáculo feo é indecoroso de hombres con zarape del Saltillo, con sombrero ancho y trajeados miserablemente, se verán sujetos que con el calzón corto, las *polacas*, el levitón y los guantes, *parecerán gachupines; ¡qué lástima que sean criollos!*

Claro que habrá un pequeño inconveniente, y es que á todos esos servidores se les adeudan hasta diez y seis quincenas; pero como ellos y no el gobierno han de ser quienes provean á la compra de los uniformes, nada se pierde con ello.

También se ha expedido decreto autorizando á los padres maestros dominicos, mercedarios y agustinos para que lleven cordones con borlas blancas en los sombreros: y á los señores del consejo para que usen bastones y tengan el tratamiento de *Excelencia*.

Pero lo que ha demostrado la sabiduría y laboriosidad de los señores del gobierno, es la resolución que expidieron tocante á colores de las borlas doctorales.

Seis horas duraron en disputa los dignos y asiduos ministros, argumentando tan lindamente y tan posesionados de sus pareceres, que hasta los corredores se oían sus voces de hombres que se excitan más mientras el asunto es más arduo y espinoso.

Al fin triunfó la opinión del divino Lares, ese L'Hôpital, ese Richelieu, ese Cisneros del gabinete, que demostró á sus compañeros cuánto se equivocaban los que decían

que el azul era color que convenía á los abogados y el verde matiz que cuadraba á los médicos.

Ya que hablo de tan interesante materia, no dejaré de mencionar las sabias disposiciones en virtud de las cuales se acaba de determinar que las libreas de los señores ministros sean amarillas y que no pueda usarlas semejantes ningún particular; que sus cocheros y lacayos se distingan por un lazo verde, el cual deben llevar en el brazo izquierdo en ciertas ocasiones; que los coches de los mismos elevados funcionarios pueden salirse de la línea en los paseos públicos, y que los dichos ministros y sus esposas tengan asiento de preferencia en los templos los días de grandes solemnidades.

También se ha conminado con graves penas á los que no den, en lo privado, el tratamiento de *Excelencia* á los funcionarios que lo disfrutan, pues había ignorantes y patanes que trataban á todo un consejero ó un ministro de tú por tú, como á cualquier Juan Particular.

De este modo aun la esposa y los hijos se verán obligados á decirle al marido ó padre: *Excelencia* por aquí, *Excelencia* por allá, *Excelencia* por esotra parte.

Claro que este asunto va á poner á los demagogos de color de tinta; pero aunque esos señoritingos rabien y se den de cabezadas, hemos de lograr establecer la decencia y las buenas formas.



... se acaba de determinar que las libreas de los señores ministros sean amarillas.

13 de Octubre. El señor Bonilla, cuyo excelso entendimiento todo lo ve y calcula, ha meditado y puesto á la aprobación del señor Presidente, la idea de contratar tres regimientos de suizos, á cuyo efecto ha autorizado al fénix de los diplomáticos, el ilustre Pacheco, para que haga los arreglos.

El pensamiento se me figura de perlas, pues mejor que nuestros pobres soldados, trigueños, mal presentados, torpes y sin arte, convienen esos mocetones blancos, rubios y guapos que, Dios mediante, nos vendrán muy pronto.

¡Y así habrá quien diga que el gobierno no se preocupa de la felicidad y la grandeza de la nación!

¡Suizos! Suizos como los del papa, los de Carlos V y... los de las iglesias de Europa! ¡Qué honra para nuestra tierra y cómo podrá agradecérsela bastante!

Y aunque nuestro Presidente sea un tanto atezado, y no parezca precisamente un monarca europeo, ya habrá manera de rodearlo de aparato semejante al de los reyes.

15 de Octubre. Hoy llevé á cabo una aprehensión que creo me granjeará un ascenso.

El Jefe, que ve cómo me afano por cumplir y dejar satisfechos á mis superiores, me llamó hoy diciéndome que tenía motivo para creer que don Juan Suárez y Navarro, ex-oficial mayor del Ministerio de guerra, conspiraba contra el orden establecido, pues se decía estaba

próximo á marchar para Yucatán ó Guerrero, con el fin de unirse á los descontentos de aquellos rumbos.

Me dijo que era menester aprehender al tal Suárez y á su Secretario don Juan Pérez de la Llana, pues se creía que guardaban papeles comprometedores para ambos; que desearía que yo ejecutara las prisiones, puesto que era el único en el cuerpo que conocía á dichos sujetos: pero que sabiendo cómo yo tenía motivos de estar agradecido á uno y otro, me dejaba en libertad para cumplir ó no aquella comisión.

Violentamente advertí al señor Lagarde que por mucho que fuera mi agradecimiento no podía llegar hasta cubrir á bribones que por el hecho de ser enemigos de la administración no podían seguir siendo amigos míos, y le ofrecí que haría las capturas.

Suárez cobardemente se ocultó sin esperarnos; á Pérez lo tomamos en su cama, y en cuerpo de patrulla le condujimos á la Diputación y después á la cárcel.

Yo estoy firmemente dispuesto á continuar en este camino, pues sólo de este modo seré digno de la confianza que me dispensan y de los ascensos que me han prometido.

Yo digo como aquel rey: «Si mi hijo fuera enemigo del gobierno, á mi propio hijo delataría.»

29 de Noviembre. Una sapientísima circular ha venido en estos días á dar una idea de lo que pueden la acuciosi-

dad, el talento y la iniciativa de nuestros hombres públicos, ya que se han propuesto el arreglo del orden y el exterminio de la canalla.

Se ha dispuesto que todos los sospechosos pasen á morar en pueblos insignificantes, enteramente apartados de las capitales de departamento y ciudades principales.

Así el malvado Ocampo ha ido á parar á Tulancingo; Llave, á Coatepec; Landero y Cos, á Cosamaloapam; don Juan Soto, á Tlacotalpam; Urquiza, á Monterrey; Prieto corre la legua sin cesar; don Jesús Camarena y don Antonio García se hallan en exilio; Degollado está en un poblacho de su Estado natal; diez poetastros de Guadalajara se hallan en el presidio de Chapala; y todos están fuera de su casa, pues lo que se quiere es evitar que los pícaros se confabulen para urdir infamias y traer dificultades al gobierno.

30 de Noviembre. Han continuado, como era natural, los escarmientos contra los pillos. Se desterró á don Joaquín Zarco y á don Juan Múgica y Osorio, que dijeron estaban á punto de muerte, y á un muchacho hijo del pícaro Degollado, que debe de tener las mismas negras entrañas que el padre.

A mí me tocó la honra de aprehender á dos de los más calificados bribones, que por cierto se fingieron también enfermos, como toda la canalla liberalesca.

Doña Melchora Hernández es una señora de quien se disputa si tuvo ó no tuvo que ver con Arista, y que á lo que se dice daba la consigna á los diputados, arreglaba las cuestiones de gabinete y hasta dictaba notas á los ministros.

La muy lagarta estaba metida en una pieza obscura, con los ojos cubiertos con vendas y con todo el aparato de quien va á cegar al otro día.

Llegué acompañado de mi gente y comencé por abrir la ventana, pues de otro modo no habría podido leer el papel que llevaba; la intimé abandonara la ciudad en seguida, y lejos de mostrarse afligida y pesarosa, recibió la orden con serenidad, protestó contra ella y concluyó por lanzar una serie de injurias por su insolente boca.

Como era claro yo le fuí á la mano; pero la maldita harpía, sin consideración á mi empleo, me tundió á golpes y mojicones, llamándome con los motes más feos y denigrantes.

Yo, naturalmente, sujeté á la furiosa, y no sé si también le propiné algún golpecillo sin importancia, aunque los diarios liberales no dejaron de pintar el caso como una escandalosa violación de domicilio, acusándome de faltar al respeto debido á una señora enferma y desgraciada. ¡Vaya unas señoras que gastan estos bribones!

Don Luis de la Rosa, que había sido ministro, senador, diputado, y no sé si también estuvo propuesto para

presidente de la República, en alguna de las hornadas liberales, es un zacatecano de tez amarillenta, frente anchísima, cabello negro y reacio, ojos grandes y rasgados y nariz afilada.

Compone trocitos de prosa poética en que describe las abejas, los ruiseñores, los mirlos y los zinzontes, cantando de paso á la rosada aurora, á la tarde melancólica, á la noche bruna y no sé á qué otras majaderías. Cosas de gente desocupada, pues según entiendo y para colmo de desgracias, el don Luis botaniza y junta pedruscos como su amigo Ocampo, el filosofastro de Morelia.

Cuando llegué á la casa, las señoras trataron de impedirme la entrada; pero el bellaco del anarquista, que oyó desde su cuarto la disputa, salió en un momento y me dijo con voz dulce, aunque firme:

— Caballero, sé quién es usted y á lo que viene. No le culpo, porque no hace sino cumplir con su deber; por más que no sea la mejor manera de satisfacer la conciencia la que usted tiene de obrar. Vamos á donde usted quiera, que me honro en ser víctima de la absurda tiranía que deshonra á mi país.

Y despidiéndose de las damas que lloraban, salió, enhiesta la cabeza, firme el paso y altanera la mirada, como si fuera á tomar posesión de alguna canongía metropolitana. Es hasta donde puede llegar la infamia de estos bribones: hasta mostrarse serenos é impávidos; á

éste ni siquiera se le alteró el tinte de la fisonomía. ¡Vivir para ver!

La misma fecha. Tiempo hace que germinaba la idea



de restablecer la antigua Orden de Guadalupe, que fundó el libertador Iturbide con el objeto de propagar y sostener los principios del honor, el patriotismo y la virtud. Desde el día nueve se publicaron los estatutos, que son una exquisitez, como que proceden del caletre del señor Bonilla, ese diplomático insigne que tiene embobadas á las cancillerías europeas. Se ha empezado á nombrar los caballeros, comendadores y grandes cruces, y, como es

natural, los agraciados han recibido el favor con muestras de gratitud, casi con éxtasis.

Sólo un sujeto ha sido osado á rechazar una dádiva que tanto le honraba, el ex-presidente Juan Bautista Ceballos, que ha tenido la avilantez de contestar que no acepta la honorífica distinción, porque pugna con sus creencias liberales, porque no es apropiada á nuestras instituciones democráticas y por algunas otras torpezas y necedades.

Pero no fué á Roma por la respuesta: los señores Lares y Bonilla le han enviado un par de comunicaciones que valen un Perú, en que tratan al ridículo Ceballos como deben tratarlo, destituyéndolo de paso de su empleo de ministro de la S. Corte de Justicia. Ya se ha declarado de sospechoso al bueno de don Juan Bautista, y no tardará en parar en la cárcel ó en el destierro.

3 de Diciembre. Como ha corrido por esos mentideros aderezado, glosado, amplificado, comentado y condimentado un suceso que en sí nada tiene de importante, lo contaré aquí con sus pelos y señales, á fin de que no se acepten versiones inexactas.

Hay en esta ciudad de México una chiquilla alegre y complaciente llamada Luisa y que lleva el alias de la *Torera*. No sé dónde S. E. vió á la buena moza, se prendó de ella y dispuso le fuera llevada á su palacio de Tacu-

baya; pero la buena pieza, lejos de considerarse honrada con ser una madame de Montespan ó una Diana de Poitiers, dijo que no tenía ningún cariño por ese (horror me causa el escribirlo), por ese cojo indecente é infecto.

Porfió el señor Presidente, insistió en su negativa la muchacha; pero al fin accedió mediante que le hablaron gentes de buen consejo que supieron hacerle patentes las consecuencias de su capricho.

Hace unas cuantas noches estuvo la Luisa en Tacubaya; pero como no saliera tan bien despachada como creía, puso por obra un expediente singular: cogió todas las condecoraciones de S. E., que estaban en una mesa de noche, y salió con ellas del palacio sin que la viera nadie.

La muy bellaca se paseaba por la calle de Plateros, dando que reir á los desocupados y á los malévolos; y los platicones de la librería de Andrade tuvieron ayer su mejor día, pues vieron entrar á la mujerzuela ataviada con la cruz de Tampico, la de Veracruz, la de la Angostura, la del Valle de México, la de Puebla, la cruz y placa de la encomienda de Carlos III, la cruz y placa de Gran Maestre de la nueva Orden de Guadalupe, y no sé cuántas condecoraciones de Venezuela, Nueva Granada, Brasil y el Ecuador.

A mí me comisionaron para que recogiera las medallas, y fué de verse la lucha que tuve que sostener para conseguirlas. Sólo mediante mil duros consintió Luisa en

entregar aquellas recompensas que adquirió nuestro general por su civismo y su valor.

No hubo, pues, nada de que Luisa tratara de vender las alhajas ni que las hubiera regalado á algún bribonzuelo de los que la cercan ni otras mentiras que inventó la maledicencia: todo pasó tal y como lo he referido, sin quitar punto ni coma.

10 de Diciembre. Hoy salió una orden disponiendo que pasen á servir á las filas, por ocho años, nueve vecinos de Jico que tuvieron la audacia y el desacato de poner las manos sobre la persona de S. E., cuando huía en 1845 después de los sucesos de Querétaro y Puebla.

Los principales de esos bribones se llaman Martín y Hermenegildo Tova y José Lozada. El señor Santa Anna se les acercó confiado y trató de engañarlos diciendo que él y sus acompañantes eran contrabandistas de tabaco; que iban al Encero por diez y ocho mulas que habían dejado guardadas y que si no les descubrían, les daría mil duros.

Sin embargo, estos pícaros, astutos y disimulados, pidieron auxilio á Jico é hicieron aprehender al benemérito y á sus acompañantes.

Conducido el grande hombre á Jalapa, se le aherrojó en una prisión, se le hicieron sufrir crueldades y malos tratamientos y hasta le amenazó un centinela atrabiliario con fusilarlo.

El señor General tuvo espantosas crisis de furor, motivado porque los mismos á quienes él había ayudado y elevado, lo dejaron en aquella hora crítica y terrible. Escribió exposiciones, hizo pedimentos, dirigió memoriales, y mientras rasgaba y hacía pedazos unas cosas, otras las llenaba de tachones y las quería enviar á México en aquel estado.

No pudieron calmarlo ni las caricias de su esposa y sus tiernos hijos, ni los cuidados de su familia, á la cual se le permitió lo acompañara en su prisión.

Y estos infames fueron la causa de tamaño furor y de tantos trastornos.

Duro en ellos; es menester que escarmienten los villanos y que aprendan á tratar á los grandes.

19 de Diciembre. No quiero dejar pasar este día memorable sin dar cuenta del portentoso suceso que en él se efectuó y que me ha dejado la memoria más grata de mi vida.

Hacía tiempo se venía hablando de la restauración de la Orden de Guadalupe, que fundó el libertador Iturbide y que desgraciadamente se había abolido á causa de la interminable serie de luchas civiles que los demagogos iniciaron. En Noviembre pasado se dictó el decreto respectivo, obra del caletre del Excmo. señor Bonilla; se dictaron los estatutos, se hicieron los nombramientos y

se instituyó el ceremonial, que fué verdaderamente regio y como correspondía al brillante objeto á que se dedicaba.

S. S. Pío IX, á quien se pidió bendijera la institución, envió una bula que empieza con las palabras *Nedum tituli honoris*, y en que declara aprobar los fines de la Orden, «para que por este medio se aumente el amor á »la religión y el peculiar patrocinio de la Madre de Dios, »y florezca más la virtud, fuente del verdadero honor, de »las buenas acciones, y el más seguro resguardo de las »repúblicas.»

Los caballeros están enriquecidos con una serie de indulgencias plenarias y parciales para el momento en que tomen el hábito, para los días de su excelsa patrona, para cada vez que rezaren devotamente ante una cruz y para la hora de su muerte. No ha andado parco en gracias el Padre común de los fieles, y los buenos caballeros pueden estar seguros de irse al cielo sin que se les queme en las llamas del purgatorio ni siquiera la uña del dedo meñique.

Hoy, muy temprano, se reunieron los caballeros en la casa del Gran Maestre, que, como todo el mundo sabe, lo es S. A. S. A las nueve en punto el cortejo salió en este orden:

Cuatro batidores á caballo, dos ayudantes de plaza, y en seguida, en lujosos carruajes:

El escribano de la Orden con dos asistentes.

Los caballeros.

Los comendadores.

Los grandes cruces.

Las dignidades.

Individuos de la Asamblea con su secretario.

El vicepresidente de la Asamblea.

Los Excmos. señores Secretarios de Estado y del Despacho.

Marchaba después en un magnífico coche, tirado por cuatro caballos, S. A. S. el General Presidente de la República.

A su derecha el Gobernador del Distrito y á su izquierda el Comandante General, ambos á caballo.

Detrás del coche del Gran Maestre los ayudantes de campo con su jefe á la cabeza.

Luego el mayor de plaza con sus ayudantes.

A continuación una compañía de granaderos á caballo y otra de lanceros, ambas con estandartes y música.

Criados de librea del Gran Maestre.

Seis coches de respeto del mismo dignatario, tirados cada uno por cuatro grandes caballos negros, que llevaban criados de librea.

Criados de librea de los caballeros.

Un piquete de caballería.

Una batería anunció con una salva de veintiún ca-



Marchaba después en un magnífico coche, tirado por cuatro caballos, S. A. S.

ñonazos la salida de la brillante comitiva para la Colegiata.

Un gentío inmenso llenaba las plazas y las calles de la carrera, así como la calzada, donde formaban valla los cuerpos de la guarnición.

La mañana, aunque de invierno, no era lluviosa ni estaba cubierta por la bruma. El sol, que disparaba sus flechas de oro sobre aquel brillantísimo panorama, hacía brillar con extraordinario esplendor los charolados y magníficos carruajes, los bordados en los uniformes de generales y caballeros, y las bayonetas, espadas y fusiles de oficiales y soldados.

Una batería colocada en Guadalupe anunció la llegada de la comitiva, las bandas batieron marcha, y á poco S. A., en medio de los señores Secretarios de Estado y del Despacho, y precedido del Vicepresidente y gran cruz más antiguos, entró á la Colegiata.

Ya le aguardaban el señor arzobispo don Lázaro de la Garza y Ballesteros, gran cruz de la Orden, y el cabildo de la Colegiata, que le dieron la paz; y luego la selectísima concurrencia que por especial invitación había ido de México y que llenaba las naves y crujías.

S. A. vestía, sobre su gran uniforme de general de división, el manto de raso azul forrado de tafetán con vivo violado, llevando por toda la orilla un bordado de oro que figura círculos, laureles y palmas. El manto se



ataba con grandes cordones de hilo de oro, con borlas del mismo material.

Al cuello llevaba el collar de la Orden, que era de eslabones de águilas *esployadas*, alternadas con círculos

de laureles y palmas, dentro de los cuales había en cifra una I y una S., iniciales del fundador y del restaurador de la orden. Pendiente del collar llevaba la gran cruz, que era de oro, con los brazos esmaltados de los colores de nuestro pabellón, una elipse en el centro, y en el fondo, sobre campo blanco, la imagen de la Guadalupana. Encima del brazo superior de la cruz estaba una águila, en el inferior una palma y en el otro una rama de oliva. Llevaba al rededor del elipse esta leyenda: *Al patriotismo heroico.*

Muy lujosos también eran los uniformes de los grandes cruces don Angel, don Salvador y don Agustín Iturbide, hijos de Agustín I; de don José María y don Miguel Cervantes, conde éste de Santiago y aquél marqués de Salvatierra; del doctor don Juan José de Aycinena, marqués de Aycinena, de don Manuel Gual, del marqués de Guadalupe Gallardo, de don Juan Landa y de otros sujetos.

Los caballeros que no eran militares llevaban casaca redonda de paño azul turquí, faldones forrados de tafetán blanco y botones dorados con las armas nacionales, corbata negra sencilla, chupín de casimir blanco. con botones idénticos á los de la casaca, pantalón de paño azul con franja de galón de oro, bota sencilla sin pliegues, sombrero montado con presilla dorada, guarnecido con pluma tricolor rizada y con la esca-

rapela nacional; cinturón de galón de oro con corchete dorado y la cifra D. O. G., que quiere decir *Distinguida Orden Guadalupana,* espadín con puños y adornos dorados, y vaina de cuero negro.

Los comendadores y grandes cruces llevaban en el lado izquierdo una placa de oro guarnecida de brillantes, distinguiéndose, como es claro, la de S. A., que era más rica que todas las otras.

Luego que el señor General Presidente penetró á la Colegiata, se sentó bajo el riquísimo dosel que se le tenía preparado al lado de la epístola.

S. A. S. la señora Presidenta y su familia, se colocaron al lado del evangelio, en una tribuna que se les había preparado exprofeso, y durante toda la ceremonia estuvieron acompañadas del señor Gobernador de palacio y cuatro ayudantes.

En la nave de la izquierda se colocaron, también en tablados especiales, los caballeros de órdenes extranjeras, luciendo trajes riquísimos y encabezados por el señor Conde de la Cortina y Castro, gran cruz de Carlos III.

Los caballeros estaban en la nave del centro, las familias de éstos y las de los ministros, agentes diplomáticos y miembros de la orden, en el coro alto.

En la otra nave se encontraba una elegante multitud, exprofeso convidada para la ceremonia.

Pedida la venia al Gran Maestre, se cantó á toda or-

questa el himno *Veni Creator,* y el salmo *Ecce quam bonum et quam jucundum.*

Luego S. A. S. tomó el juramento á todos los caballeros y les entregó su título. Concluído este acto y sentados los caballeros en sus lugares, les dirigió el Gran Maestre una alocución exhortándolos á la práctica del honor, de la fraternidad y del patriotismo, y luego, puestos en pie, recibieron la bendición que con el Santísimo Sacramento les dió el señor Deán de la catedral y comendador de la orden, don Manuel Moreno y Jove.

Inmediatamente las tropas formadas presentaron las armas, batieron marcha las músicas é hizo salva la artillería.

La misa la celebró el señor Arzobispo, y predicó el sermón el padre don Francisco Javier Miranda, que á lo que parece tan bueno es para preparar un plan revolucionario como para excitar á las gentes á la concordia y á la hermandad.

Tomó el pico de oro por tema de su discurso el del salmo que se acababa de cantar: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitant fraters in unum.*

En seguida se entonaron la Salve, la Letanía y *Te Deum;* levantándose la concurrencia para marcharse.

En aquel momento, entre el fulgurar de cruces, casullas, mitras, charreteras, canelones, báculos, capas pluviales, espadas y espadines; mientras titilaban cerca de la

custodia las lenguas de fuego de los cirios y cubría veneras, galones, entorchados, terciopelo y raso una nube de incienso que divinizaba el cuadro, yo dije en mi interior con voz honda y potente: «¡Señor, que dure siempre esta feliz alianza; que no se altere nunca la concordia entre la Iglesia y el Estado, y que sigamos viendo por luengos años el trono del colérico Sabaoth bíblico, sostenido por las bayonetas de estos bravos militares! Y que todo sea para esplendor del culto, gloria de la Iglesia y extirpación de las herejías...»

Aquí llegaba cuando me interrumpieron unos bribones que, riéndose descaradamente en medio del santo templo, decían con sorna: «Vaya con los *huehuenches*»

Perdí la paciencia, y á riesgo de hacer un escándalo saqué á aquellos caballeritos para entregarlos á una escolta de diurnos. *¡Huehuenches!* ¡Llamar con ese nombre despreciativo á lo más granado de la patria, es un desacato que no perdonaré jamás! Mi pluma al referirlo se pone más excitada que la del moro Tarfe, y «el delgado papel rasga» al estampar este sacrilegio.

Luego hubo refresco en casa del señor abad Conejares, y la comitiva emprendió la vuelta en el mismo admirable orden que había traído.

Las calles de Santo Domingo, Empedradillo, Plateros y la Plaza de Armas estaban henchidas de gente, los edificios ostentaban colgaduras, y en todos los rostros se

veían señales patentes de regocijo, porque se comprendía que estaba la patria en camino de regeneración.

A las cuatro de la tarde entraba S. A. S. en Palacio, acompañado de su brillante séquito.

23 de Diciembre. Ha circulado, según cuentan, un libelo difamatorio que se llama *El gallo juído*, continuación de *El gallo pitagórico*. Es un fárrago sin gracia, que aunque ha hecho reir á los tontos, ha sido reprobado por todas las personas de arraigo, que afortunadamente son muchas.

El redactor es un licenciado Morales, vejete entrometido, sin gracia ni talento; pero eso sí, atrevidillo y maleante. Según dicen, llama á S. E. con el largo y enrevesado nombre de *Pyrgopolinices,* que quiere decir el *Soldado fanfarrón,* y á todas las personas que intervienen en el gobierno con otros dictados nada reverentes.

Salto de ganas de que me comisionen para recoger ese papelucho, poner preso al licenciado periodista, y si menester es, moverle camorra y dejarle por puertas. Parece, sin embargo, que no se podrá proceder tan fácilmente contra este pícaro, á causa de que era ó es presidente de la corte de justicia, ó ejerce otro empleo curialesco.

La misma fecha. Ya me explico la bondad de S. E. Nuestro grande hombre, que ya ha mostrado muchas veces el

rayo de su ira, quiere en esta vez dar á conocer la aurora de su clemencia.

Dicen que ayer, cuando los señores que se hallan cerca del señor General se mostraron indignados de los excesos del pícaro Morales, S. E., sin conmoverse, dijo sonriente: «Ese gallo quiere maíz», es decir, ese escritorzuelo desea honores, dinero, posición, y hay que dárselo.

Yo respeto la opinión de S. E. como de tan grande hombre que es; pero creo que si les dan alas á estos bribones, van á figurarse que se les necesita. Sobre todo, que es probado el viejo sistema: garrotazo y tente tieso.

24 de Diciembre. No aguanto la indignación que me llena y me sofoca: sé de buena tinta que ayer llamó el señor Santa Anna al licenciado Morales, y después de haberse servido halagarlo, hablándole de su talento, de su sabiduría y de otras cosas que S. E. bondadosamente atribuyó al muy finchado del periodista, le dijo que creía que no ocupaba el puesto que le correspondía por sus méritos, que sus servicios reclamaban recompensa de acuerdo con su valer, y patatín y patatán, concluyendo con ofrecerle que haría una combinación ministerial para que ocupara un puesto en el gabinete el canalla aquel.

El Morales, haciendo la gatita de Mari Ramos, fingió que agradecía el favor de S. E.; pero se rehusó á admitirlo hablando de honradez, de convicciones, de conse-

cuencia política, de diferencia de su parecer con el programa actual del gobierno y de no sé cuántas tonterías.

Necio y más que necio. Como si hubiera convicciones y consecuencias que valieran cuando se trata de obsequiar indicaciones de una personalidad como la de nuestro jefe.


D. Juan Bautista Morales

Pero S. E. tiene la culpa por guardar consecuencia á gentuza liberalesca, que no se da á partido ni por orden de Dios mismo. Ya se habrá convencido de que tenemos más razón los rigoristas que los que hablan de blandura y moderación.

Como si fueran posibles esas cosas con gentes como éstas.

26 de Diciembre. La felicidad de México está asegurada, y de hoy más, todas las sugestiones de la anarquía serán impotentes para impedir que este país, tan desgraciado en otro tiempo, se muestre á la faz del mundo rico y feliz.

Hoy salió á luz un decreto en que se declara que por voluntad de la nación el actual Presidente de ella continuará con las facultades de que se halla investido, por el tiempo que juzgue necesario para la consolidación del orden público, el aseguramiento de la integridad territorial y el completo arreglo de los ramos de la administración. Se autoriza al mismo Presidente para escoger sucesor y se dispone que el tratamiento de Alteza Serenísima sea para lo sucesivo anexo al cargo de Presidente de la República.

Vale la pena de explicar los antecedentes de esta ley salvadora é importantísima. En Noviembre de este año se reunieron en Guadalajara el comandante general don José María Ortega y muchos vecinos principales, y previas algunas consideraciones muy discretas, se determinó hacer saber al país que, como en concepto de aquellas gentes no bastaba para constituir la República y arreglar todos los ramos de la administración, el plazo de un año, se debía prorrogar aquél por el tiempo que fuera necesario.

Bien se conoce que no era rana quien redactó el papelito, pues tiene cosillas que harían estremecer á una peña.

«México, dice, cual otro hijo pródigo, desengañado de »sus errores, se dirigió al que en su ciega ingratitud »había arrojado de su seno, al ilustre y benemérito gene-

»ral don Antonio López de Santa Anna, que desde un país »extranjero, contemplaba la próxima pérdida de su que»rido suelo natal... México reanimada, levanta ya la »frente del polvo donde la tenía hundida, y el germen »vivificador de la seguridad, de la justicia, de la morali»dad y de la religión, que siente difundirse en su cuerpo »social, le revelan una existencia poderosa y fecunda, si la »diestra mano de aquel ilustre caudillo concluye la obra »de su regeneración, que con tanto acierto y abnegación »ha emprendido.» Eso es retórica y canela de la fina.

Luego se circuló la iniciativa de Jalisco á todos los ayuntamientos de la República, y como si hubieran sido un solo y mismo ayuntamiento convinieron en que la medida propuesta era salvadora y merecía la aprobación general.

Unicamente hubo un motivo de disputa: ¿Cómo debía llamarse al señor Santa Anna? *Generalísimo, Almirante, Capitán General, Príncipe* y hasta *Emperador* fueron los títulos que propusieron para S. E. el amor y la adhesión de sus pueblos.

Pero él, modesto hasta la exageración, se contentó á duras penas con el de *Alteza Serenísima*, nombre músico, peregrino, alto, sonoro y significativo.

Como era natural, S. A. S. dirigió la palabra á los votantes, dando á conocer su encantadora llaneza y su elevado patriotismo. «El merecer después de mi muerte el

elogio de haber servido bien á mi patria, será para mí el galardón más grato y satisfactorio... El nuevo tratamiento con que los mexicanos quieren se distinga á su primer jefe, lo acepto no para mi persona sino para la dignidad del que sea en todo tiempo presidente de la república...»

4 de Marzo. La famosa fiesta que el señor Conde de la Cortina y Castro ofreció anoche en honor de SS. AA. SS. el señor General Presidente y su esposa, resultó positivamente espléndida.

Desde que se penetraba á palacio por la gran puerta del medio, se asombraba el feliz mortal que había tenido la dicha de ser invitado á la reunión, al observar el derroche de luz, de flores y de verdura que le recibía.

Los lanceros de la guardia, con sus uniformes de *piqueta* verde obscuro, con cuello, vueltas, barras y vivos encarnados, sus manoplas de charol, su pantalón y polonesa encarnados y sus bandoleras negras, se hallaban tendidos desde la entrada hasta remontar las escaleras, las cuales lucían un admirable decorado de luces, flores, espejos y plantas de adorno. Las cifras de SS. AA. SS., letreros alusivos á las victorias que el señor General ha alcanzado contra los enemigos de la patria, y dísticos cariñosos y expresivos, menudeaban por todas partes distribuídos con sumo gusto.

Los salones eran una maravilla de gusto, de elegancia



S. A. S. la señora Presidenta lo bailó...

y de gracia: multitud de enormes espejos pendían de los muros, propagando las luces que despedían las enormes arañas colocadas en lo alto de los techos. La música, invisible, esparcía armonías dulcísimas, que arrobaban á la distinguida concurrencia, compuesta de los señores Secretarios de Estado, cuerpo diplomático, generales de la República y de todo cuanto México encierra de bello, elegante, discreto é instruído.

A las diez y media se presentaron SS. AA. SS. El señor Presidente vestía el traje militar, que no deja sino para dormir; la señora Presidenta iba envuelta en una elegante túnica de terciopelo negro con adornos de perlas, luciendo un aderezo de diamantes que valía un caudal.

Recibió el noble obsequiante á SS. AA. SS. y poco después se oyeron los acordes de un vals con que empezó la fiesta. S. A. S. la señora Presidenta lo bailó, teniendo por compañero al señor Pastor, encargado de negocios del Ecuador; luego bailó unas cuadrillas con el señor Doylé, Ministro Plenipotenciario de Inglaterra, y después con otras personas.

A la una se sirvió la primera mesa para las señoras, y cuando ellas hubieron concluído se sentaron los caballeros obsequiantes.

Durante toda la fiesta reinó la cordialidad más grande, estimulada por las sucesivas y constantes libaciones de exquisitos refrescos.

Los suspicaces se fijaron en una particularidad: á eso de las dos de la madrugada, S. A. S. fué llamado á los departamentos interiores, donde un correo extraordinario, con todas las señales de haber corrido mucho, le entregó unos pliegos que traía cuidadosamente guardados.

Poco después, aunque disimulando mucho su disgusto, S. A. S. se despidió visiblemente contrariado, en compañía de su distinguida familia. ¿Sería á causa de lo contenido en los mensajes que recibió?

5 de Marzo. Se sabe que los pliegos que recibió S. A. y que tanta desazón le causaron, procedían del departamento de Guerrero, donde el bandido Alvarez y algunos secuaces suyos acaban de pronunciarse.

Semejante suceso sólo puede contrariar al General Presidente, como prueba que es de que hay todavía ruines y malagradecidos que no estiman sus esfuerzos por hacernos felices hasta haberlo logrado, pero no por otra cosa.

Risa da que los pintos traten de enfrentarse con el poder existente, que es tan fuerte y tan grande.

ESTAFETA POLÍTICA Y SOCIAL

De Juan Pérez de la Llana á Anarda...

19 de Octubre de 1853.

Muy querida señora: le escribo á usted ésta desde la orilla del Mescala, sufriendo el calor más espantoso que haya pasado en mi vida, y mientras me hace aire con un abanico de palma un chiquillo casi desnudo. No atribuya, pues, á rocío de lágrimas las manchas que advierta en este papel, sino crea que proceden de otro humor menos poético aunque más bíblico: el sudor de mi frente.

Desde el día doce, que merced á la astucia y añagazas del famoso Cayetano, ese criado de oro que me suministró la bondad de usted, salí escapado de la cárcel de México, hasta hoy, que llegué aquí, he tenido tiempo apenas de poner á usted unas cuantas letras. Estas se las remito por *extraordinario*, pues usted sabe muy bien que fiarse de la estafeta es tiempo perdido: en el cinco por ciento calcula

el señor Lerdo las cartas que llegan por ese oficial y respetabilísimo conducto.

Además, si su señor esposo, consejero, magistrado y hombre de mucho viso, supiera que se cartea usted con un mísero reo prófugo de las cárceles, y acusado nada menos que del tremendo delito de infidencia, de seguro no se sentiría muy contento. Es, pues, mejor que vaya el *propio* conduciendo esta epístola.

Estoy como desorientado en esta tierra: del aposento tristón, oculto y sin magnificencia en que vivía en el Puente de Balvanera, al cubil que habito en este rancho, que tiene por todo menaje una cama de «cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos», hay la misma distancia que de la edad civilizada á la netamente bárbara.

Pero eso mismo me hace abrir los ojos lleno de curiosidad y encantarme con cada paisaje, con cada costumbre, con cada fase desconocida que descubro en este mundo nuevo, que se me acaba de aparecer, de seguro para demostrarme que el planeta es muy grande y que hay en él algo más que el carruaje tirado por mulas pintas, propiedad de mi señora doña María Antonia Lares, y que la barranca del Aguila que se halla en la hacienda de las Cruces, propiedad de la misma señora y su esposo.

Las peripecias de mi escapatoria no tengo que referirlas á quien las previó y concertó con talento y astucia extraordinarios; pero sí debo contarle que las peripecias

psicológicas son cada día más variadas y distintas, y que vivo á mal traer con mis imaginaciones.

Si mi suerte perra y esta malhadada prisión no me hu-



bieran impedido leer aquella bendita carta que cogieron los esbirros, á la hora de ésta sabría si mi lugareña se casa, si se mete monja ó qué partido toma.

Bien que tales cosas son inútiles y más vale no pensar en ellas: esa empresa para mí no está guardada y dejo que la siga alguien más afortunado ó más valiente que yo.

Mas á cambio, y como necesito llenar el maldito músculo hueco que tanto daño me hace, quiéralo ó no alzo los ojos á mayor altura, por más que sepa que la estrella no

ha de mandar sus resplandores al pobre gusano que perece de amor.

Pero reconozco que me voy poniendo pesado y volviéndome más romántico que si me hubiera bebido una damajuana de vinagre. Humillo, pues, un poco el estilo para hacerle saber que mañana salgo para Acapulco, donde entregaré la carta de usted al señor Comonfort, que de seguro me recibirá como enviado de tal persona.

Muy devotamente besa los pies de usted su adicto y agradecido

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Anarda... á Juan Pérez de la Llana.

2 de Noviembre.

Mi querido amigo: verdadero placer he tenido en leer la carta de usted, que me trajo con toda puntualidad el *pintito* á quien envió.

Mucho me alegro que haya usted llegado sin novedad á ese Estado de Guerrero, que tan honda impresión ha causado en su espíritu, esencialmente romántico y capaz de prendarse de los espectáculos de la naturaleza.

Feliz usted que puede mirar algo nuevo. Aquí, entre la suciedad y la fetidez que nos rodea, no se distingue nada

que valga la pena ni sobresalga un poco de lo común y vulgar.

Las mismas *Cadenas* obscuras, el mismo paseo polvoso ó imposible de lodo, las mismas tiendas con los mismos escaparates y los mismos paseantes; en fin, somos más desafortunados que Fernando VII. porque aquí los mismos perros tienen los mismos collares. Es para hacer desesperarse á cualquiera.

Una sola novedad tuvimos en esta semana: una tormenta que inundó la ciudad impidiendo el tráfico por completo. Del Colegio de niñas á la Plaza era una sola laguna: barrios hubo en que el agua se introdujo al interior de las habitaciones, derribando las puertas y haciendo navegar las vigas del techo. Carros y coches se perdían entre el lodazal, y por más de tres días no hubo alma nacida que saliera de su casa.

Sabrá usted que ya vamos á tener nuevamente Orden de Guadalupe, pues esta gente no se contenta con menos que con una corte al estilo de las de Otaheti ó las islas Sandwich: mucho relumbrón, mucha cruz, mucho espadín y mucho no comer.

Por supuesto que mi excelso marido está propuesto para un cargo y que ya fatiga á todos los sastres y costureras queriendo le confeccionen á toda prisa la vestimenta que tendrá que lucir: le nombran no sé si comendador ó caballero; pero me consta que hace los imposibles para

alcanzar el grado inmediato. Como descendiente de los marqueses de Santarina se considera con más derecho que nadie á formar parte de la mascarada cómico-nobiliaria, y lo cierto es que si buscan gente falta de seso, allá está el hombre que ni mandado hacer.

En materia de teatros, nada hemos tenido. En el de Oriente ó Puesto Nuevo se representó días pasados la comedia *Alonso Cano ó la Torre del Oro,* á beneficio del actor Fernando Calderón, siendo dedicada la fiesta á Santa Anna y su esposa. Ambos asistieron, pues usted sabe como el Presidente considera uno de los deberes de su cargo obsequiar las invitaciones que le hacen cómicos, farsantes, saltarines y demás gente de la carátula, quizás por la afinidad que con ellos tiene y lo mucho que se les parece. Fué famoso en México aquel Benito León Acosta, que ascendió en globo, y á quien S. E. sentó nada menos que á su mesa, en medio de los ministros y generales, dando que reir grandemente el anfitrión y el obsequiado, el uno por su condescendencia y el otro por sus torpezas.

La política anda cada día peor. Por recomendación de mi amiga la excelente señora Negrete, de Guadalajara, fuí á ver á Doloritas para interesarme por unos señores Angulo, que no tienen más delito que el de que uno de ellos haya sido gobernador de Jalisco en tiempo del moderantismo.

Lo que habían pasado los infelices era para partir el

corazón. Uno, el más inofensivo, se hallaba en trance de muerte cuando se le ordenó salir; tuvo que moverse conducido en una camilla, acompañado de sus hijos y su mujer, y antes de llegar á Querétaro murió en medio del campo, sin auxilio ni compañía. Los otros dos tenían un ranchito y se vieron precisados á abandonarlo, perdiendo así lo poco que podían levantar de cosecha.

Doloritas, que es buena, me ofreció interesarse con su marido; y don Antonio, que me aborrece, pero que sabe no puede desterrarme ni mandarme á presidio, concedió á don Joaquín Angulo vivir en su haciendita de Santa María, y á don Leonardo retirarse á Tepatitlán, donde tiene unos cortos bienes.

Dios está castigando á Antonio Haro y al general Basadre. Usted recuerda cómo Haro, que es exaltado hasta rayar en furioso, hacía gala de su santanismo. Pues bien, apenas salió del Ministerio, fué perseguido como alimaña venenosa, su casa registrada y secuestrados todos sus papeles. Creo que tendrá que arrepentirse de esa saña el dictador.

Basadre, hombre de ideas conservadoras, pero honrado y leal, va muy frecuentemente á la mano al General, pintándole el resultado de sus desaciertos; pero los ministros, que aborrecen á Basadre, le pintan como malqueriente y hasta como sedicioso. ¡Malqueriente y sedicioso el hombre que ha corrido más riesgos por Santa Anna y el que

tantas veces estuvo á punto de ser fusilado cuando atravesó la República disfrazado en hábito de fraile! Por cierto que ha de haber hecho un fraile muy guapo este simpático y proceroso caballero.

Los robos siguen á la orden del día. Dicen que hay una sociedad de más de cincuenta bribones que ha empezado á robar introduciendo una modificación muy importante: las heridas y hasta el asesinato.

Los casos de Iturbe y Bermejillo, el del marqués de la Rivera y algunos otros dan idea de la maña y sutileza de estos bribones.

A lo que parece los tales son cubanos ó españoles, de la partida de Narciso López, y gente determinada y resuelta.

Fijaron en la puerta de la iglesia de San Cosme un pasquín retando á Santa Anna y á su policía para que los cojan, pues dicen no tienen miedo á estos diurnos modorras, puesto que han engañado á gente que vale. Dios quiera que salga triunfante el Gobierno en esa pugna, aunque lo dudo mucho.

De Suárez Navarro nada digo á usted que valga la pena. Se habló de si iría ó no iría á Manila, si pasaría desterrado á Yucatán, ¡qué sé yo! Hoy se sabe que vive en Nueva York y que pronto pasará á Nueva Orleans.

Escribió á Corona, comandante militar de Veracruz, pidiéndole se interesara cerca del Presidente, á fin de que le concediera volver al país; pero parece que el General se

ha encerrado en una rotunda negativa, pues insiste en que el amigo de usted lo ofendió grandemente.

Del poeta Covarrubias le puedo contar que está cada día más desconsolado. Ultimamente su amada se casó, y el pobre muchacho quedó que inspiraba lástima. El matrimonio fué en San Angel, á las cuatro de la madrugada, y el bueno del poeta, que quiso apurar el cáliz hasta lo último, tuvo el valor de ir hasta la iglesia y cabalmente en la *tablilla* del mismo coche en que iba la bella.

A mí ha llegado á causarme pena esa pasión tan honda, de la cual mi prima no tiene culpa ninguna, pues no ha alentado á Juan con ninguna muestra de cariño real ó fingido.

Ahora hablemos de ese gravísimo negocio de corazón, que tan fúnebre se presenta. No me disgusta que aproveche usted su Víctor Hugo, que le aconsejé leyera, aunque sí me apena profundamente que tan sin razón declare terminados sus compromisos con su paisana. Vale la pena que tan pronto como usted pueda, emprenda una vueltecita á Tlaxochimaco para convencerse de la realidad acerca de este punto interesantísimo.

No estimaría yo á usted si no supiera que era hombre sensible y capaz de amar á una mujer. Esa estrella de quien usted habla está ya fatigada de brillar, tiene muchos años de dar sus resplandores á águilas y á gusanos, y no siente deseos de emprender otra vez la carrera. Y

luego, que hay vecindades peligrosas, vecindades que hacen daño á gentes (ó gusanos, diremos continuando la comparación) débiles como usted.

Yo comprendo y me doy cuenta del fenómeno operado en usted: como muchos provincianos que á los quince días de vivir en la capital, son más mexicanos que el Carlos IV del Paseo Nuevo, usted no se contentó con abandonar el sastrecillo rinconero que le vestía en Guadalajara y cambiarlo por Cussac, sino que también quiso cambiar de novia, y en vez de la palurda simpática y que lo quería bien, se ha fijado en una *liona* algo *cotorra*. ¿No es así?

Siga, mi buen amigo, siendo solamente amigo mío, y no piense en esas cosas que acabarán por volverle el juicio y quitarle su buen natural, tan hermoso y espontáneo.

Suya siempre.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

24 de Noviembre.

Muy distinguida señora. Desde anteayer que llegué á Acapulco pasé á saludar al amigo de usted, el coronel Comonfort. No me figuré que se encontrara en estas regiones hombre tan cabal, tan entendido y de tan buenas partes como don Ignacio.

De cuarenta años, aunque representa algo más por ser muy metido en carnes, atezado de color, de facciones regulares y ojos hermosísimos y fulgurantes, discurre y



D. Juan Alvarez

escribe acerca de muchas materias con singular competencia y tacto superior.

Recibe á todo el mundo con urbanidad exquisita, obsequia á sus amigos con discreción, y es, en fin, un dechado de caballeros y de empleados.

En la hacienda de la Providencia topé con el general don Juan Alvarez, quien, como usted sabe, es el cacique de todo el sur y el hombre más temido de nuestro gobierno.

Anciano de cerca de setenta años, parece todavía más viejo de lo que es, á causa de que exagera sus achaques y su edad. Como todos nuestros campesinos que lo son de veras, es astuto, disimulado y cazurro, sin caer en la hipocresía ni en el tartufismo.

Tiene dos lados bajo los cuales puede considerársele — como si dijéramos el lado divino y el lado humano; — es un patriota y un liberal de buena cepa, un resto venerable de nuestras épicas luchas por la independencia; pero también tiene el prurito de la dominación y el deseo del mando. En su comandancia del sur no llega á moverse la hoja del árbol sin que él dicte las órdenes relativas, y tiene empeño en que todo el mundo lo mire como el dueño indiscutible de toda la comarca.

Sin embargo, ese ascendiente que tiene y que necesita, no está fundado en crímenes, como hacen creer los señores del gobierno de allá, sino en superioridad real y efectiva que ejerce sobre sus paisanos, que ven en él al soldado de Morelos, al compañero de Guerrero, al caballero leal y consecuente y al hombre de inmensos recursos, que cuenta con lo mejor en tierras y ganados de esta región.

Por eso debe usted desechar la absurda fábula del ase-

sinato del general Villada, á quien se enviaba como comandante general del departamento. Don Manuel María estaba enfermo, é imposible era que hubiera vivido, aunque Alvarez y los suyos hubieran estado cien leguas distantes.

Alvarez y el gobierno se temen y se miran de reojo, pero ninguno se atreve á soltar prenda ni á llevar la responsabilidad del ataque.

Usted recuerda el disgusto que causó en México la orgía canibalesca con que se celebró aquí la muerte del señor Alamán. Todo el mundo se figuró la verdad: era el guerrerista acérrimo que daba gracias á Dios por la desaparición del último de los jalapistas, que era al mismo tiempo el más caracterizado de los compradores del ilustre caudillo suriano; pero nadie mencionó á don Juan, y las iras de *El Universal* se dirigieron contra el secretario del Gobierno, don Eligio Romero, á quien pusieron de inhumano y de bribón que no había por dónde cogerle.

Días hace le mandaron las insignias de comendador de la Orden de Guadalupe, y el General aceptó aquello con aparente gratitud, cambiándose con este motivo cordialísimas comunicaciones que no eran en el fondo sino confites que ocultaban en el interior tósigos tremendos.

Pero á pesar de esas muestras de aparente sumisión, no puede caber duda al Gobierno de que aquí se conspira

largo y tendido. Días atrás asistí á un banquete en Acapulco; menudearon las libaciones, y cuando las lenguas se habían soltado no dejaron de oirse buenas cosas.

El coronel don Florencio Villarreal, un *pinto* de lo más tremendo y temible, se quejó de que el Gobierno, en vez de hacer depender de la comandancia de Guerrero, y por consecuencia del general Álvarez, su mando en Costa Chica, le hubiera subordinado al cacicazgo de Torrejón. No le gustan disimulos al angelito, no quiere que el gobierno se ande con paños calientes, y pretende que, si parece sospechoso, se le forme sumaria y se le castigue; aunque bien se cuidará el gobierno de tales sumarias ni de intentar castigo ninguno, sabiendo, como sabe, que éste y los demás bellacos de su laya están tan á las órdenes del gobierno como el viento y el mar.

Se dice que el señor Alvarez recibe diariamente visitas sospechosas en su hacienda; se dice que el día menos pensado amanece pronunciado todo el sur, y hasta se cuenta cuáles han de ser los artículos del plan que se ha de lanzar á los cuatro ámbitos de la nación.

Parece que el Gobierno conoce estas cosas y que tiene prevenido á Villarreal que se le presente; pero el coronel hace tanto caso de las órdenes como de las nubes de antaño.

Una revolución más asoma, pues, en el horizonte; pero es muy difícil decidir si traerá algún bien ó solo el entro-

nizamiento de una bandería política enemiga de la que manda.

Quien viva lo verá.

Besa los lindos pies de usted, señora.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

1.º de Diciembre.

No es para nadie un secreto, amigo mío, lo que usted me cuenta en su carta; pero aquí nos vivimos en perpetuo carnaval, discutiendo si conviene quitar botones, poner entorchados, ensanchar galones, abatir plumeros ó instituir tratamientos.

Me alegro de que haya usted confirmado mi juicio acerca de Comonfort; pero no estoy del todo conforme con el que hace de Alvarez. Don Juan, á quien traté mucho el cuarenta y siete, es para mí uno de los pocos patriotas concienzudos y de los contados hombres de honor que hay ahora en México.

Tengo culto y veneración por ese viejecillo arrugado como una pasa, de ojillos vivaces y saltarines, de ancha nariz, de barba blanca, de movimientos tardos, de palabra difícil, de alma transparente y de resoluciones heroicas. O á mí no se me alcanza nada de esto, ó don Juan está

destinado á grandes cosas en su vejez: quizás á hacer venir al suelo este infecto sistema que nos rige.

No opino lo mismo del general don Tomás Moreno, ese bellaco con cara de vieja, que no tiene fe política, ni principios conocidos, ni respetabilidad, ni talento ni nada. Ya le referiré á usted en mejor ocasión algunos rasgos de ese caballero.

En estos días habían asegurado los diarios gobiernistas que á pesar de lo que en público se afirmaba, no se intentaría ningún cambio en el régimen existente; pero como si el diablo lo hiciera, á poco resultó un plan que firmaron la guarnición y vecinos de Guadalajara pidiendo continuase Santa Anna en el poder hasta que muriese de viejo, y adquiriese el dictado de Alteza Serenísima.

Hoy, en medio de los vivas de la plebe y los cohetes que disparaba gente pagada, se paseó el retrato de Santa Anna, declarando el gobernador Bonilla y la guarnición que se adherían con todo gusto al salvador movimiento de Jalisco.

Como al mismo tiempo que el cambio de régimen, se desmentía el alza de contribuciones y el establecimiento de la inquisición, asegurándose que eran esas especies manejos de los malvados anarquistas, hay que temer que pronto empiecen á cobrarnos gabelas hasta por respirar, y que no tardemos en oir el *exurge, Dómine.*

Las persecuciones continúan á la orden del día; pasan

con mucho de cien los desterrados. Don Rafael Azúzaga, cura de Chalco, fué puesto en prisión tres meses y medio por juzgársele «cómplice de los bandidos y anarquistas que tratan de establecer el nefando y malhadado sistema federal»; al cabo de ese tiempo el gobierno se convenció de que las ideas de ese cura no eran de las prohibidas, y mandó ponerlo en libertad; pero ya estaba perlático, azotado de pie y mano, y con la razón perdida.

Le llamará á usted la atención que un sacerdote haya sido entregado á la justicia civil y no á los jueces de su propio fuero; pero su asombro cesará si sabe que se ha dispuesto que para los delitos de conspiración no rija el fuero, sino que el acusado se entregue á los jueces comunes.

Ya sabrá que entre los caballeros de la Orden de Guadalupe, se contaban don Juan Bautista Ceballos, el ex-presidente y el Ministro de la Suprema Corte don Marcelino Castañeda. Pues bien, se dice que uno alegando pobreza, y otro reprobando claramente la institución, han rehusado los nombramientos. S. A. S. se ha puesto como un energúmeno, llamando traidor á Ceballos, y diciendo que si Castañeda no puede sostener la dignidad de caballero, tampoco podrá sostener la de juez. A ambos los ha mandado destituir, desterrando á Ceballos.

Diga usted si no era materia de que se horrorizara nuestro augusto presidente, cuando ahora se dice que le

van á dar el toisón de oro, que sólo se otorga á personas soberanas. Nada menos *El Omnibus,* queriendo prevenir ese honor, ha publicado una muy clara noticia de lo que significan el toisón y los eslabones, materia por cierto un poco espinosa.

Ha llegado ahora la moda de comprar cabezas humanas, seguramente para formar un nuevo *tzompantli.* Se han ofrecido 1,000 pesos por las testas de Molas y Cepeda Peraza; 2,500 por la del indio Antonio Salcido, azote del departamento de Durango, y no sé cuánto por otras. De lo cual deduzco que un solo indio bárbaro vale más que tres federalistas. ¡Ya es valer!

Ya tenemos el cólera aquí, como lo tienen en Yucatán y en Oaxaca; pero como está prohibido hablar de eso, á causa de que se desacreditaría el Gobierno si se supiera que había aquí enfermedades, todo el mundo calla.

De literatura poco puedo contar á usted. Marcos Arróniz, capitán de los lanceros de la guardia, ha publicado un *Canto del Lancero* en que invita á sus compañeros nada menos que á destripar á todos los americanos y á robarse á todas las americanas «de tez de nieve y labios de rubí». Dicen que S. A. S. obsequió al poeta con el grado inmediato, en recompensa de la obrilla; pero lo cierto es que no vale la pena el engendro.

Rueda y Riesgo siguen publicando su *Galería del Tocador,* que no es ni fu ni fa.

Don José María Rodríguez y Cos, un maestro de escuela rítmico, acaba de anunciar su poema *Anahuac*, en trece cantos y en variedad de metros, dedicado (se caía de su peso) á S. A. S. Es la colección más donosa de disparates rimados y asonantados que ha salido de prensa.

No creo que con su dedicatoria haga el bueno de Rodríguez un negocio comparable al que don Manuel Escandón redondeará en estos días con la compra de armas. Los dineros que tienen que venir de la Mesilla tienen ya muchos adoradores, y uno de los que los han de buscar será de seguro el habilísimo banquero.

Ayer recibí la carta que le acompaño del señor su padre. Contéstele pronto y dígale, aunque con reservas, en dónde pára. El pobre señor cree que usted ha desaparecido de entre los vivos y se lamenta grandemente. Ya no le parecerá tan bien el excelso régimen que contribuyó á fundar usted, haciendo en Guadalajara pinitos de militar.

Le desea todo bien, quien bien le quiere.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

11 de Marzo de 1854.

Bella señora: grandes cosas se han realizado en Guerrero, á contar de la fecha en que escribí mi última carta. La imprudencia de Villarreal dió origen á una queja de

Zambonino, la queja de Zambonino á una orden en que se previene á don Florencio que se presente sin excusa ni pretexto en México, y las cerdeadas del cuasi rebelde á la invasión del departamento.

Se previno primero á Villarreal que marchara á México, aunque fuera en camilla; luego se le mandó aprehender, y como ni Moreno ni Alvarez quisieran obedecer, se ordenó al comandante general, Pérez Palacios, que, sin excusa ni pretexto, procediera á apoderarse de la persona del jefe de Costa-Chica. Ya tenía instrucciones para capturar también á los señores Alvarez y Moreno.



D. Ignacio Comonfort

El veintisiete de Febrero se reunieron en Texca, Alvarez, Comonfort, don Trinidad Gómez, don Eligio Romero, don Rafael Benavides y don Diego Alvarez, y se pusieron de acuerdo para derrocar la tiranía santanista. Todos y cada uno de aquellos hombres tenían motivo para sentir lo pesado del yugo que nos agobiaba; todos y cada uno

vivían perseguidos, fugitivos, calumniados por la intolerancia y la suspicacia del gobierno; pero ¿con qué recursos contaban para hacer frente á los cincuenta mil hombres gobiernistas?

Con unos cuantos fusiles de chispa, con unos cuantos indios de sombrero de palma, de calzón ancho, torpes en el manejo de todas las armas é incapaces de disciplina.

¿Triunfarán en la demanda los rebeldes? Ni pensarlo. El Gobierno es fuerte; el Gobierno está bien servido; el Gobierno ha establecido el régimen del terror, y no es fácil con tan menguadas cosas hacerle frente. Pero aquí se cuenta con dos elementos que vuelven difícil cualquier empresa militar: lo escarpado del terreno y lo mortífero del clima. Así, pues, de todos los que no den buena cuenta las balas de estos valientes, la darán las calenturas palúdicas ó los animales ponzoñosos.

Y prueba de que así lo comprenden los fautores del levantamiento, es que acaban de expedir un plan que por lo bien meditado y lo correctamente escrito, denuncia á la legua que es obra de Comonfort.

Después de los considerandos de estilo y que ya se figurará usted en qué consisten, se declara la destitución de Santa Anna, el establecimiento de la república representativa popular, la abolición de las leyes vejatorias últimamente expedidas, la protección al ejército y á la industria, la reforma de aranceles y otras cosas.

Tal es en resumen el plan de Ayutla, que el primero de Marzo proclamó el asendereado coronel Villarreal.

¿Habremos asistido á la iniciación de una era nueva, ó habremos visto nada más que el principio de una asonada como las de Guanajuato y Veracruz? Suyo siempre.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

30 de Marzo.

Amigo mío: ¿quién dijera que la noche del día en que se proclamaba ese plan que tanto hace pensar á usted, nosotros estábamos tan ajenos de cuanto podía tramarse en aquellos remotos y agrestes lugares, bailando redowas y polkas en la casa del general don Benito Quijano?

Fué el caso que una comparsa de jóvenes alegres que se reunió con motivo de las carnestolendas, obsequió al general, que éste convocó á todas sus amistades y que la presencia de Doloritas y don Antonio dió á aquello cierto aire de solemnidad que resultó de muy buen gusto.

Tanto Quijano como su familia se mostraron dadivosos y espléndidos, derrochando en vinos, pastas y refrescos, la paga de muchos meses. Mas, como dice un refrán vulgar, pero gráfico, *no dan patada sin guarache*, se afirma que á la hora de esta don Benito ya tiene garantizado su

ascenso á general de división, sustituyendo al protervo Alvarez, á quien se dió de baja.

A los dos días, los jóvenes que tocan panderetas, guitarras y salterios, estuvieron á ver á SS. AA., las cuales los recibieron en el salón azul, que se mandó decorar desde 1843 y cuyo costo fué de más de veinte mil pesos.

El viernes inmediato estuvieron en la casa de Sáyago, y los otros días han visitado á muchas familias conocidas. Ya ve usted que no se pasa tan mal el tiempo.

Los pasos de Alvarez eran conocidos aquí tiempo hacía. En principios de éste aparecieron ya parrafejos en que se llamaba á don Juan con remoquetes zoológicos: tigre del Mexcala, hiena del Sur, pantera de Acapulco, leopardo de Guerrero, eran los dictados con que se le favorecía.

En seguida se ha dicho que don Juan es rapaz, traidor, cobarde y causante nada menos que de la pérdida del territorio por no haber cooperado oportunamente con su caballería á la derrota de los americanos.

Se ha escrito que el suriano no tiene á sus órdenes sino á unos cuantos bandidos; que su estado mayor es de *pintos* asquerosos y desnudos; que recorre sus huestes caballero en una mula, llevando un pañuelo blanco atado á la cabeza, y el pantalón alzado mostrando una pantorrilla más negra que la pez.

Se niega que haya habido encuentros entre los pronunciados y los gobiernistas; pero se afirma, ¡eso sí! que á la hora que se pongan frente á las tropas correctas y moralizadas de S. A. S., los pobres diablos que manda el indio de «La Providencia», *ni humo han de echar* (textual) los disidentes.

Se asegura que los pueblos en masa se presentan á rendir homenaje á las tropas gobiernistas; que Alvarez nunca podrá mandar sino en una porción reducidísima de la costa; que no tiene plan ni arreglo ningunos; que es impopular y que está en tratos con el pirata Raousset de Boulbon para entregarle no sé cuántos Estados y sus habitantes.

Pero como si se quisiera desmentir tan hermosos optimismos, S. A. S. salió el día diez y seis al frente de cinco mil hombres de tropa. Ese día durmió en Tlálpam, á donde le acompañó todo el Ministerio; siguiendo en la comitiva el de guerra, don Miguel Blanco, y quedando dispuesto que dos veces al día salgan *extraordinarios* de aquí para llevar noticias de lo que pase.

En México, todo era dudas y conjeturas. Por una parte, no se comprendía cómo para batir á cuatro gatos encaramados en unos riscos se pusieran en movimiento tantos batallones, tantos regimientos, tantas baterías, tanta ambulancia y tantos trenes; y por otra, no se alcanzaba que fuera á exponerse á las asechanzas de ene-

migos sin fe ni ley y á los horrores de un clima mortífero, al ser privilegiado, al hombre-providencia, al mesías de la nación mexicana.

Pero pronto empezaron á llegar noticias, no de triunfos, sino de fiestas y alegrías. En Cuernavaca, el pueblo desunció los caballos del coche, conforme su vieja costumbre, y condujo á S. A. S. hasta la casa de la señora Soyano; hubo *Te Deum* (al que Santa Anna no pudo asistir por estar enfermo de las fatigas que le produjo su enorme consagración al trabajo en estos días) y preces por el triunfo de las armas del Gobierno.

En la hacienda de Temixco concurrió al banquete con que le obsequió el ministro de Guatemala, don Felipe Neri del Barrio, y contestó á los brindis y salutaciones asegurando que antes de dos semanas tornaría vencedor, después de haber escarmentado á la canalla y colgado al traidor Alvarez del palo más alto que encontrara en aquellos montes. Barrio lo acompañó hasta el pueblo de Sochí.

Pasó de noche por Ixtla y lo recibió la población en medio de iluminaciones y regocijos. Poco después de las nueve llegó á San Gabriel y allí permaneció tres días.

Cerca de seis estuvo en Iguala, donde tuvo la recepción más ruidosa que hasta ahora se le ha hecho. El Ayuntamiento salió á encontrarlo hasta el Platanillo, recibió las felicitaciones de mucha gente encopetada, y penetró

á la ciudad en medio de las aclamaciones de su tropa.

En fila se hallaban tendidos, desde las puertas de la ciudad, el batallón de zapadores, los cazadores de la guardia, el batallón activo de Morelia, el escuadrón de Pénjamo y la batería rodada, que hizo salvas cerca de la casa del general Vieyra, donde se alojó S. A. Dos banquetes se le han dado, y en ellos el ministro de la Guerra ha tenido la dicha de comer cerca del augusto viajero, quien ha pronunciado una media docena de brindis y ha dirigido dos docenas de proclamas á las tropas.

El veinticinco y veintiséis hubo corridas de toros, y el veintisiete una solemne función religiosa, con motivo de la colocación de una imagen de la Virgen que apadrinó S. A. Hizo un regalo de cuatro mil pesos á la parroquia, y suplicó se erigiera un altar á la Virgen de Guadalupe.

En la orilla del Mexcala, el guerillero Villarreal tuvo la osadía de tirotear á las tropas; pero fué deshecha su gavilla, dejando muchos muertos, heridos y prisioneros. Al menos así lo dijo el cronista de la expedición.

En Chilpancingo esperaba á S. A. S. el recibimiento más suntuoso; pero ninguna comparación tuvo con lo que ocurrió poco después. En la revista de anteayer, una gran águila descendió sobre las tropas, se paró precisamente frente á Santa Anna, confirmando esto la misión que tiene recibida el General: pues sólo de él se deja coger el águila, y sólo con él se muestra mansa y humilde, al paso



En la revista de anteayer, una gran águila descendió sobre las tropas...

que con los demás da á conocer su salvaje independencia. ¿Si será esta águila, animal de *utilería,* procedente de algún teatrillo suriano?

Pero no han pasado los días inútiles para S. A., quien si no ha conseguido coger pronunciados y freirlos en aceite, sí ha expedido muchísimos decretos, de esos que él sólo tiene la especialidad. Ha dispuesto que las monedas tengan su retrato en relieve, y una inscripción en latín que redactará la Academia de la Lengua. Ya tienen qué hacer y con qué divertirse Basoco, Cortina, Arango y demás inmortales caseros.

Ha ordenado también que, para premiar á los maestros por servicios prestados á la enseñanza, se establezca una medalla de oro, con círculo, palma y laurel, la cifra A. L. S. y un latinajo que el demonio entienda.

¿No se admira usted de que para todo se emplee el latín en este bendito régimen, lo mismo para ahorcar á las gentes que para agasajarlas, lo mismo para recibir al Presidente que para lanzar al infierno á algún réprobo? Y luego, latín á un hombre que de latín no sabe ni qué quiere decir *ora pro nobis.*

No deje de escribirme dándome cuenta de lo que pase; salude al coronel Comonfort, dígale que nunca olvido los servicios que me prestó en Tlapa, y recuerde que le quiere su amiga.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

Acapulco, á 28 de Abril de 1854.

Señora: Cuanto referí á usted acerca de la proclamación del plan de Ayutla, lo supe por noticias fidedignas: lo que voy á relatarle, pasó en mi presencia y tiene el carácter de impresión personal.

Desde que se recibió el plan de Ayutla, creyó Comonfort que necesitaba reformas, entre otras la de dejar á la nación en libertad absoluta para constituirse. Es menester — me decía don Ignacio — no seguir los métodos santanistas, sino respetar de veras la voluntad popular. Hasta ahora hemos hecho motines, nos hemos destrozado, hemos creído al pueblo incapaz de gobernarse, y nos hemos constituído en sus tutores bondadosos. «Quién sabe si le calumniemos — y al decir esto como que el hombre se transfiguraba, — quién sabe si tengamos en la mano la salvación del país.»

Y así fué como el plan de Ayutla se reformó en Acapulco, mediante las adaptaciones del nuevo caudillo. Desde luego Comonfort quedó con el mando de la plaza, que es desmantelada y falta de auxilios como pocas. El castillo de San Diego es una viejísima construcción que nunca ha resistido un sitio regular sin caer en poder del enemigo que lo acomete.

Pocos días hace que el ingeniero Algobín declaró que

se necesitaban más de setenta mil pesos para dejar en estado de servicio los desportillados baluartes, los torreones ruinosos, las galerías que se caen por momentos. La



artillería es antiquísima; cañones hay que se remontan á la guerra de Sucesión y que ostentan la cifra de Luis XIV; cañones que no disparan hace siglos, que quizás nunca han disparado, y cuyas bocas bostezan como soñolientas y sin empleo.

El paso resuena en las amplias murallas, en que crecen apenas unos cuantos matojos raquíticos, unos cuantos yerbajos vergonzantes, unas cuantas saxifragas que han logrado incrustarse entre las piedras y vegetar á favor de la humedad.

Desde la torre del vigía se observa la larga línea de pilotes bruñidos y brillantes por la sal. Parecen ciudades sumergidas que dejan ver á flor de agua torres esbeltas cuya base se encuentra en las profundidades insondables.

Más lejos se ven el mar, la rada extensa, capaz de dar cabida á todos los barcos de la cristiandad, y la inmensidad azulada é inconmensurable. Aquí atracaban aquellos galeones de Filipinas cuya llegada se anunciaba á México con repiques; aquí desembarcaban todas las preciosidades de laca, seda y porcelana que á manera de juguetes regios alegraron los ocios de nuestras abuelas; por aquí salían el galón, la lentejuela y la loza de Guadalajara que exportábamos para el oriente; aquí vivían aquellos taciturnos castellanos, que morían de tristeza considerándose condenados á vivir en estas soledades.

Y aquel perfume de vejez, de cosas idas, de ideas muertas, de heroísmos olvidados, que traían á la memoria á Morelos y á Gil González Dávila, suscitaba tristeza infinita, la tristeza del ausente, sin término ni medida.

Comonfort se multiplicaba; hacía tapar brechas, puertas y ventanas, ensayar cañones, fabricar pólvora y balas, y poner todo en estado de defensa.

No faltaban gentes prudentes que afearan la determinación de Comonfort, y creyeran que iba la ciudad á perecer; pero el jefe á nadie oía sino á su decisión de acabar aquel trance con honra.

Al mismo tiempo que declaraba la ciudad y su distrito en estado de sitio, resolvía quedasen obligados á servir en el ejército todos los varones mayores de diez y seis años; disponía se sometiera á consejo de guerra á cuantos dieran noticias al enemigo, y ofrecía la protección ilimitada de las tropas á los cónsules y agentes comerciales extranjeros, dejándolos en libertad de radicarse donde quisieran.

A mí, debido á la recomendación de usted, me declaró su ayudante con el grado de teniente, y unido á él despachaba correspondencia, distribuía órdenes y cuidaba de cuanto concernía á la defensa.

El diez y nueve de Abril se supo la llegada de Santa Anna, y ya pudimos disparar cañonazos hacia su real. Comonfort, activo, nervioso y vigilante, no cesaba de recorrer los parapetos y líneas de defensa, excitando á los valientes, animando á los irresolutos, exaltando el valor de los indios y hablando al alma de los oficiales.

A eso de las tres de la mañana sentimos la *esquitera* de la fusilería cercana; trescientos hombres del enemigo atacaban hacia Río Grande, donde se encontraba destacado el batallón Galeana. Resistieron los valientes surianos algún tiempo; pero al fin, según luego supimos, se replegaron hacia el castillo y atrajeron á los asaltantes, que quedaron prisioneros al acercarse al fortín Solís, que defendía el coronel don Rafael Solís.

El jefe y sus ayudantes salimos á recorrer las líneas, mientras los matriculados de Suárez y los hombres de Hairt se movían contra el enemigo.

Entretanto la artillería tronaba sin descanso, á fin de proteger los fortines.

Hubo un momento en que cesó el fuego de cañón. Comonfort subió más que de prisa á los baluartes y dirigió la palabra á los artilleros; pero no era que desmayaran ni que carecieran de *parque:* era que faltaba gente. Entonces don Ignacio se acercó á un cañón viejísimo, el *Felipe V.* Introdujo el escobillón, colocó la carga, rectificó la puntería, acercó el estopín, y mandándose á sí mismo gritó con voz tonante:

—¡Primera pieza! fuego...

Otro tanto hacíamos sus ayudantes Montellano y yo; y como nos viera vacilantes al acercar la lumbre á las bocas de fuego, nos gritó:

—¡Segunda pieza! fuego...

—¡Tercera pieza! fuego...

El estruendo de las detonaciones hizo temblar las paredes, que se desconchaban, mientras los techos dejaban caer trozos de hormigón y fragmentos de teja, y se estrellaban los vidrios verdosos soldados con lágrimas de plomo.

¡Quién sabe cuánto duraría la situación!; sólo sé que llegaron artilleros, quizás improvisados como nosotros, y

que empezaron á disparar á toda prisa mientras nos retirábamos de allí.

Yo sentía las fauces secas, la boca sin saliva, como si estuviera mascando paño. Me enjuagué con un poco de aguardiente con pólvora, del que se había dado á la tropa, y mi sed se aumentó. Veía las aguas del mar, el horizonte lejano, la ciudad acurrucada en su caserío blanquísimo, y sentía ansia invencible de salir de aquel recinto para beber agua, mucha agua, toda el agua que me quitara aquella sed inmensa.

Ya eran cerca de las ocho y la refriega no tenía trazas de concluir; pero poco después el Coronel creyó notar que la fusilería enemiga menguaba, dirigió su catalejo hacia el interior de la ciudad y vió que allá se dirigía la mayor parte de los enemigos, como queriendo guarecerse. Allá mandó Comonfort guerrillas que desalojaran á los asaltantes, y éstos siguieron, aunque en buen orden, hasta los cerros de las Huertas, donde estaba el campamento de S. A. S.

Las dianas resonaron en la fortaleza; el contento no conoció límites, y los bravos y las felicitaciones al que ya aclamábamos nuestro General, los prodigábamos sin medida.

Claro que mi primer movimiento fué el de buscar agua. No tuve más que bajar un poco y cogerla de los botes en que se refrescaban las piezas, que estaban tam-

bién cerca de los aljibes que surtían el castillo en caso de necesidad.

A las cuatro se anunciaron dos parlamentarios procedentes del campo santanista. Eran el general don Manuel Céspedes y don José Gener, empleado de la casa de Escandón.

Las diferentes conversaciones que con esos sujetos tuvo el jefe, se han conocido por causa de que lo revelaron todo las personas asistentes.

Se empezó por amenazar con la toma del castillo á viva fuerza si no se entregaba en el término de doce horas; y como don Ignacio insistiera en que seguiría batiéndose sin descanso, los comisionados iniciaron ya algunas ideas de transacción y acomodo.

—Señor General, cuentan que dijo Comonfort, yo no puedo recibir oficios ni oir proposiciones sin permiso del señor Alvarez, que es nuestro general en jefe; le daré parte de todo, y veremos. Entretanto, quedan por mi parte abiertas las hostilidades, y puede usted decir al general Santa Anna que ataque cuando guste la fortaleza; nosotros la defenderemos á todo trance.

—Pero fíjese usted, señor Coronel, insistió Céspedes, en que el Gobierno está felizmente cimentado, en que cuenta con todos los elementos que podía apetecer y en que es una verdadera locura quererse defender con menos de quinientos hombres contra más de cinco mil que atacan.

— Señor General, repuso Comonfort, cuanto usted me dice estaba previsto y calculado por mí, y la prueba de que no me arredran sacrificios ni temo la pérdida del caudal ni de la vida, es que estoy aquí con este que usted llama puñado de hombres, y que he comprometido mi peculio y mi crédito en más de cincuenta mil duros, que he metido á la revolución.

— Ya lo sabía, saltó Gener, y la prueba de que el Gobierno considera y aplaude la buena fe con que usted ha tomado equivocadamente la defensa de una causa perdida sin remedio, es que está dispuesto S. A. S. á indemnizar á usted dándole cien mil pesos, que puede disfrutar en el país ó en el extranjero, siendo dueño de continuar, si lo desea, con el destino de gobernador de la plaza de Acapulco. Así, rico, feliz y seguro de haber evitado á su patria grandes daños, usted vivirá respetado donde quiera.

— Agradezco al general Santa Anna, respondió Comonfort, esas ofertas; mas no puedo admitirlas porque no he de faltar á los compromisos que me ligan con la revolución, ni á los de amistad que tengo con el general Alvarez.

— Bueno fuera eso, replicó Gener, si el general Alvarez hubiera de auxiliar á usted en el trance en que se verá muy pronto; pero sabemos de positivo que no vendrá, porque ni piensa en ello, ni podría hacerlo

aunque lo intentara, estando de por medio un ejército de seis mil hombres que ha de estorbárselo.

—Yo sé que vendrá, repuso Comonfort con seguro acento, y viendo que la conversación se prolongaba, añadió: Es en vano insistir; mi conciencia de ciudadano y de amigo me prohibe abandonar una causa que he jurado sostener en unión de mis compañeros.

Retiráronse Céspedes y Gener, dando por terminada la conferencia.

Los días siguientes se pasaron sin más que insignificantes tiroteos. A la madrugada del veintiséis recibimos una noticia que nos alarmó: el campo de Santa Anna se movía; las tropas se aprestaban de seguro á atacar. Comonfort y los que le rodéabamos subimos á la parte más alta del castillo armados de sendos catalejos.

La mañana era fría, húmeda, verdosa y cargada de vapores. El mar oleaginoso mostraba aquí y allá lenguas de tierra en que se formaban pequeñas ensenadas llenas de agua mansa y sonriente. Más lejos, bancos de brumas, esparcidos al azar, semejaban islotes y colinas que las olas batían con furia mientras el sol llegaba á disiparlos. El sabor y el olor de la sal marina, como que llenaban los labios de un dejo de lágrimas. Amanecía.

Contemplando la mañana me había abstenido de ver hacia el campamento enemigo, cuando una serie de exclamaciones me hizo volver el rostro.



... mi conciencia de ciudadano y de amigo me prohibe...

No había duda; el ejército abandonaba sus posiciones, se alejaba á la chita callando, sin hacer sonar sus fanfarrias, sus tambores y sus charangas. Allá se distinguían



los batallones como una mancha blanca, que se asemejaba á los copos de espuma que en el mar señalaban los islotes; los regimientos, como monstruosos animales de cien patas en que no se sabía dónde comenzaba el hombre y dónde terminaba la cabalgadura; los oficiales, como manchas negras y movedizas que corrían de aquí para allá; y trepando la eminencia, bordeando la falda verde y próximo á entrar á la zona de sombra negra, un séquito que des-

plegaba al aire banderas de seda joyante, sangrientas oriflamas, jirones con letreros imposibles de distinguir.

Comonfort, desconfiado, envió un oficial que reconociera el campo de Santa Anna y se encontró con que, en efecto, había sido abandonado.

Temeroso de una sorpresa registró los alrededores, y sólo se encontró los cadáveres de Indart y Vargas, colgados de una rama de árbol. A sus pies se veían hediondas inmundicias, osamentas y pedazos de entrañas, y sobre aquel monumento ejemplares de las proclamas que habían publicado los caudillos de la revolución.

Indart y Vargas eran dos oficiales que habían caído prisioneros días antes, y habían sido fusilados aquella misma mañana. S. A. S. tuvo á orgullo presenciar las ejecuciones.

Así terminó esta jornada, digna de los trasudores y sustos que nos causó. Hemos quedado triunfantes é ignoro por qué; más tarde lo sabremos.

A los pies de usted, señora.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

P. S. A cada carta de usted, veo que omite con reserva estudiada, algo acerca de mi asunto amoroso. ¿Tan malas son las noticias que tiene? Porque el corazón me dice que las tiene, y frescas.

VALE.

De la misma al mismo.

México, á 20 de Mayo de 1854.

Amigo muy querido: la *sangrienta pantera que brama por esas comarcas*, ó sea el general Alvarez, el *antropófago del sur*, vulgo don Tomás Moreno, y el *pérfido y crapuloso* Villarreal, nos han hecho pasar días verdaderamente atroces.

«Que S. A. S. quedó derrotado en el Coquillo.»

«Que no lo fué sino en el Peregrino.»

«Que no le derrotaron, sino que salió triunfante.»

«Que las tropas se extraviaron en los bosques y se las comieron los *pintos* con todo y uniformes.»

«Que los devorados fueron los *pintos*.»

«Que Santa Anna fué hecho prisionero.»

«Que el prisionero fué Alvarez.»

«Que hubo tratados y se sometieron los revolucionarios.»

«Que Comonfort entregó Acapulco.»

«Que no lo entregó porque el Presidente lo tomó á viva fuerza.»

«Que el general Blanco cayó de caballo y se rompió una pierna.»

«Que le amputaron la pierna.»

«Que no fué caída de caballo sino bala de pronunciado la que rompió la pierna ministerial...»

Hay para volverse loco, recobrar el seso y perder la cabeza otra y otras veces.

Y entretanto los malditos periódicos no nos decían sino que se había librado una acción decisiva, que Alvarez iba de huída, que las armas del Gobierno se habían cubierto de gloria y las de los pronunciados de ignominia, que los rebeldes habían pedido la paz, que el general Santa Anna, deseoso de añadir á sus gloriosos títulos el de *libertador del sur*, les había rehusado cualquier acomodo, y que todo marchaba á pedir de boca.

Y sin embargo, la capa no parecía, es decir, no parecía el ejército ni se tenían noticias fidedignas de él, ni había manera de tener datos ciertos de la campaña.

Pero no solamente los profanos vivíamos en babia; el excelso Aguilar, el prudente Sierra y Rosso, el sabio Lares, y Bonilla, sol de la diplomacia, andaban vacilantes y cariacontecidos. Creían que, conforme á su vieja costumbre, el Napoleón americano abandonaría la tierra y los dejaría sin tiempo de congraciarse con la vil canalla.

Hasta se decía que tuvieron los buenos señores la audacia de sacar el *pliego de mortaja* que al marcharse dejó depositado Santa Anna en el Ministerio de Relaciones, que dieron vueltas por diestra y siniestra al bendito papel, que uno de ellos propuso enterarse del contenido y que habiendo roto la nema con muchas precauciones... se encontraron el pliego en blanco.

Por fin, se supo que el ejército había aparecido, y lo que fué mejor, se supo que Rafael y Atocha habían venido de Washington trayendo la noticia de la aprobación del tratado de la Mesilla en las cámaras americanas. Como el Gobierno está perfectamente tronado, esos milloncejos le caen como venidos del cielo; pero los veinte de que se habló al principio, después se redujeron á quince, y ahora no se recibirán sino diez, y de esos sólo siete al contado.

Como el negocio es tan malo para México, los mexicanos que viven en voluntario destierro en los Estados Unidos han protestado, alabando á los senadores que se opusieron á la aprobación; lo cual ha bastado para que el *Diario Oficial* ponga de traidores, Opas, don Julianes Picalugas y filibusteros á Ceballos, Arriola, Arriaga, Sandoval y Ocampo.

El sábado de gloria, aparte de los ordinarios Judas, tuvimos una novedad importantísima: se quemaron, por mano de los delincuentes más aprovechados de la cárcel pública, los ejemplares que en los archivos y en poder de sujetos privados, pudo encontrar el Gobierno, de la *Historia de la Guerra con los Estados Unidos,* libro en que se censuraba duramente á S. A. S. El impreso, que fué obra de trece individuos, ya se regeneró por la «acción purificadora del fuego», y sus autores han sido destituídos de los puestos que ocupaban.

Manuel Payno y Pepe Iglesias, que eran de los incri-

minados y á tiempo tuvieron soplo de la que se tramaba, renunciaron sus empleos en la oficina de Crédito público, por lo cual el Gobierno no encontró más remedio que declararles indignos de cualquier distinción, «por traidores y enemigos de su patria.»

El día diez y seis entró don Antonio con el ceremonial que usted conoce y que ha hecho sudar el copete al bienaventurado Bonilla, casi tanto como si hubiera escrito un nuevo *Tratado de Urbanidad*. Yo estuve un rato en la Catedral, con el exclusivo objeto de ver al grande hombre.

Entre caballeros de la nacional y distinguida Orden de Guadalupe, Secretarios de Estado, generales, magistrados, regidores, ayudantes y demás impedimenta, apareció el salvador de México algo más flaco, algo más viejo, algo más pálido, algo más nervioso de lo que le habíamos visto; y á pesar de *Te Deums,* salutaciones y besamanos, todo el mundo conoció que S. A. S. había perdido la serenidad.

Porque no es ilusión mía; todo el mundo comprende que esto se acaba, se desmorona, se va por la posta. La manera con que se saludan los empleados, significa: *esto se va;* el gesto con que se hacen *randibús* al general, indica: *esto se va;* y hasta los caballos al trotar en el paseo, los pajarillos al cantar, las niñas al pasar haciendo muequecillas y los frailes al echar bendiciones, dicen al unísono: *esto se va, esto se va...*

¿Y qué hace el gobierno para impedirlo? Ah, el gobierno está tomando eficacísimas medidas: ha mandado rezar un novenario á la Virgen de los Remedios, á fin de que esa distinguida señora tome á su cargo destruir á los insurrectos.

Ha mandado hacer al pintor Tercero un retrato de S. A. S. á caballo, con la espada en la mano y fulminando á los bribones.

Ha mandado se canten varias misas de gracia y *Te Deums*, y que se digan algunos sermones celebrando el triunfo del Gobierno.

Ha publicado muchísimas actas de adhesión al orden establecido, firmadas por los gobernadores de los departamentos.

Y ha dispuesto el aumento de la guardia de la augusta persona, á nueve mil hombres. En lo de adelante, tendremos para el exclusivo cuidado de don Antonio:

Compañías de zapadores.

División mixta de cuatro baterías de artillería.

Batallón de granaderos.

» » cazadores.

» » tiradores.

» » guías.

Regimiento de granaderos á caballo.

» » lanceros.

Ya ve usted que ni la pantera del sur ni todas las pan-

teras del universo lograrán nada contra este orden de cosas, y que los partidarios del *divino sistema* tendrán que pasarla mal al fin y al cabo.

Pero basta ya de murmuraciones, y hasta otra vez que hablaremos largamente de muchas cosas interesantes.

ANARDA.

De la misma al mismo.

24 de Mayo de 1854.

Amigo mío: todos los triunfos que usted me cuenta, todas sus bizarrías y sus habilidades, las noticias de que usted es diplomático, artillero, confidente de revolucionarios y demás primores, no han logrado disminuir un ápice el interés que me inspira lo que aquí pasa.

Tenemos aquí dos compañías, dos compañías de ópera con personal selectísimo, que se disputan el campo, riñen batallas, se dan mutuos disgustos y á nosotros nos proporcionan inmensas satisfacciones.

En Puesto Nuevo tiene usted á la Steffenone, la Amat, la Salvé y la Beneventano; en Santa Anna á la divina Enriqueta Sontag, á Claudina Fiorentini, á Pozzolini, Rocco y Badiali. La pugna ha sido terrible; la cuestión se ha llamado nada menos que *oriental,* y entre *rusos,* como se llama á los Santanistas, y *turcos*, como se apellida

á los de oriente, se han librado verdaderas batallas.

Pero descuide usted; no se trata de esas mortíferas batallas en que usted tira cañonazos, derriba ejércitos y



destruye ciudades; los proyectiles son aquí pésimas rimas, obra de poetas chirles, notas más ó menos argentinas y algún ojo ú otro hinchado á causa de los extremos de los *dilettanti*.

Yo declaro sin empacho que estoy afiliada entre los *rusos*. ¡La Sontag! ¿Dónde ví ó dónde oí por primera vez ese nombre? Quizás lo haya leído en algún periódico; quizás lo haya oído de boca de alguna amiga que me lo haya repetido, arqueando la boca con extremos de admiración.

¡La Sontag! Esas seis letras decían para mí tanto como

las ocho del Partenón, como las cinco de París, como las cuatro de Roma. Eran el *summum* del arte, la condensación de la belleza, la reunión de muchas cosas grandes, tristes, tiernas, patéticas, alegres y fúnebres.

Antes de conocerla, ya sabía que era tan grande artista como honrada mujer, tan hermosa como genial. Sabía que, ya retirada del teatro, había vuelto á él para restaurar la fortuna de su esposo el conde Rossi; sabía que al contratarse en París, el público creía no era aquella artista la mujer de cincuenta años, á quien había aplaudido hacía veinticuatro, sino su hija que había sacado la habilidad de la madre; tan joven y tan hermosa se había conservado.

Cuando la conocí en la *Sonámbula*, cuando le escuché *La hija del Regimiento, María de Rohán* y *El Barbero,* y en éste la polka de D'Alary durante la lección de música, conocí que esta mujer es la más grande artista que hayamos visto y oído.

Anoche el teatro estaba de bote en bote. Se daba la *Sonámbula*, con la Amina cantada por la gran artista.

Los pollos con sus fracs, sus pecheras almidonadas, sus gemelos enormes y sus corbatas todavía más enormes; las niñas luciendo sus trajes frescos y hermosísimos.

En el palco de Escandón vi un delicioso grupo de cabezas. Una llevaba dos copos de flores que partían desde la frente, y dando vuelta, montaban sobre dos ahuevados

de cabello, adornando la parte prominente de la cabeza una banda de azul y oro.

Otra tenía un listón de oro y nácar y dos vendas de cabello levantadas sobre la frente, conforme acostumbra la emperatriz Eugenia. Sobre ambas vendas otra pequeña con lazos cadentes sobre el cuello y espaldas.

La última, que era la más linda, llevaba vendas lisas y copos de lilas en los lados del *chignon*.

De las Quijanos, una tenía vestido de organdí muy ralo, con cuatro olanes festoneados y bordados de lana encarnada, berta á la Vallière, peinado de flores y corales encarnados y brazaletes de oro y pelo.

La otra también traje de organdí con cinco olanes festoneados de lana azul, talle á la Luis XV, peinado festoneado como el vestido y brazaletes de oro y perlas.

Pero dejémonos de trapos, y vamos á lo importante, que fué la representación. Demasiado conoce usted *La Sonámbula;* pero no puede figurarse la ternura y el candor con que la dulcísima Enriqueta dijo el *A te, diletta, tenera madre;* filó las notas, las elevó, las unió, las separó y acabó dejando caer un raudal de perlas, hasta llegar al

Sovra il sen la man mi posa,
Palpitar, balzar lo senti,

donde expresó con ardor casi infantil el gozo de la mujer que prueba los placeres del primer amor.

Casi dejé pasar sin hacerle caso la magnífica aria de Pozzolini:

Tutto, ah! tutto in quest' istante
Parla a me del foco ond'ardi.

En el dúo siguiente, los celos de Elvino y el candor de Amina encontraron buenos intérpretes en el tenor y en la *prima donna*. ¡Con qué gracia, con qué inocente coquetería, con qué seductora candidez dijo la Sontag el *sarai tu geloso!* era la misma inocencia, la propia ingenuidad sorprendidas con la ofensa de una acusación incomprensible.

La aparición de la Sonámbula, que hace estremecer y eriza el cabello de inquietud, porque se la ve marchar á la deshonra inconsciente, fatalmente, sin poderse sustraer á su sino, fué encantadora; pero nada tuvo tanto poder sobre las gentes como el *rea non sono,* que dijo la Sontag con un acento de convicción que electrizó.

Pero cuando el entusiasmo llegó á su colmo, fué en la escena en que se logra descubrir la inocencia de Amina. Mientras la desdichada atraviesa el puente, y los aldeanos arrodillados rezan porque se demuestre la inocencia de la niña, el público se sentía torturado, afligido, lleno de terror. Por eso cuando se descubre la verdad, y Amina en el colmo de la beatitud amorosa cantaba el

Ah, mi abraccia e sempre insieme
Sempre uniti in una speme,

el público, que llenaba de bote en bote la sala, ovacionó á la tiple haciéndola salir *treinta y dos veces* á la escena, cosa nunca vista entre nosotros.

¡Oh, Bellini, Bellini! ¡oh, Enriqueta, Enriqueta!

Hasta otro día.

ANARDA.

De la misma al mismo.

México, 25 de Mayo de 1854.

Mi querido Juan: en mi carta de ayer usted ha de haberme creído loca rematada ó redactora de algún periódico que me pagara las crónicas; tantas atrocidades debo haberle dicho.

Hoy que tengo los nervios algo más aplacados, le daré cuenta con algunas noticias.

En primer lugar, el insigne Sierra y Rosso, hacendista cuyos méritos se guardaba cuidadosamente la discreta Clío, está próximo á salir del Ministerio, no sé si á causa de un soneto que dedicó á la presidenta ó á pesar de él. Vea usted, que se las echa de conocedor en el Rengifo, si puede haber pieza más graciosa.

No es, Dolores linda, tu belleza,
La que yo canto al celebrar tu día;
Ni tampoco podrá la lira mía
Elevarse á tu espléndida grandeza.
Nada, señora, del poder la alteza
De mi numen el vuelo cortaría,
Y el alma sólo revelar ansía
Sentimientos que guarda con pureza.
Del héroe que amo, siempre agradecido,
Angel santo de paz y de consuelo,
Siempre, señora, por su bien has sido
Serafín que Jehová mandara al suelo
Para ese solo fin con que has cumplido.
Llena, pues, tu misión, y vuelve al cielo.

Que venga cualquiera, y diga si no se explica la postración de la hacienda pública, que tiene á su frente á un poeta tan ripioso é infeliz.

Han circulado los periódicos gobiernistas la parte secreta del plan que ustedes los demagogos quieren poner en práctica, y la verdad que se le han puesto los pelos de punta á todo el mundo. He aquí esas atrocidades sin la paja de que se las ha rodeado y sin las glosas y comentarios de los santanistas:

Libertad civil y religiosa.

Ampliación del fuero común á los delitos de clérigos y militares.

Declaración de que se sostendrá el culto católico, sin que se permita á los eclesiásticos tomar parte en los negocios públicos.

Intervención de la autoridad civil en bautismos, matrimonios y entierros.

Sostenimiento del clero y declaración de que pertenecen al Estado las fincas rústicas y urbanas y el producto de capellanías, fundaciones piadosas, diezmos, mandas, limosnas, derechos parroquiales y obvenciones de todo género que ahora explotan los sacerdotes.

A cambio de las cantidades que habrá de desembolsar el Gobierno, el clero tendrá obligación de asistir gratuitamente á los matrimonios, bautismos y entierros.

Se dictará una ley agraria que arregle la propiedad territorial y extinga la mendicidad y la holgazanería.

No creo que, por chiflados que estén el bueno de don Juan y sus consejeros, quieran poner en acción este cúmulo de desatinos, de los cuales el menor requiere, para llevarse á efecto, una revolución sangrienta como ninguna de las que ha habido hasta la fecha. Más bien pienso que eso se debe á mala voluntad de los enemigos de ustedes, que han ideado, para ponerlos en ridículo, tamañas atrocidades.

Entretanto se habla aquí, aunque en voz baja, de progresos de la revolución. Se dice que todo el departamento de Guerrero está en armas; que el de Michoacán está

minado por la insurrección, al grado que casi no hay pueblo que no haya puesto en armas su partida; que don Juan de la Garza se ha levantado ó está pronto á levantarse en Tamaulipas; que Gordiano Guzmán, el viejo insurgente, ha sido fusilado, y que Santa Anna se lava las manos y declara que no es el autor de la atroz represalia; que los Villalvas dan cada día más que hacer al gobierno, y en fin, que estamos, como quien dice, sentados sobre un volcán próximo á hacer explosión.

Se habla de una disposición espantosa, que asombraría al propio Calleja y daría celos al acreditado cura Chicharronero: se ordena que *todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo Gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se recoja con las armas en la mano, debe ser fusilado.*

En virtud de esta inicua ley, han sido muertos más de quinientos individuos á sangre fría, y sin que valgan súplicas ni ruegos ante el Presidente, que contesta invariablemente á las peticiones, que si no se trata de delitos de *conspiración* y *deslealtad,* puede hacerse gracia.

Y como en este bendito régimen las carnicerías á la oriental van siempre acompañadas de la nota cómica á la Liliput, con la misma mano con que Santa Anna dicta órdenes de matanza y de ejecuciones capitales, da las gracias *á nombre de la nación* al conde de la Cortina por haberle regalado un manto de la Orden de Guadalupe y



un chaleco de casimir blanco al estilo de los que se exhiben ahora en Londres...

No quiero ocultarle, mi querido Juan, que en efecto, hay noticias graves de su tierra. Aurelio Luis Gallardo, el poeta paisano de usted que hace versos tan lindos y

sabe leerlos tan admirablemente, está aquí ahora, y me ha contado toda una odisea.

La niña Torres Lares, obligada á casarse con un patán, prefirió meterse monja y se halla á la hora de ésta como profesa en Santa Mónica. El bueno de Aurelio me pintaba con un calor y un color que me impresionaron enormemente, la toma de velo, la sensación tristísima de todos los amigos de usted al ver que caían al filo de la tijera los rizos castaños que á manera de casco cubrían aquella cabeza, la palidez de cirio de la pobre niña, hoy muerta para el mundo, y el simpático aspecto que presenta con las tocas y el sayal.

Es caso tristísimo, amigo mío, y el remedio único consiste en la resignación de usted. Usted, pobre aventurero, covachuelista hoy, revolucionario al día siguiente, siempre sin asiento, siempre á salto de mata, no tenía derecho á pensar en vida quieta y tranquila durante muchos años. Paciencia y barajar.

Muy de veras le acompaña en su dolor

ANARDA.

Del mismo á la misma.

Acapulco, á 30 de Abril de 1854.

Muy distinguida señora: algo hay por aquí que ha producido más pavor que los incendios de pueblos, que



Don Nicolás Bravo

los fusilamientos en masa y que las represalias sangrientas: la muerte del insigne Bravo.

Don Nicolás, como usted sabe, desde que se retiró el año cuarenta y cinco, desilusionado de la política santanista, vivía enfermo y lleno de mortificaciones en su pueblo natal, Chilpancingo.

El día que el dictador entró á esa ciudad, sin bajarse de la litera se encaminó directamente á la casa del héroe, quien le recibió en cama y permaneció, obra de dos horas, hablando con el más ilustre y magnánimo de los mexicanos.

Se dice que le exigió lo acompañara en la expedición; que Bravo se rehusó por no añadir el prestigio de su nombre á una causa perdida y antipática; que se negó también á firmar una proclama que corrió con su nombre y que Santa Anna llevaba manuscrita, excitando á los pueblos del sur á dejar la revolución, y que el Presidente, fingiendo separarse del grande hombre con mucha armonía, le dejó un médico militar para que atendiera la salud del veterano.

Hace pocos días que el General, cuyo estado no era precisamente desesperado, amaneció muerto, y el mismo día, sin enfermedad anterior, la esposa del jefe, doña Antonina Guevara.

Parece que cuando la señora vió la gravedad de don Nicolás, se espantó, atribuyó el caso á la bebida que

tomaba el señor en unos pocillos, probó uno y á las pocas horas murió, en medio de espantosos dolores.

El señor Alvarez, según aquí se dice, tiene preso en la isla de los Caballos al médico Avilés, y si resulta culpado en la averiguación que se levante, pagará con la vida el crimen inaudito de haber muerto á traición al mayor caudillo independiente que nos quedaba.

A los pies de usted, señora.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

México, á 18 de Junio de 1854.

Amigo mío muy estimado: ¿quién me hubiera dicho, cuando escribía á usted mi carta en que tan entusiasta me manifestaba por la pugna entre las dos compañías de ópera, que pronto tendría que darle una terrible noticia?: Enriqueta Sontag ha muerto.

Ya dije á usted cómo el Gobierno, considerando que dañaba á su crédito el que se supiera había cólera por aquí, ordenó que no se mencionara la palabra, creyendo que con esto dejaba de existir la epidemia.

El cólera, *chólera morbus ó viajero del Ganges,* como le llaman los periódicos y la gente fina, sin hacer caso de las disposiciones gubernativas, con que se hizo acreedor á

que se le juzgara conforme á la ley de conspiradores, siguió ejerciendo su empleo á ciencia y paciencia del Gobierno, eficazmente ayudado por las zanjas fétidas, las atarjeas azolvadas, las casas sucias y mal distribuídas y el aire mefítico y asqueroso.

Varios miembros de la compañía de ópera habían caído ya enfermos ó habían muerto; pero cuando el horror llegó á su colmo fué hace una semana, que se supo estaba enferma la divina Enriqueta.

El día anterior le habíamos ofrecido varias señoras un almuerzo en Tlálpam, en la fonda que en la casa de los Gallos tienen establecida Michaud y C.ª. Estuvo tan deliciosamente espiritual, tan ingeniosa y tan sencilla la hermosa y sentimental mujer, que todas cuantas asistimos quedamos prendadas de ella y convinimos en que era tan graciosa en el teatro como en sociedad.

Cuando volvíamos se quejó de un violento dolor de cabeza: sus manos ardían, tenía la lengua seca, la mirada extraviada, las mejillas rojas. Creíamos que todo sería efecto de la fatiga del día; pero nos equivocamos: el inmediato amaneció peor, agravóse los siguientes, y por fin el viernes pasado recibió los sacramentos.

Nunca me olvidaré de aquella hora verdaderamente trágica: ante mis ojos, velados por las lágrimas, se confundían religiones, estandartes, capuchas blancas y azules, pies calzados y descalzos, mantillas de damas y fracs de

caballeros, y de todo aquel aparato fúnebre no se exhalaba sino la idea de la muerte y del dolor.

La enferma, de ojos azules, blanca y rubia como una visión ideal, al oir la campanilla que resonaba convocando á la piedad y al recogimiento, y el *Corpus Domini nostri Jesuchristi ad animam tuam in vitam æternam amen*, que articuló lentamente el sacerdote, alzó la cabeza y recibió el Cuerpo divino en forma de hostia cándida.

Los vómitos, que habían permanecido incoercibles, cesaron como por encanto, y la condesa volvió á caer en el mismo abatimiento.

Á poco el Provincial de San Francisco, sacando la ampolleta con los santos óleos, ungió los ojos por lo que habían escandalizado, las manos por lo que habían tocado, los pies por lo que habían pisado, la boca por lo que había dicho, el pecho por lo que había tramado con mala intención, y la comitiva salió de la casa triste y abatida como había entrado.

Allá se alejaron cofradías, corporaciones y particulares tristes y cabizbajos, llevando al Señor en su estufa dorada y rodeado de candelas encendidas que semejaban, en el regazo obscuro de la noche, estrellas que se hubieran volcado sobre la tierra y caminaran con órbitas caprichosas y extraviadas.

Á poco empezó la agitación de la enferma. Nuevas bascas, nuevos calambres, extravío y delirio. Al ama-

necer del sábado murió aquella mujer extraordinaria, que alcanzó el ápice de la gloria y el genio humanos.

Al día siguiente introdujeron en la caja el cadáver, que con sus manos enclavijadas, su cabellera rubia y su tez acerada, era todavía un hermoso despojo.

Ministros extranjeros, funcionarios, diplomáticos, generales, periodistas, oradores, literatos, músicos y artistas condujeron hasta S. Fernando á lo que quedaba de aquella singular artista, que como fugaz visión pasó frente á nosotros dándonos idea de las sublimidades celestiales.

Quizá sintió ella próximo su fin, cuando en Otelo nos hizo derramar lágrimas cantando la plegaria de la triste Desdémona:

Assisa al pie d'un salice.

También Pozzolini y muchos individuos de las dos compañías están enfermos. ¿Cuándo nos tocará á nosotros? Le desea todo bien, quien bien le quiere.

ANARDA.

De la misma al mismo.

México, 30 de Septiembre de 1854.

Amigo mío muy estimado: esta situación se desmorona sin remedio; pero se deshace en medio de una convulsión de risa unánime. No es el desenlace de una tragedia, sino

la conclusión de un sainete, aunque de vez en cuando el tal sainete tenga momentos terroríficos. Es Pierrot que se empapa las manos en sangre.

Nos encontramos ahora en plena cuestión de la casaca. ¿No sabe usted qué casaca es esa?

Pues voy á explicárselo.

El aniversario de la entrada del ejército trigarante



debió celebrarse con boato y primor nunca vistos: simulacro de la entrada de las tropas de Iturbide, desfile de la guarnición ante S. A. S., iluminación general y baile en la lonja.

La suerte se encargó de echar á perder tantos preparativos. A eso de las dos de la tarde cayó un aguacero que inundó las calles como no se veían desde los tiempos coloniales. Las tropas, que regresaban desde Chapultepec, tuvieron que vadear verdaderos ríos; los granaderos de la

guardia, vestidos con sus brillantes uniformes, tenían que meterse hasta las rodillas y apoyarse en los fusiles para pasar el arroyo que se forma frente al portal de Mercaderes: oficiales y soldados quedaron en el más triste y deplorable estado.

La iluminación no fué tan lucida como se esperaba; pero cuando todo el mundo creía desquitarse con el baile, se encontró con la puerta cerrada. Trajes de crespón, de organdí y de gro; plumas, flores, alhajas, guantes y listones volvieron como habían ido, ó mustios, lacios y arrugados: no había baile á causa de una indisposición de S. A. S.

Pero la misma noche empezó á vislumbrarse el verdadero motivo. Santa Anna, que, como se sabe, gusta de rodearse de todo lo que pueda hacerle honor y formarle séquito, dispuso la asistencia del cuerpo diplomático vestido de uniforme; el cuerpo diplomático no quiso aceptar la determinación; nuestro Metternich, el gran Bonilla, se atufó, y en una serie de reuniones, que mal año para el congreso de Berlín, acabó por declarar que no asistiría al baile.

El ministro de los Estados Unidos, con una ironía graciosísima, dijo que consistiendo su uniforme sólo en una casaca como la de cualquier particular, no tenía inconveniente en endosársela.

Pero en cambio, Santa Anna y los representantes

extranjeros se han cruzado docenas de notas preñadas de amenazas, que quizás traigan un rompimiento con todas las potencias extranjeras. La cuestión se llamará, seguramente, de la casaca, ó del baile, ó algo así. ¡Qué gracioso!

De revolución nada digo á usted porque todo lo ha de saber. Aquí lo único que se transpira es la importancia de ella; y aunque se ha dado en decir que murió Alvarez, que Villarreal sucumbió á consecuencia de sus heridas, que Moreno está fugitivo y Comonfort ausente, se sabe que Tavares tomó á Coyuca, que Villalva no sosiega un punto, que Díaz Salgado, á quien también se había muerto hace poco, atacó la vanguardia de Andrade y mató á un general; que Huerta tomó á Uruapan y Pueblita á Puruándiro; y lo que es gravísimo, que Morelia estuvo á punto de ser capturada por las fuerzas pronunciadas.

Sin embargo, el Gobierno se baña en agua de rosas, y con llamar ladrones, foragidos é infames á los rebeldes, con fingir triunfos y satisfacciones, vive contento al parecer. ¡Qué ceguera!

Tiempo hace que no recibo carta de usted. ¿Qué le pasa? Sé que las mías van á poder de persona segura, y eso me basta; pero deseo saber de usted y de la impresión que le hayan producido las nada agradables noticias que por empeño suyo tuve que darle.

Adiós, Juan; hasta que le vea triunfante en ésta.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

San Francisco de las Californias, á 14 Octubre de 1854.

Muy alta y hermosa señora: ante todo, hablemos de mi pleito. No piense usted que me sorprende la noticia que me da en su carta, transmitida por mi amigo el poeta Gallardo. Todo me lo figuraba, si es que no lo sabía. En el actual estado de las cosas, los pobres tenemos que sufrir los abusos y las infamias de los ricos, sin derecho á replicar. Quizás no sea siempre así.

Me consuela, sin embargo, una consideración: la de que no me dejó Trini por seguir á ningún hombre, ni por amar á otro más hermoso, más rico ó más talentoso que yo; me dejó por el Señor, y ante Él nadie puede querer valer más.

Pero este amor me acompañará como un recuerdo grato y dulce, perfumará mi vida, será á manera de esos *sachets* impregnados de sutiles esencias que ustedes las damas guardan en sus armarios, y que llenan de vago é indefinible aroma todo cuanto en ellos conservan, y le impide pudrirse ó corromperse.

Ahora va de política. Tuvimos en el Sur tiempos muy malos. Comonfort agotó pronto todo cuanto tenía como provisión; día hubo que recorriera las casas de Acapulco solicitando de las señoras, sus conocidas, dinero para

pagar á la tropa, y que las damas le facilitaron los pequeños ahorros que tenían guardados en el fondo de sus almohadillas.

Pero aquello no podía continuar; don Ignacio solicitó y obtuvo, aunque con dificultad, permiso del general Alvarez para venir á este país, y aquí nos encontramos solicitando recursos para salir de la tremenda situación.

Sin embargo, no es fácil que nos remediemos mucho por aquí. Todos, banqueros, capitalistas y hasta particulares, quieren venta ó hipoteca de parte del territorio nacional, y no ha de ser Comonfort quien tal cosa haga nunca, ni aun en los mayores extremos.

Montellano y yo, que le acompañamos, tenemos, en unión del General, días amargos, días tristísimos, días en que creemos que todo nos abandona y nos olvida.

Las noticias de allá no son desfavorables; pero ¿qué vamos á hacer contra un Gobierno que cuenta con tamaña fuerza y con ocho millones de pesos, que le servirán de seguro para adquirir armamento y navíos y para pagar tropas?

Mañana saldremos para Nueva York y de allá escribiré á usted, dándole cuenta de lo que nos acontezca, que de seguro no será bueno.

De usted, señora, adicto amigo y criado.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Del mismo á la misma.

Nueva York, 20 de Noviembre de 1854.

Señora mía de mi afecto: todo era malos augurios en mi carta anterior; ahora todo tiene que ser presagios favorables y vaticinios de triunfo. Hace dos semanas llegamos, más molidos por los desengaños y las contrariedades que por los catorce días de posta rápida que echamos entre San Francisco y esta ciudad enorme. En los primeros momentos esto parecía destinado á dar los mismos resultados que la ciudad del Pacífico; pero hace algo más de una semana tropezamos con don Gregorio de Ajuria, que aquí vive desde hace años. Diariamente nos veía, interrogaba á Comonfort acerca del resultado de sus pasos, se dolía de la inutilidad de nuestros esfuerzos y nos excitaba á perseverar.

Anteayer estuvo de nuevo en el hotel, consoló á don Ignacio, y viendo á éste cada día más abatido, se despidió diciendo únicamente: «Pronto vuelvo».

Montellano y yo pensamos, y lo dijimos, que quizás Ajuria meditaba ofrecer á Comonfort dinero ú hombres, pues es casi un potentado; pero el General, que sentía pesar sobre sí los destinos de todo un pueblo y que se hallaba abrumado á desengaños, nos excitó á que no creyéramos en falsos espejismos, pues el don Gregorio,

si bien nos compadecía, no llegaría á comprometer su fortuna particular en una empresa aventurada y para un fin político en que quizás no crea.

Más de una hora pasamos, Comonfort removiendo la lumbre de la chimenea con la badila ya casi enrojecida; Mariano dando pasos en la habitación; yo tamborileando en los cristales, mirando caer la nieve y observando el paso de transeuntes y caballos apresurados y deseosos de librarse de la ventisca.

El gas se encendió, haciendo brillar los muebles de caoba, abriendo flores extravagantes en la alfombra, comunicando gestos y actitudes á las figuras de los cuadros pendientes de los muros, y dorando el tinte atezado de la figura de bronce florentino del jefe triste y meditabundo.

En un instante la puerta se abrió y penetró un hombre chorreando agua y calado hasta los huesos: era Ajuria.

—Puede usted contar, dijo con llaneza á Comonfort, con la cantidad necesaria para llevar á su país los efectos que ha menester su empresa; disponga usted del dinero cuando guste.

Montellano suspendió sus paseos; yo dejé de mirar á la calle, que también se iba iluminando, y ambos nos fijamos en los interlocutores de aquella entrevista en que quizás se versaban la libertad de México, su existencia

como nación independiente, la cesación de un régimen de espantosa tiranía y la regeneración de muchos millones de hombres. El momento era decisivo y había que aprovecharlo.

En el alma de Comonfort empezó una espantosa lucha. Su primer movimiento fué aceptar dando las gracias á Ajuria; pero luego se le representaron lo incierto del triunfo, lo difícil de la empresa, la probabilidad de arruinar á una familia y la necesidad de ser cauto y prudente.

— Antes de aceptar lo que usted me ofrece, quiero saber, amigo mío, si en este préstamo va toda su fortuna; porque, si bien tengo yo esperanzas de salvar á mi país con este auxilio, tiemblo al pensar que pueda usted quedar arruinado; dígamelo usted con franqueza.

— Me queda todavía, respondió Ajuria, lo necesario para vivir trabajando.

— Entonces lo acepto, replicó Comonfort, y lo agradezco, como estoy seguro de que lo ha de agradecer mi patria.

Ayer, después de otorgar don Ignacio una escritura ofreciendo todas las seguridades imaginables al generoso caballero, que aun de esta formalidad quería prescindir, empezamos, con los doscientos mil pesos de Ajuria, á adquirir municiones, armas y pertrechos de guerra.

Las compras concluirán en esta misma semana, y en-

seguida nos restituiremos á Acapulco á seguir en nuestra brega.

El jefe me ha anunciado que me necesitan en México. No sería difícil, pues, que dentro de poco pasara por allá á continuar en mi tarea de conspirador, y á besar los breves pies de mi hermosa protectora, á quien deseo un año cincuenta y cinco más feliz que este pecador que vamos atravesando.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

México, el 28 de Enero de 1855.

Juan muy querido: estaría usted engolosinado con todo lo que aquí pasa, ya que tan inclinado es á negocios literarios. Don José Zorrilla, el gran poeta español, el cantor de *Granada* y de la *Virgen,* se encuentra en México.

Le conocí anteayer, en una tertulia en casa de Pérez Gálvez. Es bajito de cuerpo, de gran melena, de lindos ojos, algo patiestevado, gran hablador y muy fino y cortesano en su trato.

Durante la fiesta, que era en su honor, estuvo obsequiosísimo y muy galán con Lucrecia y Constancia Andrade, con Pepita Guzmán, con Sofía Portuondo y con otras bellezas.

Dice los versos de un modo delicioso, con una voz llena y sonora que hace el efecto de un admirable instrumento tocado por una mano privilegiada y habilísima. ¡Cómo maneja las onomatopeyas; cómo hace vibrar el misterioso ritmo de los heptasílabos y los endecasílabos!

Esa noche nos deleitó con su famosa *Serenata morisca*, *Las rosas mexicanas*, que tiene este estribillo:

De las flores preciosas — americanas
Dicen que sois las rosas — las mexicanas.
Pues si sois tales,
Yo soy la mariposa de esos rosales.

Desde su llegada, fué recibido por Pepe Cortina y Anselmo de la Portilla, que fueron por él hasta el Peñón. Queriendo presentarle con los literatos mexicanos, Pepe dió una comida en honor del poeta en el Hotel del Bazar.

Vicente y José Sebastián Segura, Joaquín Pesado, Pepe Roa, Tagle, Lacunza y otros amigos asistieron á ese convite, que resultó, como era claro, más literario que amistoso. Todos los escritores llevaban ya sus armas preparadas, es decir, sus versos listos para que salieran á la primera oportunidad.

Abrió el fuego el deán Moreno y Jove; le siguió José

Joaquín Pesado, y tras él fueron otros muchos. Casi todo cuanto se dijo fué elegante y exquisito; pero Zorrilla, que, según dijo, no entiende de hablar en prosa, apenas contestó unas cuantas palabras, afirmando que tenía en más su hombría de bien que míseras glorias mundanas. ¡Así sea, y quiera Dios no resulte este grande hombre lo que tantos á quienes hemos recibido abiertos los brazos, y que después han tenido la nobleza de ponernos como Dios puso al perico!



D. José Zorrilla

Pero lo más espontáneo y cordial que ha habido en esta serie de manifestaciones, ha sido sin duda alguna la comida que le ofrecieron los literatos que no tienen dinero como Cortina, ni valimiento como Portilla.

La fiesta fué en el Tívoli de San Cosme, y estaban en ella los Seguras, de *El Omnibus*, Juan Miguel Lozada, el bachiller Ortiz, que firma sus lindas composiciones

Heberto; Bocanegra, el autor laureado del himno nacional; José Tomás Cuéllar, Pancho Zarco, el de *El Siglo;* Casimiro Collado, el simpático montañés que usted conoce; Félix María Escalante y otros muchos, sin que faltara nadie de los que toman la pluma, aunque sea para escribir cartas á su familia. Ni siquiera faltaba el insoportable Granados Maldonado, que trae el pensamiento de publicar la primera parte de sus esperpentos poéticos en veintiséis tomos de quinientas páginas cada uno. ¡Dios le quite de la cabeza tan mala idea!

De los versos que se dijeron, los más hermosos, para mi gusto, fueron los de Pepe Roa y Casimiro Collado. Ni el mismo Zorrilla podría haberlos hecho más fluidos y más delicados.

Zarco, que brindó por la expansión de los ideales de patria, honor y familia que ha cantado con tanta fe el poeta castellano, estuvo felicísimo. Emilio Rey, que acaba de perder un hijo, mandó una poesía muy bella que fué leída entre aplausos. Juan Cordero, que ha pintado unos primorosos frescos en la cúpula de la iglesia del Señor de Santa Teresa, y un cuadro muy bello, *Jesús entre los doctores,* se ofreció á hacer el retrato del amante de Moraima, y de seguro que hará una obra digna de su pincel.

Y no ha sido esto lo único: banquetes, tertulias, días de campo, representaciones privadas de los dramas de

Zorrilla, todo se preparaba en honor del ilustre artista, cuando cátate que cae un jarro de agua fría sobre tamaño entusiasmo.

Santa Anna, que no quiere ver ojos en otra cara, se disgustó porque se celebraba á Zorrilla, pues creía que los aplausos tributados á un poeta eran robados al grande hombre que nos concede el favor de hacer cera y pábilo de nosotros. Es claro; ¿cómo puede jactarse alguien de saber hacer versos si no ha recibido la venia de S. A. S.?

El cubano Lozada, cantor de las glorias santanescas y cronista de las expediciones á Guerrero, fué llamado ayer á presencia del Presidente.

—¿Qué pasa, le dijo don Antonio, con todas estas farsas? Vergüenza es para cualquier mexicano postrarse ante este hombre que tiene por toda habilidad hacer versos, y que ni siquiera posee la cualidad de haber nacido en el país. Y luego, si en todos es detestable esa adulación ridícula, más lo es en los empleados del Gobierno, que deben ser personas serias y calcular la diferencia que hay entre un coplero y un jefe de Estado. ¡Basta ya, basta ya de entusiasmo necio! ¡Y vaya usted á decir á cuantos piensan continuar en esas demostraciones, que basta ya!

Lozada tuvo que apencar con el encargo de ir casa por casa de las en que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se hicieran, y la prohibi-



¿Qué pasa, le dijo don Antonio, con todas estas farsas?

ción fué puntualmente respetada. Tanto los Mossos, que habían cedido el teatro para una representación en honor de don José, como Quijano que ofrecía una tertulia en honor del *coplero*, como el buen Conde de la Cortina y todo el mundo, apagaron sus entusiasmos, y Zorrilla ha empezado á ser visto con desconfianza, casi con prevención, como si se supiera que estaba en connivencia con los malvados anarquistas del Sur.

Al fin Santa Anna encontró la manera de humillar á aquel bárbaro que se permitía hacer versos sin conocimiento del Ministerio de Justicia y negocios eclesiásticos. Recordó que aquellos versitos, no sé si de Bretón ó de García Gutiérrez, en que se dice de México:

Que tiene por dueño un mono
Vestido de Napoleón,

habían corrido con el nombre de Zorrilla.

Sin esperar á más, el Superintendente de policía, don Antonio Díez de Bonilla, se presentó en el alojamiento del poeta á informarse sobre la paternidad de los versos. Don José negó que fueran suyos, y manifestó que «si alguno todavía lo cree, se engaña; y si lo asegura, miente».

La comidilla de estos días es el negocio de Arrangoiz. Don Francisco de Arrangoiz y Berzábal, que era Cónsul en Nueva York, recibió orden de trasladarse á Washington para recibir los siete millones de la indemnización ame-

ricana por el contrato de la Mesilla; fué, se incautó del dinero, lo depositó en su nombre y comenzó á cubrir los giros del ministro de Hacienda Olazagarre.

En menos de dos meses ese dineral concluyó, y al pasar Arrangoiz sus cuentas se adjudicó setenta mil pesos en calidad de comisión al uno por ciento. Aquí le reprobaron el avance, le destituyeron del cargo de Ministro de México en los Estados Unidos, para el cual se le acababa de nombrar, le quitaron la medalla de hacienda y le borraron de los registros de la Orden de Guadalupe.

En desquite, Arrangoiz acaba de publicar un opusculillo que puede arder en un candil y que circula de *chitito* entre la gente. Allí prueba que con la modesta suma de seiscientos mil pesos que se apropió S. A. S., con lo que remitió á Santa Fe de Bogotá para el cultivo y mejoramiento de las haciendas de Santa Anna, con lo que entregó á Grosso para compra de cañones y con el importe de varias comisiones secretas, se acabó ese dineral que tanto pudo haber servido aquí.

Aquí salió á relucir el famoso negocio de los suizos guardias de corps de Santa Anna. Pacheco, que había recibido la orden y tenía arreglado el embarque de los regimientos, recibió contraorden, contentó con cien mil pesos á los contratistas, y ha hecho creer ahora que no se trataba sino de una colonia agrícola.

Claro que uno de los más aprovechados con el dinerito

de la Mesilla, es el bueno de Rafael de Rafael. Ese caballero, que llevó de aquí poderes de representante confidencial de S. A. S., tenía consigo papeles con el sello nacional, firmas en blanco de don Antonio y sus ministros, y poderes discrecionales para tratar y resolver el asunto como le viniera en mientes.

Sabrá usted de una farsa de plèbiscito que debió de haberse verificado el dos del pasado á fin de averiguar si Santa Anna debe ó no continuar en el poder. El resultado usted se lo figura, y apenas si don Manuel García Aguirre tuvo la franqueza de dar su voto negativo y explicado; pero nunca lo hubiera hecho, porque sin demora fué enviado á la cárcel.

Basadre, que desde el mes de Septiembre fué destituído de la presidencia del tribunal de guerra, anda ahora perseguido y á salto de mata. Pepe Uraga, que, como Basadre, tuvo la audacia de decir la verdad al hombre providencial, también fué depuesto de la Legación de Berlín.

Ya ve usted cómo andan por aquí las cosas y cuánta razón tenemos de estar satisfechos los que lo estamos.

Usted consérvese bien, y recuerde á quien de veras le quiere.

ANARDA.

Aquí concluye esta parte de la correspondencia entre Juan Pérez y su excelsa amiga. Siguen las memorias del político y militar trashumante.

CONSPIRACIONES Y DISFRACES

Me desperté con una gran sensación de bienestar, estiré los miembros y hallé que la cama era amplia y mullida. Por la rendija de la puerta penetraba como tamizada, una luz discreta y tenue que se obscurecía á veces por el paso de alguna nube que opacaba momentáneamente el sol deslumbrador que debe de haber brillado afuera.

La habitación era chiquita, limpia como los chorros del oro y amueblada con pobreza: una media docena de sillas, una cómoda de ocote barnizada de negro y un ropero pintado al temple, componían todo el ajuar.

Completaba el atavío de la pieza una colección inmensa de santos de bulto, de pintura, en lienzo, en retablo, de litografía, grabados en madera por buriles primitivos, arrancados de novenas y de libros de devoción, de procedencia guatemalteca, queretana y tapatía, de *chicle,* de barro, de trapo y de *barniz.*

Cristo estaba representado de todas edades: rodeado de pastores y magos, en el pesebre en que asomaban sus cabezotas la mula y el buey. Dentro de un nicho de cristales, coquetón, con sombrero de fieltro verde de ala levantada y sujeta por cintillo de lentejuela, túnica blanca, cara mofletuda y sonriente, y baculillo que llevaba en la punta un *bulito* minúsculo con que pastoreaba á las ovejas de alfeñique, de zaleas verdes y azules. Mancebo, predicando á las masas; hombre, muriendo en la cruz en medio de ladrones, triste la faz, cárdeno el cuerpo, los ojos en blanco, las manos crispadas, piernas y pies descoyuntados.

Había San Franciscos de todas las denominaciones: el de Asís orando en la cima del monte Albernia, el de Paula con gran barba blanca, hábito achocolatado, corazón echando llamas y el lema *Charitas, bonitas;* el de Borja, rodeado de chinitos y japoneses color de ocre.

Y luego una colección de corazones traspasados, de entrañas hechas pedazos, de bustos desollados, de muelas arrancadas, de piernas torcidas, de brazos luxados, de hogueras, de potros, de tornillos, de piedras y de verdugos feroces con caras de demonios.

Pero lo que ocupaba la parte principal de la pieza, era una Virgen de la Soledad, con traje de infanta española bordado de oro, con manto y tocas de viuda, clavados al pecho siete puñalitos de plata y llevando en las manos

liencecillos de batista con que enjugar las lágrimas que salían de sus tristes ojos. Frente á la Señora ardía una lamparilla de aceite con mariposa, que agitaba sin cesar su lengua de fuego en conmiseración de los siete dolores de la Sin Mancilla.

Luego que me hube dado cuenta de aquel cuartucho, en que sin saberlo había dormido de un tirón catorce horas (como se duerme á los veinticinco años), me esperecé y quise bajarme de la cama, aunque me impidieron hacerlo con facilidad el hábito gris y el capillo que traía á la espalda.

Entonces recordé aquella odisea de tres semanas, por terreno enemigo, fingiéndome misionero franciscano, predicando en rancherías y cortijos, espiado constantemente y decidido á perecer más bien que á entregar los papeles que traía conmigo.

Apenas estaba en pie, cuando vi asomar un semblante amarillo y amojamado con unas púas por bigote, cejas pobladas, nariz de gancho y ojillos astutos y disimulados.

—¿Qué tal descansó Su Paternidad? ¿Ya le meten su chocolatito?

—Bandido, grité lleno de rabia; tú no me meterás chocolate, pero yo sí te meteré una bala en el cuerpo antes de ser llevado por tus esbirros.

—¿Pero qué estás hablando de esbirros, Juanito? dijo Nicolás Cuevas, pues no era otro el visitante repen-

tino. ¡Si no pertenezco á la policía desde hace cuatro meses, que el bueno de Lagarde me destituyó, so pretexto de que conspiraba! Entonces no era verdad, pero ahora



sí lo es; me encuentro en comunicación con todos tus amigos, que son los míos, y creo que no están descontentos de mí.

— Que tenga Su Paternidad muy buenos días, dijo una vieja de chanclas de orillo, tápalo de color de ala de

mosca y gran rosario de Jerusalén atado á la cintura, que formaba peregrina música al concertar el ruido del Crucifijo romano del remate con el movimiento de las chancletas que se movían sobre las losas.

— Deje su merced las pistolas, que este buen hombre es gente de paz. En negocios de política no se mete, y apenas si atiende á su fabriquita de almidón, que tiene establecida aquí.

Me reí, y tranquilizándome tomé la jícara de soconusco con *enreditos* que me ofrecía la patrona.

Luego y tras de arreglarme suficientemente, me calé el sombrero de teja, requerí un tomo del *Tratado de Diezmos*, de Lozano, y salí de la casa dando á besar la cuerda á todas las vecinas, diciendo chistes á las muchachas y dando cariñosos golpecitos en las mejillas de los chiquillos.

Mis instrucciones decían primeramente:

«Visitar á Gener en casa de Escandón, suplicarle soli»cite una entrevista con don Manuel y hablar á éste de »las probabilidades que la revolución tiene de triunfar. »Si estuviere de acuerdo, hacerle presente que se necesita »de su auxilio para llevar las cosas á su último extremo. »Hablarle con franqueza, proponiéndole envíe á las par»tidas de Michoacán la cantidad necesaria para soco»rrerlas durante tres meses, pues una de las cosas que han »desacreditado el movimiento es la serie de excesos que

»esas partidas se han visto obligadas á cometer por la »carencia de recursos.»

Gener y yo éramos ya conocidos desde Acapulco; y aunque tuvo dificultad de conocerme con cerquillo y corona, al fin hizo muy buenos recuerdos de nuestra antigua amistad. Sin demora subió á ver á su amo, y á poco regresó con la noticia de que don Manuel me recibiría á las oraciones de la noche.

—¿Y no tendré que temer... vamos... algo desagradable... algo con la policía? pregunté á Gener.

— Usted, me dijo, no tiene siquiera idea de lo que es don Manuel; hombre más callado, leal y prudente no le hay en todo el país. Amigos tiene entre liberales y conservadores, y nunca ha tenido uno solo motivo de queja de la conducta del jefe como hombre parejo y consecuente... Es una gran persona don Manuel...

Cuando daban las oraciones en la iglesia de San Francisco, llegaba yo á la esquina de Guardiola. No tuve necesidad de preguntar por el amo de la casa, porque un mozo que de seguro me aguardaba, haciéndome mil reverencias me introdujo por corredores y aposentos riquísimos hasta un despacho humilde que se hallaba al fin de una galería de cristales.

Allí estaba don Manuel, con el aspecto de insignificancia que ya le había advertido desde los primeros días.

— Siéntese, padre, me dijo, y en seguida estoy con usted. Voy á concluir de firmar estas cartas urgentes.

Cuando acabó de firmar, salió el dependiente haciendo una reverencia y dejándonos solos.

— Ya sé, me dijo, que trae usted cartas del amigo Comonfort; me lo ha contado Gener.

— Cartas no, le contesté; pero sí autorización suya para tratar acerca de un asunto que importa á la revolución. Quiere el General contar con el apoyo de usted á fin de enderezar la situación de Michoacán, á cuyo efecto pretende que usted se encargue de pagar á aquellas partidas ó de suministrar, de una sola vez, la cantidad que sea menester.

— Ya sabe su jefe de usted, me dijo, que no soy político, ni me ocupo en negocios de gobierno. Soy banquero y comerciante, y suelo hacer anticipos á las personas que me inspiran confianza, y cabalmente el señor Comonfort me la inspira completa. Dígale usted que le puedo adelantar hasta ochenta mil pesos, á fin de que los invierta como guste. Yo situaré las cantidades en los puntos que el General me indique.

Me iba á despedir, cuando añadió:

— Y en cuanto á usted, viva sin cuidados, pues nadie se cuidará de aprehenderlo. Todo esto anda de tal manera, que los sabuesos de marras han perdido el olfato y nadie se acuerda de nadie. Cierto que su calidad de pró-



Traigo un papelito para su mercé...

Sin esperar más, entré á un zaguán vecino, el tullido me siguió y allí puso en mis manos un sobadísimo papel doblado en forma de mariposa y que tenía estas solas palabras, escritas con una letra para mí conocidísima:

Venga á Arsinas 9, dentro 27. — Tres golpes.

Paré un simón que pasaba, dí unas señas indiferentes, y al fin indiqué el verdadero objeto de mi expedición.

Pagué al cochero, atravesé el primer patio con tendederos de ropa blanca, muchachos gritones y viejas que lavaban. Una se enjugó las manos en el delantal y fué á besarme las mías, tres chiquillos que jugaban *secos* de trompo, fueron á cogerme el hábito.

Me limpié el sudor con un paliacate, dije un latinajo á la besuqueadora, é hice una caricia á los muchachos.

— Por aquí, padrecito: pasa su mercé este arco, da vuelta á mano izquierda, y sobre su misma izquierda, á las tres puertas, es el 27. Tiene el número borrado; pero con las señas, no hay error.

Unos zapateros jalaban el tirapié cantando y bebiendo pulque; un muertecito vestido con traje de San Luis Gonzaga hecho de papel de China, los dientes de fuera, los ojos medio abiertos y la cara llena de pintas, que indicaban *ya le había brincado* el cáncer, *contemplaba* el velorio con las manos enclavijadas y el cuerpo constelado de moscas.

Dí tres golpes, me abrieron la puerta y entré al cuartucho oliente á humedad y á podredumbre.

— Cuidado, me dijo en voz baja Suárez, echándome los brazos; no haga usted extremos ni hable fuerte. Aquí



soy el *maistro* Antonio Curiel, que trabaja en una velería del rumbo de San Cosme. Mire usted qué traje...

Entonces me fijé en la camisa mugrosa, el pantalón sucio, el zarape roto en partes y el sombrero de copa baja con una franja de sebo que podía arder en un candil.

—Vámonos de aquí, querido, vámonos que me ahogo...

Tengo que ver á Lorenzo Carrera, á Casimiro Collado y á Manuel Gargollo.

Salimos y nos encaminamos á los potreros del rumbo en que el viejo Pane había abierto los primeros pozos artesianos.

— Conque usted está al lado de Comonfort. Todo lo sé por Gener... Que sea en muy buena hora, pues me parece que es el *papábile* del partido. El viejo Alvarez es un fetiche que hay que adorar; pero en el que no hay que confiarse, porque está más chocho que Matusalén si viviera... Yo conspiro con alma, vida y corazón... Bonilla tiene barruntos de que aquí estoy; pero no llegará á echarme garra. He sido sucesivamente amanuense de un señor abogado, sacristán de monjas, tablajero, cómico de la legua, recaudador de la mayordomía de propios, oficial de platería, periodista, médico de barrio y hasta diurno. Sí, amigo, asómbrese usted, diurno... En el monte estaba quien el monte quemaba... Y rió con risa de conejo, desabrida y desganada. Y en cuanto á usted, no se fíe de ese disfraz rudimentario, que acusa al conspirador recién llegado é ingenuo. No faltará quien le siga los pasos y vaya con el soplo á Lagarde ó á cualquiera de los que se sentirían dichosos pudiendo ofrecer un chivo expiatorio por los pecados de todos los que no nos dejamos coger.

Esa viuda honradísima, y por lo menos ese ex polizonte que ya hizo un cesto y podrá hacer cien mil, con la ma-

yor facilidad darán cuenta de usted... Y en último caso, ¿no se extrañará que un fraile, aunque sea de fuera, no viva y duerma en su convento, en vez de andar en casuquillas de mala muerte?

Convine en lo que Suárez me decía, y le ofrecí no volver á aquella casa.

— No, no haga usted tal cosa, porque espantaría la caza y quizás pondría en un disparadero á sus hospedadores. Dé sus vueltas, vaya de cuando en cuando, nunca duerma allí, y verá como todo marcha á pedir de boca.

CAE EL MONSTRUO DE PIES DE ARCILLA... Y MADERA

ESA noche la pasamos en la tienda de un gachupincillo del rumbo de la Concepción, que cedió á mi maestro dos camas en un cuarto infecto.

Al día siguiente, á eso de las diez, me encaminé á una casa de Corpus Cristi. El zaguán era amplio, jaharrado de blanco, con espaciosa escalera de piedra que ostentaba en el descanso la figura de un perrazo en actitud de ladrar.

El portero tocó dos veces la campana para indicar que había visita; una criada me introdujo á la *asistencia* con alfombra rameada, cortinas de cretona, floreros de porcelana azul y rosa, ajuar forrado de cerda y reloj de cuco con dos figuras de salvajes que se guiñaban mutuamente los ojos mientras se abría la puertecilla y salía la paloma á hacer sus ceremonias y á cantar su cancioncilla. Un canario llenaba el aire con sus trinos, que se desgajaban como cascada de notas alegres.

Sentí el crujir de una falda almidonada, el abrir y cerrar de varios cajones. A poco apareció, vestida de blanco, con aspecto de limpieza, de alegría y de juventud, mi excelsa amiga Anarda, la musa de mis hazañas, la inspiradora de mis altos hechos, la que me había obligado á soñar despierto tanto tiempo.

— Padre, ¿en qué puedo...? ¡Juan, por Dios, qué atrocidad!... Venir á esta casa, en ese traje... exponerse así...

Y me tendió su mano fría, suave y linda, que yo besé con transporte amoroso.

— ¡Vaya una locura haber venido así y sin avisar!... Pero déjeme usted ver... no nos espíen.

Y se levantó á cerrar con cuidado puertas y ventanas.

— ¿Qué tal Comonfort?

— Pues nada sé de él. Por su orden he venido haciendo larguísimas estancias en el camino, y ahora llego como tonto en vísperas.

— Pues Santa Anna acaba de volver de Michoacán, donde no se resolvió á ponerse frente á frente de don Ignacio; don Santiago Vidaurri, secretario del gobierno de Nuevo León, tomó á Monterrey; Cadena, Suárez, Camargo y Güitián, han sido derrotados; Llave se levantó al fin en Orizaba; Villaseñor é Hinojosa andan en armas contra el Gobierno en Autlán... En fin, que esto es asunto de días, nada más que de días. Yo no le doy un mes de vida al Gobierno.

Hace poco Santa Anna convocó al Consejo y le pidió dijera si era llegado el tiempo de expedir una ley constitutiva de la República, y en caso afirmativo, quién debe expedirla.

El Consejo ha tenido la candidez de contestar que debe haber Constitución y que Santa Anna ha de ser quien la dé; pero esto sólo ha bastado para que caiga sobre el Consejo la nota de desafecto, pues poco falta para que se diga que está coludido con los revoltosos de Michoacán y de Guerrero.

Salí de casa de mi amiga grandemente confortado; comuniqué á Suárez las noticias y él añadió otras de más importancia.

Ese día, algo más envalentonado, me corté el pelo al rape y dejé mi disfraz eclesiástico. Cuando me entraban el chocolate, apareció Cuevas radiante de gozo.

— ¡Albricias, Juanillo! este maldito desorden de cosas se acaba, se acaba más que de prisa: Comonfort ha tomado á Zapotlán, haciendo extremos asombrosos de valentía; Colima ha abierto sus puertas al grande hombre providencial, y Guadalajara no tardará en caer en sus manos.

— ¿Y Santa Anna?

— El cojo inmundo está que no le llega la camisa al cuerpo. Ya se designan los regimientos de la guardia que han de acompañarle á Veracruz; ya salió su familia para

el puerto; ya se están haciendo líos de equipajes en las bodegas de palacio. ¡Viva la libertad! ¡Muera la dictadura!

Salí á la calle creyendo no encontrar vestigios de régimen santanista; pero como si el diablo lo hiciera, al llegar á la librería de Andrade vi que las gentes se arrebataban de las manos ejemplares de *El Universal*. Reproducía una circular del *Diario Oficial*, en que se hacía saber eran mentira los absurdos rumores propalados por los anarquistas sobre huída de S. A. S., sazonando la noticia con durísimos comentarios contra los enemigos del Gobierno.

Al mismo tiempo oímos batir marcha en Palacio, y vimos pasar una descubierta de cien dragones y un coche en que se mostraba enhiesto y seguro el propio Santa Anna, siendo saludado y aclamado por todo el mundo.

Pasé dos días indeciso; pero Suárez, que tenía noticias para estar al cabo de todo, me confortaba llevándome con amigos suyos que daban la caída como cosa segura.

El día nueve de Agosto, apenas había amanecido, Nicolás entró á mi cuarto delirante de gozo.

— El déspota se ha escapado, se acaba de marchar; yo le he visto salir en compañía de su estado mayor y de una escolta de lanceros... ¡Loado sea Dios! La libertad se implantará, y los que hemos sufrido por ella quedaremos recompensados. ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Muera la nefan-

da dictadura! Y al decir esto arrojó por los aires el sombrerillo grasiento que portaba.

Me reí de un entusiasmo tan desusado, y me levanté violentamente para dar la noticia á Suárez Navarro, que aquella noche dormía en una accesoria del Puente de Pipis.

— Ya me lo esperaba, me dijo; pero mis noticias eran de que esto no se realizaría hasta fines del mes. Bien merecido se lo tiene este ingrato...

Los días diez, once y doce la noticia empezó á correr con distingos y reservas. El trece no cupo duda ninguna de que lo ambicionado por todos se había realizado, y se oyó un ¡uf! de alivio que salió lo mismo del pecho de amigos que de enemigos del Gobierno recién venido al suelo.

No sé quién colocó en la Alameda una casilla para recoger votos á favor del plan de Ayutla.

En un momento se llenaron muchísimos pliegos en que se acompañaban las firmas con alabanzas á la futura dirección de los negocios é insultos al régimen caído.

El júbilo brillaba en todos los semblantes; los ciudadanos se abrazaban con efusión, se dirigían la palabra gentes desconocidas, y todos hacían augurios lisonjeros.

Allí estaban los que acababan de salir de los calabozos en que los había encerrado el tirano, los que habían escapado en un escondite de las pesquisas de los esbirros, los que volvían del destierro.

Todos lanzaban gritos de entusiasmo, palabras de patriotismo, discursos sentidos en favor de la libertad y de la unión.

No había ebrios, ni asesinos, ni ladrones, ni blasfemos; reinaba la mejor intención en todos los discursos; no se hablaba más que de felicidad pública, de amor de todos para todos.

Los oradores habían atraído un inmenso concurso, que no hacía sino aprobar todas las proposiciones sabias, sensatas, discretas y patrióticas que se formulaban.

Alguien dijo que era menester organizar la milicia cívica, quitar la defensa del pueblo de manos de un grupo privilegiado, y sin tardanza se acordó ir á pedir armas para dotar de ellas á los ciudadanos que habían de dar garantías á la población.

La muchedumbre siguió por las calles de San Francisco, Profesa y Plateros hasta llegar á la Plaza de Armas.

Alguien lanzó un nuevo discurso suplicando á los congregados se portaran magnánimos y generosos; pero no eran menester excitativas en ese sentido.

Por un grito de *¡Muera Santa Anna! ¡Abajo los tiranos! ¡Mueran los espías!* ó *¡Mueran los agiotistas!*, se lanzaban vivas hasta el fastidio: *¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la República! ¡Viva la revolución! ¡Viva Comonfort! ¡Viva Díaz de la Vega! ¡Viva Alvarez! ¡Viva Degollado! ¡Viva Vidaurri! ¡Viva Haro y Tamariz! ¡Vivan los caudillos*

del pueblo! ¡Viva el ejército! ¡Viva la prensa liberal!... viva todo lo existente, pues en aquel momento no había odios, ni recriminaciones, ni malas voluntades.

Los carruajes que encontraban á la multitud deshacían su camino y le cedían el paso, y esa muestra de deferencia era saludada con aplausos y nuevos vivas.

Al pasar por la calle de Plateros, los manifestantes se encontraron á unos cargadores que conducían veinte ó treinta talegas de pesos. Nadie pensó en apoderarse de ese dinero; el pueblo se contentó con gritar vivas á la honradez y mueras á los ladrones.

Al llegar á la Diputación, subieron cuantos cupieron. Los que llevaban comisión de hablar con el encargado de la ciudad, le presentaron el acta de la Alameda. Alguien leyó las proposiciones aprobadas, y á poco vimos encaramarse á la plataforma un joven de gran nariz, de anteojos que dejaban ver una mirada altiva y burlona y de aspecto apocado y tristón.

Desde que dijo «General», comprendimos que hablaba con autoridad de quien piensa y sabe que lo obedecen.

Zarco pidió el establecimiento de la guardia nacional, la abolición de los sistemas vejatorios y tiránicos y el cumplimiento del plan de Ayutla.

Vega, todo conmovido, dijo entre sollozos y jipios que aceptaba el plan salvador, que procuraría hacer dichosa á la nación en el corto tiempo que le tocara gobernarla,

pues á él sólo le convenía entregar ese depósito sagrado en las manos que ella escogiera. Y terminó: «habrá guardia nacional; ella es la hermana del ejército, ella será el apoyo del orden y la libertad.»



D. Francisco Zarco

(Vivas á la libertad, á la guardia nacional, al soldado de Palo Alto y la Resaca).

Zarco tomó de nuevo la palabra y pidió la libertad de don Manuel García Aguirre, preso por haber dado su voto contra Santa Anna en el plebiscito de Diciembre, y la del coronel García Rebollo, acusado de haber protegido la fuga de don Ignacio de la Llave.

Los aplausos sofocaban la voz del General, que ordenaba á un ayudante ocurriera á poner libres á esas víctimas del santanismo.

Cuando bajamos, ebrios de satisfacción, rebosando amor á todos, y dispuestos á llamar hermano al mismo Bonilla si le encontrábamos á tiro, nos sorprendió un espectáculo con que no habíamos contado: oradores

improvisados, demagogos, hidrófobos, sedientos de popularidad, se habían encaramado en guardacantones, habían requisado carros y hablaban de destruir todo y acabar con todo.

El más excitado, lo recuerdo muy bien, era el ex-polizonte Nicolás Cuevas, que gesticulaba como un convelido, dejando caída por la espalda la cabellera alborotada y abundantísima.

Hasta donde estábamos Covarrubias, Sánchez y yo, sólo llegaban frases, voces aisladas y sin unión... «La justicia del pueblo...», «la concusión y el agio...» «Lagarde que con su lujo insultaba al trabajador...» «que el fuego las purifique...» «Lares, Bonilla, Aguilar...»

En eso oímos una voz: la imprenta de *El Universal* está ardiendo.

Corrimos á la calle de Cadena y vimos alzarse llamas que barrían el suelo, lamían las paredes de las casas inmediatas, y se elevaban silbadoras como entonando el himno dé la destrucción y del ultraje. Los peinazos, los cajetines, las ramas, los soportes de las prensas ardían ó estaban desperdigados por el suelo; por el suelo yacía inmensa cantidad de letras y cuadrados, de tipos de madera y de bronce, de llaves y planchas de unión; por el suelo estaban papeles en cantidad incalculable: *Universales, Diarios, Ordenes, Heraldos, Omnibus, Siglos.*

Levantamos uno de aquellos papeles, y anunciaba

la derrota de Alvarez en el Coquillo y la próxima extinción de la canalla; alzamos otro y era el extraordinario con que se había reseñado la fiesta del Conde de la Cortina en honor de S. A. S....

Vimos correr á la gente y nos acercamos á la casa de Lizardi, en la calle del Colegio de Niñas.

Habían forzado las puertas y varios pelados con caras de demonios echaban desde los balcones cuanto encontraban.

En una hoguera ardían sofás, mesas, sillas, escribanías, secreteres.

De pronto, á la luz ya escasa del crepúsculo, vimos tres bolas de fuego rodar por el pavimento entre gritos y silbidos: eran tres coches que habían sacado de la casa del dictador, en la calle de Vergara.

Allá nos encaminamos, y vimos una inmensa luminaria alimentada constantemente por lo que los devastadores echaban desde los balcones. Cuando nosotros llegábamos se acudía á la hoguera con una alfombra riquísima de una sola pieza; á poco, descendió un bargueño incrustado de nácar; luego cayó un péndulo con música, que tocó un fragmento de no sé qué sonatilla cuando iba en manos de uno de los ejecutores populares, y repercutió largamente al romper su delicada máquina en el montón de escombros. Parecía una persona que se quejaba dolorida.

Pero pronto nos impidió seguir viendo aquellos destrozos una columna de humo, que subía con dirección de Tacuba y San José el Real.

— ¡Está ardiendo la casa de Bonilla! se oyó decir.

Era un dolor ver la montaña de cosas bellas, útiles y exquisitas que estaban hacinadas en la calle y ardiendo en confusión.

Un piano, cortinas, el ajuar del salón, dos coches, muchísimos muebles.

Cuatro de los beneméritos revolucionarios arrojaron con grandes trabajos un enorme espejo de que no quedó trozo del vuelo de una peseta. Uno salió envuelto en un manto de la Orden de Guadalupe, otro tocado con el sombrero de caballero, cubierto con la casaca y ciñendo el espadín sobre los harapos mugrosos de lépero del barrio de la Palma.

Se divirtieron un rato á costa de los de la mojiganga, y acabaron por despojarlos de todos aquellos trapos ricos echándolos al fuego.

A poco bajó un cuadro de marco riquísimo; luego un alud, una verdadera lluvia de libros. Los pergaminos se confundían con las encuadernaciones modernas, las ediciones de anchos márgenes con las económicas. Durante un rato estuvieron cayendo, como aves asustadas, cuadernos, tomos á la rústica, periódicos y revistas, que agitaban por breve espacio sus alas, echaban un vuelco y daban en la hoguera.



Uno salió envuelto en un manto de la orden de Guadalupe...

Sentí entonces que se levantaba en mí algo que rechazaba aquel salvajismo. Empecé á gritar, á accionar violentamente, á llamar la atención del grupo que me rodeaba.

— ¡Que hable, que hable, dijeron muchos!

— ¡Es un *suidadano* que quiere tomar la palabra!

— ¡Tiene la palabra!

— ¡Que nos diga algo ese *suidadano!*

— ¡Es un enemigo de los ladrones!

— ¡Es un enemigo del cojo!

— ¡Muera el cojo!

Entonces, desde los hombros de cuatro revoltosos, dije debía cesar aquel espectáculo deshonroso, aquella algarada que daba triste idea del pueblo mexicano.

— ¡Abajo, dijeron muchos!

— ¡Es un traidor!

— ¡Está vendido al oro de la Mesilla!...

— ¡También gozó de las *gotas de agua!...*

— ¡Es un buen patriota!, gritó Nicolás Cuevas; viene del destierro, sufrió persecución por sus opiniones.

— Pues que deje al pueblo hacer justicia.

— El pueblo castiga, no roba.

— Que deje seguir su suerte á lo mal habido.

La disputa se prolongaba sin fruto, cuando por Santa Clara vimos llegar un piquete de soldados que dispersó á la turba.

Entonces Cuevas se me acercó.

«Te he salvado la vida, me dijo. Estaban furiosos contra ti y quizás te habrían apedreado... No, no hay que oponerse á los fallos de este juez inapelable y de derecho divino que se llama la turba... Respetémosle, temámosle y dejémosle hacer su gusto... Y luego, que no se trata de robar nada, ni de causar daño á los ciudadanos pacíficos... En los bajos de la casa de Santa Anna hay una sastrería; alguien tomó una pieza de casimir, y bastó que se dijera: «pertenece á un artesano honrado», para que se dejara en su sitio... En los bajos de la casa de Bonilla hay una tienda española de ultramarinos. No desaparecieron ni una botella de vino, ni una cajetilla de cigarros... El pueblo que así procede, ¿no es un pueblo honrado é incapaz de mancharse con excesos punibles?»

«Todavía más; alguien propuso ir á la casa de Velázquez de León, ex ministro de Fomento; bastó se hiciera notar que habitaba en el Colegio de Minería, un establecimiento nacional y útil, para que desistiera la justicia popular de presentarse allá.»

En eso un grupo que pasaba arrastrando un busto de Santa Anna, nos dijo á gritos:

—Compañeros, ¿qué hacen allí mano sobre mano? A la casa de Escandón, á la casa del gran agiotista... Para allá se encamina el pueblo... Hay que darle su merecido.

A Guardiola marchamos más que de prisa; pero ya había allí estacionado un retén que ahuyentaba á la turba.

A poco se abrió un gran portón y vimos salir al General Díaz de la Vega, á Suárez Navarro y á don Martín Carrera.

Me acerqué á mi maestro, que venía radiante de gozo.

— Ya tranquilizamos á la familia, y á buen sèguro que vengan revoltosos á atacar la casa de don Manuel, que es un buen amigo de la libertad... Había que proteger á los verdaderos liberales, por más que la protección tocara de rechazo á muchos pillos. En la Casa de Sierra y Rosso, donde ya se habían sacado los muebles y coches, en la de doña Merced Santa Anna, en la de Lagarde y en la de Blanco, la policía dispersó á los revoltosos... En casa de Lares, calle de Jesús, se iba á hacer un ejemplar; pero el pueblo no encontró sino unas cuantas sillas del Norte que echar á las llamas. En cambio dejó un pasquín en verso, en que decía que el ex ministro, que diariamente comulgaba, había embarcado para España, bajo partida de registro, á Martín Rul, con el fin de apoderarse de los bienes de la señora Pérez Gálvez.

— ¿Y qué se sabe de Santa Anna? pregunté.

— Hoy estuvo poniendo telegramas, ordenando todavía que se instalara el triunvirato que nombró; pero al fin

nadie le hizo caso... Se tiene noticia de que dispuso le liquidara la Aduana de Veracruz sus haberes hasta hoy... Se sabe que le quitó á su suegro, Vidal y Rivas, catorce mil pesos que le había dado con cargo á las rentas de Michoacán: hoy ó mañana debe embarcarse, para no volver más, ese hombre funesto y digno del patíbulo por mil conceptos.

No me extrañó esa irreverencia de mi maestro, que por apasionado y por resentido era capaz de excesos peores; pero sí me extrañó—tan joven era—lo variable y tornadizo de la gente.

Al teatro se le había quitado ya el nombre de Santa Anna; los que el día anterior se mostraban ardientes partidarios del dictador, ese día le execraban y se reían de él.

El Ómnibus, sin mentar periódicos, era del número de los ingratos.

Los que solicitaban las migajas de la mesa del sátrapa, los que le llamaban *Napoleón Americano,* héroe invicto gobernante intachable, hombre de Estado asombroso, ahora lo maltrataban sin compasión. ¡Era la coz del asno al león muerto y sin defensa!

Nunca me ha impresionado más la caída de un régimen cualquiera.

Después fuí ayudante de Comonfort; oí las deliberaciones del Congreso de 56, que dió la gran Constitución

liberal á nuestra patria; presencié los preparativos del golpe de Estado y estuve al lado de Juárez en los días tremendos de la revolución. Todo lo he de referir, lo mismo que muchos lances de mi escabrosa vida; pero aquí tomo resuello para que lo tomen también mis lectores, si los he tenido.



PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

ÍNDICE

